

**Marinella
Malacrea**

**Trauma y
reparación**

**El tratamiento del abuso sexual
en la infancia**

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

CITA

INTRODUCCIÓN

1. EL CONTEXTO DE LA INTERVENCIÓN

2. LAS NECESIDADES A LAS QUE CABE RESPONDER

LA VÍCTIMA

EL ADULTO PROTECTOR

EL AGRESOR

3. OBJETIVOS DEL TRATAMIENTO

ALCANZAR EL MUNDO REAL

ELABORAR EL SENTIMIENTO DE CULPA

DUELO Y RECONSTRUCCIÓN

4. TÉCNICAS Y FORMATOS

LA TERAPIA FAMILIAR

MADRE E HIJA

SI EL NIÑO SE QUEDA SOLO

EL GRUPO COMO RECURSO

5. LAS FASES

EL APOYO TERAPÉUTICO DE CRISIS

EL PASO A LA TERAPIA

SECUENCIAS DE ELABORACIÓN PSICOLÓGICA

ALTA Y CONSOLIDACIÓN

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Durante mucho tiempo, la atención de los expertos en el campo de los abusos sexuales en la infancia se ha concentrado sobre todo en la diagnosis. Y en la mayoría de las ocasiones se limitaba a comprobar una verdad la mayoría de las veces callada o negada por las propias víctimas. Hoy en día, en cambio, el debate en torno a los métodos de diagnosis psicológica es mucho más rico y articulado. Sin embargo, existe un terreno menos desarrollado: el de las técnicas de intervención posteriores a la diagnosis relativa al niño víctima de abusos. Sea como fuere, por descorazonador que sea el inventario de las consecuencias personales y relacionales de cualquier situación traumática, aceptar el desafío y ayudar a salir del túnel en el que se encuentran tanto a las víctimas como a los adultos relacionados con ellas siempre es una aventura terapéutica estimulante. No faltan momentos de gran tensión, pero la posibilidad de ayudar a personalidades gravemente afectadas y deformadas por la experiencia traumática se erige constantemente en un poderoso estímulo para seguir adelante. Dedicado por entero a este tema, el presente volumen traduce la larga experiencia de su autora en directrices concretas para el tratamiento: verdaderos modelos de trabajo que acompañarán al lector a través de todas las etapas esenciales de la terapia.

... absolutamente nada
se sostiene más que gracias a la joven esperanza,
aquella que recomienza siempre
y que promete siempre,
que lo garantiza todo.

C. PÉGUY

INTRODUCCIÓN

Un libro operativo

Ocuparse, desde un punto de vista tanto diagnóstico como terapéutico, del abuso sexual en la infancia es para el profesional una tarea difícil y ansiógena.

En mi experiencia, y en la del equipo con el que comparto la operatividad sobre estos casos (el del CBM, el «Centro per il bambino maltrattato» —Centro para el niño maltratado— [1] de Milán), la atención para esta particular forma de perjuicio ha madurado progresivamente, tomando conciencia de que cuanto estaba consolidado en materia de modelos de intervención para las otras formas de abuso debía ser ampliado, especificado y profundizado cuando uno se encontraba con la cuestión del abuso sexual. El volumen *Segreti di famiglia* (Malacrea, Vassalli, 1990) fue la expresión de la conciencia de este aspecto; conciencia que ha tenido su desarrollo concreto en la decisión del Centro de abrir, en octubre de 1995, una sección especializada para favorecer un progreso en los conocimientos sobre las características y modalidades de intervención en estas situaciones.

Durante un tiempo bastante extenso (algunos años), nuestra atención se ha concentrado en el desafío diagnóstico; en efecto, sabemos que desde el surgimiento de los primeros indicios sintomáticos y/o de las primeras revelaciones, hasta el momento en que el cuadro de los hechos y de los sentimientos asume contornos bien definidos el paso es largo y la meta no siempre está asegurada.

Si todo desafío impulsa a afinar y promover los propios recursos como profesionales, debemos reconocer que también hay obstáculos extrínsecos a nuestro trabajo que han contribuido a ello. Los protocolos clínicos, que iban ampliándose y completándose progresivamente, han debido afrontar duros bancos de prueba en las salas judiciales, donde se celebran los procesos penales: aquí, el encuentro con exigencias de naturaleza diversa de las que inspiraban nuestra intervención nos ha enseñado, sin embargo, a hacer nuestros parámetros de juicio más precisos y exhaustivos.

Hoy nos sentimos, si no al final de nuestras tribulaciones, al menos en un buen punto de elaboración. Tenemos el consuelo de recibir continuas confirmaciones de los esquemas interpretativos y operativos que se han desarrollado en el tiempo. También tenemos verificaciones de refuerzo positivo de todos aquellos profesionales que, individualmente o dentro de servicios, se han puesto a prueba con la misma tarea, han intercambiado con nosotros sus experiencias clínicas, o incluso han intentado aplicar en otros contextos y con otras variables humanas el método de diagnosis psicológica puesto a punto por nosotros.

Esperamos la publicación, en breve, de un exhaustivo volumen que dé cuenta de la operatividad de esta red nacional con respecto al problema diagnóstico en el abuso sexual en la infancia. Entretanto hay un cuadro recapitulativo en Malacrea, 1998.

¿Y luego? Nuestra vocación clínica, que permanece invariable desde la fundación del CBM, no podía hacernos mantener largamente la polarización diagnóstica inicial, porque la salida natural de la diagnosis es el tratamiento.

En aquel punto el camino operativo se ha hecho aún más denso de incógnitas: variables humanas institucionales concurrían a construir recorridos de varias pistas que era preciso saber gobernar si no se quería verlos transformados rápidamente en laberintos sin salida. Añadamos también la variante de nosotros, los profesionales, formados en otro tipo de problemas, forzados a medir las propias competencias y a aumentar su flexibilidad. Si uno no se esfuerza por encontrar sus constantes y reglas, la experiencia clínica corre el riesgo, en esta segunda fase de la intervención, de dispersarse en mil regueros.

La idea de este volumen nace del deseo de encontrar con urgencia unas líneas-guía. Si deben nacer y perfeccionarse, y desde luego son necesarias, las reflexiones generales y referencias conceptuales deberían materializarse a partir del contacto cotidiano con la casuística. Es mejor arriesgar un poco de empirismo, pero es preciso no renunciar al objetivo de darse esencialmente un recorrido por la operatividad, que, a través de la abundante ejemplificación, sea un instrumento de control para quien lee.

La experiencia como formadores, que el equipo del CBM efectúa desde hace algunos años de manera cada vez más extendida, ha dado profundidad y relieve de alcance general a la experiencia directa como terapeutas, algo similar a la multiplicación de las imágenes en una galería de espejos. La misma práctica

formativa nos ha convencido de la urgencia de sistematizar, a través de un polo que las concentre, dudas y redundancias a las que cada uno, desde su propio observatorio, no podría dar cumplido significado.

Un lugar de confrontación de la experiencia clínica, pues: pero el libro quiere ofrecer también una síntesis original de ella, un esquema peculiar de interpretaciones, puntuaciones y subrayados que, me doy cuenta, lleva la impronta del estilo que ha distinguido al grupo de trabajo de nuestro Centro en estos años. Quedan, aunque revisados, conceptos clave: la protección funcional en la clínica y la necesidad de modificar realidades factuales y contenidos psíquicos contemporáneamente; la valoración de la tratabilidad que es, intensamente, esfuerzo terapéutico; y la terca voluntad de obtener espacios de recuperabilidad también desde terrenos que se presentan áridos: bases consolidadas de nuestro pensamiento y de nuestra operatividad, que nos caracterizan.

De quién hemos aprendido

La necesidad de escribir este libro viene a colmar, desde luego, aquello que sentía que era preciso para quien opera en este campo y no he encontrado en otra parte. Pero deriva de la síntesis «metabolizada» de muchas contribuciones, más o menos determinantes. Es muy difícil componer con ello una escala de atribución de importancia, porque, para quien se enfrenta con la urgencia del tratamiento, incluso una sola expresión o un ejemplo o un concepto encontrado en la literatura puede constituir la aportación en aquel momento indispensable, el motivo genial.

La descripción de las fuentes bibliográficas que señalaré aquí es necesaria y ampliamente incompleta. Tampoco quiero dar una síntesis razonada de lo leído (para esto remito a la bibliografía), sino sólo expresar, a través de la cita, una forma de agradecimiento hacia quienes, sin saberlo, han sido faro y consuelo para distintos tramos de mi camino.

Sin embargo, partiré de algunas consideraciones generales.

La primera está bajo la enseña de la queja. Ha sido una desagradable sorpresa constatar que, en el notable flujo de escritos que continuamente afrontan

el tema del abuso sexual en la infancia, la cuota de publicaciones sobre la terapia y sobre sus problemáticas es decididamente minoritaria con respecto a la que se ocupa de la diagnosis, con muchas contaminaciones con respecto a la exigencia de la prueba judicial, o de las características generales del fenómeno. Parece que este último sea más «estudiado» que «curado». Esto es doblemente desconsolador si se piensa que, por el contrario, el compromiso terapéutico (y será fácil deducirlo de los contenidos del libro) dura en el tiempo y absorbe muchas más energías que la intervención diagnóstica.

Del mismo signo es también la constatación de que, donde se habla de terapia, en realidad se da mucho espacio a los problemas, no obstante muy respetables, de la construcción del contexto institucional de la intervención: de las «condiciones» de la terapia.

Un último punto de queja es encontrar publicaciones referentes al tratamiento de las ex víctimas del abuso, aquellas que de adultas revelan o reconocen la experiencia traumática, o también de los agresores, asimismo adultos, en medida mucho mayor que las que se refieren a los niños, en la inmediatez de la victimización. Qué debemos deducir de ello: ¿que, una vez más, los niños no consiguen conquistar un puesto de primer plano ni siquiera entre los terapeutas? ¿O, aún más desconsolador, que las energías gastadas para reparar el trauma en sus proximidades, mientras aún está en curso el recorrido evolutivo y se tienen, por tanto, mejores posibilidades de éxito, son escasas? Y si es así, ¿por qué concomitancia de factores?

Afortunadamente, otra consideración general viene a compensar estos motivos de inquietud. Cuando uno tropieza con quienes, precisamente como nosotros, hacen terapia de los niños víctimas de abusos y de sus familias, y han puesto por escrito su experiencia clínica, parece que una única «bandera» nos reuniera a todos debajo de ella. Comparando autores que, en la bibliografía, no se citan el uno al otro, francófonos o anglófonos, de referencias culturales y metodológicas diferentes, se tiene la agradable sorpresa de encontrar individualizados problemas y soluciones del todo similares. Es como si las peculiaridades del objeto del que uno se ocupa superaran otros criterios, creando convergencias no imaginables en otros campos. En definitiva, cuando se cura, uno se siente parte de un pequeño equipo, pero unido y cohesionado.

Véamos, pues, un poco más de cerca a estos «maestros», pocos y unívocos: tratemos de analizar aquello que tienen en común.

Uno de los aspectos más interesantes de las convergencias encontradas es la tendencia general a servirse de varias técnicas, formatos y competencias, para dar las mejores respuestas reparadoras, congruentes con la complejidad de los aspectos psicológicos y con las diversas exigencias de los sujetos involucrados. Parece también dominar, en la elección de la máxima ductilidad de las estrategias terapéuticas, la percepción de no encontrarse frente a una patología grave pero estable, sino más bien ante una serie de explosiones en cadena de evolución incierta y peligrosa, que cabe detener lo antes posible para no correr el riesgo de resultados aún más ingobernables en el futuro.

Otro aspecto común es la óptica familiar que anima los proyectos terapéuticos: aunque el modelo teórico de referencia del autor está orientado al individuo y a lo intrapsíquico, todos consideran indispensable ocuparse (al menos mientras los pequeños pacientes son tratados en las proximidades de los eventos traumáticos) de varios protagonistas del abuso y de sus relaciones reales. Por lo demás, el incesto nace como problema familiar y como tal deberá encontrar cura.

Invariablemente la literatura también se nutre por la necesidad de estudiar estrategias terapéuticas que, cualquiera que sea el juicio del autor al respecto, tengan en cuenta el cruce con el plano judicial.

De algunos, además, he tomado motivos originales y peculiares.

Ante todo, he aprendido muchísimo comparando cuanto íbamos descubriendo en nuestra actividad con cuanto era ilustrado por todos aquellos que han descrito la disposición psicológica de las víctimas y de sus familiares, que me han guiado a reconocer sus características típicas: son tantos que es imposible citarlos uno a uno. Entre los más exhaustivos es necesario recordar a Criville (1994), por la finura con que ha indagado las dinámicas subyacentes al abuso y, sobre todo, por la profunda piedad por los sistemas familiares tan sufrientes que se transparenta de su aproximación terapéutica.

De Friedrich (1990) y de Sheinberg y otros (1994) he apreciado sobre todo la ductilidad de las intervenciones propuestas; con McFarlane y Waterman (1986) he compartido las particulares problemáticas de la terapia con niños pequeños y he visto con extremo interés su trabajo en grupos paralelos de madres-niños. De Perrone y Nannini (1996) he aprendido el método de lectura de los comportamientos de los agresores organizado en torno al acertadísimo concepto de *emprise*, como insinuante predominio psicológico construido por

todos los medios por el agresor para engatusar a la víctima; con Gruyer y otros (1991) me he reconocido profundamente por el planteamiento con-textual de la intervención, sobre todo por lo que se refiere al cruce entre el plano clínico y el judicial. De Cattanaach (1992) y Gil (1991) he tomado muchos motivos interpretativos que utilizar en la terapia individual de las víctimas; en Herman (1992) he reconocido, en una sintonía casi perfecta, los pasos psicológicos de la víctima necesarios para la curación: pasos muy bien y sencillamente ilustrados también por Ney, años antes (1987). De Trepper y Barrett (1989) me ha impresionado la genial sistematización de los procesos de negación, tan bien detallados también a través de algunos ejemplos clínicos; de Weingarten y Cobb (1995) y de Sorensen y Snow (1991) he obtenido importantes reflexiones sobre la necesidad y dificultad de la revelación como indispensable etapa de la reparación. Un nuevo agradecimiento para Friedrich (1991) por su *Casebook* del tratamiento en el abuso sexual: con su habitual y exquisita sensibilidad y capacidad de inducir al lector a reconocerse con inmediatez en las experiencias contadas por él, en tanto fuertemente centradas en torno al único, difícil y multiforme objeto constituido por el niño víctima de abusos, ha confirmado en mí, con el apoyo de tantos profesionales ligados a él, la legitimidad del «eclecticismo» en el tratamiento de los traumas sexuales infantiles. Ha explicitado de manera solar el significado de dicho eclecticismo, como expresión del retroceso respetuoso de todo esquema mental, endurecido a partir de los modelos de referencia aprendidos por los terapeutas, frente a la necesidad de conseguir el objetivo del bienestar del niño llevando a cabo una investigación tenaz y de amplio espectro del mayor número posible de puntos de agarre terapéutico.

Por último quiero dedicar un agradecimiento muy concreto a De Zulueta (1993): en su libro, que he encontrado muy hermoso, está contenido de manera ejemplar y aplicado a situaciones traumáticas el antídoto de la dicotomía entre modelos interpretativos orientados al individuo y orientados a las relaciones, en la conceptualización del Yo como modelo operativo interiorizado de las relaciones primarias. Conceptualización particularmente útil en las situaciones de trauma relativo a aquellas relaciones: ella ha dado extensa y exhaustiva razón de la exigencia empírica sentida por todos los autores (como antes se citaba), y fuertemente compartida por mí, de conjugar varias competencias técnicas y modelos interpretativos en el tratamiento de estas situaciones. Lo que podía

correr el riesgo de parecer desenfadado eclecticismo ha encontrado planos de referencia teóricos de todo respeto y de gran peso.

Qué se quiere transmitir

Un libro sobre la terapia no estará nunca completo. Quizá se pueda llegar a aquella meta al poner a punto un recorrido diagnóstico; pero cuando se cura, las variables con las que hay que vérselas, muchas de las cuales son imprevisibles, son demasiadas. Por otra parte, también es necesario tener esquemas mentales de referencia: grandes «cajones» en los que dejar bastante sitio para aquello que la experiencia clínica nos llevará a añadir a nuestro saber, pero en los cuales aquella que ya es base segura, o altamente probable, sea guardada, por decirlo así, en orden.

La casuística de la que en los últimos años hemos tenido que ocuparnos está en rápida evolución cualitativa y nos enfrenta con tareas cada vez más arduas y complejas: de los incestos de las adolescentes a los de las niñas pequeñas, que tan numerosos y desgarradores son en este libro; de la salida a la luz de numerosas víctimas de sexo masculino a la implicación de varios menores en enredos perversos o rituales. Espectáculo cada vez más desolador, frente al cual a veces consuela, paradójicamente, decirse entre colegas: «Peor no puede ser...»; sin embargo, lo peor está aún más allá, escondido de nosotros. Tampoco es posible, pues, saber en qué direcciones deberemos forzar dentro de poco nuestras competencias, nuestros instrumentos y nuestras emociones.

En consecuencia, los recursos terapéuticos hasta ahora empleados, que siguen la evolución de la casuística, no cubren toda la gama de los que consideraríamos útiles: por ejemplo, la constitución de grupos de tratamiento nos ha sido poco accesible, puesto que en el proceso de extensión cualitativa aún se da raras veces la ocasión de una convergencia cuantitativa adecuada.

Nos caracteriza también, esta vez por elección, la orientación a curar niños y adultos, en tanto relacionados con los primeros: faltan en el volumen terapias de adultos que piden ayuda para reparar los daños de un abuso sexual sufrido en la infancia, o para curarse de patologías que les hacen desear, o practicar, interacciones sexuales con niños.

Pero volvamos a la metáfora de los «cajones» y del orden, si bien provisional, que se puede organizar en ellos. He tratado de seguir algunas directrices.

En primer lugar, se ha dado importancia a las *operaciones terapéuticas* que hay que realizar, antes que a los momentos en que se realicen. Aunque este último tema tiene un respetable puesto en el texto, al expresar en detalle la importancia del factor tiempo en el tratamiento, se ha reservado más relieve a la oportunidad de catalizar, transversalmente al proceso de tratamiento, particulares movimientos psíquicos (el abandono de la negación; la elaboración de las vivencias de estigmatización, vergüenza, culpa; los procesos de duelo y el hallazgo de posibilidades residuales de bienestar) esenciales para la reparación de la experiencia traumática. Desde esta misma óptica, tampoco se crea una separación neta entre aquello que de esas operaciones terapéuticas puede ser efectuado después de un explícito acuerdo de tratamiento y aquello que puede ser ejecutado incluso antes, cuando las connotaciones contextuales, por ejemplo, son aún aquellas de la intervención-«puente» de evaluación-terapia, en las que no está definida con precisión la tratabilidad de parte, o todos, los pacientes de los que nos ocupamos. La única cima insalvable, para comenzar intervenciones encaminadas al cambio, es la adquisición previa de la certeza clínica de la subsistencia de una situación de trauma sexual infantil: certeza que la abundante experimentación de los recorridos diagnósticos, como antes se decía, ha hecho cada vez más libre de riesgos de error.

En segundo lugar, se ha delineado una *escala de prioridades de objetivos terapéuticos* y de «clientes» hacia los que dirigir, y en qué medida, los esfuerzos. De ello resulta una atención a todos los protagonistas de las historias de victimización sexual, pero en una estrecha relación de subordinación hacia el interés imprescindible de la víctima y, en consecuencia, con grados diversos de tolerancia de los límites, a menudo inevitables, de los resultados alcanzados.

En tercer lugar, regresa una y otra vez, como un *leitmotiv*, también *la invitación a la articulación de los recursos*, a la ductilidad de los formatos y a la convergencia de varias competencias, formando el cuadro de un modo de curar muy dinámico.

En síntesis, he procurado crear en el lector, a través de estos subrayados transversales al proceso de cura, una especie de *sintonización cognitiva*, de la que surgen los parámetros redundantes de las estrategias terapéuticas: aquellos

que, en nuestra experiencia, han acabado por constituir verdaderas «reglas de oro», en torno a las cuales se pueden construir las debidas variantes con la seguridad de no perder los principios básicos.

He intentado activar también, y aquí el objetivo es más ambicioso, una especie de *sintonización emocional* en el lector. Esta tarea está confiada sobre todo a las historias verdaderas, que abundan en el libro en la elección, en los subrayados y en la relectura interpretativa, que constituye su hilo conductor, fluye un modo de «sentir» el tratamiento de estas situaciones. Nada que pueda ser traducido eficazmente en conceptualizaciones: pero, si estas últimas pueden ser comparadas con la trama de un tejido, aquel corresponde a la urdimbre, sin la cual el proceso terapéutico no existe.

Quien tiene experiencia directa en ello, sabe que sintonizar emocionalmente en torno al tema del abuso sexual es una empresa difícil. Ante todo, hay que aprender a adaptarse al particular modo de latir, sentir y resonar de nuestros pacientes. A veces, cuando se trata con ellos, en especial con aquellos involucrados en historias incestuosas, se tiene la impresión de que nuestros instintivos criterios de reacción necesitan importantes correcciones para que podamos comprenderlos también con el corazón. Quien aprecie los dibujos animados recordará el episodio de la película *Excalibur* en el que el mago Merlín enseña al futuro rey Arturo a reaccionar como un pez o una ardilla. Ya se sabe que en los cuentos a menudo hay pasajes de gran sabiduría. Esto puede ayudarnos a entender con una metáfora la exigencia de la que antes se hablaba.

Pero, aún más importante, es necesario que el terapeuta aprenda a sintonizar con aquella que podríamos llamar la «lógica» de la terapia. Comparando esta última con un partido de fútbol, el capitán, que dirige, deberá captar con un vistazo la situación en el campo y deducir la oportunidad de afanarse para recibir un determinado pase o bien dejar que la pelota salga por el fondo, o también arriesgarse a un saque de esquina, con tal de bloquear de inmediato acciones demasiado peligrosas. El modo de proceder no es nunca metódico y las decisiones son tomadas sin tiempo para ponderarlas, sino en virtud de un instinto específicamente entrenado para producir «reacciones» útiles, antes que «pensamientos» útiles. Fuera de toda metáfora, en todas las terapias sucede algo similar y, sobre todo, en aquellas, como en los casos de abuso sexual, en que las emergencias, factuales o psíquicas, están durante tanto tiempo a la orden del día.

En esta sintonización que precede al nivel cognitivo, el terapeuta también

deberá ajustar las cuentas con las propias emociones, a menudo violentas, complejas y, desde luego, poco tranquilizadoras, al enfrentarse con hechos tan horribles y con sujetos tan, e injustamente, devastados. Emociones que tienen a veces el impacto del proverbial «puñetazo en el estómago» y que no creemos que se puedan dominar. Pero al menos es posible, y deseable, «entrenarlas» de manera que el malestar sea funcional para advertirnos del peligro más o menos grande que corre el proceso terapéutico: y no sólo de la insuficiencia o error de los distintos movimientos, nuestros o de los pacientes.

Para dar un solo ejemplo, se aprenderá a condolerse más por una víctima bloqueada en la vía de la revelación y, por tanto, de la toma de contacto con la propia experiencia traumática, que por un agresor que alegue ridículos e infantiles pretextos para justificar sus actos: aunque el comportamiento de la primera es en el fondo más empáticamente comprensible y legitimable que el del segundo. Pero el primero es un ataque al proceso terapéutico mucho más grave que el otro: esta percepción, antes de las reflexiones del pensamiento, debe guiar nuestras emociones y nuestras retroacciones.

Después de estas consideraciones, es más fácil definir a quien puede ser útil este libro: ante todo a los colegas que tienen como preocupación prioritaria el aspecto clínico en el acercamiento al problema del abuso; y precisamente en esa área de interés cultivan dentro de sí dudas e insatisfacciones, sobre las que están dispuestos a encontrar no tanto respuestas exhaustivas o tratados teóricos, sino la comparación con compañeros de viaje que hayan comenzado a extraer de la experiencia principios organizadores tanto de pensamientos como de sentimientos.

El libro

Coherentemente con cuanto se ha dicho hasta aquí, el libro está construido a partir del que considero el «centro» del trabajo terapéutico, es decir, el paciente, para expandirse a cuanto en el tratamiento puede ser organizado, como pensamiento y como medios ejecutivos, en torno a él. Esta elección tiene un evidente reflejo en las secuencias, en las proporciones y en el estilo del libro.

Por lo que se refiere a las *secuencias*, se parte del capítulo relativo a «Las

necesidades a las que responder» y se prosigue a través de la elaboración de los conceptos principales que deben conformar el recorrido terapéutico, verdaderas directrices y guías que hay que seguir con constancia y sin desviaciones, como la señalética cuando se viaja en coche. En torno a ello, y subordinadas a ello, se afrontan las cuestiones relativas a las técnicas que hay que preseleccionar y de los tiempos que hay que aplicar: siguiendo la metáfora del viaje en coche, parece claro que el problema del tipo de coche y de la velocidad a la que hay que correr son secundarios, aunque esenciales, a la meta que hay que alcanzar y al tipo de carretera que hay que recorrer con aquel fin.

Cuanto antes se ha dicho sobre el orden de relevancia, vale también para las *proporciones* de los capítulos, más extensos sobre los temas considerados esenciales y más reducidos sobre los temas considerados importantes, pero subordinados a los primeros. En cada capítulo, como se verá, se advierte la seducción que ejerce sobre mí y sobre mis colegas la posibilidad de curar a las pequeñas víctimas dentro de sus vínculos naturales; pero también se dedica mucho espacio a aquellas que están destinadas a la soledad y a las relaciones sustitutivas de la familia de origen, en tanto representan, por desgracia, la gran mayoría.

Por lo que se refiere, luego, al *estilo*, antes se ha aludido un poco a él: he preferido privilegiar el relato directo de las situaciones clínicas dándoles un amplísimo espacio; de ello resulta un tono aparentemente «literario», que, por lo demás, espero que sea más útil en una materia tan densa, que, sin embargo, también debería ser, en mi opinión, la mejor manera de poner a disposición del lector, siempre que sea un colega comprometido con el mismo tema, una verdadera mina de motivos de reflexión y comparación, de los que extraer también autónomas sugerencias para la propia operatividad.

En cuanto a las situaciones ilustradas, si bien tratando de hacerlas irreconocibles en los nombres y en las características demasiado calificadoras, he procurado mantener al máximo la fidelidad a la realidad factual, justamente para poner a disposición del lector no tanto ejemplos al servicio de la ilustración de la teoría, también en parte reelaborados, sino un depósito objetivo de la experiencia clínica madurada en estos años. En síntesis, he querido hacer un «libro-servicio» más que un libro demostrativo de «modelos», que podían correr el riesgo de convertirse, o parecer, demasiado autorreferenciales.

De todos modos, los *modelos* son, sobre todo, como comunes denominadores

recurrentes: se podría reconocer en el libro una evolución «en espiral» en la que se regresa una y otra vez sobre las mismas problemáticas y relativas tomas de decisión desde ángulos siempre diversos, pero desde los que sigue siendo claramente reconocible el planteamiento general.

Quiero dedicar una mención aparte al capítulo sobre «El contexto de la intervención», muy grato para mí. Para usar una metáfora, cuando lees una receta de cocina, a nadie se le ocurre especificar que se necesitarán también ollas, hornillos, vajilla y así sucesivamente. Sin embargo, nada sería posible sin estos soportes. Para mantener la absoluta prioridad del planteamiento clínico he decidido dedicar a estos presupuestos esenciales de la intervención sólo un capítulo, en el que, de manera necesariamente resumida, he intentado trasvasar todo cuanto me ha parecido de veras imprescindible para dar salida a la específica intervención técnica. Quiero señalar que en muchos libros citados en la bibliografía se da a este tema mucho más espacio (Criville, 1994; Gabel y otros, 1995; Gruyer y otros, 1991; Friedrich, 1990; MacFarlane, Waterman, 1986); por tanto, remito al lector a su consulta. Debe destacarse, sin embargo, que en la literatura a menudo se ha dedicado a este asunto una atención amplísima, en especial con el fin de profundizar la conciliabilidad o no de las operaciones propiamente clínicas con las judiciales, sobre todo en el plano penal. Después de años de experiencia creemos haber encontrado una adaptación provechosa, sin idealizaciones o demonizaciones, de este difícil problema, que sigue siéndolo: aunque ahora es evidente, para nosotros, que lo atraviesan muchas más convergencias que conflictividades. Obviamente, como se dirá mejor en el próximo capítulo, se trata de convergencias y conflictividades que hay que gestionar con extremada atención: pero la gestión correcta no puede derivar más que de tener claros los propios objetivos y recorridos y no de «filosofar» sobre el asunto. Puede ser que esta visión pragmática y desencantada del problema no satisfaga del todo a quienes, y son muchos, aún están en apuros con importantes preguntas sobre los cruces entre el plano clínico y el judicial en los casos de abusos sexuales: en tal caso, me permito remitir a las lecturas antes citadas, que permitirán llegar con mayor gradualidad y riqueza de argumentaciones a las mismas metas que he delineado sucintamente.

Por último, se dedica una detallada descripción a los contenidos del último capítulo, donde se recogen experiencias de otros colegas muy próximos a mis ideas, si bien cada uno con sus especificidades de formación e historia: colegas

que sería más exacto definir como amigos, con los que las relaciones profesionales son constantes tanto en el intercambio científico como en las acciones culturales y de política institucional (en efecto, son todos miembros activos de la Coordinadora nacional de centros y servicios que operan en el tema de los malos tratos), y que pueden dar al lector la reconfortante constatación de que ser compañeros de viaje en una materia tan difícil es posible y constructivo. Puesto que en las partes precedentes del volumen se han enfocado los pasos esenciales de la terapia, se ha dejado a la elección de estos otros extraordinarios colaboradores que añadieran cuanto de específico y particularmente grato pudieran extraer de su experiencia clínica.

1. EL CONTEXTO DE LA INTERVENCIÓN

Todos saben que no se puede llevar bien a término una operación quirúrgica sin una sala de operaciones, un instrumental y una preparación personal, cualquiera que sea. Es necesario que los profesionales que quieren ocuparse del abuso aprendan a pensar en los «mínimos» y, por qué no, en los «máximos» contextuales que permitan el mejor resultado de la intervención de cura, orientada al cambio.

En este capítulo queremos enfocar, desde los más periféricos hasta los más íntimos, los *presupuestos* del trabajo terapéutico, aquellos sin los cuales la especificidad técnica del mismo trabajo, del que el libro se ocupará extensamente, no podría desarrollar toda su potencialidad y eficacia.

Partamos de algunas consideraciones inherentes al *problema* que hay que tratar, para llegar a las necesarias consecuencias. Ante todo, aunque pueda ser duro, es preciso situarse sin tapujos delante del objeto al que esperamos sanar: y aunque todo el volumen quiere ser un estímulo a «tener esperanza», es bueno mirar a fondo con relación a qué «llaga» nuestra «esperanza» deberá organizarse para durar, a menudo mucho tiempo. Quizá también en un libro que quiere y debe ser y seguir siendo técnico, puede ser útil transmitir, al menos al comienzo, aquellos estremecimientos del «testigo ocular» que nuestras pequeñas víctimas saben darnos, a veces, con eficacia involuntariamente cruel. Extrayendo de la galería de fragmentos y *flashes*, recordaremos a aquella niña de siete años que, al describir la penetración digital efectuada por su padre en sus genitales, concluía en un momento dado llanamente: «... y luego ya no entraba...», queriendo decir en el interior; o bien una de las más pequeñas, que con sólo tres años contaba a su madre los intentos de penetración del órgano genital del padre en su «mariposilla», usando esta expresión: «... quería romper los huesos». También es inolvidable la pantomima de otra niña de cinco años que, recostada en el suelo, mostraba la felación que había hecho a su padre mientras a la vez sus genitales eran manipulados manualmente por él, retorciendo con pequeños movimientos desesperados la cabeza, para indicar su escasísima posibilidad de liberarse, aprisionada como estaba entre las rodillas del padre, que le

inmovilizaban la cabeza. Sirva esto como pequeña muestra de las explicaciones directas.

Pero ¿qué decir del desgarró que invade al observador al ver cómo dicha experiencia desborda como auténtica lava en lo simbólico, contaminando toda fantasía y todo juego, reino legítimo e incontrastado de los niños, de recuerdos imposibles de elaborar? Mil equivalentes de la experiencia traumática explotan a través de las más variadas apariencias: el veneno mortal vertido en la boca del títere-princesa que cae al suelo; el juego del muñeco que vomita y llena toda la habitación de inmundicia, porque se ha puesto en la boca «un juego de orangután, pero duro» de inequívoca forma fálica; la crisis histérica de otra niña cuando veía que su madre limpiaba la bañera con un detergente amarillo y cremoso, que le recordaba el esperma; y los cien nombres de los juegos sexuales, «el minero», «el gatito», «la mayonesa», «el títere que escapa» y así sucesivamente, dados para capturar la buena fe de los pequeños y hacerlos acceder sin conciencia a penetraciones dolorosas, a lamidas, coitos orales y masturbaciones. Por último, debemos recordar la contaminación de toda operación de asistencia corporal: el bidé, el baño, las cremas, los cuidados de enfermos, el ofrecimiento de manjares para comer, la ropa y cualquier otro detalle de aquello que para un niño significa amor y cuidado, que se convierten en ocasión para el engaño.

La intrusión, el disgusto, la impotencia y el miedo: el abuso sexual es esto, tanto más cuanto la pátina de la seducción, la borrachera de la erotización traumática y el juego de manos del embrollo quedan al descubierto, dejando la amarga percepción de haberse encontrado como la mosca en la telaraña; y a la vez se resquebraja la ilusión de que el agresor es «bueno», e incluso seguirá siendo amado.

Pero no debemos olvidar que, si es tremendo el sufrimiento para quien lo padece, también lo es para el adulto que debe reconocer que no ha sido capaz de preservar y proteger a la propia criatura: las madres de las pequeñas víctimas, de las que tanto hablaremos en el libro, o cualquier otro que se sitúe como adulto protector, a menudo gravados por problemas personales, con frecuencia del todo similares a los de los hijos, se enfrentan literalmente a una angustia mortal y al desgarró de encontrarse entre los brazos a un niño deformado por la experiencia traumática: «Mi hija era blanca y se ha vuelto negra», decía una de nuestras madres, con mucha eficacia, a pesar de sus dificultades con la lengua, o quizá precisamente gracias a ello. No por casualidad concluía que «Ver es morir»,

refiriéndose a la realidad del abuso de su hija.

Como si no bastase, pasar por este tremendo crisol mental acaba construyendo un universo cohesionado de pensamientos y sentimientos, rígidamente atestiguado sobre principios y presupuestos que se conectan entre sí de manera distorsionada pero potentísima en la construcción de una cadena de la cual parece imposible liberarse.

En torno a este *mundo aparte* en el que quien vive la experiencia del abuso (y hablamos de todos los protagonistas de ella) se siente confinado, diferente, desterrado, «monstruoso» y aislado, como por una especie de muralla china, o, más poéticamente, como por el matorral que rodea el castillo de *La bella durmiente*, se erigen formidables mecanismos de defensa, tan toscos como macizos, tan disfuncionales como rígidos, que son muy difíciles de penetrar, incluso antes que abatir. «Es preciso poner algo entre sí mismo y el horror, decía eficazmente una colega en una conversación sobre el asunto: como en el cuento antes citado, verdaderos dragones defienden el territorio donde el horror se ha consumado. Quien lo ha vivido trata de no ver «para no morir». De ello deriva un atentado constante, repetitivo, a veces explosivo, a veces amenazante, contra el proceso terapéutico, empezando por la dificultad para forzar el muro lo suficiente al menos para ver por completo y a plena luz la llaga que hay que curar, los contornos globales y efectivos de los daños que hay que reparar.

Curar, por tanto, casi *contracorriente*, casi forzando al paciente, asumiendo la responsabilidad de garantizar que no «muera», incluso «viendo», casi como artificieros ocupados en desactivar una bomba: y viene a la mente que en la literatura, en especial en aquella sobre los denominados «supervivientes», (*survivors*), el abuso es a menudo comparado con una bomba de relojería, de la que nadie conoce ni controla el temporizador, lista para dilacerar en el presente y en el futuro con sufrimientos y fracasos gravísimos a quien no ha podido elaborar la experiencia traumática.

Si miramos hacia delante y dejamos que los números nos hablen, esto no nos sirve, desde luego, de consuelo. En un estudio de próxima publicación (Malacrea, en prensa), se reproduce una elaboración de los datos relativos a la toma a cargo en nuestro Centro en los últimos años: las víctimas que, después de la revelación, se enfrentan a una disolución de los vínculos precedentes con ambas figuras paternas son cerca del 40 %. Los alejamientos de la familia durante mucho tiempo afectan a otro 20 %, aproximadamente, de los niños

considerados.

¿Tratamos lo intratable? Pregunta legítima, si se reflexiona sobre la altísima improbabilidad de llegar a la curación de los agresores y a la objetiva dificultad de conquistar para el proceso terapéutico, por otra parte indispensable para llegar a una elaboración satisfactoria de la experiencia traumática, a los adultos que podrían apoyar a la víctima; e incluso a la víctima misma, que a menudo busca refugio en la fuga mental «para no morir» bajo el peso del horror y de las consecuencias del desierto y abandono que amplían tristemente su impacto.

Pero no basta: el abuso sexual en la infancia, que nos parece un enredo psicológico complicadísimo, es también un *delito*.

Los frecuentes levantamientos de escudos de quienes, entre los profesionales, defienden una presunta pureza del trabajo clínico, al abrigo de las interferencias de la justicia, a veces incluso arrogándose el derecho de contravenir las obligaciones relativas a la denuncia en nombre de la prioridad del tratamiento, olvidan que antes que para la sociedad (como se dirá mejor en el próximo capítulo, a propósito de las necesidades de tratamiento del agresor) un delito lo es en la mente de quien lo comete y de quien lo sufre. Su connotación de fractura predispuesta y continuada de los confines físicos y mentales entre las personas y las generaciones, fractura que escapa a todo control y se autoalimenta compulsivamente en el tiempo, a menudo involucrando a más de una víctima (Barrett, Trepper, 1992; Malacrea, en prensa), no puede dejar de tener, en efecto, un aspecto psicológico, aún antes de ser percibida como ataque al ordenamiento social. Basta escuchar a quien consigue admitir que ha cometido abusos; «una obsesión», «el diablo en el cuerpo», «un pecado»: términos que expresan perfectamente el aspecto de transgresión intrínseco, que no puede escapar a todos aquellos que «saben» o se enteran.

Es necesario no olvidarlo, dar reconocimiento a este importantísimo aspecto, si no se quiere correr el riesgo de reforzar, precisamente por parte de quien tiene la responsabilidad de curar, nefastos mecanismos de escisión: mirando claramente a la cara el hecho de que no se trata de enrocarse en el monte de las alternativas rígidas, o terapia o justicia, pataleando delante de los necesarios trámites judiciales, sino de introducir de manera realista la posibilidad de la coexistencia de coordenadas diversas, porque es imposible curar sin hacer también justicia; con la desoladora diferencia de que, si con la sociedad puede ser fijado y honrado un precio de resarcimiento, ¿cuál será la compensación

psicológica para todos aquellos a los que el abuso ha dañado tan gravemente?

¿Y qué decir de quien se encuentra en el papel del *terapeuta*? ¿Cuáles son los sentimientos, las emociones, las incertidumbres, las desolaciones y las esperanzas de quien tiene la tarea de curar? Es demasiado arduo encontrar las palabras: quizá también en este momento algunas pinceladas de recuerdos puedan dar más eficazmente la idea de aquello que se quiere describir. Quien esto escribe recuerda, por ejemplo, un sueño angustiante que tuvo en un período de particulares dificultades profesionales: me encontraba medio escondida detrás de la puerta de un armario, mientras hurgaba afanosamente entre los libros buscando algo sobre lo que tenía una urgente necesidad de saber más; de repente, dos personas irrumpían en la habitación y una acuchillaba a la otra. Yo sólo veía parte de la escena desde mi observatorio, lo suficiente para entender que había sido espectadora de un delito; me sentía insegura y espantada, entre el impulso de salir al descubierto y prestar auxilio y el impulso de permanecer escondida para no arriesgarme a represalias e implicaciones peligrosas en hechos tan graves. Creo que la inmediatez del lenguaje onírico expresa con eficacia la urgencia de profundizar en la propia competencia y la simultánea urgencia de actuar a veces antes de estar seguros de haber pensado y estudiado bastante, porque todo se precipita en términos, al menos psicológicos, de vida o muerte delante de nuestros ojos: ojos, ay, imposibilitados de tener pleno acceso a una visión global y completa de aquello sobre lo que debemos a intervenir. Encontramos plenamente, por tanto, la incertidumbre inducida del secreto, del agobiante impacto emocional y del miedo de no estar a la altura ni profesional (los libros) ni éticamente (los impulsos contrastantes) para la tarea que nos espera. La invitación tan sugestiva y conmovedora de Friedrich (1991) a ser terapeutas *tough and tender*, tenaces y tiernos, aunque pueda convertirse en un ideal convincente, adecuado para la tarea, puede parecernos a veces demasiado agobiante.

Por tanto, visto que es preciso curar, también es preciso tener la humildad de dotarse de todos aquellos *apoyos*, guías y condiciones que hacen abordable el desafío. Veamos qué hemos aprendido en estos años al respecto.

Por más que pueda asombrar y, desde luego, no es fácil para un terapeuta admitirlo, el primer apoyo está constituido por un sólido contexto judicial para la intervención. Tras haber pasado algunos años suspirando por podernos ocupar, al fin, de casos «espontáneos», hemos acabado por lamentar,

precisamente en aquellas situaciones, la ausencia de coordinadas judiciales; la turbulencia de las emociones en juego en nuestros pacientes, incluso cuando por parte de ellos se coincide en cuanto a la necesidad de curación, raras veces se consigue asegurar un tiempo suficiente y energías siempre bien dirigidas a permitir el recorrido terapéutico. También por nuestra parte errores de perspectiva, a veces temporalmente inevitables, amenazan mucho más, en un contexto espontáneo, con producir daños irreparables con respecto al tratamiento.

El *marco judicial* preferible, y que debería tener, respecto de nuestra intervención, invariablemente un papel predominante, es el de las intervenciones civiles de tutela, que tiene en su centro al Tribunal de Menores y, subordinados a él, los servicios sociales del ente local. En torno a este sistema se articulan bien las operaciones de diagnóstico y tratamiento, reconocidas en su necesaria continuidad; se insertan bien, asimismo, las exigencias de la verificación de las responsabilidades penales, tarea de los tribunales ordinarios, que lógicamente pueden conectarse con las primeras como ulterior escansión de la misma tutela. Sin embargo, es necesario que entre aquellos que operan en el plano clínico, protector y penal, subsistan grandes convergencias de objetivos, incluso en la respectiva especificidad, a fin de que ninguno de los polos citados de la intervención acabe aplastado por exigencias o métodos que no le son propios. Los objetivos, además, derivan de *presupuestos compartidos*, aquellos que pueden crear un seguro reconocimiento mutuo: intentemos enumerar algunos de ellos, los más importantes y consolidados.

Ante todo, la convicción de que es imposible hacer buena clínica en ausencia de protección; y, en segundo lugar, la certidumbre documentada de que el trabajo psicológico llevado a cabo en un contexto forzoso es a menudo, para un cierto tipo de pacientes, la única posibilidad residual de cambio, posibilidad que se revela con frecuencia de veras eficaz. Más específicamente, de cuanto antes se ha dicho debe brotar el interés de «proteger» también el proceso valorativo-terapéutico, conjurando el riesgo de que medidas de tutela provisional demasiado superficiales no obtengan el resultado de detener del todo el círculo vicioso de las adaptaciones patológicas hasta aquí adoptadas por los familiares de la víctima y por la víctima misma: una temporal «congelación» de los vínculos con el fin de aclarar los contornos de cuanto se intuye que es, quizá, muy grave puede ahuyentar más precozmente las dudas también en sentido

positivo, respecto del comportamiento, como si no hubiera nada tan preocupante, pactando así involuntariamente con mecanismos de ocultamiento y negación propios de quien es maestro en la producción de adaptaciones patológicas, y arrastrando la situación a la incertidumbre.

En conexión con lo anterior, en todos los polos de la intervención es preciso converger en torno a la necesidad de llegar a una plena clarificación de los contornos de la experiencia traumática, sin obstinarse en la prejuiciosa hipótesis de la indecibilidad, que no haría más que reforzar la sombra que el secreto largamente cultivado ya ha extendido sobre la familia en la que se ha consumado el abuso.

También a tal fin, un ulterior convencimiento común comportará el estímulo a que las intervenciones valorativas contengan también de inmediato validez terapéutica, que hagan elaborable y, por tanto, más accesible y clarificable, la situación traumática (para otras especificaciones de los presupuestos que hay que compartir en la integración de los recorridos clínicos y judiciales, se remite a un texto de Malacrea, en prensa).

Tales principios de fondo deberán conformar los pasos específicos del recorrido terapéutico, convirtiéndose en *reglas transversales* para cualquiera que esté involucrado en el proceso reparador del trauma. Demos algunos ejemplos. La afirmación de que no puede existir clínica sin protección comportará el máximo cuidado de los terapeutas en garantizar que tampoco en las sesiones psicológicas se creen cercanías que podrían hacer sentir a la víctima nuevamente a disgusto, enfrentada quizá con adultos significativos para ella sin la necesaria delicadeza, o bien no creída: ocasiones de re-victimización a través de la descalificación, poderosos atentados al tímido, naciente deseo de volver a probar de establecer relaciones de confianza. Es preciso recordar que las pequeñas víctimas, en especial respecto de un precoz contacto con el agresor, sienten desesperantes vivencias de fragmentación: nunca podremos olvidar a aquella niña que, en la convicción de que pronto debería volver a ver al padre agresor, se dedicaba a dibujar niñas vestidas completamente de negro a las que luego recortaba en pequeños trozos sin conseguir nunca, como habría querido, recomponer el rompecabezas de manera que no resultase de ello un cuerpo deforme. Antes de que se haya verificado una común caída de los procesos de negación en torno al abuso, o al menos una consistente reducción de ellos, las intervenciones sobre los distintos familiares del niño serán llevados adelante en

formatos paralelos, con el terapeuta empeñado por hacer de fuerte filtro entre cuanto emerge en los distintos encuentros, seleccionando de tales contenidos lo que puede servir de puente reparador de lo que, en cambio, no hace más que reforzar arraigados esquemas interactivos disfuncionales, profundizando la gravedad de la patología que hay que tratar.

Análogamente, la convergencia afirmada respecto de la necesidad de aportar luz sobre los contornos efectivos de la experiencia traumática, obligará al terapeuta a emplear muchas energías a fin de que el proceso de la revelación sea adecuadamente soportado y acompañado durante el tratamiento, en la convicción de que no podrá existir una elaboración satisfactoria del abuso más que mediante el paso de los contenidos traumáticos a través del conocimiento, el recuerdo, el pensamiento y la explicitación. Esto comportará el compromiso del terapeuta de guardarse de todo «abstencionismo», como podría ser, por ejemplo, obstinarse en la creencia de que «en cualquier caso, algo ha sucedido», estimando que su tarea no es profundizar al respecto.

El segundo e importantísimo apoyo está constituido por el ambiente vital de las pequeñas víctimas. Hayan sido temporalmente apartadas de la familia en el marco de las medidas de protección provisional del Tribunal de Menores o hayan podido permanecer confiadas a los cuidados de un familiar adulto protector, habitualmente la madre, la máxima atención deberá dedicarse a la construcción común, entre terapeuta y paciente, de una *experiencia* válidamente *correctora*. Más allá de aquello que parece obvio de tal afirmación —es lógico aspirar a encontrar lo antes posible lugares de alivio y consuelo para quien ha sufrido tanto—, es preciso subrayar, y esto quizá sea menos obvio, que el recorrido terapéutico sólo podrá obtener un digno fruto valiéndose del acompañamiento de tal experiencia correctora. Como magistralmente afirmaba De Zulueta (1993), sólo una sinergia entre el reordenamiento mental de pensamientos y sentimientos, tarea específica de la psicoterapia, y la experimentación de un ambiente vital en el que el universo deforme y cohesionado, creado por el abuso sexual, sea cotidianamente contrastado puede producir una efectiva reformulación de los primitivos esquemas interactivos precozmente interiorizados y, por tanto, una verdadera reparación de los efectos dañinos del trauma.

Para el terapeuta esto comportará ir mucho más allá, en sus preocupaciones, de aquello que ocurre en la habitación de terapia, aunque varios interlocutores

familiares estén involucrados en ella, para reconocer la necesidad de profundizar energías también para que los lugares de vida de la pequeña víctima, a menudo confiados a padres también traumatizados por el mismo evento, o a otros padres sustitutorios, normalmente muy poco preparados para afrontar semejante complejidad, o a instituciones de acogida también raramente especializadas, sean acompañados poco a poco a madurar comprensión y tomas de decisión frente a las multiformes manifestaciones del trauma previo, capaces de constituir una fuerte experiencia benéficamente correctora de él. Dentro, además, de las actividades que afectan más estrictamente a la psicoterapia, esta fuerte inversión en la experiencia correctora como indispensable componente de la reparación del trauma, comportará la máxima atención del terapeuta en el análisis de los recursos familiares, y no, a disposición del niño, para actuar a la vez con la máxima conservatividad de todo aquello que en ellas puede ser considerado útil, aunque a escala reducida, pero simultáneamente con el máximo rigor en no dar curso a una prosecución de los vínculos «de cualquier manera», en cuanto existentes, sino a su selección en base a la efectiva sinergia que están en condiciones de expresar con respecto al recorrido reparador.

Por último, es bueno recordar que una serie de otros profesionales se mueven en torno a la víctima y a sus familiares: médicos, maestros, policías, abogados, voluntarios y así sucesivamente. Ninguna de sus *aportaciones* puede ser considerada irrelevante o periférica con respecto al proceso terapéutico. Pensemos, por ejemplo, en el efecto de reactivación de los recuerdos traumáticos comportado por la visita ginecológica, a la que casi siempre las víctimas son sometidas en el marco de las comprobaciones judiciales; pensemos también en la importancia de un filtro válido, el maestro, en la nueva toma de contacto, «después», con un ambiente de coetáneos, la escuela, en la que el evento traumático debe llegar de modo que no cause curiosidades explosivas, pero también con suficiente conocimiento que permita entender y afrontar las inevitables repercusiones sobre el comportamiento, el aprendizaje y la socialización, comportadas por los revolucionarios eventos psicológicos y factuales consiguientes a la revelación del abuso. Ninguno de los movimientos, incluso de estos agentes más ocasionales y periféricos, pasará sin dejar huella en los protagonistas principales: huella que comportará tanto ecos de pertenencia del trabajo terapéutico, como la necesidad de una agudeza terapéutica de quien cura, en la previsión de su impacto y en el intento de evitar sus aspectos más

negativos.

De cuanto antes se ha dicho surge con evidencia que es indispensable que tantas y multiformes variables, tan significativas con respecto a la evolución del recorrido terapéutico, estén conectadas entre sí a través del esfuerzo de una consistente *sintonización operativa* en las intervenciones, con objeto de dirigirlos a objetivos convergentes y conjurar al menos sus potenciales efectos de dispersión u obstáculo con respecto al progreso del tratamiento. En cuanto al papel del «sintonizador», no puede ser más que responsabilidad del terapeuta, que, más que cualquier otro, deberá ocuparse largamente y a fondo de llevar a una evolución sustancialmente positiva a sus pacientes, empezando por la pequeña víctima y, por tanto, no podrá eludir la tarea de representar de manera global el interés del que todos los otros polos de la intervención están imbuidos de manera parcial, aunque importantísima. La expresión ya citada de Friedrich, *tought and tender*, referida al terapeuta, asume, por tanto, valores no sólo intrínsecos a la directa relación con los pacientes, sino relativas a la capacidad de optimizar todos los componentes que giran en torno al recorrido terapéutico, entendido en su acepción más restrictiva, para convertirlos en verdaderos y sinérgicos recursos ordenados con el fin de asumir mejor su propia tarea.

¿Cómo tener éxito, solos, en semejante empresa? Desde hace tiempo, echando mano también de los criterios básicos que siempre han conformado la actividad de los terapeutas familiares que afrontan tratamientos muy complejos (Selvini Palazzoli y otros, 1988), estamos apegados al *trabajo en equipo* como unos alpinistas a los clavos plantados en la roca; se puede afirmar más radicalmente que «pensamos» en equipo, antes de «ejecutar» en equipo y aunque las condiciones prácticas del trabajo a veces no nos lo permiten. En el plano del apoyo emocional un grupo de trabajo estable y cordialmente cohesionado, motivado para su tarea, capaz de compartir el ingente peso de la toma a cargo de situaciones tan delicadas, nos parece un presupuesto irrenunciable; y también desde el punto de vista cognitivo, sólo así nos parece poder diluir en los diversos pensamientos el juego caleidoscópico de las identificaciones, todas necesarias, de las lecturas articuladas que se necesitan para aventurarse en el «mundo aparte» de las familias involucradas en el abuso, de la coordinación de todos los polos de la intervención en torno al objetivo prioritario de la reparación del trauma. Sin embargo, dicho esto es preciso recordar con fuerza que incluso el mejor contexto de intervención, e incluso el mejor terapeuta, no

garantizan el resultado. También aquí algunos ejemplos nos pueden ayudar a entender.

Aun teniendo ambos contacto con médicos que los han visitado con toda sensibilidad, es preciso recordar que si una niña de once años ha salido de la experiencia diciéndole a todos que de mayor también ella querría ser ginecóloga, otro niño de seis años ha concluido trágicamente: «Me han torturado». Así, frente a la carga de afrontar el testimonio en el tribunal, también todos meticulosamente acompañados en la elaboración, de las vivencias de impotencia, vergüenza y erotización traumática, debemos recordar, entre los niños, a quien ha conseguido llegar al día fatídico como a una ocasión de liberación, con el consiguiente e importante bienestar, y a quien, aun llevando a término la tarea de una manera igualmente eficaz, ha sufrido largamente, después, por la regurgitación atroz de amargura que la reactivación de los recuerdos traumáticos había comportado. E incluso delante de los resultados insatisfactorios en el plano penal, aunque muy raros en nuestra casuística, hay quien siente no tocadas sus reconquistadas seguridades de vínculo de confianza con los adultos protectores, y quien, en análogas condiciones de tutela, se repliega sobre sí mismo depresivamente. Mil variables están en acción: se tiene la sensación de que si las pusiéramos todas en un ordenador para indexarlas y prever su impacto, no acabaríamos de asombrarnos por los impensables resultados.

Los apoyos contextuales, por tanto, no deben asumir nunca la función de una especie de protocolo de entendimiento entre instituciones diversas sino ser considerados recursos que hay que utilizar, con la humildad de quien de veras tiene una extremada necesidad de ellos, pero de la manera más dúctil y personalizada. La imagen, grata a quien escribe, de «navegación a la vista», reproduce con eficacia la necesidad de estar dispuestos a todo, incluso a liberarse de esquemas de otro modo considerados óptimos, en orden al objetivo prioritario de toda intervención y de toda coordinación de los mismos: como quien, cuando tiene a un niño entre los brazos, procura ante todo ponerlo a salvo. Aquello que podría parecer por un momento como un indebido desenfado, emerge en cambio en su significado de única y verdadera seriedad y rigor posibles.

2. LAS NECESIDADES A LAS QUE CABE RESPONDER

Para respetar el carácter eminentemente clínico de este volumen, empezaremos sin recurrir a una introducción teórica sobre las problemáticas relativas al abuso sexual en la infancia, por lo demás desarrollada en el volumen *Segreti di famiglia* (Malacrea, Vassalli, 1990). Nos ha parecido más eficaz, con el fin de hacer un cuadro de las exigencias a las que deberá intentar responder la intervención terapéutica, dar voz desde el inicio a los desdichados protagonistas de las vicisitudes de abuso sexual y generalizar, a partir de sus enrevesados pensamientos, los múltiples nudos problemáticos que cabe desatar. Simplificando al máximo los casos que se nos presentan en la realidad, se tratará de poner en evidencia los diversos puntos de vista de la víctima, del adulto protector y del agresor. Ellos definen áreas problemáticas que se enlazan entre sí de maneras complejas, a veces conflictivas, a veces paralelas o convergentes: áreas sobre las que quien interviene es a menudo simultáneamente interrogado e instado a encontrar respuestas.

A modo de ejemplo se han elegido situaciones en las que, por particulares circunstancias o capacidad de síntesis de los pacientes, sus exigencias sobresalientes se han hecho apreciables con suficiente claridad de manera concentrada. Se trata de sesiones únicas para los tres protagonistas-tipo.

Del análisis de tales sesiones se extraerán observaciones de alcance general, que luego serán ulteriormente integradas recurriendo a otras aportaciones ejemplificativas, hasta delinear con la suficiente completitud el mapa de las distorsiones personales y relacionales que el abuso sexual deja como efecto en sus protagonistas y que deben determinar objetivos y formatos de la intervención reparadora.

LA VÍCTIMA

Diana hace poco que es mayor de edad. Aún está integrada en una institución educativa que la está encaminando gradualmente hacia la autonomía, tanto en el plano habitacional como laboral. Su alejamiento de casa dura desde cuando tenía ocho años, por solicitud de su madre, Ebe, con la que ya entonces Diana tenía una relación fuertemente conflictiva, hecha de gestos provocadores e insolentes de la niña y de explosiones agresivas de la progenitora. El alejamiento había sido luego confirmado y reglamentado por el juez de menores, como medida de protección provisional de la niña, en la esperanza de que una intervención de los servicios sociales habría podido mitigar mientras las dificultades, permitiendo una reintegración de Diana en la familia. Por desgracia, la situación familiar había empeorado, haciendo impensable el regreso a casa de la chica: la madre, viuda del padre de Diana desde que ésta tenía seis meses, había contraído un nuevo matrimonio del que había nacido una segunda hija, Laura. El marido, consumidor ocasional de hachís y cocaína, la había acercado poco a poco a la droga: apenas después del nacimiento de la segunda hija, Ebe había caído en la drogodependencia. Precisamente con aquel período particularmente crítico había coincidido el agravamiento de la tensión con la primogénita.

Laura ya tenía seis años (y Diana catorce), cuando Ebe se había decidido finalmente a entrar con la pequeña en una comunidad de recuperación; después de haber seguido el programa terapéutico durante tres años y haberse separado del segundo marido, había podido reiniciar una vida normal junto a su hija menor. La mayor, interrogada en aquel momento sobre la posibilidad de intentar una reintegración en el núcleo constituido por la madre y la hermana, había decidido permanecer en la institución educativa que durante todo aquel tiempo se había ocupado de ella. En efecto, la relación con la madre se había hecho aún más precaria y rígida por los años de alejamiento y de degradación de la misma: además, Diana no le perdonaba haberla abandonado a su destino, mientras había seguido ocupándose, en cualquier situación de sufrimiento, de su hermana.

Sin embargo, los trastornos de comportamiento demostrados por esta «afortunada» segunda hija (dificultades de aprendizaje y socialización que ya habían determinado que repitiera varias veces de curso, crisis destructivas en casa y un clima de densa hostilidad hacia la madre, pequeños hurtos y tendencia a familiarizarse con bandas de granujas del barrio) determinaron que el juez de menores confiriera a nuestro centro un encargo de apoyo terapéutico para el nuevo núcleo. Puesto que uno de los perennes campos de batalla entre Laura y Ebe estaba constituido por el rechazo de esta última a permitir contactos entre la primera hija, ahora reactivamente rechazada, y la segunda, mientras que ambas los deseaban intensamente, Diana se convertía en un interlocutor indispensable de la intervención que se nos requería.

Mientras intentábamos construir fatigosamente un puente sobre los escombros que hacían impracticable la relación entre la madre y la hija mayor, condición previa para

el restablecimiento de aquélla entre las hermanas, ocurrió una nueva crisis. Diana da a entender a su madre, en un coloquio privado y por otra parte firmemente desaconsejado por los terapeutas, que había sufrido abusos sexuales precisamente por parte de su hermano «preferido», al que ésta desde siempre había considerado su mayor apoyo.

En una dramática sesión individual posterior al incidente de recorrido, Diana explicará que lanzó aquella acusación, por lo demás de manera muy vaga, sólo para herir a su madre, que tampoco había ahorrado golpes con ella durante el coloquio; pero añade que había podido «pensar» la acusación porque de verdad había sufrido abusos sexuales de niña, por parte de otro joven tío (marido de la hermana menor de la madre), hospedado durante algunos meses en su casa cuando estaba en busca de trabajo y vivienda en el norte. Todo ello se había verificado precisamente en el período de agravamiento de la relación con la madre, que había precipitado su alejamiento, y se había prolongado mientras —ya en la institución— regresaba a casa durante los fines de semana. Recuerda también que, cuando tenía apenas cuatro años, otro compañero ocasional de la madre había intentado realizar actos libidinosos con ella: por suerte, el vínculo de éste con Ebe había durado muy poco, suplantado en breve por aquel que se convertiría en su segundo marido; sin embargo, aquella experiencia —piensa— debe de haberla marcado hasta el punto de hacerla reconocer como un sujeto «sexual» por el segundo, y más violento, agresor.

Durante el período de alejamiento de casa estuvo sometida durante algunos años a psicoterapia, pero nunca se había sentido en condiciones de contarle a la terapeuta algunos episodios traumáticos: el primero lo había incluso olvidado... Sólo recientemente, durante una segunda psicoterapia individual, aún en curso, había emergido algo.

Veamos ahora los pasajes más destacados de aquella sesión con Diana, que llega despreciativa y reactiva: no son cosas de terapeutas, en el fondo no ha sucedido nada grave entre ella y su madre... (por el contrario, ésta amenazaba con interrumpir definitivamente la intervención terapéutica en favor de Laura si no llegábamos a un esclarecimiento completo de la situación: y señalaba el gesto provocador de Diana como la enésima e insoportable crueldad de una hija pérfida y desagradecida). Pero apenas la psicóloga objeta que no parece que todo sea tan fácil, de inmediato dice: «Yo lo minimizo todo: es también un sistema para sobrevivir...».

Rápidamente el trauma emerge con mucha intensidad, como si acabara de ocurrir. Diana se pasa gran parte de la sesión llorando desconsoladamente.

Durante la mayor parte del tiempo la conversación gira en torno al tema de la relación con la madre. Se le hacen graves y aún candentes acusaciones de no

haber sido protectora con ella: «Está bien, estaba enferma: pero seguía siendo mi madre, ¡debía protegerme!»).

Por el contrario, hay poca agresividad hacia los agresores. El más antiguo, vuelto a la memoria sólo recientemente, no disfrutaba de ninguna implicación afectiva, ni positiva ni negativa. El segundo, contra el que dice haber emprendido incluso una lucha física, de la que salía vencedora («Estaba siempre llena de moretones: ¡mi madre debía comprender!»), tenía también rasgos positivos: al menos la valoraba porque, tan pequeña, ya sabía hablar de política asombrando al grupo de amigos del bar, donde a menudo la llevaba...

Hasta aquel momento Diana nunca había hablado a su madre de los abusos. Pensaba que ésta habría usado la información en su contra: por ella, nunca se habría puesto contra su querida hermana... A lo sumo lo habría dicho por ahí, de modo que todo el pueblo (una pequeña ciudad de Calabria) lo habría sabido y habría perjudicado su reputación. Sin embargo, continúa sosteniendo que, incluso en ausencia de afirmaciones explícitas, la madre habría debido comprender: «¡Le daba tantas señales, y no pequeñas!»), concluye llorando.

Incluso después de tanto tiempo, permanece una grave autodesvalorización. El motivo profundo por el que nunca ha revelado nada a su madre aflora primero a través de una transformación reactiva: «No es digna de compartir conmigo una cosa tan íntima, un dolor tan grande...». Luego, abandonada la defensa: «Hay algo dentro de ti que no te lo deja aceptar: te sientes sucia, no es fácil...»; «El tío comprendía que “sabía”, siempre he sido considerada la zorra de turno... precisamente yo, que cuando un muchacho se interesa por mí me escapo...».

La misma dificultad para revelar a otros la propia experiencia de victimización se expande como una mancha de aceite sobre el mundo circundante. El «secreto» sólo puede ser dicho a algunos amigos. En cuanto a la terapeuta, a la que ha sido ocultado, dice: «Me dormía durante las sesiones, me despertaba a la hora de marcharme». Con el terapeuta actual el tema es abordado con extremada prudencia: «Estamos trabajando en él», dice con jerga técnica, pero la esencia es la imposibilidad de abandonar completamente la defensa mantenida en alto durante tanto tiempo.

Incluso consigo misma el secreto corta las conexiones del pensamiento: el regreso a la memoria de la primera agresión está acompañada de terror y desconsuelo, en la toma de conciencia de la incontrolabilidad de la mente: «¿Ve con qué tengo que convivir? ¿Y si me hubiera sucedido alguna otra cosa y yo aún

no lo sé? ¿Con qué me encontraré? ¿A los treinta años completaré la colección?» (de los recuerdos traumáticos), dice llorando.

Lo que es cierto, para ella, es la inevitabilidad de la destrucción de las relaciones, consiguiente a aquellas experiencias. Una vez más, a través de un estallido reactivo evidencia el vacío del que se siente rodeada: «¿De qué me sirve ahora mi madre? Entonces la necesitaba, no ahora. E incluso si tuviera necesidad ahora, no desde luego de esa...».

Antes de resumir las observaciones sobresalientes que se pueden extraer del análisis de los pensamientos que Diana consigue explicarnos tan bien durante la sesión antes descrita, puede ser útil aclarar el grado de significación del ejemplo elegido respecto de la media de casos de abuso sexual. Diana ha sido victimizada dentro de una relación significativa, como la mayor parte de las víctimas de las que nos hemos ocupado. Hagamos referencia a otro trabajo reciente (Malacrea, en prensa), en el que se han analizado las situaciones tomadas a cargo por nuestro centro entre 1990 y 1995: dos tercios de los abusos son atribuibles a personas pertenecientes a la familia nuclear; entre los agresores extrafamiliares sólo uno era desconocido para la víctima (adolescente). Por lo demás, la literatura coincide en este punto: los perfectos extraños que atacan por la calle o engatusan a niños para llevarlos al parque son una ínfima minoría; la regla está representada, al contrario, por el denso grupo de quienes pueden ganarse la confianza de su pequeña víctima y la ocasión oportuna para estar con ella sin testigos.

Hay situaciones en que la relación víctima-agresor es mucho más intensa que la experimentada por Diana: podemos afirmar que, aunque haya una multiplicidad de factores que influyan en los efectos perjudiciales de un abuso, existe una cierta proporcionalidad entre la entidad de los mismos y la fuerza del vínculo dentro del que ocurre. El caso de Diana se sitúa, por tanto, como no extremo, y aún más significativo considerada la gravedad de los estigmas que, incluso en la modestia de la duración y de la cercanía afectiva con el agresor, el trauma ha sabido dejar. En cuanto a dichos estigmas, aun sumándose a las condiciones previas de vulnerabilidad creadas por la situación previa de maltrato y abandono, en el terreno de las cuales el abuso sexual ha podido nacer, ellas mantienen otra especificidad.

Otro dato, por desgracia común, está representado por la distancia entre

evento y revelación: identificándose con la lógica del todo peculiar de los protagonistas de las vicisitudes incestuosas, no es difícil entrever sus razones tristemente sólidas. También aquí se puede afirmar que existe una proporcionalidad entre la gravedad de las distorsiones que hay que reparar y la longitud del tiempo necesario para hacer aflorar una revelación.

En este punto la experiencia de Diana parece situarse en un extremo: no olvidemos, sin embargo, que gran parte de las situaciones de abuso permanece oculta incluso durante más de diez años (como en el caso descrito). En efecto, sabemos que la mayoría de los traumas sexuales permanece para siempre sumergida, encontrando a veces sólo el camino de los síntomas para volver a la luz.

Por último, en cuanto a la edad en que Diana fue víctima de abusos, hay una perfecta correspondencia con los datos reproducidos en la literatura, que llevan a situar a los cuatro años, a los ocho y a los once años las edades de riesgo para el abuso, es decir, los momentos de la vida en que se produce más fácilmente el inicio de las experiencias sexuales traumáticas.

Sentadas estas premisas, podemos adentrarnos en los contenidos: ¿qué nos enseña, tan eficazmente, la sesión con Diana? ¿Y cuánto de esos contenidos puede ser confirmado, y cómo, por la multitud de otras pequeñas víctimas?

Las observaciones más destacadas pueden ser organizadas en torno a dos temas principales: el *pensamiento sobre sí mismo* y el *pensamiento sobre el conjunto de las relaciones significativas*.

El pensamiento sobre sí mismo

Por lo que se refiere al *pensamiento sobre sí mismo*, encontramos concentradas y, se puede decir, hechas aún más violentas por el tiempo transcurrido guardando el secreto, las *vivencias típicas* de la víctima del abuso. Haremos referencia a la conceptualización ya clásica de Finkelhor y Browne (1985): sentimientos de impotencia, traición, sexualización traumática y estigmatización, invaden el mundo interior de quien ha sufrido en la infancia un trauma sexual. Sin adentrarnos en análisis más sofisticados, que requerirían un conocimiento más profundo de nuestro sujeto, se puede afirmar que aquellas

cuerdas dolientes de la personalidad están llamativamente al descubierto en la «tarjeta de visita» de Diana, la primera sesión en la que habla del abuso. Impotente hasta el punto de no haber conseguido controlar físicamente al agresor entonces («Estaba siempre llena de moretones»), pero aún más para controlar los efectos del trauma sobre su misma mente, que le parece ahora como un enemigo oscuro, lleno de horribles misterios; traicionada precisamente en el más importante, y para ella único, punto de referencia, la madre, con heridas aún totalmente abiertas; deformada en la propia identidad sexual y gravemente estigmatizada en ella («Era considerada la zorra de turno... precisamente yo, que cuando un muchacho se interesa por mí me escapo...»), Diana muestra un enredo de sufrimientos con un potencial altamente destructivo: enredo que querría rechazar, alejar de sí («Hay algo dentro de ti que no te lo deja aceptar, te sientes sucia...»).

En todas las circunstancias en que un niño se ve privado de los cuidados que le son necesarios a esa tierna edad o los ve sustituidos por hostilidades o perversiones, quedará dentro de él una candente pregunta sobre el porqué eso puede haberle tocado precisamente a él: pregunta a la que a menudo buscará respuesta durante toda su vida. Sin embargo, se puede afirmar que el abuso sexual, entre todas las formas de perjuicio, es la que más estrecha a la víctima en una opresión psicológica que repercute en el plano personal.

En efecto, mientras se puede sintetizar el pensamiento del niño maltratado o desatendido en la frase, que ya hiere a fondo: «No me quieren porque no valgo nada» (Blassel, 1992), se puede sintetizar el de la pequeña víctima de abusos sexuales como: «Me *quieren* porque no valgo nada», es decir, porque siendo de entrada despreciable soy el sujeto adecuado para la elección perversa de mi perseguidor. Esta *predestinación*, además, es a menudo vivida por el niño como el fruto de alguna iniciativa propia equivocada, aunque no inherente a la relación con el agresor, que ha arruinado su originaria «bondad» o inocencia. Damos espacio, sobre este dramático «pensamiento», también a otras voces, que acaso no saben usar el registro de la introspección consciente, pero dan *flashes* de igual eficacia a través del lenguaje de los símbolos.

El material proyectivo de las pequeñas víctimas de abusos es rico en elementos que confirman cuanto antes se ha dicho. Se citará, por ejemplo, la significativa respuesta a la primera tabla del test de Rorschach dada por una niña de cinco años,

examinada después de la revelación de que había sufrido abusos sexuales por parte de su padre desde hacía al menos tres años: «Es una hoja toda de oro, que ha caído y se ha roto». Recordando el contenido latente al que hace preferente referencia esta tabla, es decir, la imagen de sí mismo, el mensaje contenido en esta interpretación transmite poderosamente una vivencia de desvalorización, de pérdida de la propia precisión.

En otras ocasiones, el niño formula la hipótesis de que las transgresiones que ha podido hacer a las indicaciones de los adultos son la causa de que se haya convertido en malo y, por tanto, objeto adecuado para las perversas atenciones del agresor. Se recordará a la niña de siete años que, en la quinta tabla del *Family Attitudes Test*, imaginaba que el personaje-niña «que no cogía las órdenes» (es decir, no obedecía, según la había representado en otras tablas anteriores) acaba siendo presa de un «ladrón» que la llevaba a la cama «y la golpeó, golpeó y golpeó»: conociendo su historia de abuso particularmente violento, la evocación provocada por el test asume un significado inequívoco de recuerdo postraumático, conectado con el sentimiento de haber de algún modo merecido ese tratamiento a causa del propio «mal» comportamiento precedente.

Carmela es una muchacha víctima de incesto mucho mayor, ahora casada y madre de un niño, llamada a colaborar en la terapia familiar emprendida por los padres con el fin de conseguir el regreso a casa de la hija menor, alejada preventivamente por el Tribunal de Menores a consecuencia de su denuncia. Precisamente durante la primera sesión sorprendía al terapeuta dirigiéndole, al comienzo, la siguiente pregunta: «Todo lo que querría saber es por qué mi padre me ha hecho eso precisamente a mí». A continuación se confirmaba cómo esta pregunta racional escondía la misma inquietud que las niñas más pequeñas tratan de encauzar a través de la imaginación, y cómo los sentimientos de dolor y desvalorización conectados con aquella tremenda «elección» aún envenenan su vida, por más que intentara dejar atrás sus recuerdos.

Está claro que, si para las víctimas de malos tratos y desatención existe, al menos teóricamente, una vía de escape —convertirse en apreciables, a menudo a través de la paternalización, las tomas de posición y la renuncia a la propia infancia—, para la víctima de abusos sexuales se acaba en un *doble callejón sin salida*: tratar de valer algo y, por tanto, perder el vínculo, o seguir siendo despreciables para conservarlo. Podemos imaginar qué enredo aparentemente inextricable invade la mente y las emociones.

También aquí podemos ser ayudados a entender mejor gracias al lenguaje simbólico, pero extremadamente sugestivo, con el que los niños son capaces de comunicar vivencias complejas.

Simona tiene sólo tres años y medio cuando, con mucho malestar y abundante sintomatización, llega a revelar a su madre que desde hace un año es víctima de

abusos sexuales por parte de su joven padre, separado de la madre desde su más tierna infancia. Una visita ginecológica realizada poco después de la revelación evidencia una grave lesión en el himen, casi una desfloración, que confirma la gravedad de la violencia sufrida por la niña. Sin embargo, como sucede a menudo, ésta no ha ocurrido brutalmente y, por tanto, explícitamente, sino la bajo la forma de «juegos», fantasiosos y cautivadores, que durante mucho tiempo (para ser exactos hasta que no se llegó a la pérdida de sangre en la zona genital) han engañado a la niña haciéndole pensar que era la compañera de juegos preferida, aunque un poco despreciable, de su papá: Simona refería ingenuamente los intentos de penetración del padre con el órgano genital definiéndolos como «los juegos con el lápiz grande y afectuoso de papá».

Durante una consulta psicológica para verificar los contornos de la victimización sufrida y el daño consiguiente, Simona se demuestra una niña de singular inteligencia, con un uso muy apropiado del lenguaje. Uno de los juegos ideados por ella en la sesión es particularmente significativo para llegar al corazón de las vicisitudes dolorosas y conflictivas típicas de todas las pequeñas víctimas. En un primer momento, Simona desviste a su muñeca y la deja con hostilidad en un rincón de la habitación, casi olvidándola, como si no fuera digna de los cuidados y atenciones «maternas» que habitualmente los niños le dedican en el juego. Luego, en la mesita del centro de la habitación, dispone a los animales domésticos y feroces, sin ninguna separación: hay una fiesta, hay excitación. De repente, Simona dice que ha estallado un incendio, todo el bosque arde y allí en medio también los animales que estaban de fiesta poco antes. En aquel punto parece recordar a la muñeca abandonada lejos: la coge y la arroja con violencia en medio de la mesa, justo en el centro del incendio. Dice que también la niña tiene «la cabeza que arde»: en aquel punto comienza a correr agitadamente en torno a la mesa gritando: «¡Hay una terrible confusión! ¡Hay una terrible confusión!».

El juego se comenta solo: están presentes todos los ingredientes de vergüenza conectada con el haber sido objeto de deseos sexuales (la muñeca despreciada y desnuda), de excitación peligrosa (la fiesta de los animales domésticos y feroces), de transformación de ésta en devastación (a través del complejo significado simbólico del fuego, caliente pero también devorador). Ésta golpea la mente (la cabeza) de la muñeca-niña, generando en ella justamente «una terrible confusión» que paraliza a las pequeñas víctimas.

Otra consecuencia de sentir resquebrajarse la imagen de sí mismo, bajo el peso de la experiencia traumática, es el temor de que también la propia *imagen visible exterior* sea envilecida. Recordemos el temor de Diana de convertirse en el hazmerreír de su pueblo de origen, lugar de vida de parientes y amigos, si, a través de la madre traidora, su secreto hubiera sido conocido: ampliación en forma de mancha de aceite de la vivencia de estigmatización, proyectada desde

el mundo interior sobre la gran pantalla del mundo exterior, pero también triste estado de hecho, si se piensa en las reacciones que suscita incluso en las mejores personas el saber que quien está cerca de ellas ha sido víctima de abusos (Finkelhor, Browne, 1985). Podemos recordar que Freud, cuando aún estimaba que sus pacientes histéricas habían sido en realidad traumatizadas, fue el primero en referir que sentía, al tratarlas, potentes vivencias de horror, terror y desesperación.

Puede sorprender que semejante preocupación no abrume sólo a las muchachas mayores y capaces de prever el impacto desfavorable de la propia historia de victimización sobre el ambiente en que viven, sino que se encuentre con no poca frecuencia también en niñas mucho más pequeñas y, por tanto, teóricamente menos sensibles a problemáticas de imagen pública, de «buen nombre» y similares.

Susanna tiene sólo seis años. Es una niña despierta, competente, bien socializada: vive en una pequeña ciudad del Véneto, donde es fácil encontrar a todos los conocidos durante el paseo de la tarde y donde los asuntos de los demás se hacen públicos con facilidad. Cuando tenía cuatro años sufrió abusos durante algunos meses por parte de un primo de treinta años, alcohólico, pero ha conseguido hablar de ello con una maestra y luego con su madre, un año más tarde. Desde entonces sus padres han interrumpido completamente sus relaciones con el agresor y con la familia de éste: pero la niña vive en la constante preocupación de encontrarse con él, cosa que aún no ha sucedido. Sin embargo, un día, mientras estaba en el parque con la canguro, se le habían acercado unos viejos conocidos comunes también a la familia del agresor, que cortésmente se habían informado también del primo. La respuesta de Susanna explotó del corazón, antes de cualquier control mental, con un espontáneo: «¡Ha muerto!»; entretanto dirigió una mirada implorante a la chica que la acompañaba para que no la desmintiera; ésta, que conocía la situación, balbuceó algunas palabras.

Abordando posteriormente lo ocurrido durante una sesión individual de terapia, la niña no da respuestas pertinentes sobre las motivaciones del propio comportamiento, pero en cierto sentido «recarga la dosis» pidiendo con insistencia noticias del colega de la terapeuta que trabajaba en equipo con ella durante las sesiones dedicadas a sus padres. Muestra preocupación por su grado de conocimiento de las propias vicisitudes: siguiendo este filón, llega rápidamente a enumerar nada menos que 18 personas que, en parte o por completo, saben, según ella, del abuso que ha sufrido. La terapeuta acoge y reformula el pensamiento de la niña: quizá la aterroriza pensar que incluso una sola persona más (el colega) esté al tanto del secreto, que por otra parte había guardado tan celosamente. Susanna llega a imaginar que incluso sus mejores amigas, renovadas respecto de la época de la revelación, dado que ha pasado

a la escuela elemental, podrían verla como una niña «distinta»; y que incluso al pasar por la calle gente desconocida llegara a murmurar sobre ella. Así se explica también la voluntad de eliminar de manera tan drástica al otro principal testigo del secreto, el agresor, haciendo creer que está muerto.

El pensamiento sobre las relaciones significativas

Pasemos ahora al segundo tema, el pensamiento sobre las relaciones significativas. ¿Cómo funciona el universo de Diana? Lo primero que impresiona es una embarazosa *pérdida de parámetros fiables de juicio*, de un claro orden de prioridades en la distribución de razones y sinrazones. Las emociones explotadas arrastran con ellas el pensamiento, provocando demonizaciones (la madre) y desinversiones prácticamente absolutorias (los agresores).

La condición para la persistencia de esta niebla distorsionadora del juicio es el secreto, el que vistosamente caracteriza la experiencia de Diana, pero que, en mayor o menor medida, conforma todas las experiencias de victimización sexual.

Para usar una metáfora, es como si, en un mundo vuelto enemigo por la traición primaria recibida del agresor, todo se derrumbase en medio de un silencio distorsionador.

Viene a la mente una de las obras maestras de Walt Disney, la película *Blancanieves y los siete enanitos*: después de haber tomado conciencia de la traición de la madrastra y, durante poco tiempo, también del leal guardabosques, la muchacha huye al bosque, mientras cae la noche. He aquí que, bajo el peso desgarrador de las emociones suscitadas por la ruptura del mundo familiar, el ambiente se transforma en un conjunto de monstruos que la aferran, la aprisionan y la aterrorizan. Ojos amenazantes acechan, en una noche de pesadilla en la que no es posible encontrar espacio para la comunicación: sólo a la mañana siguiente, sorprendida por la luz mientras yace sobre la hierba, agotada, la protagonista podrá reconocer presencias amigas que la pondrán a salvo.

Se puede decir que el secreto, más que una elección, es la imposibilidad de sustraerse de la pesadilla: nadie puede decir cuándo llegará esa mañana de consuelo. Es necesario, pues, detenerse en este aspecto fundamental para comprender plenamente sus consecuencias e implicaciones.

El primer y obvio efecto del secreto es permitir que el abuso empiece y se

perpetúe en el tiempo sin que se susciten aquellas intervenciones externas que le pondrían fin. Es fácil imaginar que un niño, aún más dependiente que un adulto del mundo exterior para confirmar o convalidar los propios conocimientos, no tiene de entrada parámetros para juzgar las interacciones que le propone el agresor. Al verse obligado tanto por impulsos externos como internos al secreto, y aún más si advierte confusamente que hay algo peculiar en aquello que le sucede, no tendrá la posibilidad de mentalizar juicios, estados de ánimo o sensaciones personales. El secreto funcionará, por tanto, como una potente interdicción a identificarse y conocerse dentro de aquella relación, creando un área oscura para el pensamiento.

Un aspecto particularmente interesante de este corte de las conexiones del pensamiento y de las emociones es sugestivamente hecho presente por aquellos mecanismos de adaptación al abuso, nada infrecuentes, constituidos por una defensa de extrañamiento. Esto puede ser llevado a cabo no sólo por chicos más grandes, con capacidades defensivas elaboradas, sino, sorprendentemente, también por niños muy pequeños. Así nos ha acaecido la aventura de recoger en poco tiempo el relato de una joven que había denunciado, años después de su cese, el incesto del que había sido víctima desde los ocho años, y las declaraciones de una niña de apenas cuatro años, también víctima del abuso paterno. Mientras que la primera con lenguaje obviamente más evolucionado decía que cada vez que el padre se acercaba a su cama, por otra parte muy próxima a la de su hermano, al que nunca trató de despertar, rezaba a Dios para «estar en otra parte y sucedía de verdad», obviamente sólo en su psique, la otra describía su comportamiento durante los actos sexuales perpetrados por su padre como «mirar hacia arriba y pensar que estaba en el jardín» de delante de casa.

Más en general el secreto se configura como una barrera que impide incluso mirarse a sí mismos y comunicarse al respecto, como nos enseña Diana, que se dormía durante la psicoterapia, poniendo en práctica la imposibilidad de mostrar aquello que sentía dentro de sí.

Incluso sin llegar al extremo antes descrito, fragmentación y escisión forman parte del arsenal defensivo habitual de las víctimas, no sólo para poder convivir con un alto nivel de confusión y trauma, sino también debido a la imposibilidad de comunicarse sobre ello. Además, el secreto es un poderoso atentado a las relaciones. Para el niño poseedor del secreto deriva un vaciamiento de las relaciones (aquellas con los potenciales protectores), en las que no puede ser

volcada la comunicación más importante, y un reforzamiento cada vez mayor de la relación (aquella con el agresor) en la que ésta es, en cambio, compartida: el secreto contribuirá, por tanto, a hacer significativa, a través de una peligrosa distorsión de las naturales dinámicas que presiden el establecimiento de relaciones de confianza fundamentales con los adultos, precisa y preferentemente aquella relación en que se es envilecido y victimizado.

En cambio, quien es espectador, aunque sea ignorante, del secreto permanece enredado en una distorsión de la relación: en efecto, el espectador asiste a señales de cuya clave interpretativa carece. Es más, señales que, a través de la fuerte interdicción a pensar y comunicar constituida por el secreto, no puede ver, saber y reconocer, antes aún que conectar entre sí.

Con respecto a esto son ejemplificativas las vicisitudes de una chica, a la que llamaremos Caterina, cuya hermana, también adolescente, había sido víctima, desde hacía tiempo, de abusos sexuales por parte de su padre. Puesto que este último en los años del abuso vivía separado de su mujer en la vivienda de sus propios y ancianos padres, el acomodo nocturno estaba constituido por un único dormitorio en el que dormía con sus dos hijas en camas muy cercanas. Caterina recordará varios meses después de la revelación de su hermana haber sido una vez testigo ocular de una de las interacciones sexuales: habiéndose despertado en plena noche había percibido movimientos sospechosos del padre y de la hermana que en aquel momento estaban en la misma cama. Captada la situación, instintivamente se había encaminado por el corredor con la intención de despertar a la abuela e informarla; un instante de vacilación había hecho que el padre la alcanzase y, empujándola con violencia de nuevo a la cama, la obligara al silencio. Este recuerdo, resurgido vívidamente, había permanecido tan bien sepultado e irreconocible para la mente que Caterina, de buena fe, en un primer momento había negado que aquello que había denunciado su hermana pudiera ser verdad. No sólo esto, sino que la recuperación de la propia experiencia, que entonces había estado tan cargada de inversión emocional, había debido ocurrir a través de una vía onírica: en el filtro del sueño la interdicción de «saber» había podido caer y Caterina se había despertado sudada y angustiada, una vez recobrado todo el impacto traumático de aquel episodio y su significado.

No obstante, muy a menudo el secreto es sentido por las víctimas como un mal menor y muchas veces preferido, según hemos visto en la situación de Diana. Incluso cuando es abandonado, rara vez ocurre como un viraje completo y definitivo: la necesidad de decirse y a la vez ocultarse permanecen presentes, como un modo de gobernar el gran dolor, la temida explosión. Un modo

altamente disfuncional y peligroso, naturalmente: pero la *revelación*, aunque necesaria y liberadora, ¿está de verdad libre de riesgos? Sería un error subrayar su efecto beneficioso y potencialmente reequilibrador respecto de las distorsiones causadas por la precedente situación sin poner en evidencia otro aspecto: si no es gobernado como es debido, este momento puede convertirse a su vez en reforzador del nefasto ordenamiento personal y relacional del pasado y/o generador de nuevos sufrimientos. Podríamos compararlo con una carga explosiva que, bien colocada, puede abrir un pasaje o bien, si está mal dirigida, puede hacer que el terreno se derrumbe todavía más, haciéndolo impracticable. Si esto ocurre, la revelación, un momento extremadamente crítico, puede asumir la función de una segunda victimización, a veces más candente que la primera, arrastrando en cascada otras distorsiones de las relaciones que sustituyen a las anteriores sin que se gane nada de bienestar.

A los veintiún años, Vittoria pide una cita para una consulta psicológica por consejo de una amiga. Ha tenido recurrentes episodios de alcoholismo, no ha terminado los estudios y no tiene un trabajo. En el coloquio añade que tiene relaciones insatisfactorias con sus coetáneos y con sus familiares; nunca ha conseguido ligarse sentimentalmente a un chico, aunque una vez lo habría deseado, por su insuperable rechazo a tener relaciones sexuales: «Es más fuerte que yo». Además, se enfrenta a inexplicables y repetitivos «incidentes»: tiene encuentros desagradables, ha corrido el riesgo, al pasar por una zona notablemente desierta y peligrosa, de sufrir una aproximación sexual violenta, ha acabado bajo un coche haciéndose daño en una rodilla. En todas estas ocasiones la chica sufre por la propia incapacidad de reaccionar, de defenderse: incluso la frecuentación durante un año de un curso de artes marciales, último intento de desbloquearse, no ha alejado su parálisis. Vittoria remonta su gran estado de malestar, advertido incluso subjetivamente con sufrimiento, a un episodio de violación sufrido a los nueve años por obra del sacristán de la iglesia que frecuentaba para los juegos de la tarde en la localidad de vacaciones a la que iba cada año con sus padres. El episodio fue con seguridad muy violento e inesperado; por tanto, dotado de una alta carga traumática: sin embargo, había sido afortunadamente único, llevado a cabo por un extraño con el que no tenía ningún vínculo afectivo y muy alejado en el tiempo. Seguía siendo difícil entender cómo había podido cargar durante tanto tiempo con unas consecuencias tan dañinas, al punto de hacerle la vida muy complicada. Es más, impresionaba la emoción aún intensísima con que Vittoria se bloqueaba en el recuerdo de aquel evento, sin conseguir verbalizarlo más que con la ayuda de la psicóloga, acompañando las palabras con muchos equivalentes somáticos de gran angustia.

Sólo analizando en su conjunto los acontecimientos precedentes y siguientes al episodio traumático es posible hacerse una idea de su efecto. Vittoria tiene una

hermana un año mayor que ella, estimada, desde siempre, como muy juiciosa, una reputación opuesta a la suya. Además, la atención de la madre sobre las hijas había disminuido enormemente a causa de una conflictividad crónica con un marido tosco y violento. Cuando ocurre el episodio traumático la niña no tiene el valor de hablar de él en familia; por un lado, se siente demasiado trastornada; por el otro, se pregunta por qué no ha sido capaz de reaccionar con más decisión, en el fondo las otras amiguitas estaban a poca distancia, al alcance de su voz. Aún más la inquieta la sensación perturbadora experimentada cuando, en los breves preliminares, el hombre le puso las manos encima. Se avergüenza intensamente de ello. Se pregunta qué podría contar, quién le creería: ¿y si le echaran la culpa a ella?

Pocos días más tarde sucede lo mismo con su hermana, como, por lo demás, sin que lo supieran ni la una ni la otra, ya había ocurrido con otras niñas. Pero ésta se comporta de una manera muy distinta: pasado el primer momento de comprensible emoción consigue hablar de ello, llorando, con la madre, que le cree. En este punto Vittoria se arma de valor y afirma que también le ha sucedido a ella. La madre la hace callar: qué no haría esa hija suya para ponerse al mismo nivel que la mayor, incluso en lo malo... De todos modos, se pone en marcha, junto con su marido, para que el agresor sea desenmascarado y alejado: pero Vittoria, que ya albergaba dentro de sí la sospecha de que por ella no se habrían movilizado, y también por esto en un primer momento había callado, tiene ahora la confirmación de sus amargas suposiciones. La hostilidad madurada como consecuencia de los efectos de la revelación continúa envenenando, durante la adolescencia, las relaciones familiares. Pero sobre todo serpentea, invencible en ella, el sentimiento de desvalorización y de culpa por no haber tomado, al menos en aquella circunstancia extrema, las decisiones adecuadas para ganar un poco de estima a los propios ojos y a los de las personas importantes para ella.

Por tanto, si queremos conocer las coordenadas mentales de nuestros pacientes, será necesario habituarse a ver secreto y revelación no como estados antitéticos, sino como expresiones mudadas de color de la misma experiencia, tal como el rojo y el violeta de la escala cromática consiguiente a la refracción en el prisma no son más que elementos de una misma luz.

Pero todavía hay un punto importantísimo que enfocar, respecto del pensamiento de las víctimas sobre el mundo de las relaciones significativas. Ya hemos advertido llamativamente, a través de los relatos de Diana, cuánta hostilidad puede ser concentrada por éstas, no siempre por razones lógicas, en el adulto potencialmente protector, responsable de no haber visto y defendido, aunque la víctima era la primera en guardar celosamente el secreto del abuso. Ante todo debe constatarse que, a diferencia de cuanto ocurre en las situaciones de malos tratos físicos o de desatención, en donde la relación que se hace añicos

es la que se produce entre la víctima y el agresor, en las situaciones de abuso sexual esa *relación* parece más preservada que la que se da *con el adulto protector*. Precisamente ésta resulta más devastada, hasta el punto, a veces, de hacerla estimar irrecuperable —como le ha ocurrido a Diana— aunque siga sangrando por ella.

Las vivencias que están en la base de dichas relaciones no son nada sencillas y aún menos fácilmente confesables. Una vez más el imaginario de los niños puede ayudar a comprender mejor.

Clelia ha sufrido abusos por parte de su padre de los dos a los cuatro años: la joven madre, incapaz en un primer momento de entender y de proteger, ha encontrado, al fin, la fuerza y los recursos para alejarse de su marido con la niña y para denunciar la situación a las autoridades competentes. La pequeña había utilizado muy bien el espacio que le había sido concedido en una valoración de su estado psicológico, solicitada por el Tribunal de Menores con el fin de decidir las mejores medidas de protección, para elaborar la experiencia traumática coherentemente con las posibilidades mentales de su escasa edad. Su buena dotación intelectual le había permitido hacer frente a continuación a los daños residuales de su mundo interior y también a una constante turbulencia del mundo exterior (el proceso, el encarcelamiento de su padre y una nueva relación —luego fallida— de la madre), produciendo una adaptación suficientemente buena. Sin embargo, en su ingreso en la escuela elemental, el paso a un ambiente más exigente y en el que había debido renovar gran parte de sus relaciones con los coetáneos, había puesto al descubierto rasgos bastante preocupantes de su carácter. Intentar atraer la atención de las maestras haciendo alarde de enfermedades imaginarias se había convertido en su costumbre más frecuente: una vez había llegado a fajarse una pierna durante algunos días, fingiendo tener una importante herida, para hacerse mimar y compadecer. Su capacidad de socialización había disminuido mucho, de manera inversamente proporcional a la inversión en los adultos: su actitud plañidera y retirada le atraía la hostilidad y la exclusión de sus compañeros, pero reforzaba, en cambio, la solicitud de protección de los adultos. Aun siendo indudablemente una niña inteligente, cuando era interrogada, o sometida a otro tipo de solicitud de prestaciones, empezaba a balbucear y farfullar, atrayéndose los reproches de las maestras, que, no obstante, apreciaban profundamente sus dotes. Por el contrario, cuando en la clase circulaba incluso ocasionalmente una presencia masculina, como había ocurrido cuando para ciertos trabajos las maestras se habían valido de la colaboración de un objetor de conciencia, se volvía fastidiosamente seductora; una vez había llevado a escondidas a la escuela el *body* escotado que llevaba en danza, para poder cambiarse en el baño y exhibirse en esa impropia vestimenta. En síntesis: parecía que Clelia se había ajustado a un modelo comportamental de perfecta «víctima».

Después de haber intentado movilizar la situación a través de intervenciones

indirectas, valiéndose de la colaboración de la madre y de las maestras, se había decidido ofrecer a la niña una intervención psicoterapéutica enfocada. Clelia, durante los primeros coloquios orientados a definir una especie de contrato terapéutico, da muestras de comprender perfectamente sus problemas, con los cuales no se siente a gusto. Con un gesto conmovedor, al final de la primera sesión simula separarse la cabeza del cuello, cabeza que finge que es pesada y está hinchada por todos los pensamientos que la abarrotan y la molestan, y depositarla dentro de un cajón de la habitación de terapia, para simbolizar el alivio de haber podido encontrar un sitio en el que finalmente aquellos difíciles pensamientos puedan ser compartidos y quizá mitigados.

En la segunda sesión pone en escena con los títeres un «clásico» de «víctima»: la princesa será seducida y luego matada por el diablo. Cuando la terapeuta acoge y explicita, relanzando qué importante debe de ser para Clelia encontrar una respuesta a la pregunta: «¿Cómo se puede dejar de ser una víctima?», la niña se vuelve de golpe hacia ella diciendo: «¿Tú lo sabes? ¡Yo también quiero saberlo!».

En el recorrido de búsqueda común, sin embargo, Clelia sigue sus autónomas vías de elaboración: a menudo demuestra encontrar atractiva, en comparación con otras soluciones más eficaces pero con mayor coste psíquico, la perspectiva mucho más sencilla de identificación con el agresor. Precisamente cuando atraviesa esta fase, la niña realiza una asociación, a través del juego, que parece una perfecta metáfora de la experiencia de victimización de la que aún lleva los signos. Clelia dice que ha leído un libro en clase (*Las brujas* de Roald Dahl) que la ha impresionado particularmente, hasta el extremo de hacerle idear con sus mejores amigas un juego inspirado en él. Explica a la terapeuta que las brujas de su juego (como en el libro) son mujeres bellísimas: gestionan una pastelería, donde las mamás llevan a sus niños a comer exquisiteces. Pero las pérfidas protagonistas, a las que ella y sus amigas tratan de imitar, introducen en los dulces un frasquito de veneno: éste no actúa de inmediato, porque las brujas son astutas y no quieren ser descubiertas, como, en cambio, ocurriría en caso contrario. El veneno, pues, actúa con efecto retardado, cuando los niños ya han vuelto a casa. En aquel punto son transformados en desagradables ratones: sus mamás no los reconocen y los persiguen para matarlos.

Como queda claro por la fantasía de Clelia, no está en juego sólo la hostilidad hacia la presunta estupidez de la madre, que confía, ignorante, a su propio hijo a las manos del insospechable y seductor agresor; sino que debajo está el miedo a ser rechazada por ella a causa de la relación sexualizada con este último, de haber sido confirmada y empeorada en el propio desprecio (los niños golosos se convierten en desagradables ratones) hasta el extremo de que ya no es reconocida y se la ataca destructivamente. He aquí por qué el *problema de la relación con el agresor directo se vuelve secundario* en comparación con esta

más grave amenaza a las relaciones fundamentales, que es vivida como una traición más dramática que la primera.

En este punto están claras al menos las coordenadas esenciales en torno a las que deberá organizarse la intervención terapéutica: en síntesis, habrá que gobernar la crisis de la revelación, mitigar la falta de autoestima y volver a tejer vínculos de confianza, con particular atención al del adulto potencialmente protector.

EL ADULTO PROTECTOR

Partamos también aquí de un caso clínico.

Sofía es madre de dos chicas: la mayor, Marta, ha nacido de un anterior matrimonio, disuelto cuando la hija, ahora mayor de edad, tenía sólo dos años; la menor, Francesca, de nueve años, es, en cambio, hija del actual marido. En la pequeña ciudad habitada por la familia se había armado mucho revuelo cuando el primer matrimonio había naufragado: la nueva historia de amor entre Sofía y el profesor universitario del que hasta entonces había hecho de secretaria parecía perfecta para las crónicas escandalosas. De todos modos, el nuevo compañero se había hecho estable, reconquistando el derecho de ciudadanía en la opinión pública: la posición influyente del nuevo marido había silenciado poco a poco a las malas lenguas. Incluso la parentela se había adecuado: ahora con la familia de Sofía convivían de manera estable tanto la madre de la mujer como el anciano padre de Lorenzo, el marido, en una situación aparentemente serena.

Un gran lunar estaba desde siempre presente: Marta nunca había conseguido aceptar a su padrastro. Primero se había tratado de la previsible hostilidad de una niña que no toleraba ver suplantado a su amado padre. Luego, a medida que la niña había crecido, primero con gestos, luego con actitudes de repulsa y luego con palabras explícitas, Marta había empezado a quejarse con la madre de algunos particulares comportamientos de Lorenzo: éste, que a menudo por la noche exageraba con el alcohol, venía a buscarla a su cuarto, cuando ya dormía. A menudo le había ocurrido despertarse y encontrarlo allí: la miraba, le masajeaba la barriga y le levantaba la camiseta del pijama. A veces quería que le tocara y tocarla en sus partes íntimas...

Lorenzo siempre lo había negado, no tanto los actos en sí, sino que en ellos hubiera presente cualquier veleidad sexual: no recordaba bien, dado que había bebido demasiado, pero desde luego quería cubrir mejor a su hijastra, sentir si estaba fresca cuando estaba un poco enferma o robarle incluso un poco de inocente intimidad física que aquella niña hostil no le concedía de día.

Mientras, Marta crecía. Los duros discursos de su madre al padrastro, que querían desalentar las incursiones nocturnas, aunque Sofía creía en la tesis del malentendido, habían «congelado» la situación: la chica confiaba cada vez más en que aquellos desagradables encuentros hubieran acabado para siempre. Entretanto Lorenzo había empezado a mirarla con insistencia: su cuerpo se transformaba, pareciéndose cada vez más al de su madre. Por fin una noche, de vuelta a casa de una fiesta, en la oscuridad se lo había encontrado encima, apretándola y besándola. Marta había reaccionado en seguida horrorizada, llamando a gritos a su madre: ésta, que se había despertado, intervino. Una vez más Lorenzo había alegado pretextos: no era así, se había dormido en el sillón y, cuando había visto a Marta acercándose en la

penumbra, la había confundido con Sofia...

Esta última comienza a preocuparse seriamente: ¿y si no se tratara de un malentendido, como siempre había pensado? ¿Si no se hubiera tratado de la fantasía exagerada de una niña hostil? Decide que es precisa la ayuda de un tercero: se consulta a una terapeuta y el resultado de los coloquios parece tranquilizador. Por lo demás, Marta sólo quiere que la dejen en paz, Lorenzo ha admitido una vez más el acto autocondenándose, aunque sin reconocerse malas intenciones. Sofia es una mujer enérgica y eventualmente se puede contar con su vigilancia. La familia vuelve a la normalidad.

Precisamente en aquel período Francesca había cumplido seis años y había comenzado la escuela elemental: aun siendo reconocida por todos como una niña brillante, se habían perfilado algunas dificultades de aprendizaje, al principio consideradas no preocupantes. Con el paso del tiempo la situación, sin embargo, no se había resuelto: es más, habían comenzado a manifestar trastornos del sueño cada vez más graves, con verdaderas crisis de pánico (sudoración abundante, hiperventilación y ansiedad irreprimible) en el momento de dormirse. En un primer momento se piensa en el efecto de la zozobra causada por el problema verificado entre el padre y la hermana. Se encuentran algunos apaños provisionales: Francesca consigue superar sus «crisis» durmiendo con la abuela en el pequeño apartamento que ocupaba en la villa familiar, o bien se la manda a casa de alguna amiga, o bien es la madre quien duerme con ella. De esta manera, Francesca está, inexplicablemente, muy bien.

Pasan los años y Sofia empieza a pensar que, si el problema de su segunda hija no se resuelve, quizá también a ella le vendrían bien unos coloquios psicológicos: en el fondo a los otros familiares les han sido muy útiles y han salvado del caos una situación que estaba a un paso de acabar con ellos. La madre se dirige, por tanto, a la misma terapeuta que antes los había ayudado, que inicia algunas sesiones regulares con la niña. Paralelamente, también la relación entre Francesca y su madre parece estrecharse: quizá la niña había visto en el envío a la psicóloga una señal de que la madre tenía más ojos y oídos para ella, sin que la sombra infaltable de Marta, con todas sus desgracias, se interpusiera entre ellas. Sin embargo, los síntomas no son mitigados ni por la terapia, en curso desde hace casi un año, ni por la nueva confianza con la madre.

Así se llega a una fatídica noche: la abuela ha ido a ver a unos parientes, la madre debe salir y Marta está en la semana blanca (vacaciones parciales). Sofia invita a la niña a que su padre, por lo demás tan amado por ella, la ayude a dormir. Francesca empalidece y grita un «¡No es posible!» con una voz muy extraña. Sofia siente que debe de haber algo grave, de veras inquietante. Coge en brazos a la niña y le pide explicaciones. Después de muchas vacilaciones, ésta relata entre lágrimas que una vez se había quedado en la cama con el padre, cuando la madre había tenido que salir por la mañana temprano, pero allí le había sucedido algo extraño. Su padre se había acercado a ella desde atrás y había refregado el «pito» entre sus nalgas, muy fuerte, hasta que se había dormido: ella estaba callada, haciéndose muchas preguntas,

pero sintiendo que no debía decírselo a nadie, quién sabe, si no, qué habría podido suceder... La madre le preguntó a la niña si ése había sido el único episodio. Francesca agacha la cabeza y dice que no, que ha sucedido otras veces, sólo tres; pero no es convincente.

En ese punto Sofia pide una consulta urgente con nuestro centro, aunque está a centenares de kilómetros de su ciudad: o quizá también por eso.

Analícemos, por tanto, aquella sesión de consulta, que fue la única, pero de la que derivó una remisión para continuar la terapia, y para todas las gestiones institucionales del caso, a una localidad más cercana a la residencia familiar.

Sofia es una mujer inteligente y determinada: con estudios superiores, habituada a las buenas compañías, sin problemas económicos, capaz de hacerse incluso rápidamente independiente, puesto que nunca ha dejado su trabajo en la universidad (aunque cambiando obviamente de departamento). Su descripción de los acontecimientos es muy eficaz y precisa, pero parece como si hablara de otro; es incapaz de expresar emociones, como si estuviera anestesiada.

Impresiona cómo su pensamiento parece fagocitado por la preocupación por su marido: las preguntas más acuciantes le conciernen a él. Oscila entre el último intento de aferrarse a la esperanza de que en el fondo no es verdad («Aunque no ha hecho nada grave, las niñas lo sienten como un ataque sexual») y la necesidad de admitir que es verdad y encontrar en seguida una explicación para lo impensable («De todos modos, está enfermo y las niñas sufren»).

La urgencia más grande es hacer algo, más que detenerse a mirar la realidad hasta el fondo. Un poco de niebla («Cuesta creerlo, ¿sabe?») ayuda a estar menos mal: también porque, bajo el impulso de la nueva conciencia, se abren abismos de duda sobre cuánto se podía ver incluso antes y no se ha visto, por ejemplo, la erotización de Francesca, que desde pequeña se masturbaba a menudo.

Sin embargo, el «hacer» se presenta erizado de dificultades paralizantes: parece que los intereses de cada uno chocaran con los de los demás, no sólo en el exterior sino, ante todo, dentro de ella.

La que parece perdida es la posibilidad de entrever algo bueno para ella, haga lo que haga. Una fugaz alusión a este aspecto, surgido al evocar las dificultades encontradas para superar la anterior crisis familiar relativa a Marta, arranca a Sofia la primera lágrima («¡Quizá finalmente consiga llorar!»), la

primera posibilidad de entrar en contacto con las propias emociones. Emociones en seguida apagadas bajo el peso de una presunta indignidad («Era el “gran amor”; por él he estropeado mi vida: y me pregunto, ¿cómo he podido elegir un hombre así?»), que fue quizá la causa, aunque sea indirecta, del sufrimiento de tantas personas queridas: «¡Si se entera el padre de Marta *me mata!*»).

Todas las inversiones afectivas parecen haber quedado enlazadas al pasado roto, dejando ante sí un árido desierto, que no está bastante lleno por el afecto, aunque sea grande e indudable, por las hijas: «Echo en falta mi vida de antes: sé que soy mezquina, pero pienso en aquello que ya no tendré y en ciertos momentos tengo ganas de decir: “¡Al diablo las chicas!”». Sigue volviendo con su pensamiento al marido: «Ni siquiera sé si he dejado de amarlo: ¿sabe?, como cuando muere alguien y dices: “¡Cáspita, cómo lo quería!”».

Frente a las primeras e inmediatas sugerencias de tipo institucional para la protección de las hijas, el pensamiento salta: «Si se hace público (en caso de denuncia penal), no quiero»; «Él ya lo ha admitido un poco, pide que lo curen»; «Qué quiere, siento deseos de protegerlo».

Tampoco para ella, precisamente como ocurre con las víctimas, el secreto puede ser abandonado de golpe y totalmente: sería demasiado devastador. Prefiere cargar con la responsabilidad de hacer de juez dentro de la familia, decidir la pena para el culpable, dosificar el conocimiento de los acontecimientos para, si es posible, salvarlos a todos («Pero ¿se da cuenta cómo sufriría su padre si lo supiera? Tengo responsabilidades»).

Juega también desfavorablemente la idea del impacto sobre el mundo exterior de semejante publicidad; después de haber movido cielo y tierra por la nueva unión, una iniciativa suya rompedora sería vista ahora como una enésima locura: «Se le vería como la víctima y yo el carnicero».

Por desgracia, tanto en el corazón como en la mente hay poco sitio, por el momento, para reflexionar de manera articulada sobre los términos más importantes de la cuestión: las hijas, que, aun siendo el motor de todo, no consiguen por ahora convertirse realmente en el centro determinante del pensamiento y de la acción.

También aquí puede ser interesante hacernos una idea de la significación del ejemplo clínico elegido. Puede impresionar el grado de cultura y de estatus socioeconómico de Sofia: pero es bueno recordar que el abuso sexual se verifica

con frecuencia en familias de nivel sociocultural medio y alto, a diferencia de cuanto ocurre en las situaciones de malos tratos físicos y desatención. En los datos obtenidos y analizados por nosotros, relativos a los casos que hemos tenido a nuestro cargo entre 1990 y 1995, sólo el 36 % de las familias era de clase baja, y casi el 20 % pertenecía, en cambio, a la alta.

Sin embargo, no es en absoluto infrecuente que personas dotadas de buenos recursos se encuentren paralizadas, como bajo el influjo de un «maleficio», incluso en presencia de tantas señales preocupantes para cualquier observador externo, como eran, en nuestro ejemplo, los síntomas de la hija menor e incluso las afirmaciones explícitas de la mayor.

No es raro, además, que incluso la intervención de profesionales expertos, pero no habituados a tratar específicamente esta materia, acabe constituyendo una cuña más en el muro de mistificación con el que estas familias defienden, y, en el caso de algunos componentes, de buena fe, una visión idealizada y poco realista de sí mismas.

Sentadas estas premisas, se pueden señalar los nudos problemáticos fundamentales que el coloquio con Sofía pone al descubierto; algunos de ellos son comunes a la mayoría de los adultos protectores, es decir, de aquellos que, frente a la aparición de señales de una experiencia traumática sexual, se posicionan, aunque entre mil dificultades, del lado de las pequeñas víctimas, buscando la mejor manera de tutelarlas.

El derrumbe del propio mundo

Se puede afirmar que, en el momento en que la percepción del pasado abuso alcanza sin posibilidad de retorno al adulto protector, se verifica para este último un trauma agudo, que no es inferior en entidad al sufrido por las víctimas. Es más, estas últimas pueden ver en la revelación su momento de rescate, de liberación, aunque hemos visto cuán conflictivamente. Para el adulto protector este aspecto puede ser reconocido con la mente, pero en un primer momento no puede corresponder mínimamente al estado emocional. A través de una especie de «paso de testigo», el peso del trauma pesa sobre sus espaldas y produce las mismas vivencias ya constatadas en las víctimas. Sofía se siente evidentemente

impotente y traicionada: dilacerada por intereses conflictivos y aplastada por la imposibilidad de encontrar soluciones que salven a todos cuantos quería y aún quiere. Un área de «sexo oscuro» alarga ahora su sombra sobre aquella que parecía una familia normal, abriendo dudas sobre los significados quizá simplistamente atribuidos a señales precedentes (la masturbación de Francesca), deformando de manera monstruosa aquellos que hasta hace poco parecían los comportamientos fundamentales de asistencia. Se siente también intensamente culpable, aunque en ese momento lo expresa también como rabia por no haber sido iluminada a tiempo, incluso habiendo pedido ayuda competente; pero oleadas de dudas sobre sí misma como mujer y como madre ya se abren camino en ella. Un comentario de la psicóloga sobre la interpretación que ahora despierta en ella precisamente el hecho de recordar los comportamientos sexualizados de la hija menor, suscita una repentina confirmación y defensa al mismo tiempo: «Desde luego que me hace pensar: pero ¡ahora! ¡Ahora!».

Es también natural que sea mesurada, en el momento de la toma de conciencia de la victimización del hijo, una gran desproporción entre aquello que ahora se ve con suficiente crudeza y el ideal del Yo, entendido en todas sus expansiones (mi familia, mis hijos, mi posición...).

Veamos, como se ha hecho en el anterior capítulo sobre las víctimas, la contribución que otros adultos protectores pueden dar como confirmación y completamiento del cuadro eficazmente ofrecido por Sofia. He aquí primero algunos ejemplos de qué doloroso puede ser «ver».

Roberto es el joven padre de Samanta; cuando la niña, con sólo cuatro años, le pide a la madre que le meta el dedo en la vagina «como hace el tío», aludiendo al hermano del padre, desde hace tiempo alcohólico, se produce una revolución en la casa. Después de una primera reacción violenta contra su mujer, acusada de ser el origen de estos pensamientos perversos, y un período de defensa a capa y espada de la propia familia de origen, también Roberto se convence al fin de que aquella afirmación de su hija, completada, además, con otros episodios, sólo puede ser verdad. Recordando tiempo después aquel momento, encuentra estas palabras para expresarlo: «¡Mi hermano me ha violado también a mí! ¡También yo lo he sufrido!». En asociación inmediata con tal afirmación, le vuelve a la mente un sueño que tuvo el día anterior: no consigue recordar muchos detalles de cómo se construía la situación, como de costumbre, absurda y complicada, pero se acordaba con viveza de que había sido descubierto como violador de su hija y se había despertado de golpe, horrorizado. «Ver» el abuso evidentemente había forzado hasta tal punto sus

parámetros mentales que todo se había hecho espantosamente posible: los niños podían ser objetos sexuales, los adultos podían deseárselos como tales; quizá a cualquiera le podía suceder algo semejante, incluso a él...

Rossana, de cuya situación se hablará más adelante, recordaba de este modo el nacimiento en ella de las primeras sospechas sobre la posibilidad de que su hija Giada, también de cuatro años, pudiera haber sufrido atenciones sexuales por parte de su padre, del que se había separado hacía algunos meses. Entonces estaba ingresada en un hospital para una pequeña intervención y la niña estaba temporalmente con su ex marido. Giada había aludido misteriosamente al hecho de dormir en la misma cama que el padre, a tener que hacerle «de enfermera». Más que las palabras, la había turbado la expresión de la hija, tan extraña. Sin embargo, en ese momento no se había activado en ella ningún pensamiento consciente. Sólo algunos meses más tarde, el agravamiento de los comportamientos sexualizados de la hija la había inducido a hacerse preguntas, a solicitar una consulta psicológica, al menos indirecta. En aquel punto le había vuelto a la mente el sueño angustioso que tuvo la misma noche de las primeras y vagas confidencias de Giada, mientras aún estaba en el hospital. Había soñado que en sus ojos se habían introducido de repente unas enormes lentes de contacto, que provocaban una visión tan cercana de cada objeto que le daban la impresión de que cuanto estaba a su alrededor se introducía de manera amenazadora dentro de ella, invadiéndola. Se había despertado espantada y ansiosa y durante mucho tiempo no había conseguido volver a dormirse: aunque luego se había olvidado de ello.

Después de que se ha «visto» comienza el calvario del derrumbamiento personal.

Giovanna es la madre de Elena, de la que se hablará más extensamente en un capítulo posterior. La pequeña ha sido objeto de abusos sexuales por parte de su padre desde que tenía un año y medio hasta los cinco años, momento en que se produjo la revelación. Giovanna en aquel tiempo ya estaba separada del marido y no vaciló en recorrer con constancia el camino para acompañar a su hija, afrontando con valor incluso difíciles luchas en el plano del procesamiento penal. Siguió llevando, con determinación, a la niña a terapia y haciéndose apoyar ella misma, haciéndose cargo incluso de los honorarios sin recurrir a las ayudas económicas de las instituciones, contando sólo con un sueldo de empleada. No obstante, algunos años después de aquella primera toma de conciencia del abuso de la hija, recuerda como una herida abierta la experiencia de aquellos momentos: «Lo que se siente es la destrucción de ti misma. Ya no vales nada». Luego continuaba informando con lágrimas en los ojos que el propio derrumbe personal es hecho aún más amargo al ver cortados a su alrededor los normales canales de comunicación a través de los cuales se busca alivio a las propias penas cotidianas: «No he hablado de ello con ninguna de

mis colegas. Nadie te puede entender, sólo quien ha sufrido, quizá. De los demás, con una cosa por el estilo, sólo puedes esperar que te vean a ti, o a tu hija, como unas “taradas”, unas guarras: y esto no lo habría podido soportar».

Este sentirse diferentes, portadores de un secreto vergonzoso, que le había cortado el camino del diálogo con sus allegados, había tenido un efecto doloroso también dentro de su familia de origen: mientras que su hermana había estado cerca de ella, dándole apoyo y comprensión, y sobre todo sin juzgarla, su hermano, que había alcanzado una posición social que salvaguardar, había tomado decididamente distancia de todas aquellas historias de sexo, procesos y psicólogos, echándole la «culpa» de una unión matrimonial que nunca había aprobado y dejándola atrapada en sus debilidades personales.

Aún más doloroso es para los padres sentirse aplastados por una inadecuación oscuramente culpable hacia los hijos victimizados, que puede a veces cegarlos en cuanto a la desesperada necesidad que éstos todavía tienen de encontrar en ellos seguridad y contención, pero aún antes cercanía física y afectiva, aunque el padre no sea «el mejor posible». La depresión y la impotencia también crean distancia dentro de la relación que más que ninguna otra debería estar libre de ella, para expresar valores de contención, protección y cuidado.

Fabrizia tiene una sola hija, Sara, de cinco años: también de esta situación se hablará en extenso más adelante. Sara ha sido víctima de abusos sexuales por parte del abuelo paterno. Desde el momento en que el drama queda al descubierto y comienza la ayuda psicológica requerida espontáneamente por los cónyuges, se hace evidente que una de las condiciones previas que había hecho posible la continuación durante meses del abuso estaba constituida por una relación muy difícil entre la madre y la hija. Entendámonos: nada llamativo puede registrarse en los comportamientos cotidianos; pero Sara siente profundamente, y con fundadas razones, que la mente de su madre no está en ella, está demasiado ocupada con su padre, puesto que había habido, cuando ella era más pequeña, graves incomprensiones entre los padres, aún no del todo resueltas.

Comienza un trabajo específico sobre la relación madre-hija, que se desarrolla de manera muy satisfactoria, acercando a Sara gradualmente a su madre, con solicitudes explícitas de confianza y de atenciones físicas, como si quisiera recuperar el tiempo perdido.

El aspecto más difícil es hacer que Fabrizia tome conciencia de que el daño, del que se había hecho aguda y dolorosamente consciente después de las primeras revelaciones de la hija (también justamente herida por el hecho, que desde luego no podía ser casual, de que Sara había elegido primero a una maestra y no a ella como

confidente), se estaba reparando y que ya podía dejar de sentirse una madre indigna y deficiente: «Me siento como una rebanada de tarta demasiado pequeña, ¡soy precisamente yo quien no consigue estar a la altura!», había dicho de sí misma. Además, este estado de ánimo era una continua fuente de irritación y dolor para la misma hija, que ya no sabía cómo hacer para que su madre comprendiera cuánto la deseaba y necesitaba. A menudo acababa reaccionando de manera irritada y nerviosa, confirmando, con un buen círculo vicioso, la idea de la madre de que era incapaz. Como ocurre a menudo, nada es más eficaz que las profecías que se autodeterminan.

Mientras este trabajo para construir un sólido puente relacional entre madre e hija estaba en pleno curso, se fijó la audiencia testimonial de Sara, que se desarrolló de manera insuficiente, si no en el plano estrictamente jurídico al menos con respecto a las expectativas de la madre, que tantas energías había gastado en acompañar afectuosamente a su hija. Sin embargo, la primera reacción de Fabrizia deja transparentar muy poco de este estado de ánimo: una buena racionalización de lo ocurrido y de sus múltiples razones, conectadas con el enredo de las lealtades familiares en cuyo centro la niña había podido sentirse atrapada, es suficiente para permitir una aparente superación adaptativa del nuevo fracaso, que, además, por suerte, no había comprometido el recorrido procesal. Se activa también una cierta dosis de proyectividad defensiva: se concentra rabia con relación a quien, queriendo sostener la propia tesis negatoria respecto del abuso, había impuesto a la niña una tarea que habría sido demasiado gravosa incluso para un adulto. Pero no es más que la fachada.

Hace falta un mes para que Fabrizia pida una sesión para sí misma: una vez obtenida, logra contar el tremendo sentimiento de fracaso personal que, por más que haya hecho para combatirlo, no consigue abandonarla desde el momento del testimonio de su hija. Al ver cómo le costaba a la niña, los esfuerzos parcialmente inútiles de quien la interrogaba con toda la delicadeza y habilidad posibles, no sólo ha sentido nuevamente que era por su causa, de su estupidez de no haberse percatado oportunamente del abuso, que la hija ahora sufría, atribuyéndose, por tanto, masivamente toda culpa; sino también después, incluso con toda la ayuda recibida, no había sido capaz de dar ningún alivio a Sara, a la que veía prisionera como el primer día de los propios sufrimientos. Baja la cabeza: ni siquiera consigue llorar, como ocurre cuando la humillación y la amargura son demasiado grandes y no permiten darse al menos el consuelo de replegarse sobre el propio dolor.

La terapeuta trata inútilmente de mitigar este estado de ánimo, reclamando a su mente varios factores que contradicen esta despiadada e injusta visión de sí misma: no hay nada que hacer. Como ya estaba programado, la segunda parte de la sesión habría debido dedicarse a un intercambio de comunicaciones entre madre e hija precisamente con relación a aquel episodio procesal y a sus significados: la tarea se presentaba ahora tan indispensable como difícil, por el riesgo de inducir en Sara un injustificado sentimiento de culpa por haber causado tanto sufrimiento destructivo en su madre. La terapeuta aborda la tarea con el mayor tacto posible, pero intentando no mistificar y hacer entender a la niña qué impotente e inadecuada se ha sentido su

madre con ella. Sara reacciona, según es costumbre en ella, con un tono agresivo: pero los contenidos de su razonamiento, aparentemente disparatado, resultan del todo peculiares. Con un salto lógico dice que cuando vuelva a casa castigará a su madre, que llora siempre, haciéndole el «juego de la momia». Cuando la terapeuta se informa, Sara explica que cogerá muchos rollos de papel higiénico y obligará a su madre a dejarse atar completamente, así ya no podrá moverse de la cama: si necesita algo deberá pedírselo a ella. Fabrizia confirma que a veces su hija le ha pedido hacer este juego, motivándolo como una especie de tortura, y que ella a veces se ha sometido a él con la intención de no contrariarla. La madre siente esta iniciativa de la hija como un castigo con el que, por lo demás, está de acuerdo, visto que se siente tan incapaz: no consigue comprender en lo más mínimo aquello que, en cambio, la terapeuta ve, es decir, un último intento de Sara de hacer entender a su madre, al menos por la fuerza, el mensaje del propio deseo de tenerla cerca, para ella, y no perdida detrás de sus pensamientos depresivos, que ocultan la verdadera realidad de su relación.

Un breve diálogo con Sara, un poco en el registro de lo imaginario, un poco en el de la realidad, lleva fácilmente a iluminar este segundo significado: la niña acoge con alivio la intervención y dice explícitamente que atar a su madre le parece a veces la única manera de obligarla a verla de verdad y a experimentar aquella intimidad que tanto necesita. No satisfecha con esto, la niña se sube a las rodillas de su madre y le coge el rostro entre las manos, comentando cada rasgo de su rostro, aparentemente de manera risueña, pero haciéndole entender que no se ha perdido ni un detalle de él y que quiere que lo dirija hacia ella.

Sara es despedida, agradeciéndole que haya hecho una contribución tan importante para que la relación con su madre, desde hace mucho tiempo complicada y llena de malentendidos, pudiera aclararse y, sobre todo, para que ésta pueda darse cuenta de cuánto la necesita su niña, aunque a veces se lo demuestre con irritación. La madre es retenida aún durante un rato. Fabrizia se ha serenado un poco: el significado simbólico del comportamiento de la hija ahora le queda bien claro. Nada de tortura: por más que le pueda parecer inexplicable, vista la baja estima que tiene de sí misma, es innegable que Sara la desea intensamente. Esta nueva percepción, llegada al corazón no a través de racionalizaciones sino de los mismos gestos y palabras de la niña, comienza a darle consuelo y a obligarla a una seria revisión de la propia y destructiva amargura.

El último aspecto del derrumbamiento es la reactivación de los más importantes nudos problemáticos precedentes: incluso aquello que ya parecía recompuesto en una aceptable adaptación, corre el riesgo de mostrar imprevistamente sus lados aún virulentos. A veces en el esfuerzo, humano, de darse una razón de lo impensable (y por más que los periódicos citen como frecuentes las situaciones de abuso, nadie piensa de verdad: «Podría ocurrirme a

mí») se buscan los motivos de una especie de venganza del destino por alguna culpa precedente. A veces problemas relacionales no del todo superados se reactivan, creando enemistades y distancias allí donde habría tanta más necesidad de apoyo mutuo: la experiencia de la explosión de los propios vínculos precedentes, con tomas de posición a veces inesperadas y dolorosas, no es en absoluto infrecuente para los adultos protectores. En ocasiones problemas personales que ha costado mucho hacer retroceder y al abrigo de los cuales se ha intentado construir un futuro propio, vuelven como «esqueletos en el armario», que parecen haber contaminado también la vida de las personas más queridas: éste es, por ejemplo, el caso de las madres protectoras que han sido a su vez víctimas de abusos sexuales y que ven concretarse con horror delante de sus ojos la reedición de la propia experiencia, doblemente dolorosa. Todo coopera para reforzar el sentimiento de desvalorización, provocando una ulterior dispersión en el pozo del pasado de energías que sería tan necesario dirigir hacia la reconstrucción.

Volvamos a Fabrizia, de la que acabamos de hablar. En una dramática sesión, al principio de la toma a cargo terapéutica, mientras la psicóloga trataba con delicadeza de explicar a la madre los resultados, desde luego, no alentadores, del examen prediagnóstico de la pequeña Sara, Fabrizia de repente baja la cabeza y estalla en sollozos. Afirma que sabe por qué su hija había debido sufrir tanto: era un castigo divino para ella, indigna de tener una maternidad de la que obtener alegría, como siempre había soñado. Recuerda que había quedado embarazada cuando aún era novia de su actual marido: eran demasiado jóvenes para pensar en el matrimonio y sus condiciones económicas eran muy insuficientes para formar una nueva familia. Y luego, sobre todo, él no toleraba los vínculos, aún soñaba con poder coger una moto y, con la mochila a la espalda, dar la vuelta al mundo... Así, sola, sin el consuelo de nadie, ni siquiera de su novio, había abortado: pero nunca se lo ha perdonado, por más que muchos religiosos a los que se había dirigido en el curso de aquellos años hubieran coincidido en que Dios puede perdonar culpas mucho más graves que aquélla, y que sobre todo la venganza no es su sistema... Ahora ve, destrozada, que habiendo inmolido voluntariamente un hijo, al que nunca olvidará, en el altar de aquel hombre, otra le es arrancada y victimizada siempre a causa de él, al que ha tenido la culpa de amar demasiado.

Rossana, madre de Giada, sufrió a su vez abusos sexuales por parte de un tío paterno durante la adolescencia. Aunque su experiencia ha tenido connotaciones más leves que las de su hija, tanto por la edad en que se ha producido como por la menor intrusión de los actos sexuales, la mujer sabe cuánto ha llevado dentro de sí la herida

consiguiente a aquel trauma. Sus graves problemas depresivos en el período del abuso parecían haberse resuelto. Pero he aquí que habían resurgido durante la vida matrimonial, precisamente en el momento en que, deseadísimamente, había nacido Giada. Crisis depresivas, acompañadas por la recurrencia de comportamientos anoréxicos alternados con comportamientos bulímicos, le habían hecho imposible vivir la maternidad, sobre todo en los primeros meses de la niña, con la necesaria serenidad. Luego el deterioro cada vez más grave de la relación con el marido, hasta la separación, conflictiva y densa de episodios violentos. Ahora, el descubrimiento de que, mientras ella buscaba un camino para sí misma, su hija era triturada en idéntica experiencia, es más, en una aún más horrible.

A pesar de que una terapia la había ayudado a elaborar el antiguo abuso, vuelven siempre importantes somatizaciones: calambres y cólicos intestinales le impiden comer sin vomitar inmediatamente después. Su pensamiento corre hacia el tío agresor: «Todavía lo siento en mi barriga. Sé que no ha terminado». Le vuelve a la mente con desesperación el preciso momento en que ha decidido ligarse de manera estable con su marido: recuerda que había sido forzada por él a interrumpir otra relación, con un chico con el que compartía muchos intereses, a través de numerosas escenas pasionales. Una vez había detenido el coche sobre un puente y había amenazado con tirarse si ella no aceptaba casarse con él; allí había pensado: «Nadie podría amarme más». Ahora se mataría por su propia ceguera, que la había hecho tomar por amor aquella señal de una personalidad impulsiva y patológica. Ahora ve con claridad que en aquel momento la víctima que había en ella tomó la delantera, haciéndole arrastrar la propia vida a una enésima adaptación patológica en la que la única vía de escape han sido los síntomas. Ahora, cuanto tiene de más querido, su hija, es arrollado por la misma corriente: «Siempre he sentido que estaba en un error: pero ¡ahora tanto dolor es demasiado!».

El rechazo

La violencia de los sentimientos antes descritos es tal que reacciones de rechazo de la conciencia del abuso, en medida más o menos importante, se verifican casi regularmente. En el fondo, volver a una niebla que permita el beneficio de la duda es, en principio, mil veces preferible que aquella tremenda certeza. En consecuencia, aunque no lo aprobamos y hacemos de todo para oponernos a ello, debemos esforzarnos por entender el fenómeno por el que sólo el 40 % de las madres de víctimas, según la literatura internacional (Everson y otros, 1989), se pone del lado de las mismas después del descubrimiento del abuso. Añadamos que del análisis de la casuística llegada a nuestro centro entre

1990 y 1995 (Malacrea, en prensa) se obtiene un dato aún más desconsolador: sólo el 32,5 % de los niños víctimas de abusos recibe la suficiente protección familiar, porcentaje que disminuye si se consideran sólo los abusos intrafamiliares (26,9 %).

Sofía, como hemos visto en el ejemplo clínico, dice: «¡Es increíble, ¿sabe?»; ha pasado largos años de vacilaciones, con su primera hija, Marta, antes de rendirse a la evidencia.

La madre de Elena, Giovanna, de la que ya se ha hablado, refiere que su primer pensamiento cuando su hija le habló de los abusos paternos, fue: «¡No será para tanto!».

Camilla, con casi cuarenta años, sentía que había alcanzado el punto de mayor estabilidad en su historia familiar: la relación con su marido estaba equilibrada por la larga costumbre, los hijos ya mayores, una cierta tranquilidad económica... Luego una noche, como un rayo con el cielo sereno, la hija menor, Tecla, de trece años, le había puesto delante una página de periódico. Frente a su cara interrogativa vaciló largamente antes de hablar: pero la extraña expresión de su hija no presagiaba nada bueno. «También papá me hace eso»: el artículo hablaba de un hombre denunciado y encarcelado por molestar sexualmente a su hija. Todo, recuerda, se le confundió delante de los ojos: consiguió hacer pocas preguntas, obteniendo lacónicas respuestas; quizá no quería saber más.

Esa misma noche, mientras daba vueltas insomne en la cama, precisamente al lado de aquel al que ahora habría debido ver como un monstruo desconocido, recuerda la sensación física de vacío interior y opresión, como si todo el mundo se le hubiera caído encima. A la mañana siguiente decidió que no podía ser verdad.

Incluso después, tras perder a su hija, alejada por el Tribunal de Menores, y constatar el resultado negativo del proceso penal, que concluyó con una grave y documentada condena del marido, nada ha conseguido convencerla de que volviera a adentrarse en aquel túnel psicológico en que, por espacio de una larga noche, le había parecido morir.

Afrontar las consecuencias

Si con estas desesperantes premisas al adulto protector le queda valor, y debe ser mucho, para proseguir su camino y dar una vistazo a los daños a los que poner remedio para poder seguir viviendo, se presentan delante dos tareas tan

arduas como indispensables.

En la familia

La primera consiste en la capacidad de mirar en el interior de la propia familia, de los vínculos más estrechos, para hacer un inventario realista de las grietas que, sin que el adulto protector haya podido percatarse, se habían ramificado en todas las relaciones. En efecto, le corresponde a él dar solución a aquello que no ha causado directamente, pero a lo cual ahora debe encontrar urgente remedio, si se quiere detener la oleada de sufrimiento. Como es comprensible, esta gravosa posición a menudo produce zozobra y con frecuencia también accesos de rabia y rebelión: ¿por qué quien es responsable del trauma se sustrae a él negándolo, o, en la mejor de las hipótesis, haciéndose curar, liberado al menos de momento de toda obligación paterna, y en cambio sobre las espaldas de quien se ha encontrado víctima junto a su propio hijo debe pesar toda la tarea de aplacar el dolor, reconstruir y sanar?

Dado que esto forma parte de los extraños equilibrios de la vida, sabemos que es inevitable; también es el único modo de recuperar un puesto de padre, una especie de timón de gobierno en una situación que tiene una extremada necesidad de ello.

Precisamente en el esfuerzo de poner remedio se presentan delante uno a uno los nudos problemáticos, que requieren, además, iniciativas aparentemente divergentes.

En efecto, se constatará, por un lado, que el abuso ha cortado los hilos de conexión de las comunicaciones y de los sentimientos dentro de la familia, mucho más allá de la relación entre víctima y agresor. Ante todo, una sombra amenazante se ha extendido sobre la relación del *hijo* precisamente con el adulto protector: ya hemos analizado con abundancia de elementos este aspecto cuando se ha hablado de las vivencias de la víctima.

Pero si hay otras personas en la familia, por ejemplo, *hermanos*, también con éstos se habrán cavado surcos de incompreensión: el malentendido y la mistificación obligatoria para mantener el secreto habrán creado una distancia, que es necesario colmar con delicadeza. Recordemos la situación de Caterina y de su hermana, descrita al principio de este capítulo.

Como se puede intuir, no es fácil *encontrar las palabras* cuando se trata de

niños, cuya natural ignorancia de hechos que no tienen nada que ver con las normales informaciones sexuales no debe ser profanada, pero a los que es preciso dar algunos instrumentos para entender qué le ha ocurrido a la víctima y el motivo de los vínculos revolucionados dentro de la familia. Además, es de enorme importancia que, si algún reproche puede hacerse a sí mismo el adulto protector, demasiado confundido y superficial para captar el significado de cuanto ocurría bajo sus ojos, sienta que no debe repetir el error; y que para los hijos, tanto la víctima como los otros, exista la prueba reconfortante de que se puede salir de la niebla y de los silencios mientras alguien, al fin, no deja en manos de los niños la gestión de secretos más grandes que ellos, sustrayéndose a las propias responsabilidades.

Además, si ahora el padre protector ya no puede engañarse pensando que los hechos perversos de naturaleza sexual son ajenos a la propia vida familiar, deberá también prever que quizá fragmentos de ellos hayan sido entrevistados o intuidos por otros miembros de la familia, en relación con los cuales es posible que la salvaguardia del secreto no fuera mantenida tan estrictamente como en los suyos. Es, por tanto, necesario, a fin de que todo el escenario se delinee por completo, que del adulto parta una especie de *legitimación para tratar temas sociales* y una guía para ponerlos en palabras.

Citaremos el ejemplo de Beatrice. La niña tiene diez años cuando es alejada de casa por medio de la intervención del Tribunal de Menores junto a su hermana menor, Fiammetta, de cinco años. Ésta había hecho preocupantes revelaciones a la maestra del parvulario, sobre atenciones sexuales sufridas por su padre. Beatrice, durante la valoración psicológica, cuenta que en casa su padre tenía a veces un comportamiento extraño. Nunca cerraba la puerta del baño y a menudo había ocurrido que tanto Fiammetta como ella lo encontraran desnudo: si luego sentían curiosidad, eran invitadas a mirar o a tocar desde más cerca. Sucedió también que él mismo entraba en el baño o en el dormitorio mientras ellas se lavaban o vestían y aprovechaba para tocarles las partes íntimas. La madre no decía nada; quizá no le importaba, según Beatrice.

Luego una tarde sucedió que, al trepar hasta un pequeño armario en su parte más alta, para coger la goma de pegar, la niña había advertido una bolsa que nunca antes había visto; presa de la curiosidad había echado un vistazo dentro, descubriendo unas cintas de vídeo tituladas «Había hombres y mujeres desnudos». Recuerda haber llamado en seguida a su madre para enseñárselas: ésta acudió pero no hizo comentarios... «Tenía la cara trastornada.» Todo fue repuesto en su lugar: Beatrice está convencida de que su madre ni siquiera riñó con su padre por aquellas cintas

(está segura de que pertenecían a él, aunque nadie se lo dijo). Quizá aquello tampoco le importaba.

En la realidad las cosas fueron de otra manera: la madre de las niñas refiere que desde hacía tiempo estaba en lucha con su marido a causa de sus comportamientos groseros e indiscretos. Parecía que experimentaba placer dejándose ver desnudo o buscando la manera de ver y tocar a sus hijas desnudas. «Total, son mis hijas», era su justificación. Al descubrir las cintas pornográficas se había producido una pelea, al fin de la cual se había comprometido a deshacerse de ellas. Por tanto, la suya no era en absoluto indiferencia, como había concluido Beatrice. Sin embargo, su imposibilidad, que reconoce, de dar un nombre a aquello que veía ocurrir, nombre que fuera comunicable también a la hija, por más que pequeña, había congelado su relación con ella, al menos en este punto (muy importante, a la luz de las revelaciones sucesivas de la hija menor), haciéndola aparecer a sus ojos como una madre superficial y desconsiderada, y un interlocutor imposible para confidencias sobre aquel tema.

Es interesante advertir que sólo después de algún tiempo transcurrido en una comunidad Beatrice consigue contar que en aquellas famosas cubiertas no había representados sólo *stripteases*, sino que se veían escenas de coito oral (las mismas que Fiammetta refiere a sí misma, sin que lo sepa Beatrice) que, aunque no comprendidas en su significado, la niña consigue describir con precisión. De este último detalle no ha hablado con su madre, ni sabe si también ella ha visto esas figuras. Sigue pensando que para ella no tiene importancia...

Al volver a tejer los hilos de la comunicación mutua, antídoto del secreto, será preciso que el adulto protector salvaguarde la posibilidad de darse el tiempo necesario para sondear hasta el fondo los secretos de cada uno, como también las áreas de duda, desconfianza e incompreensión que pueda haber en los rincones del mundo interior de los hijos. Nadie puede desear más que estos últimos que el cambio en curso barra milagrosamente los largos tiempos sombríos en que se ha consumado el abuso. Comprensiblemente, éste es también el deseo del adulto protector. Sin embargo, hay que estar en guardia respecto del riesgo de inducir, también en este camino de reconstrucción, procesos de *idealización*: tarea que requiere nervios firmes y mente abierta. Asimismo, debe tenerse en cuenta que, cuanto más frágil y en situación precaria aparezca el adulto ante los hijos, tanto más fácilmente se activarán procesos de adaptación sobre mínimos de comunicación, que pueden dejar inexploradas amplias áreas de cosas no dichas, tanto respecto de los hechos como de los sentimientos.

Volvamos a Sofía (véase el epígrafe «El adulto protector»). Una de las primeras

sugerencias recibidas concernía precisamente a la necesidad de encontrar la manera de hablar con Marta de cuanto había ocurrido con su hermana. Al mismo tiempo era necesario señalarle que ahora no sólo la madre le creía plenamente y se excusaba de no haberlo hecho antes, habiendo debido esperar esta segunda catástrofe para enfocar la patología del marido; sino también que todas aquellas explicaciones relacionales que se habían encontrado entonces en los episodios referidos por ella, y que tenían como centro sustancialmente el hecho de que ella era distinta de Francesca en tanto no era la «verdadera» hija (ella hostil y recelosa hacia el padrastro; éste obligado a forzar la intimidad de ella para reconquistarla), no tenían ningún significado y la habían aislado culpablemente de la familia. Esto ya no volvería a suceder.

Sofía trata de ejecutar la sugerencia, cuya utilidad reconoce. Marta rompe a llorar, tanto por la pena mantenida tan largamente en el corazón como por el dolor de ver que también Francesca, tan tiernamente amada por ella, ha caído en la celada de aquel hombre: y quién sabe si, siendo ella más decidida, más convincente, incluso más desconfiada, habría podido entender algo, custodiar a su hermana, ponerla en guardia... En cambio, también ella estaba persuadida de que había exagerado y de que esto había ocurrido porque nunca había soportado a su padrastro... También la madre llora con ella: el momento es precioso para restablecer las connotaciones de una verdad común, por fin; para devolver la confianza en la propia capacidad de juicio; para recuperar una solidaridad antes empañada.

Luego Sofía no resiste: incluso sabiendo que aquellos hilos recién entretejidos son aún tan frágiles, tiene necesidad de una inmediata confirmación personal. También ella es un ser humano, después de todo, y tiene necesidad de saber si su indecisión y estupidez precedentes han cavado una trinchera entre ella y Marta. Le pregunta, por tanto, si alguna vez ha sentido que le ha faltado la protección de su madre. Marta se lo confirma, aunque la realidad está ahí, entre ellas, del todo evidente. Incluso cuando había sucedido el último episodio, recompuesto luego a través de la terapia, la chica había debido amenazar con marcharse de casa: si hubiera sentido a su madre preparada y enérgica quizá no habría debido llegar a tanto...

Todo parece aparentemente recompuesto: pero algo se congela. En efecto, cuando Sofía le pide a su hija que participe en el trabajo terapéutico que todos deberán emprender para salir del túnel, esta vez con los ojos bien abiertos, la chica se niega. Es mejor que ella no venga, sobre todo para hablar de sí misma. Prefiere pensar en sus estudios, en sus clases de danza y en su chico: cerrar, al menos por lo que se refiere a ella, toda esa desagradable historia.

Sofía se siente casi aliviada de no tener que adentrarse más en los daños relacionales que pueden afectar a esta hija: la tarea de pensar en la otra, más pequeña y doliente, ya es bastante gravosa. Parece esperar que, una vez más, Marta sea capaz de gobernar la situación sola. No entiende que el mensaje recóndito (una especie de «no hablemos más de ello; total, es inútil») está dirigido precisamente a ella.

En aparente contraste con la tarea de reparar las comunicaciones interrumpidas por el abuso está una tarea opuesta, es decir, saber cortar cuanto ha sido disfuncional y causa de tan devastador sufrimiento. Tal *función «quirúrgica»* no es natural para quien, como la madre en una familia, el adulto protector que se encuentra con más frecuencia, está habitualmente imbuido de un rol unificador y mediador. Hemos visto, en nuestro ejemplo, cuánto Sofia, aun en la amargura y en la determinación de poner la palabra «fin» al abuso, seguía preocupada por el destino no sólo del marido, sino incluso de los parientes que convivían con ellos. A veces precisamente los hijos son los que se alían con esta incapacidad de interrumpir, al menos momentáneamente, aquello que sigue amenazando con confundir y mistificar; en ellos, en especial en las víctimas, es comprensible que un enredo de sentimientos impulse a desear tan rápidos como ilusorios «finales felices» para todos: la ambivalencia que a menudo ha acompañado el abuso, la fuerza de los vínculos de dependencia también con el agresor y una parte de pensamiento mágico infantil hacen plausible que, hecha la revelación, desaparezcan automáticamente todos los peligros. Pero éste no puede ser el pensamiento del adulto protector.

Si esta necesidad es reconocida bastante a menudo en el plano práctico (muy pocos eligen continuar la convivencia con el agresor, sin ejecutar al menos un período de separación temporal), no lo es igualmente en el plano del pensamiento. Esto constituye una seria insidia, que ulteriormente puede mermar los ya escasos recursos que las madres pueden poner a disposición de la víctima. A menudo ocurre que en vez de la pregunta «¿Qué le ha sucedido a mi hijo?», prevalezca y ocupe la mente la otra pregunta: «¿Qué ha hecho mi marido (o quienquiera que fuera el agresor) y cómo ha podido hacerlo?». La diferencia no es en absoluto sutil. Como hemos visto, Sofia es un claro ejemplo de tal deslizamiento del pensamiento, que en ella consigue fijarse más en la monstruosidad de la cosa en sí que en el sufrimiento de las hijas, que da por supuesto (¿cómo podría ser de otro modo?), pero en el fondo no «ve» aún en sus connotaciones reales.

Debe advertirse que el agresor no es el único con el que puede hacerse necesario cortar la relación, en los hechos y en la mente. Las historias de abuso rebotan inevitablemente dentro de las relaciones con la *familia extensa*, donde se pueden tener algunas amargas sorpresas. Allí donde sería tan necesario sentirse reconocidos y apoyados, puede ocurrir que se verifiquen

posicionamientos contrapuestos. O incluso que uno se encuentre completamente solo. También en este caso es necesario encontrar el valor de renunciar, incluso en el pensamiento y en las emociones, a mantener un hilo ambiguo y precario de relación, acaso al precio de no adentrarse hasta el fondo en el juicio sobre la situación, o de permitir confusos «puentes» de comunicación con quien ha cometido el abuso y aún lo niega. Vuelve el problema de privar a los hijos, y no sólo a la víctima, de la relación con las personas queridas. Pero es preciso ser conscientes de que también para ellos esta soledad es el precio que hay que pagar para una verdadera renovación: por desgracia, en estos casos no se puede eludir el escollo de tomar una clara posición.

Sin embargo, también es preciso tener la sabiduría de ser conservadores donde sea posible: no sólo para garantizarse un consuelo o bien ayudas prácticas, que pueden revelarse muy útiles, sino para no hacer la vida de los niños un desierto peor de lo absolutamente inevitable. La línea divisoria que decide la posibilidad o no de ser conservadores es el crédito garantizado a la víctima, al adulto protector y a sus elecciones.

Volvamos a hablar de Rossana, la madre de Giada, antes citada. Tras quedar huérfana en la adolescencia de una madre que, a su vez, era viuda desde su más tierna infancia, habían estado cerca de ella tanto la abuela materna como una tía paterna, casada y con dos hijas, que habían sido sus más grandes amigas. Habían cuidado afectuosamente de ella en sus diversos reveses, sobre todo en el terreno sentimental: por lo demás, a todos les parecía que una chica tan castigada por la vida, que la había privado precozmente de los vínculos más importantes, no podía ser completamente equilibrada. Luego todos habían dado un suspiro de alivio con su matrimonio; parecía tratarse de un buen partido, un chico muy enamorado de ella. Los síntomas poco a poco emergentes habían creado una cierta alarma: pero cuando se llegó a la revelación de Giada, los afectuosos parientes de antes se habían transformado en rígidos censores. Ahora Rossana verdaderamente se había pasado de la raya...

La mujer había vivido primero este abandono como una herida lacerante: doblegada sobre sí misma se preguntaba cómo era posible que la suerte le reservase también esto. Dolor que se había hecho aún más agudo cuando el abandono se había convertido en traición: encontrárselos frente a ella en el Tribunal, durante el proceso penal, como defensores de su ex marido y detractores de su honorabilidad y credibilidad había sido más de cuanto pensaba que podía soportar. Después de la tía y la abuela, habían seguido también las primas, compañeras de tantos juegos infantiles: amigos comunes les habían reproducido frases injuriosas dichas sobre ellas a extraños.

No obstante, después de muchos meses, en una sesión de terapia de grupo, Rossana ha sido capaz de recorrer su calvario con el pensamiento y concluir: «En el fondo me estimo: no sé quién habría podido resistir el puñetazo de toda aquella soledad. He vuelto a pensar en mi madre, que estuvo prácticamente sola durante toda la vida y sacó adelante a su familia con orgullo: el mismo que ahora siento yo».

Distinta es la situación de Anna, madre de Marina, de la que hablaremos en extenso más adelante. La niña, a través de una cauta y progresiva revelación, la había convencido finalmente de que no se trataba de banales malentendidos, sino que, de verdad, con sólo cuatro años, había sido objeto de graves actos sexuales por parte de su padre, del que Anna estaba separada desde que su hija tenía un año. El principal apoyo de la mujer había sido siempre su hermana mayor, Amelia. Con ella había pasado los largos años en la institución, desde la primera infancia hasta la adolescencia; por ella se hacía defender («Era mi mamita») cuando los otros niños se burlaban o la ponían en aprietos; con ella había hecho, en fin, un matrimonio paralelo, dado que Amelia se había casado con el hermano del padre de Marina. Antes de la crisis conyugal las dos parejas se habían frecuentado de manera asidua; Amelia había sido su confidente cuando el matrimonio estaba naufragando: siempre había conseguido mantener el equilibrio entre su posición de cuñada del marido de Anna y su corazón de hermana. Pero ¿y ahora? ¿Cómo se podía encontrar una mediación frente a una cosa tan monstruosa como el abuso?

Un período de grave sufrimiento parece arrollar la relación. Amelia es testigo paso a paso del inicio en Anna de la atroz sospecha sobre el marido: no puede sustraerse a la percepción de que todo es verdad. Por otra parte, su marido, en el momento en que ya no ha sido posible esconderle los hechos, se había puesto decididamente al lado de su hermano, que naturalmente lo negaba todo. Durante un tiempo Amelia trata de ralear, si no interrumpir, la relación con su hermana, aunque sintiéndose culpable porque le falta precisamente ahora que más la necesita. Su matrimonio le parece en peligro: cada vez que llega la llamada telefónica de Anna, hay una disputa con su marido. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo Amelia consigue reservarse un espacio, de algún modo neutral. Anna sabe que no le puede pedir a Amelia más de cuanto puede dar: algunas conversaciones telefónicas sobre el abuso, sobre todo las vicisitudes procesales, que habían llevado al encarcelamiento de su ex marido, deben ser reducidas al mínimo, para no exponerla a los interrogatorios del cónyuge y a interminables discusiones con él. Pero Anna sabe que en el fondo puede contar con ella, que en ella tiene una amiga sincera, que no se escabullirá en el momento en que verdaderamente la necesite. En efecto, cuando es llamada a testimoniar en el Tribunal, Amelia no se echa atrás, aunque debe hacerlo sin que lo sepa su marido.

En el mundo exterior

Hemos visto la resistencia de Sofía cuando se aludió a la necesidad de una

denuncia penal contra su marido. Podremos encontrar adultos protectores que, en el extremo opuesto, ven en tal denuncia una irrenunciable manera de hacer justicia, o quizá sería mejor decir venganza. Es natural que ánimos exasperados superpongan fuertes emociones, no todas del mismo signo, a la perspectiva de un procedimiento penal, manteniéndose, en el fondo, al margen de su verdadero significado. No se considera bastante el innegable y objetivo hecho de que el abuso sexual es un *delito*. Este pensamiento sigue siendo fundamentalmente extraño al menos en un primer momento para el adulto protector, que tiende a mirar el abuso como un problema sólo psicológico, personal y relacional: algo que tiene dimensiones abordables con recursos personales y relacionales. Por desgracia, no es así. Sobre todo cuando los actos traumáticos se han prolongado en el tiempo, es ingenuo pensar que quien los estaba cometiendo no se sintiera consciente, en algún nivel, de su naturaleza ilegal y delictiva. Como nos dicen las estadísticas presentes en la literatura (a las que se pueden añadir nuestros datos, varias veces citados), el abuso no es perpetrado sólo en las clases sociales más bajas y subculturas; pero incluso si fuera así, muy pocos son incapaces de leer en un periódico o de escuchar al menos en la televisión las ya numerosas informaciones sobre casos de violencia sexual a los niños, con todas sus consecuencias. Por tanto, aunque parece añadir horror al horror, es necesario que quien tiene la tarea en la familia de proteger y reparar deje espacio a la conciencia de que el abuso es un delito. Ella cambia sensiblemente la perspectiva: los propios hijos ya no son vistos como víctimas de una patología psíquica, sino de un delito, aunque obviamente precursor de consecuencias dañinas en el plano psíquico. En este punto, aunque el autor del delito sea un allegado, la ilusión de poder «lavar los trapos sucios en familia», espejismo de tantos adultos protectores, se ve obligada a esfumarse.[2] Así, un estremecimiento debería invadirlos cuando sueñan con hacer ellos de «jueces», dictando penas y medidas restrictivas: ¿habrán calculado bien la entidad del riesgo que están afrontando? Además, impresiona que quien está dispuesto a atribuirse a sí mismo toda suerte de culpas, incluso objetivamente excesivas, y a sentir que se desmorona su autoestima bajo este peso, permanezca apegado a aquella que no puede definirse más que como una idealización del agresor. Es probable que esté en juego un mecanismo defensivo que ve en el hecho de presentarlo a sí mismos como enfermo, en el fondo una especie de víctima, un modo de disminuir la entidad del derrumbe: una cosa es tener un allegado

enfermo y otra tener un allegado delincuente. Aquello que en estadios mucho más avanzados en el proceso terapéutico puede convertirse en un recurso constructivo, siempre que se tenga bien clara también la naturaleza delictiva del gesto del agresor, en el momento de la toma de conciencia del abuso es una vía de escape, como todas llenas de peligros.

Hablemos otra vez de Sofia (véase más arriba en el párrafo: «Volvamos a Sofia...»). Después de haber retrocedido con horror con respecto a la perspectiva de un procedimiento penal contra su marido, que ya veía como destructivo de la imagen pública de la familia y sobre todo de las hijas, la mujer busca una solución. Está decidida a no estar más con él; incluso está dispuesta a que esta decisión se convierta en un hecho oficial, legalmente sancionado. A lo sumo en este caso los reflectores se centrarán sobre ella: pero será muy capaz, piensa, de defender con uñas y dientes su derecho de mujer adulta a disolver un vínculo sin tener que dar demasiadas explicaciones a nadie. «¡Diré que se trata de incompatibilidad de caracteres!»

Frente a la perspectiva de que una solución por el estilo, precisamente porque no está motivada de manera grave, o en cualquier caso atinente al ejercicio de la potestad paterna, el marido conservaría el derecho de visita, al menos con relación a su hija Francesca, demasiado joven para expresar al juez su opinión en contra, Sofia sacude vigorosamente la cabeza: «No ocurrirá nunca: ¡cómo lo voy a dejar ver a la niña, sobre todo solo...!». Formula, por tanto, la hipótesis de que aquello que no quiere declarar oficialmente en el momento de la separación podría ser objeto de una transacción privada con el marido delante del abogado: «Podría obligarlo a firmar un escrito, en el que admita lo que ha hecho y se comprometa a renunciar a su derecho a ver a Francesca, al menos solo; si un día cambiase de idea y plantease pretensiones, sabría cómo detenerlo». Las reflexiones de la psicóloga sobre la aleatoriedad de esta solución, que la expone ante todo a ella al riesgo de aparecer en el futuro como una débil y ambigua protectora de las hijas, chocan contra un muro impenetrable. En realidad, lo que no consigue adquirir Sofia no es tanto la conciencia racional de la precariedad de su construcción, sino la duda emocional sobre el posible comportamiento del marido: como si, a pesar de todos los embrollos conscientemente ejecutados por él en los años pasados, para los más sórdidos fines, resistiera intacta en ella la certeza de tener que vérselas con una persona considerada razonable y bien orientada.

Por otra parte, admitir que el abuso es un delito no resuelve todos los problemas. Es verdad que emprender un camino de definición en el plano judicial de la situación familiar expone, a su vez, a una serie de riesgos, tanto con respecto a la secuencia de los actos procesales como de su posible resultado. Se trata de eventos que a menudo ponen a dura prueba a todos

aquellos que se ven involucrados y que, en particular, pueden exigir enormes energías precisamente al adulto protector, sea en la tarea de acompañar a la víctima, sea al tener que ponerse a prueba con la carga de testimoniar en condiciones a menudo difíciles, en las que siente converger sobre sí mismo dudas y hostilidades que pueden herirlo profundamente, añadiendo dolor al dolor. Por otro lado, es útil que el adulto protector, a partir de la conciencia antes descrita, que le hace ver en el agresor, antes amado, a un posible (se podría decir probable) enemigo, dispuesto a atacar, para defenderse, sin exclusión de golpes, y además mucho más capaz que él de usar armas impropias e incorrectas, se resigne a la inevitabilidad de equiparse a fin de que el proceso penal se convierta en una posibilidad positiva en vez de aceptar pasivamente en él la enésima catástrofe.

En síntesis, la intervención terapéutica deberá: por un lado, dar apoyo al adulto protector con respecto al riesgo de ser arrollado por el derrumbe del propio mundo personal y relacional; por el otro, acompañarlo para hacer frente a las responsabilidades paternas, tanto en el inmediato gobierno de la crisis de revelación como sucesivamente en las tareas de reparación y reconstrucción, cambiando profundamente los habituales modelos de funcionamiento psíquico.

Retomemos la historia de Sofia enfocando ahora las problemáticas mostradas por su marido, Lorenzo.

EL AGRESOR

Después de la revelación de la pequeña Francesca, Sofia había anulado obviamente su compromiso vespertino y había afrontado de inmediato la cuestión con su marido. Éste primero lo había negado; ante la insistencia de su mujer al fin había recordado un episodio en que había sido la niña la que se había acercado a él, tocándolo y excitándolo sexualmente. Sofia había reaccionado indignada y furiosa, pero aquella noche la discusión no había continuado. Obtenida para el día siguiente una consulta de urgencia con la terapeuta de Francesca, que, recordemos, ya había conocido también a Lorenzo en la época de la denuncia de Marta, el padre había admitido en parte su culpa. En efecto, una vez le había ocurrido encontrarse a su hija al lado suyo en la cama y, él mismo no sabía cómo, se había excitado: pero se había retirado en seguida.

Entretanto Sofia, aun en medio de todos sus conflictos interiores, estaba madurando al menos la decisión de separarse de Lorenzo. Informado de ello, el hombre no había tenido el valor de oponerse y había empezado a deprimirse. Había llorado incluso delante del abogado, en cuyo despacho había firmado la separación; seguía en la familia, a la espera de que Sofia dictase las condiciones de su salida de casa. Entretanto llevaba regalitos a su mujer e hijas y trataba de parecer lo más sereno posible.

Con estas premisas llega a la sesión de consulta en nuestro Centro, la única para él. Analicémosla.

Lorenzo se presenta como un distinguido señor de mediana edad. Tiene una actitud humilde y circunspecta. Sin embargo, consigue tener un gran impacto emocional, incluso en sus maneras mesuradas. Da la impresión de que es un hombre destruido, llora varias veces. Lo que lo conmueve es la pérdida de todo lo que tenía. También cuando dice: «He destruido todo lo que más quería», su preocupación parece concernir más a aquello que sufre pasivamente que a aquello que ha causado activamente.

Ante la solicitud de que describiera la situación desde su punto de vista, parece detenerse a reflexionar. Luego continúa: «Con toda sinceridad, Francesca recuerda más episodios pero yo me acuerdo sólo de uno». Cuenta que se encontró a su hija en la cama y, en contacto con su cuerpecito, tuvo una erección. Se reprocha haber permanecido apoyado a sus nalgas durante «demasiados segundos»: los ojos se le llenan de lágrimas. Luego se ha retractado de golpe. De su relato desapareció el frotamiento activo, tan eficazmente referido por Francesca.

«Luego me puse muy mal: ¡eres un monstruo! Me dije. Entonces estás verdaderamente enfermo...» Por tanto, no sólo niega la actividad en el gesto, sino también cualquier forma de disfrute.

De Francesca dice: «Esperaba que no se hubiera percatado». Con respecto a la hija no formula ningún otro pensamiento articulado. Cuando la psicóloga pregunta qué significado había dado a los síntomas de la niña, que ahora parecen tan elocuentes, sencillamente no responde y vuelve a hablar de sí mismo.

Reconoce haberse equivocado al no hablar de ello con nadie: «Fui un canalla: tuve miedo y vergüenza». Se le sugiere que habría podido buscar una ayuda terapéutica, incluso sin exponerse al juicio ajeno, sin aumentar la vergüenza. Ahora estima que la observación es correcta, pero que no lo había pensado.

Siempre convencido de su afirmación de un único episodio, concentra su temor en la posibilidad de que le suceda de nuevo. Con respecto a eso formula la siguiente solicitud terapéutica: «Querría que alguien me hiciera salir del cerebro estas cosas horribles». Por tanto, propone un modelo de ayuda más de tipo «quirúrgico» que de solicitud de retomar él mismo el control.

Confirma haber llorado delante del abogado y de su mujer, en el encuentro en que quedó definida la separación y la necesidad de su salida de casa. Cuando se le requiere que exprese qué piensa, estima la decisión de su mujer una especie de justo castigo para sus errores. Pero si fuera por él, no sentiría la necesidad de recurrir a ninguna toma de distancia para protegerse y proteger a los otros de sí mismo.

En cuanto a los regalitos que ahora hace a todos los familiares, da esta singular explicación: «No quiero que mis hijos sufran (implícitamente: por su salida de casa y todo el actual desbarajuste), quiero hacer las cosas sin traumas». La idea de que los otros puedan ver su separación como una liberación y un alivio, al menos temporal, le es del todo extraña.

Cuando se menciona el tema de Marta, dando sustancialmente por descontado que cuando la chica ha interpretado sus comportamientos había captado la verdad de los hechos, no hace ningún comentario, ni afronta espontáneamente el asunto.

Antes de adentrarnos en las reflexiones sobre cuánto emerge de esta sesión, es preciso detenernos, como de costumbre, en la significatividad o no del ejemplo citado.

Lorenzo no representa, desde luego, a la mayoría de los sujetos autores de violencia sexual. Si las características de los actos cometidos son bastante comunes (por tipología, duración y objeto), no lo es la actitud posterior al descubrimiento de la situación traumática. Nuestro sujeto se había acercado y aún se acerca con una cierta naturalidad a la terapia psicológica familiar, admite los hechos, si bien de manera parcial y sabe expresar en palabras sus sentimientos y pensamientos. Sabemos, por el contrario, que la gran mayoría de los agresores nunca llega a admitir nada, sosteniendo a capa y espada la falta de fundamentos de las acusaciones. Aún menos saben expresar lo que sucede dentro de ellos, limitándose, si se tiene la suerte de llegar a ello, a confirmar en parte o

en todos los hechos, al estar avezados en descargar en la actuación constelaciones tan complejas de vivencias, necesidades y fantasías que sería arduo para todos traducir en palabras. En nuestra exigua casuística de autores confesos, la mayoría siente un sordo o explícito rechazo de la perspectiva de alcanzar, a través de la introspección, los nudos problemáticos profundos que puedan originar el comportamiento agresor. Sólo un paciente acompañamiento terapéutico les permite, a veces, elaborar aquella parte de sí que en cambio querrían borrar mágicamente con un golpe de esponja, o apartar de sí, o encerrar en una prisión interior tan inaccesible que conjure el riesgo de que el «monstruo» que hay en ellos pueda resurgir y golpear de nuevo. Este ordenamiento mental es a veces tan rígido, a los fines de constituir un baluarte proporcionado a la presión del impulso, que hace vacilar a los terapeutas sobre la posibilidad de forzarlo en una dirección introspectiva: por más que sea primitiva, la defensa no nace sin motivo. Puede ser prudente respetarla como señal de la gravedad y, al menos temporalmente, inextricabilidad de los nudos problemáticos del agresor.

Por otro lado, estudios realizados sobre estos sujetos con el fin de encuadrar su personalidad y hacer, por tanto, previsiones pronósticas sobre su tratabilidad, ante todo bajo el perfil de la capacidad de acceder a la mentalización en profundidad de los propios problemas, dejan más bien descorazonados (Balier, 1992; Del Taglia, 1990; Van Gijseghe, 1988). Se trata, en la mayoría de los casos, de individuos sin patología específica en el área de las perversiones sexuales (Groth, 1982); más bien, están afectados por importantes fallos en los procesos primarios de apego y, por tanto, en la construcción de la propia personalidad desde la infancia: poco capaces de valerse de intervenciones terapéuticas dirigidas a la reconstrucción positiva de su ordenamiento psíquico profundo.[3] Cuando sobre esas bases se superponen estructuraciones de tipo narcisista o sociopático, se hacen aún menores las probabilidades de éxito terapéutico. Pequeños grupos de sujetos con personalidad psicótica o incluso marcada por estigmas orgánicos son aún menos accesibles al tratamiento. La categoría residual de agresores con ordenamiento de personalidad neurótica, por otra parte poco representada, parece —como es obvio— dar mayor esperanza de resultados positivos.

Se puede entender cómo tratamientos basados en técnicas comportamentales y sobre la adquisición de funciones de autocontrol pueden a veces parecer a pacientes y terapeutas las protecciones que es más prudente emplear.

Por otra parte, es necesario, incluso depositando excesivas expectativas en la posibilidad de elaborar a fondo y en todos sus componentes el impulso que ha llevado al abuso, al menos hacer un inventario de aquello que en la personalidad del autor ha permitido dar curso a semejante impulso, para desconstruir tales condiciones.

Precisamente en este sentido, si queremos tener la oportunidad de adentrarnos en el pensamiento del agresor y en sus modalidades predominantes de afrontar el propio problema, y hacer también para él un inventario de las necesidades terapéuticas, de aquellas de más inmediato relieve a las más profundas, con vistas a proyectar la intervención reparadora más adecuada, es necesario recurrir a aquellas excepciones con respecto a la regla, como Lorenzo, que ofrecen un primer e interesante corte vertical en tal dirección. Hay que añadir que los fragmentos de sí mismos que también los otros dejan entrever, con más dificultad o con tiempos mucho más largos, confirman plenamente el cuadro que estamos componiendo: esto parecerá evidente cuando nos valgamos, como de costumbre, de integraciones provenientes también del análisis de otras situaciones.

La negación

Como sabemos, se trata de un mecanismo defensivo tan fuerte como primitivo. Impresiona, incluso en un hombre tan lleno de recursos como Lorenzo, el uso aún masivo de tal defensa. Para una mirada extraña y objetiva, la serie de señales coleccionadas en el tiempo permite intuir una historia de abusos que duró al menos diez años, desarrollada en actos progresivamente más intrusivos que han previsto al fin la búsqueda de contactos directos entre áreas genitales, que ha involucrado tanto a la hija como a la hijastra, a pesar de la continua resistencia de esta última. Lorenzo, en cambio, afirma, «con toda sinceridad», que recuerda un solo episodio, relativo a su hija Francesca: ni una palabra sobre Marta. Además, también este último episodio es depurado de los detalles que habrían podido calificarlo como búsqueda de goce sexual a través del cuerpo de la niña: Lorenzo «olvida», u omite, que después de haber tenido la erección trató de alcanzar el orgasmo refregando su miembro entre las nalgas de la pequeña.

No reconoce más que las vivencias distónicas («Después estuve muy mal»), que desde luego no dan ninguna razón de la prolongación durante largos años de los actos incestuosos.

Incluso parece estar tan convencido de la naturaleza casual, en el fondo, de cuanto le ha ocurrido, que desplaza toda su preocupación sobre un hipotético futuro («Tengo miedo de que me suceda de nuevo»), que, como un hombre sabio, quiere preservar de todo riesgo, más que sobre el significado posible de aquello que ha seguido ocurriéndole ininterrumpidamente: como si se tratara de prevenir y no de detener y curar una gravísima patología ya en curso.

Por último, la negación le impide ver los efectos de cuanto ha hecho: «Esperaba que no se hubiera percatado», dice hablando de aquel episodio con Francesca. Al estar suficientemente introducido en la comprensión de los síntomas de sufrimiento psicológico, no puede habersele escapado que los problemas para dormir, tan graves, manifestados por la niña (para no hablar de los otros) tenían una conexión con cuanto podía ocurrirle si se abandonaba al sueño: por tanto, con los comportamientos nocturnos ejecutados por él. Parece, en cambio, por la descripción de Lorenzo, que el abuso (si es correcto desde su punto de vista llamarlo así), se resolvió en una cuestión de conflicto interior de sí mismo, sin haber implicado, ni buscado, de veras un interlocutor.

Lo que observamos en Lorenzo es una concentración de todas las manifestaciones que la negación del abuso puede asumir en los autores. Es útil hacer referencia a la precisa conceptualización de Trepper y Barrett (1989), sobre los estadios de tal mecanismo defensivo. Recordaremos la *negación de los hechos*, que incluso en las situaciones más favorables se prolonga durante mucho tiempo a través de diversos matices de minimización; la *negación de conciencia*, es decir, haber tomado precisas decisiones programáticas al preparar y realizar el abuso, sabiendo perfectamente que se trataba de eso; de responsabilidad, es decir, de intencionalidad tan libre como sea posible de condicionamientos externos, a los cuales no puede atribuirse más que una importancia marginal con respecto a la asunción del comportamiento agresor; y de impacto, es decir, del hecho de que cuanto ha ocurrido ha comportado consecuencias altamente traumáticas para el menor que se ha visto involucrado en ello. Rasgos importantes de todas estas formas de negación están evidentemente presentes en el relato de Lorenzo.

Surge natural y recurrente una pregunta, que atormenta a todos los

profesionales que tratan estas difíciles situaciones: ¿cuántos de estos comportamientos se deben a un efectivo ocultamiento de la propia parte peligrosa y de sus consecuencias, sobre sí mismos y sobre los demás, y cuánto, en cambio, responde a la exigencia estratégica de esconderla al exterior, aun siendo conscientes de ella? En una palabra: ¿cuánto es de verdad negación, como mecanismo psicológico involuntario, y cuánto es mentira intencional? Estimamos que, considerada la altísima implicación emocional que acompaña estas situaciones, para el paciente y para el terapeuta, no sólo es imposible separar con certeza y claridad uno y otro aspecto, sino que en el fondo tampoco es funcional con respecto al proceso terapéutico. En efecto, considerar mentira parte de, o todos, los comportamientos incluso groseramente denegadores de los agresores llevaría a la imposibilidad de curar: ¿qué cura es posible para quien miente sabiendo que miente? Por el contrario, es más funcional, y probablemente más fiel a la realidad, por más que pueda parecernos deforme, pensar que para el agresor negar y a la vez no dejar de ejecutar la propia parte «monstruosa» son decisiones tan necesarias para la supervivencia psíquica que se crea dentro de él una situación inextricable: mentir y creer en las propias mentiras parece la única solución posible. Este enredo psicológico es la «enfermedad» del agresor, algo que lo esclaviza a las propias y voluntarias decisiones, aprisionándolo en una paradoja muy compleja. También debe añadirse honestamente que, por el momento, se sabe muy poco de esta paradoja, vistas las reducidas posibilidades de acceder a esta casuística con la suficiente profundización de los aspectos intrapsíquicos, no sólo en nuestra experiencia sino también por lo que sabemos de la literatura sobre el asunto. Por este motivo, cada vez que se haga referencia a la «negación» como mecanismo defensivo, se dará por entendido que se trata de esa «negación», intrincada y compleja, abandonando la ambición de separar sus diversos componentes, aunque en el futuro esperamos poder afinar nuestros conocimientos. Pero consideremos también otras situaciones.

Giacomo es el joven padre de dos hijas; la última tiene sólo tres años, mientras que la mayor, Maurizia, ya tiene quince. En los últimos años en la pareja ha habido muchas preocupaciones: la madre de Maurizia sospechaba que su marido la traicionaba sexualmente. La hija mayor, con el nacimiento de la hermana que la había despojado de su papel de hija única y había agravado la insatisfacción del padre, que se había sentido desatendido por su mujer a causa de la pequeña, se había acercado cada vez más a Giacomo. Gracias a él podía estar con sus amigos fuera de casa

incluso por la noche y recibía regalos en forma de objetos y dinero; no le faltaban ocasiones para ponerse del lado de su padre cuando se producían enfrentamientos con la madre.

Durante el último verano, debido a la posibilidad de pasar más tiempo juntos y a la escasa vestimenta habitual en la localidad marítima a la que se habían dirigido, Giacomo había empezado a mostrar un interés poco natural por ella. De ahí, en poco tiempo, con el pretexto de enseñarle los secretos del amor, se había pasado a contactos corporales cada vez más íntimos. Después de algunos meses, Maurizia resolvió revelar el abuso a su madre, que reaccionó con firmeza, poniendo literalmente a su marido de espaldas a la pared y obligándolo a confesar los propios comportamientos. Al habitual recorrido en el plano penal, constituido por la denuncia, un proceso con tramitación abreviada, una condena y una pena expiada con arrestos domiciliarios en casa de sus parientes, se añade también la intervención del Tribunal de Menores, que exige un servicio de psicología, en el marco de las preocupaciones de tutela en relación con Maurizia, de la verificación de los recursos existentes en el sistema familiar y del apoyo a todos los miembros. También Giacomo, por tanto, accede a las sesiones de psicoterapia.

Primero se enfoca su versión de lo ocurrido. Giacomo se presenta deprimido: pasa mucho tiempo acusándose, genéricamente, de «haberse equivocado». Pero cuando se profundiza en su razonamiento, ensarta una buena serie de mecanismos de negación. No sólo sostiene que se ha tratado de pocos episodios (negación de los hechos), sino que cuanto ha hecho con su hija no era, en su opinión, «verdadero sexo» (negación de culpabilidad). De esta singular opinión da la siguiente explicación: él se había impuesto no llegar nunca al orgasmo en las relaciones con su hija, y siempre ha sucedido así. Si luego ocurría que ella se excitaba y turbaba seriamente, esto se debía, en su parecer, a la naturaleza particularmente «despierta, curiosa», en una palabra, erotizada, de Maurizia. Completa la vistosa negación de responsabilidad (si ha habido «sexo» esto ha ocurrido por la sola iniciativa de su hija), la acusación a la chica de no haberse nunca sustraído: es verdad que él la buscaba y la alentaba con promesas, pero a ella ciertamente le gustaba. Por tanto, acaba, no cree que de esos hechos pueda derivarse ningún trastorno para Maurizia: ya estaba lista y deseosa de ciertas cosas... Desaparece, así, la percepción de un posible impacto de los propios actos incestuosos.

De manera aún más tosca y negadora se comporta Amedeo. Denunciado por su hija mayor, Cosetta, de dieciséis años, después de un año y medio de abusos prácticamente cotidianos, perpetrados con relaciones anales, toda la familia llega a nuestro centro por orden del juez de menores. La situación relacional está fuertemente comprometida sobre todo por lo que se refiere a una posible función protectora de la madre, desde hace tiempo alcohólica. Ésta, echada de casa por su marido a causa de su comportamiento patológico, había emprendido una vida vagabunda, sin domicilio fijo. Cosetta se había puesto del lado del padre con ocasión de la decisión de excluir a su madre de la vida familiar: la continua vigilancia que

necesitaba y la vergüenza que causaba a todos los familiares con su alcoholismo les habían hecho la vida intolerable. Luego se había transformado en el brazo derecho de su padre, sustituyendo prácticamente a la madre en todas las responsabilidades domésticas, además de ocuparse de su hermana de diez años. Casi como una continuación natural había comenzado el interés sexual del padre por ella: ¿cómo habría podido oponerse, cuando era el único vínculo que le quedaba y no había nadie a quien recurrir para tener protección?

Durante las sesiones, es afrontado el tema del callejón sin salida en que se encontraba Cosetta, para elaborar junto con la chica algunas razones de su aparente aceptación del abuso. También se intenta obtener del padre el reconocimiento de que había perpetrado un terrible engaño en perjuicio de su hija y de que le había causado daño y sufrimiento.

En aquel punto Amedeo se volvió de pronto hacia su hija, que escuchaba deprimida; sinceramente sorprendido, le preguntó: «¿Por qué? ¿Te he hecho daño?». Todo aquello que había sido capaz de captar del impacto de sus actos incestuosos era la eventualidad de un dolor físico.

Al hablar de la negación del agresor es necesario hacer otra importante precisión. Como se decía al principio, tal mecanismo defensivo puede aparecer fácilmente en todo ser humano cuando se encuentra frente a hechos demasiado difíciles de afrontar. Hemos visto en los párrafos precedentes con qué frecuencia recurren a él incluso la víctima y el adulto protector: pero hay una consistente diferencia, que es necesario tener presente al programar eventuales intervenciones terapéuticas: en una observación atenta, la negación del agresor tiene un carácter distinto.

En los otros protagonistas de las situaciones de trauma sexual la negación parece *secundaria*: quien ve lo horrible y lo impensable puede retraerse instintivamente. También puede decidir retraerse conscientemente, para no sufrir demasiado, en un sutil y continuo deslizamiento de negador a mentiroso y viceversa. Sin embargo, analizando el funcionamiento de las víctimas y de los adultos protectores se tiene casi la impresión de ver en transparencia, bajo la defensa, el movimiento reactivo y la percepción perturbadora básica que lo ha generado. Para la víctima, por ejemplo, mantener los mecanismos de negación requiere un enorme dispendio de energías psíquicas: adaptaciones patológicas, síntomas y complicados equilibrios de beneficios secundarios dan la idea de una construcción inestable ensamblando objetos heterogéneos para contener la crecida de un río, con resultados precarios que cualquier pequeño cambio podría precipitar.

Incluso el adulto protector que eligiera la forma más rígida de negación, es decir, «no ver» después de la revelación, pagaría un altísimo coste psicológico: sólo pérdida y sufrimiento, ninguna paz.

Pero ¿y el agresor? En él, el precio que hay que pagar para continuar conviviendo con el abuso no es evidente. Aunque alguien, Lorenzo, por ejemplo, nos abre la visión de una reacción distónica pasajera, globalmente no existe la percepción de que el abuso se haya vivido con sufrimiento. No hay expresiones sintomáticas: si alguien muestra patologías (por ejemplo, Lorenzo bebe), éstas son anteriores al abuso y no la consecuencia de él. Es más, a veces los agresores tienen el valor de admitir que este último comportamiento era un antídoto del sufrimiento.

Stella, de la que volveremos a hablar más adelante, tiene unos cuarenta años y dos hijas ya bastante grandes (nueve y quince años) cuando, en el curso de unas indagaciones policiales sobre un hombre sospechoso de pedofilia, se descubren sus numerosas cartas de contenido erótico dirigidas al mismo. En ellas a menudo se describe a sus hijas en sus más íntimos detalles anatómicos y se sugieren interacciones sexuales con ellas de su propia parte y de parte del destinatario de las misivas, con el añadido de su puño y letra de los saludos de las niñas. Las cartas de respuesta, del mismo tenor, también les eran leídas a ellas, que eran mantenidas al corriente de la perversa relación.

Como consecuencia del envío a nuestro centro por parte del Tribunal de Menores, justamente preocupado por la inadecuación de una madre capaz de semejante comportamiento, comienzan las sesiones de valoración psicológica. Stella está destrozada por el alejamiento de las hijas de casa, decretado de manera provisional por el mismo Tribunal, y desolada de haber podido realizar acciones tan desconsideradas y vergonzosas. Sin embargo, yendo un poco más a fondo y superada la inconsistente explicación que atribuía las cartas a una presunta «estupidez», que desde luego no daba razón ni de la riqueza de las fantasías expresadas ni de la testarudez con que la relación con el pedófilo había sido mantenida durante muchos meses, Stella deja que se le escape una sonrisa: «Era más fuerte que yo: después de escribir me sentía bien, me descargaba; iba a hacer mis asuntos contenta...».

Rodolfo es el padre de Caterina, la chica de la que se ha hablado más arriba en el párrafo «Con respecto a esto...». El incesto con la hermana de ésta, Valeria, duraba desde hacía cinco años cuando esta última había decidido denunciar la situación primero a una prima y luego directamente a la policía. Después de un período de meses en el que se había obstinado en una rígida negación de toda acusación, Rodolfo se había decidido a confesar (de esta situación se hablará también más adelante).

También él, como todos los agresores que admiten, se mostraba deprimido y desesperado del propio error. En el curso del trabajo terapéutico se había llegado, de todos modos, a una discreta elaboración de las co-causas que podían haberlo llevado al abuso. Era difícil entrar más a fondo en sus motivaciones íntimas, en aquella parte del funcionamiento psíquico que Rodolfo habría querido barrer lejos de sí. Por fin el hombre, superada la vergüenza, había conseguido enfocarla: «Doctor, era como tener dolor de cabeza y tomar una pastilla...», había concluido hablando con el terapeuta.

Dice agudamente Gabbard (1992) que, a diferencia de otros comportamientos compulsivos, el del agresor sexual no contiene en sí consecuencias disuasorias. Quien se droga o quien bebe acabará por ver deteriorarse el propio físico y a veces podrá extraer de ello la fuerza para dejarlo; pero quien abusa sexualmente obtiene placer físico y no registra en sí daños de ninguna clase: ¿por qué debería dejarlo? La única rémora podría ser el hecho de ver los propios actos como psicológicamente distónicos: aquí está la función ejercitada por los mecanismos de negación, que deben ofuscar esta percepción, no tanto contrastándola sino abortándola antes de que llegue a la conciencia.

Por eso la negación tiene en estos sujetos una cualidad *primaria*, que les hace sentir el mundo perverso e invertido creado por el abuso no tanto como soportable en algunas condiciones de elevado coste psíquico, sino como uno de los mundos posibles y penables, siempre que no se entre en contacto con otros que, en cambio, lo consideran imposible e impensable. En efecto, Lorenzo está preocupado por el trauma debido a este segundo evento («No quiero que mis hijos sufran») y lleva regalitos compensatorios: parece no entender que el verdadero trauma ya existía antes y que la revolución de hoy es el primer signo de curación.

La falta de empatía

Dice Felicity de Zulueta en su hermoso libro *From Pain to Violence* (1993) que la empatía se aprende dentro de los procesos primarios de apego: la posibilidad de sentir que otros han sintonizado en la longitud de onda de sus fundamentales necesidades de supervivencia física y afectiva permite al niño dar a otros, convertido en adulto, la prueba de que sabe reconocer en ellos

emociones similares a las propias. Comprenderse el uno al otro, no sentirse solos, darse mutuo consuelo y acogida son las consecuencias de esta preciosa facultad, tan importante para establecer relaciones satisfactorias.

Es difícil reconocer siempre con claridad los motivos por los que esta capacidad está tan vistosamente ausente en los agresores: no es posible para todos remontarse a eventos familiares de algún modo traumáticos que puedan haber secado esta fuente. Pero está claro que esta profunda carencia conforma su conducta.

Volvamos a Lorenzo. Impresiona su carácter aparentemente cálido y humano: llora, se plantea preguntas, es capaz de apelar a los sentimientos de quien lo escucha, de ser convincente y de mostrar una emotividad coherente con su solicitud de ayuda. Actitud tan opuesta a la que habíamos visto en su mujer, incapaz de salir de la propia anestesia defensiva. Sin embargo, ante una mirada más atenta, no puede escapar que toda esta capacidad de sentir y sufrir en realidad está *centrada en su persona*. Sangra por lo que ha perdido y ya no puede tener; está destrozado por aquello que ve ocurrir en sí mismo; y se afana por encontrar respuestas no demasiado desesperantes a las preguntas sobre sí mismo. Los otros importantísimos protagonistas de los eventos traumáticos, que se debaten para orientarse entre los escombros, tomar decisiones que trastornan la vida y proveer a las necesidades inmediatas de los más débiles, parecen ocupar en su mente el puesto de pálidos fantasmas. No hay percepción del sufrimiento de Francesca, ni aún menos del de Marta: tampoco capta el de su mujer, que es vivida como censora y juez, no como víctima. Él mismo, a través de un proceso sutil del que no siempre es fácil reconocer, en un primer momento, los pasos, parece haberse transformado en la verdadera víctima de la situación: obligado a renunciar a su vida y a sus seres queridos por algo que no entiende y siente extraño.

Éste es el segundo aspecto: toda esta conmoción sobre sí mismos parece *prescindir rígidamente del papel activo ejercitado* como perseguidor. Él, el «monstruo», parece tener una especie de vida propia, que también ha provocado la victimización de su parte «buena». Este modo de plantear la cuestión es extremadamente confuso: si uno no se esfuerza, es fácil olvidar que Lorenzo ha pasado indemne a través de diez años de abusos, las quejas y rebeliones de su hijastra, el hecho de ser descubierto casi en flagrante delito, el espectáculo del intenso sufrimiento de la hija y una terapia familiar. Nada ha conseguido

detenerlo; sólo en el momento en que es puesto en la picota, precisamente por su pobre y afligida niña, se activan en él tantas importantes preguntas. Hay que preguntarse qué tipo de sensibilidad puede ser, en los hechos, la de Lorenzo, qué raíces reales pueden tener el declarado sentimiento de culpa, la vergüenza y el amor por sus hijas: o si todo esto no forma parte de una especie de construcción de la realidad, una fachada que le permite sobrevivir alejando de sí la verdadera percepción de los sentimientos en juego, sobre todo los generados en los demás.

No es raro que este doble registro llame a engaño: no por casualidad Sofia decía de él: «Tengo ganas de protegerlo».

También Guido era capaz de atraerse la simpatía de su mujer, tanto en familia como durante la terapia. Había apodado a su consorte como «el coronel», para indicar irónicamente su posición preeminente tanto con él como con los hijos. Esto no le había impedido abusar de los ocho a los dieciséis años de su hija, masturbándose recostado en la cama junto a ella, de noche. Luego había dejado de hacerlo espontáneamente y veía en esto una gran prueba de su capacidad de sacrificio. La hija había guardado largamente el secreto, incluso después del abuso: pero la situación psicológica se había deteriorado progresivamente, hasta llevarla a una forma grave de anorexia-bulimia. En aquel punto surgió en ella la necesidad irrefrenable de afrontar el origen traumático de sus propios sufrimientos actuales y había revelado, con veintitrés años, primero a su hermano mayor y luego a su madre su experiencia. Como consecuencia de este evento se buscó espontáneamente una terapia familiar.

Durante las sesiones emergen abundantes elementos de insatisfacción y desatenciones en la infancia de Guido, nunca compensadas en un matrimonio en el que siempre se había sentido como el último mono. Era capaz de recordar con una sonrisa cuando su hermano mayor —en aquella época podían tener nueve o diez años— le robaba con prepotencia el mísero bocadillo de queso destinado a él, dejándole sólo unos restos de pan: él siempre había sufrido. En primer plano estaba su figura de pobre ex niño maltratado.

Todos los demás miembros de la familia parecían en relación con él los proverbiales vasos de hierro que trituran el vaso de terracota. Incluso su actitud postural sugería lo mismo: las espaldas encorvadas y estrechas, el ademán abrumado y el rostro con una media sonrisa de autocompasión.

Sin embargo, cuando la hija tenía apenas ocho años y el abuso se producía incluso de día, siempre que conseguía atraerla al establo de los conejos que tanto gustaba a la niña, había sido capaz de intimidarla gravemente, presentándole como un gravísimo pecado, que Dios habría castigado, lo que hacían juntos... La necesidad de no sentir sólo sobre sus espaldas la responsabilidad de los actos perversos no lo había hecho retroceder frente a la posibilidad de causar una segunda victimización de la niña,

haciéndola sentir con el engaño tan culpable como él.

Cuando luego ésta había desarrollado, a los doce años, un síndrome constituido por graves accesos de hiperpirexia, que le impedían llevar una vida normal y no tenían razón orgánica, el hecho de ver a su hija reducida a una larva, yendo de hospital en hospital, donde era inútilmente sometida a toda clase de exámenes, no lo había inducido a sentirse suficientemente culpable como para interrumpir el abuso ni para autodenunciarse, ofreciendo al fin una pista para la comprensión de la extraña patología, obviamente de origen psicosomático.

La asunción de responsabilidades

En la visión de sí mismo

La primera evidencia que debería invadir al agresor se refiere a su incapacidad de mantener bajo control una parte de sí mismo muy peligrosa, con los instrumentos que un adulto normal está en condiciones de poner en liza. Tal evidencia es neutralizada, por el contrario, a través de algunos mecanismos.

El primero consiste, como antes se decía, en no reconocer como parte integrante de sí mismo al sujeto que ha gastado energías en mantener al precio de seducciones, embrollos y confusiones, si no intimidación y violencia, los comportamientos perversos. Es como si se *ocultara la intencionalidad* en la puesta en acción de los propios impulsos. Si poco antes hemos analizado la naturaleza defensiva de dicho funcionamiento, no es difícil entender que constituye un serio obstáculo para una real asunción de responsabilidades: sólo el reconocimiento de tal intencionalidad puede devolver al autor del abuso el control de la propia conducta.

Para mayor confirmación del ordenamiento mental antes descrito, el segundo mecanismo, la misma *pasividad* parece conformar no sólo el juicio sobre los propios actos pasados, sino también la perspectiva de los cambios futuros. Recordaremos la solicitud de Lorenzo: «¡Quiero que alguien me saque del cerebro estas cosas horribles!». Con este fin se dice dispuesto a todo, sin ni siquiera entender que el recorrido terapéutico le exigiría precisamente tomar activamente en su mano las riendas de sus pensamientos y emociones. «¡Estoy en sus manos!», dice a la psicóloga, con la actitud de quien ha descubierto un tumor extraño dentro de su cuerpo y se confía al cirujano para extirparlo; mientras que,

para proseguir con la metáfora, ha sido precisamente él quien lo ha hecho crecer y lo ha custodiado en la sombra durante mucho tiempo: debería ser curado fundamentalmente de esto.

La pasividad antes descrita puede tomar la forma tanto de una sumisión a intervenciones reguladoras de la conducta, como de la búsqueda de un superyó exterior, que introduzca los pensamientos «adecuados».

También Stella, la autora de las cartas eróticas, expresaba continuamente una solicitud semejante a la terapeuta. Ésta, en su opinión, habría debido enseñarle palabra por palabra lo que debía decir a sus hijas para demostrarles, a ellas, que estaban espantadas por cuanto había hecho y ahora le eran más bien hostiles, que de verdad había cambiado. Los esfuerzos de la terapeuta para suscitar en ella reflexiones sobre cuánto podían haber sufrido éstas por su conducta seguía dando resultados desconsoladores, al no conseguir obtener más que genéricas admisiones de haberse equivocado, con continuos deslizamientos en estériles y fastidiosas autojustificaciones, minimizaciones, negaciones de impacto, etc. Cuando parecía que se había llegado a un callejón sin salida, Stella comenzaba a lloriquear diciendo: «¡Dígame qué debo hacer!».

La misma actitud pasiva demostraba con relación al marido que, después de un período de iracunda separación, ahora le daba a entender que volvería con ella. Stella sostenía con él que ahora le diría todo lo que hiciera, de manera que ya no existieran zonas de sombra entre ellos. Aceptaría sus tareas de ama de casa con alegría, precisamente aquellas que antes le hacían sentir la vida como un infierno y la habían empujado a buscar peligrosas evasiones; escucharía sus consejos por lo que se refería a las hijas, el dinero y cualquier otra cosa. Incluso frente a la decisión del marido de cambiar de ciudad, sin ni siquiera haberla consultado, sabiendo perfectamente que le habría disgustado, lo único que sabe decir es: «Hago todo lo que quiere...». Confía en el propio y total despojamiento de responsabilidades la propia rehabilitación, como si la madre y la esposa «adecuada» no pudiera nacer en ella más que a través de una especie de trasplante.

De manera menos tosca encontramos, sin embargo, algo similar en Rodolfo (véase más arriba el párrafo «Rodolfo es el padre de Caterina...»). Durante la valoración psicológica había sido sometido incluso a test. Habían impresionado las singulares respuestas que había dado al Blacky Test. En la tabla 9, la que evoca el tema de la culpa, responde textualmente: «B está asustado... le remuerde la conciencia... Hace un examen de conciencia: “¿Qué he hecho mal?”. Alguien lo regaña, en una nube, por encima de la zona. Un juez que le dice: “Tú debes comportarte bien, debes modificar tu carácter...”». En la encuesta sucesiva prosigue: «B debe entender de dónde viene su comportamiento. Si no encuentra a alguien que le diga... no entiende, porque los padres no han encontrado la manera adecuada...». De manera aún más

significativa, en la tabla siguiente, la del ideal del Yo, continúa con el mismo tema: «B sueña que es un perro de caza, puede convertirse en un perro como todos los demás, que cumple con sus deberes, que encuentra un buen amo...». Esta última tabla es posteriormente elegida entre las preferidas, «Porque es el camino correcto...».

Por tanto, se puede correr el riesgo de que el agresor se muestre impermeable a la evidencia de que el único camino para un cambio real es retomar las riendas de las propias vivencias y comportamientos y, por tanto, un nuevo acuerdo que rija las relaciones; y de que ni siquiera entienda que precisamente su pasividad deja a quien está cerca de él muy perplejo sobre la fiabilidad de los cambios, que parecen más un traje con el que se cubre, que una revolución interior.

Por último, parece que el agresor no sabe cómo situar el hecho, innegable y muy preocupante, de que es *atraído sexualmente por los niños*. Lorenzo, en nuestro ejemplo, describe el único episodio que reconoce como algo que le ha ocurrido casi independientemente de su voluntad, un fenómeno físico automático no relacionado con impulsos específicos. Aunque, desde luego, la mayor parte de los agresores de nuestra casuística se diferencie de los sujetos pedófilos y en ellos la atracción por los niños responda a exigencias mucho más complejas de cuanto suceda con aquéllos, sin embargo, ésta se traduce en excitación sexual. Sobre este punto los agresores tienden a sobrevolar, mientras que, en cambio, esto plantea preguntas que exigen respuestas. A menudo se asiste, en nuestra casuística, al hecho de que los pocos que admiten la conducta abusiva tienden a desplazar mentalmente hacia delante en el tiempo su inicio: verse como víctimas de la fascinación irrupiente de la propia hija adolescente les parece menos «anormal» que excitarse con una niña. Cuando se les responde que las cosas, al menos en el preámbulo de las expresiones más graves, en realidad han empezado mucho antes de cuanto están dispuestos a admitir, parecen no tener explicaciones para su impulso, porque no ajustan las cuentas respecto de los parámetros de aquella que prefieren ver como una *love story* equivocada. Por el contrario, deberían plantearse el problema de cómo puede existir en ellos un cortocircuito tal que los determine a elegir la descarga a través de la actividad sexual, de manera nada casual y ocasional, para necesidades psíquicas que hacen referencia probablemente a la necesidad de afirmar el propio poder con sujetos débiles, o de encontrar en ellos, prisioneros de los vínculos de dependencia, respuesta

obligada a las propias exigencias de cercanía afectiva y ternura.

Salvatore, del que hablaremos largamente más adelante, había abusado de su hija mayor, Carmela, ya citada más arriba en el párrafo «Carmela es una muchacha...», con episodios continuados durante su primera adolescencia, desde los doce años hasta el momento de la denuncia de ésta, ocurrida a los dieciséis años. El hombre había descrito las modalidades del abuso, consistentes en contactos corporales íntimos sin episodios de penetración. Salvatore atribuía el surgimiento de la atracción por su hija a una especie de enamoramiento: «¡Era demasiado guapa!».

De todos modos, había emergido que, cuando la niña tenía sólo nueve años, ya había habido un episodio de excitación sexual del padre por ella. La pequeña, era verano, había sido forzada a echar una siestecita en la cama con su padre antes de poder irse al círculo recreativo con sus amigas: a la madre le parecía bien que no saliera en las horas de más calor. Entretanto ésta se había dirigido donde estaban la suegra y las cuñadas, en la planta superior, para tomar café. Carmela recordaba que, en un momento dado, había sentido que el padre se le acercaba en la cama y le apoyaba contra sus nalgas algo duro, su «pito». Había escapado espantada, en aquel punto, para pedir ayuda de alguno de sus parientes: de la continuación se hablará más adelante. Pero volvamos a Salvatore: él también recuerda con viveza el episodio. Después de que Carmela salió de la cama, había sentido mucho miedo, tanto como para tener un ataque inmediato de diarrea. Había sentido brutalmente dentro de sí el espanto por el impulso perverso al que había dado curso. Sin embargo, durante los coloquios terapéuticos no había sabido explicar cómo aquel episodio podía haber ocurrido, ni dar un nombre al resorte interior que lo había impulsado a tanto.

En un estadio aún más avanzado del tratamiento, durante una sesión de Salvatore con su mujer, se había vuelto sobre aquel hecho para preguntarse qué reacciones podía haber tenido ante el alboroto de aquella jornada la otra hija, Melissa, que en aquella época debía de tener más o menos un año. La pregunta deja a ambos cónyuges perplejos. Los dos recuerdan lo ocurrido como si hubiera sido el día anterior, pero ninguno recuerda ningún movimiento o llanto de la hija menor, que, no obstante, desde que había nacido tenía su camita en el dormitorio matrimonial. Comienza a nacer en la mujer la duda de que fuera necesario retroceder en el tiempo: quizá el episodio había ocurrido cuando Melissa aún no había nacido. Esto comportaría el hecho de que Salvatore se habría excitado sexualmente por una niña aún más pequeña. En aquel punto el hombre se enfada: a pesar de que en fases previas de la terapia ya se habían elaborado muchos aspectos enojosos y delicados del abuso, no puede admitir dentro de sí este mecanismo de atracción perversa.

En la familia

Mientras el adulto protector siente que el propio mundo familiar se ha

derrumbado irremediablemente, el agresor a menudo se comporta como si pensara que puede continuar como antes, si no estuviera la oposición de algún otro. El mundo al revés podría aguantarse: basta quitar para el futuro el «lunar» constituido por el abuso. Sus consecuencias en el presente y en el pasado pueden ser remediadas a través de la solicitud de perdón y de la promesa de que nunca jamás volverá a ocurrir.

Giacomo, del que hemos hablado hace poco (véase más arriba el párrafo «Giacomo es el joven padre...») y del que hemos constatado un nivel todavía muy alto de negación en cualquier expresión suya, cerraba a menudo las sesiones, en las que esforzadamente se había intentado hacerlo reflexionar sobre las numerosas deformaciones de sentimientos y de pensamientos que aún lo invadían y sobre el sufrimiento de los familiares, ante todo la hija, preguntando con voz lastimera cuánto tiempo debería continuar la valoración y su alejamiento de casa. En efecto, parecía convencido de que la admisión de los hechos, acompañada por palabras de excusas y por la promesa de que no ocurriría nunca más era suficiente para reparar, sin ni siquiera percatarse de cuán lejos estaba ante todo en su interior un cambio real.

Tampoco en las palabras de Lorenzo, persona con seguridad, sensible e inteligente, parece existir rastro de la percepción de que las vejaciones y los embrollos del pasado puedan haberle alienado la confianza de sus hijas de manera no fácilmente remediable; que sobre todo la niña más pequeña, habiendo reconocido explícitamente el origen del propio sufrimiento, pueda, si no odiarlo, al menos temerle y querer tenerlo a distancia, como su comportamiento de aquella famosa noche en que se había negado a dejarse dormir por él permitiría suponer; y que la hijastra y la mujer puedan considerarlo como una persona peligrosa. Aún más alejada parece la percepción de que sus actos han añadido una nube negra sobre todas las demás relaciones familiares, que ha comprometido la relación de intimidad y confianza entre la madre y las hijas, de estas últimas entre sí, que ha obligado a todos a deformar los propios comportamientos para dejar sitio a su presencia distorsionadora. No parece percibir el peso de ésta para los demás: no sólo ha dejado a la iniciativa de la niña, como ya antes se advertía, la carga de la revelación del abuso y, por tanto, de detener su comportamiento, sino que ahora sigue dejando a la iniciativa de su mujer, que debería ocuparse de muy distintas urgencias, la carga de ocuparse de él y de decidir el nuevo ordenamiento de la familia, incluido su nuevo sitio.

Ninguna idea contraria surge de él, que no advierte el absurdo de obligar una vez más a los demás a dedicarle tiempo y energías, como antes los había obligado a protegerlo a través del secreto.

Una situación particularmente infeliz es aquella que se ha verificado en la familia de Donata.[4] El padre, Stefano, alcohólico desde hace muchos años, había abusado de ella desde los ocho años. La madre siempre había tenido sospechas sobre la conducta del marido, al que incluso había sorprendido mientras realizaba actos de *voyeurismo*, espiando a la vecina de enfrente mientras se desvestía. Aún desconfiaba más de él cuando era presa del alcohol. Sin embargo, sus intervenciones de protección de la hija mayor, Donata, como de la menor, Elide, se habían limitado a frecuentes recomendaciones a las hijas para que con su sensatez mantuvieran bajo control los excesos del padre: a su parcial justificación se puede añadir que la mujer nunca llegó a imaginar que la aberración del marido pudiera llegar hasta un verdadero abuso. Desde pequeñas las niñas llevaban en su personalidad los estigmas de las duras condiciones familiares en que habían vivido: tratadas varias veces por los servicios psicológicos territoriales, tenían trastornos cognitivos y emotivos, a los que seguían también importantes dificultades escolares. Además Donata, a diferencia de su hermana, más dócil, se demostraba, al crecer, cada vez más rebelde y porfiada con relación a la madre. Después de todo el padre, en especial cuando estaba «pasado de revoluciones», era divertido: tenía ganas de bailar y cantar, fingía que era su enamorado, aunque a veces la apretaba y tocaba demasiado...; una distracción en una casa donde los gritos y las iras eran muy frecuentes.

Luego las cosas habían degenerado, pero obviamente era muy difícil para Donata revelar el abuso a su madre, que además siempre lo había dejado todo a su propia responsabilidad. Así, se había llegado a una noche en que la madre, tras despertarse por casualidad, había sospechado al no encontrar a su marido al lado en la cama. Presa de una intuición, se había dirigido a la habitación de al lado, la de las chicas: lo había descubierto en la cama de la hija, en flagrante abuso. Entonces Donata tenía trece años.

Después del arresto inmediato y del juicio sumarísimo, Stefano había pasado algunos años en la cárcel: entretanto escribía a su mujer pidiéndole perdón e implorándole que aceptara tenerlo consigo una vez obtenida una medida alternativa a la cárcel. La mujer dudaba; pero luego el marido la había convencido de que en la cárcel había dejado de beber: con esto le daba garantías de haber cambiado y de que las conductas agresoras precedentes no volverían a repetirse.

La decisión de la madre había provocado una profunda crisis en Donata: ¿qué reconocimiento le era reservado de todo cuanto había sufrido si, con promesas tan superficiales del padre, la madre había pensado que la familia podía recomponerse? Sus condiciones psíquicas se hacen cada vez más graves, con conductas agresivas e inadaptadas alternadas con largos períodos depresivos.

Visto en una sesión de valoración familiar, Stefano fue interrogado sobre los problemas de la hija. Su capacidad de reconocer conexiones entre las patologías actuales de ésta y la historia de abuso, con el agravante de verlo rehabilitado con tanta facilidad, es muy baja: en su opinión, Donata siempre ha sido una chica extraña, habría debido comprender que cuanto había sucedido entre ellos se había debido al alcohol y, por tanto, ahora todos los problemas estaban resueltos. Ni se le pasa por la cabeza la idea de hacerse a un lado al menos durante un tiempo, para permitir que su hija encuentre un equilibrio: si no puede aceptar su presencia, que se marche ella... Incluso cuando Donata, con el paso de los años, tiene síntomas psiquiátricos cada vez más graves y, por tanto, no le es fácil encontrar un acomodo fuera de casa, su posición no cambia. No parece imbuirse de la responsabilidad de reparar los efectos de sus actos perversos, retomando al menos en parte su papel de padre: es como si el problema de su hija no le concerniera y, sobre todo, sus derechos a una vida en familia estuvieran antes que los de ella.

En el mundo exterior

Cuando se afronta con Lorenzo el problema de la denuncia penal y se le hace reflexionar sobre el hecho de que sería una buena e inmediata prueba de responsabilidad si no dejara a otros familiares la obligación de acusarlo, sino que se presentara él mismo ante la policía o el juez, el hombre queda en silencio, mirando por la ventana. Luego concluye, vuelto hacia la psicóloga: «Comprendo qué quiere decir... hay que tocar fondo...».

Esta actitud está bastante difundida.

Bernardo ha abusado durante algunos meses de su hija de once años, mientras estaba forzado a una convalecencia debida a una intervención quirúrgica. La madre trabajaba mucho, también porque se había convertido en la única fuente de ingresos

de la familia y, por tanto, estaba ausente durante gran parte de la jornada, contando con la atención que su marido habría podido prestar a Ilaria y Gerardo, sus dos hijos.

El excepcional descubrimiento del abuso por parte del pequeño Gerardo y la consiguiente revelación de Varia a su madre pone fin al abuso: esta última cree en seguida a la niña y se aleja urgentemente de casa con sus hijos. Bernardo lleva a cabo tres juicios penales clamando su inocencia y dejando sobre las espaldas de la niña y de los demás familiares la carga de la prueba. Por último, definitivamente condenado, se rinde: «Es verdad, alguna vez lo he hecho...». Está solo y en la cárcel, tiene mala salud y quiere desesperadamente ser acogido de nuevo en casa por su mujer: participa, a pesar de la pérdida de la patria potestad, en las sesiones de valoración especializada que nuestro centro está efectuando sobre todo el núcleo familiar por encargo del Tribunal de Menores (con el fin de aclarar el cuadro general de desatención y malestar de ambos menores), también con la esperanza de reanudar una cierta relación al menos con el hijo menor, al que no ha hecho ningún daño...

Después de muchos meses de sesiones en paralelo para el padre y los demás miembros de la familia, parece llegado el momento de intentar algunas sesiones en las que estén presentes el padre y la hija. En la primera de éstas el razonamiento cae sobre las llamativas minimizaciones que Bernardo aún ejecutaba con respecto a la gravedad y frecuencia de los actos incestuosos. Ilaria, cuya versión había sido desde siempre mucho más fiable que la del padre, confirma también delante de éste su verdad de los hechos (por lo demás, completamente apoyada por los exámenes ginecológicos). En aquel punto Bernardo vuelve a saltar, en un intento de hacer callar a la chica: «No digas eso... que con lo que has dicho ya me has hecho perder ocho años...» (aludiendo a la condena recibida).

Existe el riesgo, como hemos visto, de que, si ya es difícil cargar con el peso de pagar las consecuencias de los propios actos en familia, con los interesados directos, aún más arduo es pensar que se han violado también las normas sociales: que no es por la péfida iniciativa de algún sujeto vengador que se hace necesaria la denuncia penal, sino por el hecho de que en un país civilizado incluso las relaciones más íntimas deben reconocer unos límites, que no están sometidos al arbitrio de los individuos en juego.

Aquí no está en cuestión el juicio sobre la adecuación o no de la ley que establece penas y condiciones de persecución de la violencia sexual. También sabemos que bajo la expresión «violencia sexual» hay una variadísima gama de situaciones: hay obviamente una enorme distancia entre Dutroux, el «monstruo» de Bruselas, o Ali Hasan, el «monstruo» de la Maiella, y la gran mayoría de los agresores sexuales que encontramos en nuestro trabajo. Sin embargo, es innegable que lo que éstos han hecho es un delito, considerado infame incluso en

el mundo de la delincuencia, que comporta costes morales incalculables y durante mucho tiempo para la víctima y para quien se ocupa de su tutela, además de ingentes costes materiales para toda la sociedad.

Forma parte del proceso de asunción de responsabilidad ser alcanzado al menos por este «baño de realidad», que barre en parte las confusas nieblas que transforman los afectos en una peligrosa trampa.

Además, precisamente porque se piensa en el tratamiento, se puede requerir a quien tiene más recursos que dé los pasos necesarios para que la relación terapéutica, en un sincero esfuerzo de reparar y reconstruir, nazca con plena conciencia de todas las facetas del problema que hay que afrontar.

Desde este punto, será también posible recuperar, para el agresor, una iniciativa activa que lo lleve a elegir estrategias adecuadas en el plano penal: sería de desear tanto para él mismo como para la sociedad que el resultado procesal comportase alguna forma de verdadero resarcimiento. Una vez iniciado el cambio de mentalidad antes ilustrado será también más fácil entender que los aplazamientos o las minimizaciones no pueden más que agravar la situación judicial.

En síntesis, la intervención terapéutica para el agresor deberá articularse en torno a estas necesidades: tomar completa conciencia de la propia peligrosidad, hasta hacer el abuso «impensable», aumentar la empatía, favoreciendo los procesos identificatorios, y hacer nacer un modo alternativo al precedente de ser activo, evitando el riesgo de refugiarse en la pasividad y la irresponsabilidad.

3. OBJETIVOS DEL TRATAMIENTO

Las necesidades que hemos analizado en el segundo capítulo, enumerándolas desde el punto de vista de cada protagonista, se enlazan entre sí en el desarrollo concreto del trabajo terapéutico. En la práctica clínica hemos conceptualizado algunas áreas privilegiadas de intervención, sobre las que converge el interés de cuantos están involucrados en la situación traumática. Esas áreas pueden ser consideradas una especie de denominadores comunes del tratamiento, pasos obligados en el proceso de curación. Sobre tales temáticas es necesario, pues, que quien interviene desarrolle una particular sensibilidad y competencia.

A partir de este capítulo se intentará ilustrar las intervenciones que han parecido útiles para dar un impulso evolutivo positivo en estas principales áreas problemáticas.

ALCANZAR EL MUNDO REAL

Se podría decir que toda la terapia en las situaciones de abuso sexual debe desarrollarse bajo la enseña del realismo. Con esto se quiere indicar que, aunque rica en elaboraciones cognitivas y emotivas que tienen por objeto el mundo interior, la terapia no debe pasar nunca por alto la necesidad de que también el mundo exterior sea progresivamente alcanzado por el nuevo flujo de informaciones y por el consiguiente cambio de perspectiva debidos a la ruptura del secreto. Es como si, encendida al fin la luz, fuera posible dar nuevos y firmes contornos a cuanto antes había resultado distorsionado por una imaginación al mismo tiempo exaltada y depauperada por la oscuridad. Dicho proceso es también *el antídoto más eficaz contra las vivencias de impotencia*, que, por más adaptaciones que se intente construir, continúa siendo siempre uno de los principales y devastadores pesos que abruma a la víctima. Este sentimiento de impotencia se comunica en medida incluso más fuerte al adulto protector, cuando se entera a través de la revelación que fue testigo ciego y sordo de una monstruosidad que habría querido evitar de todo corazón. En cuanto al agresor, ya lo hemos visto con anterioridad, aun siendo teóricamente el que debería ver con más claridad las connotaciones de lo ocurrido, al haber sido su activo programador y ejecutor, cuántos estratos de fragmentación del pensamiento, negaciones, mentiras e ilusiones lo mantienen en una especie de parálisis mental, cuando sería en cambio necesaria toda su vigilante iniciativa para entrar por el camino de la reconstrucción.

Así, se hace necesario que la verdad, al fin salida a la luz, se expanda hasta alcanzar concretamente a todos aquellos a los que afecta. Hacia tal objetivo deben dirigirse también los esfuerzos de los terapeutas, acompañando y asistiendo el impulso psicológico de restablecer conocimientos y juicios inevitablemente presentes en quien siente que debe reconquistar el gobierno de una situación antes incontrolable.

He aquí cómo una niña de la que ya hemos hablado, Sara (véase más arriba el párrafo «Fabrizia tiene una sola hija, Sara...»), sabe reproducir con el lenguaje de las imágenes este impulso psicológico. Ya se había hablado de ella con relación a las reacciones desconsoladas de su madre, Fabrizia, ante el insuficiente testimonio dado por la niña en el ámbito judicial. Independientemente de tal resultado, debido a

factores complejos en los que ahora sería demasiado largo detenerse, se puede decir que Sara había aprovechado las sesiones de apoyo psicológico, que se le habían ofrecido como preparación de dicha tarea, para elaborar al menos en parte la necesidad de llegar a una amplia clarificación para todos de su experiencia traumática. (Lo que luego había fallado era la consiguiente capacidad de construir una narrativa suficientemente convincente de aquellos eventos, superando las maniobras debidas a las complicadas relaciones familiares: aludiremos a ello más adelante.)

En una de las sesiones previas a la audiencia, Sara había comenzado un dibujo, cuya historia había sido continuada también en el encuentro sucesivo. La niña había trazado dos casas, iguales en dimensiones y forma, adosadas. La primera era una casa habitada por personas y animales domésticos, donde se podía ver en transparencia qué sucedía dentro. No por casualidad, estaba animada por los incesantes chillidos de un mirlo, precisamente lo contrario de su dificultad para hablar de la experiencia traumática. La otra casa tenía la puerta cerrada: se trataba de un sótano, donde había telarañas y ratones, que daban un poco de repelús.

La terapeuta se interesa por estas curiosas estructuras paralelas y lleva a la niña a realizar asociaciones sobre aquello que ha dibujado. La atención de Sara se concentra en el ratón: añade que es gordo e inmediatamente después le viene a la cabeza una canción inspirada en Topo Gigio. La canción alude al deseo de este último de ser «apaleado», palabra que repite con insistencia. La terapeuta detecta que ese ratón del sótano suscita en Sara no sólo sentimientos de disgusto, sino también de ternura. También advierte que es precisamente aquello que le parece haber entendido de su relación con el abuelo, que, desde luego, hacía cosas que le causaban daño y hacían que se sintiera sucia, pero también era muy simpático, capaz de jugar con ella y divertirla. Con un poco de timidez, probablemente preguntándose si, al menos con la terapeuta, estaba permitido admitir también este segundo componente de la relación con el agresor, la niña lo confirma.

En la siguiente sesión quedaba aún por terminar el coloreado del dibujo: ocasión propicia, para la terapeuta, para retomar el discurso. Se trata de reflexionar juntas sobre qué sucederá en el futuro con aquel sótano, si deberá permanecer siempre así, cerrado y lleno de cosas espantosas, desagradables, o, quizá, que no se sabe bien cómo considerar. Quizá alguien debería encontrar el valor de abrir de par en par aquella puerta. Sara se sumerge en la fantasía: algún día habrá que entrar con una escoba, para barrer y hacer que entre la luz y el aire. Desde luego, quizá haya que eliminar también a los ratones «gordos», acaso un poco simpáticos, insinúa la terapeuta: pero Sara insiste en que habrá que hacer limpieza.

De la situación simbólica a la real el paso es breve. La niña escucha con interés cuando la psicóloga le dice que toda aquella historia le recuerda su situación real: también ella tiene dentro de sí una especie de sótano, donde hay cosas un poco complicadas, que producen malestar. Hablar con el juez podría ser como abrir la puerta de su «sótano» interior y hacer entrar el aire y la luz: también para ella podría ser una buena ocasión de ver claro en una relación que no ha sido nada sencilla. Sara capta perfectamente la interpretación. Todavía duda y admite que tiene miedo de ese

momento: pero no ve alternativas. Al final, al guardar el dibujo, parece reanimada y satisfecha.

También debe destacarse que los niños a menudo son decididos portadores, con más simplicidad e inmediatez que los adultos, del deseo de que el restablecimiento de la verdad alcance en particular al agresor. Por un lado está la justa exigencia de no vivirse como los únicos poseedores de la verdad de los hechos: sobrecargados de la responsabilidad de probarla ante todos. Por el otro, juega en ellos un más genérico sentido de la justicia, con la ingenua percepción de que aquello que es verdad debe tener en sí mismo una fuerza de cambio. Más profundamente, esperan del reconocimiento del agresor la prueba definitiva, delante de todos, pero sobre todo del adulto protector, de la propia posición de víctima. Por tanto, a menudo salta en ellos, precisamente en el momento en que ven persistir la negación del agresor, una rabia antes nunca experimentada y la idea de que merece un castigo, aunque sientan por él impulsos afectivos.

De ello es un claro ejemplo Marina, que desde los dos hasta los cuatro años había sido víctima de abusos por parte de su padre, separado de su madre. Convencida, como ha resultado del examen psicológico, de que era el consuelo del padre y un peso para su madre, a la que había sido confiada en régimen de separación, llegar a pedir la protección de esta última contándole, aunque sea fragmentadamente, cuanto le sucedía en casa de su padre no fue fácil para ella. Había debido recurrir a la intermediación de la psicóloga construyendo con ella un juego simbólico tan sugestivo y transparente que inmediatamente después comentó con su madre: «Le dije a la doctora lo que me hizo papá». Pero las palabras, las explícitas que los mayores están en condiciones de entender, vinieron mucho después. Marina está muy aliviada cuando llega aquel momento y constata que el afecto de su madre por ella no ha disminuido, como temía, al sentirse en parte culpable de haber accedido durante tanto tiempo a los deseos de su padre, satisfecha del beneficio secundario de sentirse la niña de sus ojos.

Sus declaraciones tienen un inevitable reflejo sobre las indagaciones penales ya iniciadas: llevan a la emisión de una medida de custodia cautelar contra el padre. La madre siente pesar sobre sí misma la difícil tarea de informar a la niña del hecho de que su padre, que sabe muy amado por ella, ahora está en prisión. Se queda desconcertada cuando el único comentario de la pequeña ante el anuncio es un cortante: «Bueno, ahora le toca. a él decir la verdad». La madre recuerda que la niña ya había dibujado días antes una prisión, definida por ella como una «jaula»: se pregunta, por tanto, si la hija ya había captado los razonamientos de los mayores en los que se aludía al asunto y su sangre fría debe atribuirse a que ya estaba preparada para la noticia. Habla de ello con Marina, que replica: «Lo sabía yo sola». Por

último, ante la pregunta de la madre sobre si según ella su padre podrá un día salir de la prisión reafirma: «Podrá hacerse ayudar si dice la verdad».

Parece muy clara en la mente de la pequeña Marina la idea de la fuerza sanadora de la «verdad», de la necesidad de que abarque a todos, incluso reticentes, y de que se pueda ir en su ayuda, como le ha ocurrido a ella, si se quiere que ésta emerja.

Sin embargo, no debe olvidarse que el precio de esta capacidad de «ver» y, por tanto, retomar el gobierno de la propia vida, puede ser muy doloroso, abriendo el horizonte sobre devastaciones muy difíciles de tolerar: esto también puede poner en marcha impulsos de signo contrario con fines defensivos. El trabajo terapéutico adquiere, por tanto, la función de hacerse intermediario a fin de que el escollo se vuelva abordable y no destructivo. Gran parte del tiempo en terapia, incluso en fases avanzadas de la misma, se utiliza en manejar y contrastar los mecanismos de negación, que pueden aparecer en oleadas sucesivas cada vez que ciertos eventos, en el mundo interior o en el exterior, pongan al descubierto nudos problemáticos importantes.

De todos modos, hay diferencias consistentes en la intervención si se opera con quien al menos ha superado la negación de los hechos y, por tanto, puede tomar en consideración dentro de sí, con una buena motivación, la necesidad y la utilidad del abandono de tales defensas a todo nivel, o si, en cambio, se está empeñado en una fase inicial del trabajo psicológico (de costumbre, en el contexto de la valoración de los recursos familiares, aunque ya se efectúan intentos de producir cambios en el funcionamiento psíquico) con quien no puede reconocer ni siquiera la existencia del abuso. A continuación describiremos las características y los objetivos específicos de tales intervenciones.

Contrastar la negación de quien no puede reconocer

Ante todo debe recordarse que la mayor parte de los agresores y también de los adultos potencialmente protectores (como ya hemos citado, cerca del 60-70 %), no accede a la admisión explícita de los hechos traumáticos.

Si se decide contrastar activamente los mecanismos de negación que subyacen a este fenómeno es porque, a través de las intervenciones valorativas anteriormente llevadas a término sobre cada caso (intervenciones que

habitualmente tienen como centro de indagación a la víctima, según el examen articulado de áreas de profundización diagnóstica, como ya se ha dicho en la introducción), se ha llegado a la *certeza clínica*, o al menos a una altísima probabilidad, de la compatibilidad del cuadro detectado con la hipótesis de abuso sexual, objeto de la señalación (puesta en movimiento por síntomas y/o revelaciones) que lleva la situación a la atención de los evaluadores. Por tanto, en aquel punto ya no se avanza «a oscuras», pidiendo a la intervención de los adultos, sean el presunto agresor o los fallidos protectores, aclaraciones sobre la credibilidad de la situación traumática, aunque resueltamente negada por éstos: método que no podría llevar más que a un callejón sin salida. En cambio, se trata de entender cuáles son los puntos débiles del sistema defensivo que lleva a la negación (sistema nefasto, en tanto precipita en la catástrofe del propio mundo de los afectos al menor víctima del trauma), para dar impulso a procesos mentales y emotivos de los que eventualmente pueda surgir al menos una primera y parcial *admisión de los hechos*, considerando esto como un paso imprescindible para llegar a un nuevo armazón reconstructivo de vínculos positivos. Para usar una metáfora, hay que comportarse como quien, al tener que demoler un sólido muro, sin demasiadas herramientas, se las ingenia para encontrar las fisuras y las vías de agua sobre las que hacer palanca para abrir brechas cada vez más grandes.

El principio del que parte la intervención es la opinión de que las defensas de negación responden a exigencias del individuo muy fuertes y complejas, y de que las consecuencias de su abandono son profundamente temidas a causa de la desestabilización en que, según el sujeto, precipitarían su situación personal y familiar. En cuanto a los componentes más o menos voluntarios del comportamiento negatorio, remitimos a cuanto ya se ha argumentado a propósito de la negación del agresor, teniendo bien presente que cuanto puede encontrarse más masivamente en este último no deja completamente exentos también a los adultos protectores que se obstinan una y otra vez en la exclusión de la posibilidad de la experiencia traumática. Por otra parte, precisamente quien niega podrá ser el principal beneficiario del paso a movimientos defensivos más evolucionados, aun antes de aquellos que, a través de tal viraje, podrán sentirse por fin reconocidos y confirmados. Hay motivos para creer, por cuanto puede ser comprobado por la experiencia clínica, que una actitud empática y firme del terapeuta frente a las defensas de negación puede constituir para el paciente la experiencia útil de sentirse mirado, sin miedo y sin merma de interés, por

aquello que es, al menos fugazmente: experiencia que, íntimamente, no puede más que construir, aunque no se vean resultados aparentes. Es lícito y oportuno, por tanto, recorrer el camino de racionalizar poco a poco los temores que detienen el abandono de tales defensas, poniéndolos al descubierto y traduciéndolos en palabras, observaciones, reflexiones y expresiones de sentimientos, con el fin de redimensionar, si es posible, su gravedad o, aún mejor, presentar al paciente, o construir con él, nuevas soluciones a los nudos problemáticos que ve en un primer momento insuperables.

El primer nudo está constituido por el *temor de acercarse a la hipótesis del abuso* en tanto tal: no puede ser ni siquiera mirada, para entender mejor sus detalles. Por el contrario, es expulsada de la conciencia de manera masiva, porque induce demasiado malestar y contrasta profundamente con la imagen de sí mismo en la que uno querría reconocerse. Tal comportamiento, tan típico, en su rigidez, precisamente de aquellos que sienten que el abuso es, o puede ser, real, difiere profundamente de la conducta que podrían asumir los mismos sujetos en circunstancias similares, que, sin embargo, no susciten sentimientos tan violentos. Un primer objetivo puede ser entonces reflexionar ante todo sobre esta discrepancia y relanzar la búsqueda de sus posibles significados, evidenciando cómo el mismo individuo es muy capaz de proceder de manera distinta para aproximarse a cualquier problema de no fácil solución: se pueden prefigurar, por ejemplo, inexplicables hurtos de dinero, acusaciones recibidas de amigos o colegas de trabajo, el surgimiento de la sospecha de traición del propio consorte u otras cosas. Se puede llegar fácilmente a demostrar que, en trances similares, incluso turbadores, la primera reacción es la de acercarse con la mente vigilante y curiosa a aquello que en un primer momento nos parece absurdo y preguntarse las posibles razones, lógicas aunque equivocadas, que le puede haber dado origen. El mismo terapeuta debe representar en aquel momento un término de identificación, que invita a la máxima objetividad y prudencia a considerar los presuntos hechos traumáticos que constituyen el objeto del trabajo psicológico.

Introducida la idea de que pensar no sólo es posible, sino obligatorio, es necesario valorar si, prioritarias a la negación respecto del abuso, existen otras importantes zonas de sombra que deban ser despejadas antes de acceder al punto principal. Aquí se quiere hablar de *otras negaciones de hechos*, no tanto de su significado. Puede tratarse tanto de acontecimientos familiares, como de aspectos de la personalidad y del comportamiento del niño: en todo caso de

hechos que han estado bajo los ojos de todos. Por otra parte, sería del todo inútil atacar el tema doloroso del abuso, que con toda probabilidad activará fuertes resistencias, si ya sobre otros temas, teóricamente de más inmediata constatación, es imposible entenderse.

Nunzio, el padre de Cosimo, del que luego hablaremos, se había visto involucrado en el pasado reciente en deudas de juego, que habían vuelto desesperadas sus condiciones económicas, de entrada poco florecientes. Este problema había llegado a la atención del Tribunal de Menores, como una de las mayores causas desencadenantes del conflicto con su mujer, mucho antes de que naciera la sospecha de abuso sexual sobre su hijo y, por tanto, la valoración de nuestro centro. Pues bien, durante las sesiones, Nunzio se había empeñado en este punto, que en su opinión había sido tratado con enorme exageración por todos y constituía la base de su mala reputación, injusta, sobre la que sus detractores se habían creído con derecho a construir también la otra acusación infamante. Por suerte, en la continuación del trabajo puede al fin abandonar esta tesis y, como veremos, pasar a razonar sobre el tema principal, la hipótesis del abuso del hijo.

Más desconsoladora es la situación de Barbara, la hija de Paolo y Lucia. La niña había tenido, en torno a los dos años, la que parecía haber sido una importante parada en su desarrollo. El notable retraso del lenguaje, que se hizo evidente en su ingreso en la guardería, iba acompañado por algunos complejos trastornos del pensamiento y de la emotividad, que hacían difícil la integración con otros niños y la adquisición de habilidades motrices adecuadas para su edad. Se trataba, en síntesis, de un grave trastorno de la personalidad: ya en la primera solicitud de ayuda por parte de los padres a los servicios territoriales se había aconsejado un tratamiento psicoterapéutico, comenzado pero rápidamente naufragado por las dificultades de la niña. Luego se había iniciado un programa rehabilitador intensivo, con la intención de conducir a la pequeña al ingreso en la escuela elemental en las mejores condiciones posibles. Cuando por fin el momento había llegado, su desempeño en clase había sido posible gracias a la presencia continuada de un maestro de apoyo, no sólo para suplir las graves lagunas de aprendizaje, sino también todos los problemas que poco a poco se iban evidenciando en el área de la nutrición, del control de esfínteres, de la socialización y de muchas cosas más. Por tanto, un cuadro de trastornos masivos y muy visibles. Sobre estas bases ya desesperantes había nacido también una grave sospecha de abuso sexual sobre la niña por parte de su padre, a partir de afirmaciones de la misma, aunque sea limitadas por las dificultades comunicativas, y por exámenes médicos extremadamente preocupantes.

Cuando llega a las sesiones en nuestro centro, como de costumbre encargado por el Tribunal de Menores de valorar los recursos familiares con los que habría podido contar Barbara, Lucia, la madre, niega tenazmente la posibilidad de que su marido,

hombre muy íntegro y padre tiernamente aficionado a su hija, pueda haber cometido las atrocidades de las que es acusado. Por tanto, se decide no afrontar de inmediato este tema, que ya se sabía que era un «terreno minado», sino hablar en general de Barbara y de su relación con ella y el padre.

Sorprendentemente la señora compone un retrato de la hija, sobre la base de los propios recuerdos, en el que no hay rastro de trastornos psíquicos: una cierta lentitud e incapacidad deben adscribirse, en su opinión, al hecho de que la niña, hija única de padres un poco aprensivos, había sido frenada por ellos mismos en su autonomía. La madre exhibe fotografías de Barbara que, mira qué casualidad, se remontan al primer año de vida, de las que obviamente es imposible deducir su grado de desarrollo y su psiquismo. También tiene unos cuadernos de la niña, a primera vista testimonios de un grafismo muy incierto y de un aprendizaje muy limitado, pero que, según ella, demostrarían que Barbara es una niña sustancialmente «normal». La señora está tan convencida de lo que afirma que su construcción de la realidad puede parecer, a un interlocutor desprevenido, del todo creíble: probablemente para ella lo es. No es así para la terapeuta, que con anterioridad había tenido ocasión de conocer a Barbara durante el examen prediagnóstico y tenía en los ojos una imagen muy distinta.

La simple confrontación de opiniones e informaciones sobre este punto no surte ningún efecto: si la hija ahora se manifiesta de la manera que la terapeuta describe, ya no es «su Barbara». Se habrá vuelto así después del alejamiento decretado por el Tribunal... Un resultado igualmente nulo tiene hacerla reflexionar que si la niña había tenido necesidad durante tanto tiempo de una rehabilitación algún problema debe de haber tenido; ni recordarle que el maestro de apoyo, en la escuela elemental, no se le asigna a los niños «normales».

Es necesario organizar una sesión en la que junto con la madre estén presentes los maestros que han seguido a Barbara en el año escolar precedente, y provocar una confrontación, muy sosegada, entre los diversos puntos de vista sobre la niña, para que la rígida negación de la patología de la hija comience a disolverse un poco. En este punto afloran en Lucia recuerdos de la imposibilidad de Barbara de organizar un juego («Tiraba fuera todos los juguetes y daba vueltas alrededor de ellos»), de las palabrotas que gritaba sin motivo asomada al balcón, del miedo a caminar sola cuando llovía, del terror al retrete a la turca que había en la escuela y de la pasividad demostrada cuando había sido mordida por un compañero de la guardería sin dar un grito o hacer un movimiento: todos elementos que, sumados a aquellos ya conocidos, permitían al fin que la madre se interrogara sobre ciertas extrañezas e intuyera el fondo de grave sufrimiento.

El siguiente paso es recorrer con seriedad la hipótesis de que la sospecha de abuso sexual derive de un *malentendido*, es decir, haya nacido de una interpretación equivocada de comportamientos y circunstancias: equivocada porque está cargada de sentimientos que pueden alterar su percepción o está

distorsionada por procesos cognitivos inadecuados. No se trata de hacer compromisos con cuanto, como antes hemos especificado, ya es objeto de convencimiento en el terapeuta, es decir, que ha habido una situación traumática sexual, aunque con el beneficio de una no completa definición de detalles, sino de encontrar un punto de encuentro con quien niega, que al menos haga recorrible de manera realista los elementos de la sospecha, impidiendo rechazarlos de forma simplista del propio pensamiento. Para el adulto que no ha cometido el abuso, pero le cuesta creerlo y convertirse en protector para la víctima, la intervención apuntará a afrontar aquella hipótesis por estadios sucesivos, sometiendo al examen de la lógica y de las informaciones de primera mano que provengan del conocimiento de la víctima las explicaciones construidas poco a poco por el paciente, en alternativa a la de un trauma real, con el fin de evitar enfrentarse con el dolor y la revolución comportados por la toma de conciencia del abuso. Para quien, en cambio, lo ha cometido, aun con menores esperanzas de inducir cambios, se intentará alcanzar al menos dos objetivos. En primer lugar, se dará prueba de comunicar con transparencia el método de razonamiento diagnóstico de los psicólogos, construyendo un terreno interactivo de respeto mutuo, aunque no se oculte la realidad de encontrarse en frentes de convencimiento opuestos sobre la realidad del abuso. Nunca debe subestimarse en el plano emocional el poder benéfico de sentirse considerados «personas», con las que discutir y argumentar, con respecto a la sucesiva posibilidad de renunciar a —o al menos atenuar— rígidos movimientos defensivos. En segundo lugar, incluso una puesta a prueba puramente cognitiva del producto de tales defensas, en la toma de conciencia de su insostenibilidad lógica —conciencia activada justamente por la confrontación con datos y método de conexión de ellos utilizados por el psicólogo—, puede obligar a movilizar al menos la mente y a «pensar», acaso de manera más realista. Al hacerlo, las afirmaciones negatorias más bastas deberán ser abandonadas, o al menos mejor articuladas y documentadas, con la consiguiente creación de un espacio, aunque sea mínimo, para los componentes desconocidos e inexplicables de los elementos que han dado lugar a la sospecha de abuso, puerta para desarrollar ulteriores y más penetrantes reflexiones.

Bruna es una mujer joven, madre de dos niñas de nueve y siete años, Krizia y Semira, alejadas de ella desde hace mucho tiempo a causa de los malos tratos físicos

a los que habían sido sometidas por ella misma. Nacidas en un matrimonio precoz (Bruna aún no era mayor de edad) y en seguida muy infeliz, con la típica secuencia de traiciones, palizas, fugas, regresos y todo lo demás, habían corrido la aventura de ser dejadas, como paquetes molestos, con uno u otro pariente, luego con el padre, cuando éste había establecido una nueva relación, con una mujer igualmente agresiva: por último, habían terminado en una institución. Durante la estancia con el padre habían confiado a su madrastra, que entonces, en las fases iniciales de la relación, parecía bastante tierna y acogedora, que durante la estancia con su madre no sólo habían padecido golpes gravísimos, sino que también habían sido objeto de las atenciones sexuales del nuevo compañero de ésta, de cuya unión hacía poco que había nacido otro hijo.

Tal revelación requiere una profunda valoración que el juez de menores pide a nuestro centro. En la primera fase diagnóstica, las niñas no sólo confirman las acusaciones (y ahora ya no existían razones «estratégicas» para hacerlo, en tanto la posibilidad de permanecer con el padre y su mujer había definitivamente naufragado a causa de la ruptura de la relación y del encarcelamiento del padre por hurto), sino que se presentan con todos los estigmas típicos tanto de los malos tratos y de la gravísima desatención que ha acompañado toda su vida como del trauma sexual denunciado. A continuación se emprende una serie de coloquios con la madre. Ésta era deseada como único recurso familiar posible por las hijas, aunque con sentimientos obviamente ambivalentes; ahora se presentaba como capaz de admitir, con profundo pesar, que había atravesado momentos en que, a causa de sus sufrimientos, se había convertido en una madre cruel e inadecuada. Añadía que había cambiado, también gracias a la completa disolución de la relación con el ex marido, y de la estabilización de la convivencia precisamente con aquél al que las niñas indicaban como su agresor: éste, un hombre bastante mayor que ella, del que se fiaba también porque llenaba el vacío de una figura paterna vivida en términos muy conflictivos, representaba en aquel momento su mundo y su único apoyo. Por tanto, ni siquiera podía tomar en consideración la hipótesis de haberse equivocado tanto al juzgarlo, como las acusaciones de las niñas habrían llevado a concluir.

Dar a Bruna la posibilidad de explorar con la terapeuta la hipótesis de un malentendido, permite introducir un poco de distensión en una situación psicológica en que, en ausencia de criterios de juicio seguros (la señora no tenía permiso para hablar con sus hijas desde hacía mucho tiempo, después de que meses atrás había impulsiva y torpemente abordado con ellas el asunto, culpabilizándolas), se sentía forzada a tomar partido de manera monolítica. También consigue desplazar un poco más el pensamiento sobre las hijas y sus sentimientos, evitando dejarse arrollar en seguida por el relativo a lo que habría sucedido con su vida y la de su amado en el caso de que el abuso se revelase real.

Es posible recuperar los recuerdos de los momentos en los que habrían podido suceder los hechos. Estaba embarazada de su último hijo, con una salud precaria, que la ponía particularmente nerviosa. No podía ocuparse demasiado de las hijas, que dejaba con gusto a su compañero, que parecía mucho más paciente que ella.

Reconstruye los juegos de lucha cuyos ruidos oía desde la cocina, donde realizaba sus quehaceres, y recuerda cómo especialmente Krizia, la mayor, tenía a veces duras expresiones de desprecio con relación a su padrastro. En particular se acuerda de haberla golpeado salvajemente, ahora se avergüenza de ello, una vez en que la había sorprendido escupiéndole a la cara de manera provocadora. El afloramiento de estos elementos la hace, al menos momentáneamente, más dispuesta a entender que quizá muchas cosas pueden habersele escapado de la relación entre el hombre y las niñas, cosas que ahora explicarían de manera del todo distinta ciertos comportamientos.

En la siguiente sesión está preparada para hablar de su experiencia infantil y adolescente: el repentino surgimiento, al menos así lo recuerda ella, de «manías sexuales» en el propio padre (masturbación sin recato y *voyeurismo*), con el que ya antes tenía una pésima relación, había turbado su joven mente; aún menos conseguía comprender la actitud pasiva de la madre, que lo toleraba y estaba todo lo posible fuera de casa. Consigue producir una cierta identificación con las hijas: desde luego, si de verdad hubiera sucedido aquello que dicen, habrían estado muy mal, como ella entonces...

Luego retrocede ante el pensamiento de poder haber recorrido los pasos de su madre, después de haberla criticado tanto, e intenta tranquilizarse con el hecho de que su compañero no se parece en nada a su padre.

Sin embargo, en una sesión posterior da otro paso: algo debe de haber resonado en ella después de haber puesto en marcha un proceso de identificación con sus hijas, a través del recuerdo de sí misma, niña. Comienza tímidamente a admitir la posibilidad de que su compañero, al no ser experto en niños, pueda haber tenido con ellas actitudes groseras e impropias, incluso implicando el área genital, que puedan haber turbado a Krizia y Semira y haberlas inducido a verlo como amenazador. También en este paso la ayuda la propia experiencia personal: le vuelve a la mente un tío, hermano soltero de su madre, que para hacerle mimos le daba pellizcos en la «patatita» (término infantil que designaba los genitales) acompañando el gesto con comentarios jocosos pero graves. Recuerda cómo la avergonzaba este comportamiento, que la exponía a las carcajadas de todos, violando su pudor, y cómo sufría por la imposibilidad de oponerse a ello o de pedir la protección de su madre, que minimizaba el alcance del acto. Concluye que lo vivió como una forma de abuso.

Por desgracia, la intervención decidida de su compañero, precisamente en este punto del recorrido, impide la profundización de los temas surgidos poco a poco. Bruna aparece en la sucesiva y última sesión profundamente alarmada; su compañero la ha puesto en un dilema: si continúa con las sesiones y alberga dentro de sí esas absurdas dudas sobre él, ya no está dispuesto a seguir con la relación. En ese caso se llevará al recién nacido: ¿quién se atrevería a confiárselo a ella con sus precedentes de mujer inestable y de madre agresora confesa?

La alternativa es demasiado amenazante: Bruna abandona las sesiones y, con esto, también a sus niñas.

Muy conscientes de la fragilidad de los resultados obtenibles con todos los métodos de ataque a la negación, puede ser oportuno añadir a cuanto antes se ha dicho otras tentativas de movilizar el pensamiento y atenuar los mecanismos defensivos. Uno de ellos, que se ha revelado particularmente interesante, consiste en invitar al interlocutor a abandonar, provisional e hipotéticamente, la propia versión de los hechos, que en aquel momento el terapeuta asegura que ha sido bien entendida y valorada en su inamovilidad, para introducirse en una especie de *ejercicio del «como si»*, fantaseando sobre qué habría ocurrido si, al revés de lo que el sujeto afirma, el abuso hubiera sido real. A partir de aquí, se acompaña al paciente en un viaje al interior de las distintas reacciones de las personas importantes, de las vías de escape imaginables y de las decisiones que se tomarían en este supuesto caso. Mientras la situación prefigurada es taxativamente mantenida al nivel de la fantasía, las consecuencias hipotéticas sobre las que se reflexiona deberán atenerse al máximo a los hechos reales que el sujeto espera en el marco de sus relaciones.

Realizar esta operación permite también obtener informaciones preciosas sobre el efectivo estado de las relaciones dentro del núcleo familiar o de la familia extensa: informaciones a menudo fundamentales a los fines de la valoración de la recuperabilidad paterna y utilísimas para llevar adelante el trabajo que tiende a la transformación del funcionamiento psicológico operante hasta aquel momento. Debe subrayarse que, sin el impulso debido a la prefiguración de una situación muy estresante, como el imaginario salir a la luz de un abuso efectivo, es muy difícil obtener elementos de conocimiento verídico de sujetos en los que los mecanismos de negación tienden a expandirse como una mancha de aceite con el fin de obtener la evitación de la toma de contacto con la posibilidad del abuso. Ellos suelen pintar cuadritos idealizados o extremadamente vagos tanto de su presente como de su pasado, depurando la comunicación de los recuerdos, si se conceden tenerlos, de todo cuanto podría abrir una brecha de complicación en versiones de los hechos de costumbres rígidas y simplificadas: quien niega, tal vez no puede hacer otra cosa, suele atribuir proyectivamente a la malvada iniciativa de terceros (mentiras, falsas acusaciones hechas por hostilidad, confusiones de identidades, locura de los denunciantes y muchas cosas más) el origen de las imputaciones sobre el abuso. En cambio, será muy reacio a mostrar partes de sí mismo que no funcionen, sufran o estén turbadas por algún evento del pasado que pueda enriquecer,

incluso en parte, de luces y sombras la monolítica versión elegida.

A partir del cuadro que se habrá delineado, el terapeuta podrá tratar de identificarse en los recorridos de elecciones posibles para el sujeto y de producir empatía respecto de la gravedad, a menudo absolutamente real, de la situación que se produciría en el caso de que accediera a la conciencia del abuso: circunstancias que pueden incluso apagar los impulsos positivos, a menudo existentes, con relación a la víctima. Por tanto, puede comenzar otro ejercicio de fantasía: el «como si» está esta vez en las manos del terapeuta, que traduce en palabras, a menudo más articuladas y expresivas que las del paciente, los estados de ánimo, las dudas y las angustias que sentiría en su lugar. La relación, que parte de aquella que podía seguir siendo una rígida contraposición (el terapeuta que, aunque sea con delicadeza y prudencia, hace presente cómo, de los exámenes hechos hasta aquel momento, es difícil para él pensar que cuanto ha sido denunciado en torno al abuso sea del todo increíble; el interlocutor obstinado en la versión opuesta y a la caza de «enemigos» que puedan haber hecho nacer la absurda sospecha), se vuelve fluida, con la posibilidad para el sujeto de encontrar en el terapeuta un espejo que legitima, al menos a nivel de comprensión y participación, el sistema defensivo, convirtiéndose así no en un adversario, sino en un posible término identificatorio.

Cosimo es el hijo mayor de una pareja aún joven, desde hace años llegada a la atención de los servicios territoriales y del Tribunal de Menores por su grave conflictividad. La vida de Cosimo ha sido gravemente marcada por escenas, palizas del marido a la mujer, fugas temporales de esta última, síntomas depresivos de la misma y, como consecuencia, muy poca atención y empatía. A veces incluso malos tratos directos, tanto a él como a los dos hermanos más pequeños, de los que el niño a menudo había tenido que hacer de protector, reconfortándolos y asistiéndolos cuando los mayores estaban metidos en sus problemas. Los persistentes problemas escolares, sobre todo en la vertiente del aprendizaje, habían sido la señal, en aquel punto preciosa, que había aportado luz sobre la situación, activando la intervención de las instituciones. Cuando luego el clima familiar, a pesar de las ayudas ejecutadas, se había demostrado inmodificable, el juez había decidido el alejamiento de casa de los niños, enviándolos a una comunidad. Precisamente aquí, cuando la distancia física y emotiva de los padres había comenzado a hacer al niño menos temeroso de eventuales represalias y, sobre todo, había comenzado a hacerle ver nuevas perspectivas de posibles vínculos de apego con adultos mucho más protectores que los propios padres, aunque muy amados, llega la revelación dolorida de Cosimo de que ha sido víctima, por parte de su padre, durante años, de continuados actos

libidinosos. Al respecto comienza un nuevo recorrido valorativo para los padres, ambos resueltamente negadores de la hipótesis del abuso sexual.

Las sesiones se perfilaban nada fáciles, considerada también la impulsividad de que habían dado prueba ambos cónyuges y, en particular, el padre. Éste amenazaba con perder los estribos, según él por desesperación, de un momento a otro: es más, llegaba a justificar anticipadamente tal eventualidad, sosteniendo que cualquiera en su situación habría hecho lo mismo.

Se recorren con Nunzio, el padre de Cosimo, las posibles hipótesis de malentendido: quizá el niño, entonces de diez años, había asistido a comportamientos de los adultos no adecuados para su edad, o quizá había malinterpretado algunos actos del padre en relación con él. Desde luego, se dice, es preciso encontrar algunas razones que expliquen las afirmaciones precisas y pormenorizadas del hijo y, sobre todo, ciertos conocimientos suyos en materia sexual no habituales para su edad. Ninguna de las hipótesis analizadas parece abrir resquicios: Nunzio sigue sosteniendo que Cosimo «miente» (pero ¿cómo puede haber inventado precisamente esas mentiras?) o está loco. No hay nada que pueda haber visto, sufrido u oído en su casa que pudiera dar pábulo a sus absurdas acusaciones.

Por tanto, se decide intentar el camino de explorar, como puro ejercicio de fantasía orientado a conocer mejor su modo de funcionar mentalmente, qué consecuencias podía esperar Nunzio si de verdad hubiera abusado del niño.

Nunzio en un primer momento vacila: necesita ser tranquilizado en cuanto a que la terapeuta ha comprendido con claridad y definitivamente su completa negación de las acusaciones del hijo. Sin embargo, luego, al adentrarse en la hipótesis, se deja coger por la emoción: el ordenamiento reactivo cede paso a diversas vivencias, con preferencia profundamente depresivas. Emerge, frente a una familia extensa en un primer momento representada como cálida y acogedora, una importante vivencia de exclusión e inferioridad, madurada desde la primera infancia. Sólo él, de seis hermanos, fue mandado al internado durante muchos años. Cuando, raramente, volvía a casa para las vacaciones, lo esperaba la infeliz perspectiva de ser llevado al trabajo por su padre, aún niño, precisamente porque lo consideraba un bala perdida al que había que enderezar. La madre, venerada en el recuerdo (ambos padres han fallecido), en realidad nunca lo ha defendido, porque estaba demasiado ocupada en sacar adelante a su numerosa familia y en estar de acuerdo con su marido.

Desde entonces esta reputación del «loco de la familia» le ha quedado pegada: incluso en su lecho de muerte, cuando lo vio llegar a la cabecera de la cama, su padre hizo un significativo gesto, tocándose la sien. Así, quizá sus hermanos no se habrían sorprendido al verlo involucrado en una situación tan penosa; sólo de uno de ellos podría quizá («al 90 %») esperar discreción, si se decidiera a confiarle aquel terrible secreto. Desde luego, es muy difícil que sepa cómo ayudarlo: también él (y quizá ha sido idealmente elegido por esto) tiene grandes problemas familiares...

En cuanto a su mujer, si debiera admitir un error tan grave no podría esperar de ella ningún apoyo y compasión: lo aplastaría, no espera otra cosa, aunque tantas veces ha intentado arreglar su relación. Además, lo avergonzaría delante de todos,

incluida su familia, que hasta ahora le ha sido hostil, demostrando así cuál de ellos es el verdadero culpable de las desgracias anteriores.

Varias veces, en el relato, se conmueve hasta las lágrimas, pensando en el niño infeliz que fue: recuerda haber rozado incluso la muerte cuando, por su «vivacidad» y, desde luego, falta de vigilancia, había caído del tejado a donde, con sólo seis años, había trepado. También sale a la luz con claridad su desesperada necesidad de ser comprendido y acogido, precisamente como habría tenido ansia y derecho, aquel niño de entonces. La historia conflictiva con su mujer, que al proceder también de antiguas privaciones no podía satisfacer sus exigencias de calidez y dedicación, y la posibilidad de haber aprovechado la relación con Cosimo, precisamente como compensación de aquella decepción conyugal, para obtener cercanía, aunque de manera perversa, haciendo palanca sobre el carácter sumiso del hijo, asumen una propia racionalidad, por lo cual la terapeuta puede mostrar comprensión. Se puede reconocer también que, en su lugar y si de veras la hipótesis del abuso fuera verdad, nos sentiríamos fuertemente frenados respecto de una admisión y solicitud de ayuda: ¿a quién?

Si se obtiene alguna movilización en este frente, se puede intentar un camino aún más osado, siempre que no olvidemos que tenemos que vérnoslas con personas tan rígidas como frágiles. Si los pacientes han logrado comprender que hay alguien que puede empatizar con ellos, incluso en sus embrollados pensamientos y sentimientos, esto puede abrir el camino para pedirles el mismo esfuerzo de identificación con la víctima o con quien esté a su lado. Naturalmente esto no puede derivar de la admisión explícita de que existe una víctima (los mecanismos de negación deben seguir siendo respetados, al menos en «esencia», para activar un «espíritu» distinto), pero prosiguiendo el ejercicio de fantasía del «como si» se lleva al sujeto, agresor o protector fallido, a imaginar cuáles serían sus sentimientos y comportamientos si hubiera sido víctima de abusos. También aquí se procede sobre una delicada línea divisoria entre elementos absolutamente fieles a las condiciones reales y a las constelaciones relacionales que han acompañado el abuso, por lo que ha resultado de los exámenes diagnósticos hechos, y elementos imaginarios. A menudo se pone en marcha un provechoso ir y venir entre las experiencias infantiles del sujeto y aquellas que éste es forzado a suponer en el hijo, con el resultado de sacar a la luz otras interesantes informaciones sobre el contexto relacional en que se ha formado la personalidad del paciente y de establecer puentes de identificación que refuercen el impulso protector y afectivo en relación con el niño, aquella empatía que hemos visto tan deficitaria.

Veamos la continuación del trabajo hecho con el padre de Cosimo. Se le pide que cuente qué imagina que le habría sucedido a él si hubiera sido víctima de abusos. Inicialmente se plantean diversas hipótesis sobre quién habría podido ser el agresor. Se imagina que podía tratarse de una persona importante, de algún modo poderosa: nos orientamos a pensar en un maestro del internado en el que ha vivido durante largos años. Se ponen en evidencia las dificultades de una eventual revelación por su parte, al tener que acusar a una persona con más credibilidad que él y de la que podían depender las sucesivas condiciones de vida en la institución. Nunzio sostiene que se lo habría dicho a su madre y es seguro que le habría creído. Sobre las iniciativas posteriores, piensa que su madre no habría hablado de ello a su padre, debido al carácter impulsivo de este último, sino que habría tratado de allanar la situación abordando directamente al maestro.

Para hacer más compleja esta aproximación al problema, se trata de impulsar la reflexión en dos direcciones. La primera intenta llevar a Nunzio a pensar que los niños a menudo están abrumados por ataduras psicológicas de las que es difícil liberarse. Pueden ser intimidados por el agresor, con la amenaza de represalias; o bien sencillamente sienten afecto por su atacante y son reacios a poner en peligro la relación con él. Paralelamente, se prefiguran hipotéticos agresores cada vez más cercanos e importantes: por ejemplo, un tío muy querido de la madre, que acaso sostenía económicamente a la familia; o bien el padre mismo. Los dos razonamientos se enlazan entre sí: los obstáculos a la revelación están conectados con la entidad del vínculo y la preeminencia relacional del agresor.

A medida que la fantasía toma cuerpo Nunzio manifiesta un malestar cada vez mayor. Debe admitir que las cosas no son tan sencillas. También él, una vez que había perdido el trabajo, con sólo catorce años, había creído literalmente en las amenazas de su padre («Si pierdes el trabajo, no quiero volver a verte») y se había refugiado en casa de unos primos durante al menos dos semanas. Por tanto, admite que no es fácil para los niños hablar con los mayores de las propias dificultades, en especial cuando pueden pensar que serían acusados de no haber hablado antes, de no haber sabido reaccionar de la manera adecuada... Además, debe reconocer que en aquella delicada circunstancia, en la que, por supuesto, se habrá sentido revolucionado por dentro, nadie fue a buscarlo: aún menos la madre, que en sus razonamientos en frío había imaginado solícita y protectora. De aquí hay un paso para hacer comparaciones con su mujer, que como madre, incluso en su opinión, no ha sido, desde luego, una perla de calidez y protección y a concluir que no todas las madres pueden parecerles aptas a los niños para recibir algunas graves confidencias.

Cuando se formula la hipótesis de su padre como agresor, Nunzio se resiste, le parece profanar su memoria con solo pensarlo. Así, deja claro cómo en él la idea de haber realizado actos de abuso no puede considerarse un error, aunque sea muy grave, pero integrable en un cuadro de personalidad de todos modos estimable, sino que es un hecho inconciliable con la imagen de padre y de hombre, sobre todo suya, antes que de su difunto padre.

El siguiente paso es la elaboración común, si es factible, de *alternativas más satisfactorias* que las imaginadas en un primer momento, incluso sobre la base de las informaciones sobre los otros miembros de la familia en poder del terapeuta. En efecto, a menudo sucede que quien ha cometido el abuso, por ejemplo, se prefigure, también por efecto de la proyección de los propios sentimientos de culpa, masivos aunque negados, reacciones cruelmente punitivas y expulsivas sea por parte del adulto protector, sea, más en general, por los propios allegados, sea por la víctima misma: no es difícil en muchos casos documentar, sobre la base de las sesiones desarrolladas con todos éstos, y hacer llegar al agresor elementos que prueben cómo su pensamiento es excesivamente pesimista. A veces es asombroso constatar cómo el tema suscita interés en el sujeto, al punto de hacerle olvidar por un momento el rígido ordenamiento negatorio: para quien se considerase de verdad del todo inocente, la perspectiva de obtener un perdón o una rehabilitación una vez confeso, no debería suscitar tanta emoción.

A veces esto precisamente se convierte en un punto en que se refuerza el *enganche con el terapeuta*, que aparece como quien tiene en sus manos una fuente de consuelo y quizá, con su influencia ante personajes-clave en la familia del agresor, puede garantizar que la vida, después de la toma de conciencia del abuso, no se perfile como un desierto afectivo.

Vincenzo es el padre de Beatrice y Fiammetta, de las que se ha hablado más arriba en el párrafo «Citaremos el ejemplo de...». También para él las sesiones comienzan después de que el recorrido diagnóstico con las hijas, en especial la menor, ha confirmado con importantes elementos la hipótesis del abuso denunciado por la niña. Vincenzo ha reconocido en seguida que había tenido con ligereza en su casa unas cintas de vídeo pornográficas y que había asumido esos comportamientos poco reservados de los que las niñas y la mujer habían hablado. No es capaz de reconocer nada más que dé razón de las graves afirmaciones de la hija menor. Se presenta profundamente deprimido: después de que su mujer lo ha dejado ha vuelto a vivir con sus padres. Está absolutamente convencido de que, si de veras hubiera hecho algo grave, nadie tendría piedad de él. Parece particularmente preocupado por la posición que asumiría su mujer, a la que imagina intransigente.

Se le hace notar que se han realizado muchas sesiones con ella y que se cree conocer su funcionamiento psíquico. Desde luego, las palabras de la mujer afirman precisamente aquello que él teme: pero su actitud parece contradecirse con sus palabras. En efecto, a menudo se le pide que concentre su pensamiento en sus hijas,

porque su preocupación y, por tanto, también su interés, parecen no poderse alejar de él. Hasta ahora ha sido, para ella, un poco el «marido-niño»: no será fácil para la mujer dejar de ocuparse de él. Por otra parte, él ya está constatando, destaca el terapeuta, que esta persistente permanencia en la duda no mejora la situación del vínculo, sino que hace más probable que se debilite con la lejanía, haciendo más fáciles las reacciones rígidamente expulsivas. Se cita a Vincenzo el ejemplo de otro paciente tratado por nosotros. Desde luego, la mujer no había sido tierna con él después de la admisión del abuso: a menudo lo golpeaba e insultaba. Pero lo había acogido durante los arrestos domiciliarios, ahorrándole la cárcel. Después de una larga crisis en la que se habían hecho ayudar psicológicamente, ahora habían vuelto a ser una pareja bastante bien avenida.

Se lleva a Vincenzo a reflexionar también sobre otro aspecto: las hijas, en especial la pequeña, Fiammetta, muestran una gran nostalgia por ambos padres. Por lo demás, él recuerda perfectamente que la pequeña era su defensora durante las disputas conyugales, sobre todo cuando la mujer lo amenazaba con echarlo de casa. Quizá la niña también estaría dispuesta a conservar afecto por él si lo viera arrepentido y cambiado.

Vincenzo está muy interesado en el razonamiento y parece menos deprimido: quizá entrevé una perspectiva ya no completamente destructiva. Al marcharse, le pide al terapeuta que no lo abandone, se pone en sus manos...

Cuando se trata con el adulto potencialmente protector, aunque sea en posición de rígida negación, es preciso tener presente que ésta puede no ser una verdadera elección defensiva, como hemos visto poco antes, sino una especie de «no elección» o «preelección». Permanecer sobre el borde de la conciencia y «congelar» el pensamiento antes de hacerse alcanzar por la hipótesis de la efectiva existencia de una situación traumática tan horrible pueden parecer una vía de escape más deseable que cualquier otra. Ya hemos hablado de ello al describir los nudos problemáticos en que se debate el adulto protector. Si es así, se abren algunas oportunidades más para hacer un trabajo psicológico de contraste de la negación. No hay que subestimar la utilidad de un *trabajo esencialmente cognitivo*, aunque continuamente abierto y vigilante al considerar los componentes emotivos. Incluso a veces puede ser oportuno que este tipo de trabajo preceda al otro, antes ilustrado.

Se trata de acompañar al paciente a considerar y conectar todos los elementos de conocimiento en su poder, empujándolo a formular hipótesis que puedan llenar los puntos flacos. Se le invita gradualmente a «pensar»: a menudo ocurre que la preocupación del adulto protector es regresar obsesivamente a la

afirmación de «no saber nada» o «no haber visto nada», naturalmente por cuanto habría podido referirse a los hechos que pudieran inducir la sospecha del abuso. Es importante aceptar tal afirmación, aunque se tengan informaciones que harían estimar que había habido una gran cantidad de indicios, si hubiera querido recogerlos (pensemos, a título de ejemplo, en la historia de Sofía, largamente ilustrada al comienzo del volumen). Esa afirmación puede responder tanto a intentos mistificadores como a la necesidad de adoptar defensas de negación: en todo caso, su función protectora, a los ojos del sujeto, no puede ser precozmente contradicha. Se precisará, en cambio, que, si todo ha carecido claramente de significado para él mientras ocurría, ahora ya no puede ser así. La primera legitimación concierne, por tanto, al hecho de pensar en aquello que antes se ha visto y no entendido en términos nuevos, que tengan en cuenta la hipótesis del abuso ya obligatoriamente suscitada por la revelación. La segunda legitimación es para el pensamiento hipotético sobre aquello que, a partir de la resignificación, sólo se puede imaginar en relación con aquello que puede haber ocurrido lejos de ojos indiscretos. Pensar con libertad no es un error, se subrayará: acaso puede convertirse en el camino para salir de la incertidumbre también en el sentido de la no convalidación de la tremenda hipótesis.

La conclusión de este proceso no es llegar, desde luego, a construcciones de la realidad, que consideramos peligrosísimas en estos casos, sino abrir para el adulto protector una serie de preguntas de las que se quiera obtener respuesta, programando, si es posible, también sistemas de comunicación con quien está en posesión de todas las informaciones, es decir, la víctima, que puedan gradualmente hacer salir de la congelación de lo no dicho y no decible la relación con la misma. De este modo, también obtendremos el efecto importante de dar un impulso evolutivo positivo a tal relación, que hemos visto habitualmente como muy deficiente. Alcanzaremos también el objetivo de aumentar la inversión emocional y cognitiva en la dirección del niño, salvando al adulto protector de las confusiones y conflictos internos inevitables mientras su interés tiende principalmente al agresor.

Dorotea es la mujer de Vincenzo: se presenta como una mujer sencilla y colaboradora. Ya hemos hablado de ella y de su incapacidad de reaccionar a las señales de que algo no funcionaba en el comportamiento de su marido, resaltada con el sufrimiento por su hija Beatrice.

Las primeras sesiones están ocupadas en gran parte por la minimización: Vincenzo habrá aparecido desnudo delante de sus hijas sólo un par de veces, las cintas pornográficas eran a lo sumo dos, etc. Inicialmente la mujer carece de muchas e importantes informaciones, en tanto las declaraciones hechas por la hija menor a la maestra no son conocidas por ella más que parcialmente; ni sabe qué elementos de la vida familiar ha podido contar la mayor durante el psicodiagnóstico. Por tanto, ante todo se piensa (obtenidos los permisos de las autoridades judiciales competentes para revelar cuanto podía estar sometido a secreto procesal) en proporcionar a la mujer este importante material para pensar, con el fin de movilizar a través de instrumentos cognitivos su ordenamiento mental. Sin embargo, conocidos los datos antes descritos, Dorotea no parece capaz de decididos virajes. Incluso cuando el abogado le aconseja que se separe temporalmente de su marido, con el que aún vivía, para aumentar las propias probabilidades de ser puesta en contacto con las hijas, contacto en aquel punto interrumpido a causa de su actitud rígidamente negadora del abuso, la mujer obedece pero declara cándidamente en una sesión que de hecho no entiende las razones de esta iniciativa que, si fuera por ella, nunca habría tomado. Se concluye un primer ciclo de encuentros, a la luz de la impenetrabilidad de su sistema defensivo con respecto a la hipótesis del abuso.

Algunos meses después se retorna el contacto con Dorotea. La señora se presenta cambiada. Alejada del marido y con tanto tiempo para pensar, al abrigo de las continuas negaciones y justificaciones de él, muchos recuerdos han vuelto a su mente: «Debe entenderme, doctora, estaba trastornada...». Rememora haber disputado con Vincenzo cuando había descubierto que éste no sólo no había mantenido la promesa que le había hecho de deshacerse de las cintas pornográficas, sino que incluso las intercambiaba con amigos de la familia. También le vino a la mente un episodio en que había visto a Fiammetta tocando con malicia y determinación los genitales de su padre, riendo. Comienza a preguntarse cómo es que Vincenzo se decidió a tirar las famosas cintas sólo cuando las niñas fueron alejadas de casa por el Tribunal: ¿por qué ese nexo mental? ¿Qué temía, cuando aún no sabía que había sido acusado de abusos? Se siente cada vez más furiosa hacia un hombre al que ha tratado de justificar ante sus propios ojos definiéndolo como un «niño», pero que ahora se le presenta bajo una luz más inquietante: debido a este estado de ánimo ha espaciado aún más los encuentros con él.

Parecía llegado el momento de reunir los pedazos de este confuso rompecabezas y extraer de él algunas hipótesis de eventuales antecedentes, para ella desconocidos hasta la revelación de la hija: pero ahora, se insiste, también deberá pensar en todo aquello que conecte cuanto recuerda del comportamiento de su marido con las afirmaciones de Fiammetta. Dorotea se ruboriza y se detiene, como si hubiera recibido un golpe: es incapaz de hablar. «Estoy paralizada, ayúdeme doctora...», consigue decir. Se decide interrumpir la sesión para que la madre recupere un poco la sangre fría. Después de quedarse pensando sola en la habitación durante unos diez minutos, Dorotea está mejor. Aún no consigue decir más que su marido no debía comportarse «así», pero lo que significa esta expresión no es traducible en palabras.

Con la ayuda de la terapeuta se ordenan una vez más los elementos disponibles. Dorotea agacha la cabeza y dice: «No puedo creer que haya hecho algo semejante». Con fatiga consigue expresar, al fin, la sospecha de alguna forma de abuso activo sobre la niña por parte de él. Inmediatamente la mujer siente la necesidad de detenerse: no, quizá Vincenzo se haya dormido delante de aquellas malditas cintas, y la hija, que tenía el sueño ligero, se habrá despertado, curiosa, y habrá visto aquello que no debía ver... Pero se da cuenta de que incluso esta explicación, que ya refleja un pensamiento mucho más osado de cuantos haya podido tener con anterioridad, parece demasiado por debajo de las afirmaciones de Fiammetta. «¡Ahora ya no quiero estar en la niebla!», dice retomando una metáfora de la terapeuta; «Ahora quiero saber!»: la hipótesis del abuso ya ha asomado a su mente.

Por tanto, se intenta dar otro paso adelante, razonando con ella sobre los caminos que ve para «salir de la niebla». Reconoce espontáneamente que hacer como antes, buscando confirmaciones o desmentidos con el marido, no puede llevarla más que a un callejón sin salida. Es más, siente que debe aumentar la distancia de él, que la invade con las propias preocupaciones, que le implora volver a casa, que se comporta como un niño: bastante ha absorbido su atención hasta ahora... El único camino posible para aportar un poco de luz sobre esa tremenda hipótesis, que no puede quitarse de la cabeza, no son más que las mismas niñas. Claro que, justamente ella, que nunca ha conseguido afrontar con chicas temas sexuales mucho más sencillos, ¿dónde podría encontrar las palabras? Si las volviera a ver, ¿cómo haría para superar la emoción y demostrarles que ahora pueden contar con una madre aún trastornada, por supuesto, pero mucho más decidida a mantener los ojos abiertos?

Siempre siguiendo el filón «cognitivo», se sugiere que la señora empiece a poner por escrito las reflexiones, sentimientos y preguntas que querría expresar a sus niñas, para poder encontrarse con ellas, en el futuro, de una manera provechosa. Nace la idea de una carta. Dorotea se marcha agotada: pero entrevé ante sí una esperanza. Quizá por primera vez la «niebla», esa pantalla paralizante de la que se había valido hasta aquel momento para evitar el sufrimiento, no le parezca una buena elección, acaso la única posible; sino un modo en que el desgarró puede prolongarse hasta el infinito, y que hace deseable, aunque muy doloroso, ponerse en la situación de «ver».

Como se ha visto, todo el meticuloso trabajo antes ilustrado no tiene esperanzas de producir éxitos fáciles. La mayoría de las veces las pequeñas movilizaciones obtenidas no llegan a desplazar suficientemente el obstáculo de la negación y es preciso rendirse, con tristeza, ante la evidencia de la propia impotencia terapéutica: aun sabiendo a qué expondrá este fracaso a las pequeñas víctimas, es decir, a la pérdida de los propios vínculos como consecuencia de la revelación (para un tratamiento articulado de cuál puede ser el destino que espera a las víctimas, en presencia o en ausencia de trabajo terapéutico, se

remite a Malacrea, en prensa).

En cambio, a veces sucede que el efecto desestabilizador de las intervenciones llevadas a cabo se acumula progresivamente, junto con una creciente percepción de que el terapeuta no es un adversario que hay que batir, sino un posible recurso, y se superan las barreras de la negación de los hechos.

Ya se ha hablado de Rodolfo, el padre de Valeria y de Caterina (véase más arriba el párrafo «Rodolfo es el padre de Caterina...»). Con él se habían realizado varias sesiones en las que el terapeuta había intentado todos los métodos antes descritos. En algún momento parecía entreverse una pequeña hendidura en los mecanismos defensivos del hombre, que negaba resueltamente las acusaciones, por otra parte muy pormenorizadas, de la hija mayor: hendiduras que se habían manifestado en el hecho de no haber sabido construir una explicación alternativa muy cohesionada, de mostrar el deseo de conocer mejor el propio funcionamiento psíquico y de soltarse durante el test dando respuestas ricas y significativas, en vez de lacónicas y genéricas.

Por otra parte, también había habido momentos negativos, de endurecimiento de las defensas, sobre todo cuando había sentido que debía demostrar su inocencia a su mujer.

En aquel punto parecía haber agotado los caminos por explorar: se le había comunicado el fin de las sesiones, salvo una cita de control fijada para algunas semanas después. Precisamente en este último encuentro, después de un inicio desalentador, como de costumbre, Rodolfo en un momento dado había agachado la cabeza y admitido que había abusado de su hija. Estaba cansado, había dicho, de tener ese peso en el corazón. Su relato había sido aún fuertemente deficitario por lo que se refería tanto a la entidad de los hechos como a su responsabilidad en los mismos. Pero dos importantes diques se habían roto: el de la completa negación de los hechos, y aquel otro, aún más importante, de sentir el mantenimiento del secreto como el mejor, o quizá el único camino posible para evitar la aniquilación.

Sin embargo, incluso cuando no se consigue alcanzar el objetivo ideal, estimamos que el trabajo de ataque de la negación deja huellas bastante importantes para la intervención de tratamiento general.

Una primera consecuencia puede afectar a los otros protagonistas de las situaciones de abuso sexual y, en particular, a la víctima. Puede ser de veras arduo para ella tener que rendirse a la evidencia de que la relación con el propio padre agresor, y a veces también con el otro, no es recuperable. Tenerla informada de los pasos que se han dado poco a poco, de los intentos fracasados y de los resultados globales de los esfuerzos hechos por los terapeutas puede tener, para la víctima, la función de una gradual elaboración depresiva,

indispensable cuando para el niño no queda más que la vía de una familia sustituta: pero podemos reconocer una gran utilidad de los mismos pasos para el adulto protector, si su corazón está dividido entre la indignación de ahora y la larga costumbre de afecto precedente. Además, tal elaboración no es requerida como una rígida demonización de quien no puede cambiar, que no podría ser más que ficticia en un clima relacional totalmente impregnado de ambivalencia. En efecto, precisamente a través del trabajo sobre las defensas de negación pueden haber emergido, como hemos visto en los ejemplos citados, importantes motivos por los que ellas no consiguen ser abandonadas: aunque no se puede pedir a quien ha sufrido tanto que asuma eso como una justificación de los actos perversos, ni siquiera parcial, a veces puede ser reconfortante haber encontrado alguna respuesta a la acuciante pregunta de todas las víctimas: ¿por qué?

Una segunda consecuencia se puede registrar durante la profundización de los diagnósticos a través de test. Es costumbre aplazar estos últimos a un tiempo posterior a las sesiones en que se intenta contrastar las defensas de negación. Recordemos una vez más, a costa de ser reiterativos, que la profundización sobre la estructura de personalidad del presunto agresor no se efectúa a los fines de convencerse de la credibilidad del evento traumático y, por tanto, en una fase estrictamente diagnóstica, sino que viene a completar el cuadro de los recursos personales del sujeto y de su ordenamiento defensivo predominante en el ámbito de una valoración de tratabilidad y de recuperabilidad de las responsabilidades paternas.

El peligro, cuando se efectúa este tipo de indagación en el ámbito de un trabajo psicológico forzoso, es que importantes instrumentos, a menudo no repetibles (pensamos, por ejemplo, en el test de Rorschach), son inutilizados por la actitud cerrada y sustancialmente no colaboradora del sujeto. Por tanto, es bueno ejecutar intervenciones de activación psicológica precedentes que contrasten con tal eventualidad. La desestabilización consiguiente a la aplicación de los métodos antes descritos, aunque insuficiente para obtener un sustancial viraje en el ordenamiento defensivo del sujeto, puede, no obstante, al menos aflojar las mallas y permitir la recopilación de vivencias que de otro modo habrían podido quedar completamente ocultas. Éstas, a su vez, pueden constituir elementos para relanzar el ataque a la negación en sesiones en las que son ilustradas al sujeto y discutidas con él: aunque se trata a primera vista de aspectos periféricos de la personalidad y no directamente concernientes a los

hechos examinados, puede ser importante que el sujeto ensanche el área de toma de contacto con la propia realidad interior. Esto puede ocurrir, por ejemplo, cuando del examen psicodiagnóstico emergen vivencias que pueden ser consideradas en un cierto sentido premisas del surgimiento del impulso agresor, o de su ejecución: pensemos en los temas relativos a una deficiencia afectiva básica o, en el segundo caso, a los rasgos de impulsividad o narcisismo. La reflexión sobre tales aspectos de la propia personalidad suscita obviamente menos resistencias que aquella otra sobre eventuales rasgos de trauma o perversión sexual, demasiado directamente conectados con los comportamientos abusivos negados. Tal actitud introspectiva puede dejar abierta algunas perspectivas, aunque sea tenues, de resultados más decisivos a distancia.

Contrastar la negación de quien ya reconoce

Superada al menos parcialmente la negación de los hechos traumáticos, sabemos que estamos sólo al comienzo de un largo camino a través de las formas más variadas y sutiles de los mismos mecanismos defensivos. Como se había ilustrado más arriba en el epígrafe «La negación», importantes contribuciones de la literatura han enfocado con precisión dichas formas (minimización, negación de conciencia, de responsabilidad, de impacto). Es preciso, por tanto, disponerse pacientemente a acompañar su elaboración.

También es preciso tener en cuenta que, una vez consolidado un cierto ordenamiento defensivo, es muy fácil replicarlo, incluso contra la propia y explícita voluntad: los mecanismos de negación pueden regresar en oleadas y alcanzar tanto hechos nuevos como áreas de la experiencia traumática aparentemente marginales. La tarea del terapeuta abandona poco a poco el acento puesto en especial sobre los eventos relativos al abuso y tiende a introducir la posibilidad de avanzar mentalmente de manera más funcional en todas las áreas de la experiencia. Esto tiene, al mismo tiempo, una función reparadora y preventiva: quiere llegar a conjurar el riesgo de que los pacientes se sigan acomodando a peligrosas formas de adaptación psicológica, cosa nada difícil si se continúa estimando preferible evitar los problemas en vez de afrontarlos.

Con respecto a los sujetos que no han superado la negación de los hechos,

con éstos se puede trabajar con menor circunspección. No será necesario salvaguardar esa delicada alquimia de imaginario y de real que acabamos de ilustrar para contrastar los mecanismos defensivos de los primeros, sino que se podrán utilizar datos de realidad, provocando incluso directamente la asunción de nuevas conductas. En esto puede ayudarnos el hecho de que, mientras a quien no admite la existencia del abuso habitualmente se le reserva un recorrido terapéutico individual y paralelo al de los otros familiares que, en cambio, reconocen su existencia, para estos últimos existe, en cambio, la posibilidad de someter a test el propio cambio incluso a través de confrontaciones directas si bien prudentes, entre ellos.

Mientras que cuando se hablaba de quien negaba la existencia del abuso sólo se pensaba en el agresor y en el adulto potencialmente protector, aquí también es necesario incluir en nuestras intervenciones a la víctima. Para ella, como y más que para los otros familiares, puede estar tan arraigado el juego del «no oigo, no veo, no hablo», sentido durante un tiempo a veces muy largo como irrenunciable, que a menudo es muy comprometido hacerlo individualizar como un obstáculo peligroso y desplazarlo. Tarea que se impone como tanto más necesaria, si se quiere que la víctima adquiriera la capacidad de protegerse y, antes aún, de pensar que tiene derecho a ser protegida.

Para todos los protagonistas de las historias incestuosas los mayores obstáculos para pensar y ver la realidad con la mente despejada derivan, al menos en esta fase del trabajo psicológico, de las consecuencias temidas a nivel personal y relacional: por lo demás, es comprensible que quien ha debido sufrir, agente o víctima, el derrumbe de sus certezas precedentes, sea tan conservador como sea posible sobre todo cuanto le puede parecer una especie de punto de anclaje que evita que sean arrollados por la explosión conectada a la revelación. A lo anterior hay que sumar el esfuerzo de tener que desarrollar una actitud introspectiva en personas que, todas, han descargado más en la acción que gobernado con el pensamiento los problemas que las afligían. Para el agresor este esfuerzo es particularmente gravoso en tanto aquello que hoy se hace necesario, mirarse dentro, había sido hasta aquel momento activamente rehuido, mientras que ahora parece irrenunciable, si se quiere coger y extirpar de raíz el impulso que lo ha llevado al abuso.

Es muy difícil expresar con la suficiente completitud la complejidad y la articulación de este trabajo terapéutico, que a menudo se extiende durante un

largo trecho del tratamiento. Intentaremos trazar los aspectos más recurrentes, ayudándonos con la exposición de casos clínicos.

Aunque generalizable en algunos de sus componentes, la negación asume características específicas según el papel del sujeto en la relación incestuosa.

Partamos de la *víctima*. En el segundo capítulo nos hemos detenido en el conjunto de los nudos problemáticos relacionales y de los sentimientos conflictivos que hacen altamente probable que la revelación de las experiencias traumáticas se configure más como un proceso que como un evento. Tal proceso es muy sensible a todas las retroacciones que paralelamente se activarán en el ámbito de las relaciones significativas. Sabemos que un alto porcentaje de revelaciones aborta en falsas retractaciones, a las que sigue un endurecimiento de las adaptaciones patológicas, con consecuencias de incalculable gravedad para el futuro psicológico, pero también físico, del niño.

Aunque sin llegar a un viraje tan decidido, el mismo movimiento se puede manifestar en la elección de la víctima de moderar la revelación o de congelarla, impidiéndose a sí misma y a quien podría tutelarla un pleno conocimiento de la extensión del daño, conectado con la calidad del trauma y, por tanto, la posesión de todos los elementos necesarios para determinar una correcta toma de decisión protectora y terapéutica. Remitimos para el ejemplo clínico de esta eventualidad, y del trabajo psicológico necesario para conjurarla y para modificar los pensamientos y los sentimientos complejos que la sostienen, al capítulo en que se abordarán en detalle las fases del tratamiento, en tanto a menudo tal trabajo psicológico constituye la base de apoyo terapéutico de crisis que caracteriza los primeros pasos del recorrido de curación.

Otra forma de la misma dinámica psíquica, menos macroscópica pero igualmente insidiosa, puede ser refugiarse en una fragmentación del pensamiento, que permite mantener con vida los opuestos irreconciliables de la antigua ambivalencia. Nunca se insistirá bastante en subrayar que se considera estúpido imponer tanto elecciones demonizadoras como de «perdonismo» (permítasenos el neologismo), que no podrían más que dar una impronta superficial aún más confusa a vivencias ambivalentes sin ser devastados o deformados de manera grave. Por tanto, para llegar a un presente realista y tolerable, es necesario elaborar los sentimientos contradictorios produciendo un conjunto integrado a través de equilibrios, lamentaciones y definiciones del pasado. La forma de

negación fragmentadora a la que se aludía bloquea el desarrollo de esa integración.

Este evento es aún más peligroso si se compara —estamos hablando de un niño— con la extremada necesidad que tiene el sujeto de ver y aceptar, tal como se va definiendo en la realidad, el panorama de recursos con los que de veras puede contar en el mundo familiar, puesto que no puede vivir y continuar el indispensable recorrido evolutivo en ausencia de soportes externos, muy significativos. Se asiste, en cambio, como subproducto de la fragmentación del pensamiento, al rechazo de extraer de los eventos las necesarias consecuencias: esto hace al niño no dispuesto y, por tanto, reacio, o al menos no receptivo, a las iniciativas, por lo demás debidas, de la red institucional que se ocupa de su tutela, con un peligroso desfase entre emociones y soluciones vitales.

No en último lugar, debe considerarse el efecto que la adopción de los mecanismos defensivos antes descritos puede tener sobre el funcionamiento psíquico más global de sujetos ya debilitados por la experiencia traumática y por las adaptaciones psicológicas conectadas a ella durante su desarrollo. Como mínimo también podremos esperar un empobrecimiento general en los procesos cognitivos; o peor, una deformación del pensamiento que se puede inscribir de manera consolidada para sofocar impulsos más sanos y funcionales.

Ya hemos hablado de Cosimo (véase más arriba el párrafo «Cosimo es el hijo mayor...»), hijo alejado de una pareja de padres muy negligente y violenta, que más tarde incluso ha revelado hostigamientos sexuales por parte del padre. Es un niño bonachón, generalmente tranquilo, más proclive a descargar en inocentes travesuras que en pensamientos o palabras los propios sentimientos negativos; en la escuela está crónicamente en dificultades, sobre todo por su incapacidad de reflexionar y concentrarse. En la comunidad se ha beneficiado de la posibilidad de abandonar el pesado fardo de tener que ocuparse de sus hermanos más pequeños. Su aproximación a los recuerdos conectados con la vida familiar y, en particular, a los recuerdos del abuso está marcada por impulsivos estallidos emocionales seguidos por largos períodos de silencio, parece que de olvido. Reacio a dar respuesta a los intentos de profundización de los adultos, se limita a afirmaciones factuales precisas pero lacónicas; nunca nadie ha conseguido entender en qué sentimientos e interacciones se basaba la relación con su padre, en la que Cosimo se describe como un objeto pasivo del todo improbable, dada la edad. También con respecto al futuro, Cosimo parece no tener pensamientos o preocupaciones evidentes: se ha adaptado a la vida en la comunidad tratando de pasarlo lo mejor posible. Asimismo, con la psicóloga es mucho más vivaz y expresivo al contar los pequeños episodios relativos

al nuevo ámbito que al recordar hechos o afectos del período pasado en familia. Sin embargo, aunque no sea más que una suposición, a juzgar por los elementos anamnésicos, su grave sufrimiento en el pasado, Cosimo hace modestas solicitudes de ayuda: también durante una anterior relación psicológica, producida cuando estaba aún en casa (a causa de las persistentes dificultades escolares) y, por tanto, sometido diariamente a la ducha escocesa de la precariedad paterna, su principal ocupación era la de ser útil al psicólogo, lavando y reordenando los juegos de la habitación de terapia. Aunque globalmente el niño parece agradable y colaborador, se intuye en él un nudo, soportado por otra parte con desenvoltura, que impide que el pensamiento y las emociones fluyan con libertad.

Un acontecimiento pone llamativamente al descubierto su manera de actuar, confirmando la hipótesis antes descrita. El secreto procesal sobre la denuncia de abuso, conservado en todos los ámbitos accesibles a los padres, había tenido durante cerca de seis meses en equilibrio la situación, aunque la voz de alarma de la suspensión de las relaciones con el padre, decidido por el Tribunal de Menores después de las últimas revelaciones de Cosimo, había sonado ya con fuerza en los oídos de los padres, hasta aquel momento cohesionada al menos en torno a la negación de haberse equivocado tanto con sus hijos, al punto de provocar semejantes medidas drásticas por parte de la autoridad judicial.

Llega, al fin, el momento en que, por exigencias procesales, también los padres reciben la información sobre las acusaciones de abuso sexual planteadas por el hijo mayor. Padre y madre llegan de repente al atardecer a la comunidad que aloja a los tres hermanos, haciendo una tremenda escena, condimentada de insultos verbales a los educadores y agresiones físicas a personas y objetos presentes en el lugar. Los niños alojados, todos presentes dada la hora, tienen reacciones de comprensible miedo: llantos y agitación son calmados a duras penas por la intervención tranquilizadora de los educadores, que se ven obligados, durante un tiempo, a montar un improvisado refugio para los pequeños en los locales adyacentes a aquellos otros habitualmente habitados. También Cosimo y sus hermanos son afectados por aquella que ha tenido todo el aire de ser una irrupción de castigo: en especial el más pequeño de los tres, cogido en brazos por el padre mientras la escena estaba en pleno desarrollo, había experimentado un gran temor de ser raptado por él. Aún al día siguiente los educadores estimulan a los pequeños huéspedes a expresar en palabras las emociones experimentadas, para darles una vía de descarga de la tensión y hacerlos reflexionar sobre las capacidades protectoras de la comunidad, que ha conjurado incluso lo peor.

Cosimo llega a una sesión psicológica precedentemente programada cuando han pasado apenas tres días del episodio. La psicóloga, informada sobre lo ocurrido en la comunidad, expresa al niño, en la sala de espera, el propio disgusto por la enojosa situación en que se ha encontrado. En la consulta prosigue pidiéndole que cuente esa aventura desde su punto de vista. Cosimo se detiene pensativo: parece que le cuesta reconstruir en su mente el significado de la solicitud de la psicóloga. Ésta, cautamente, le pregunta si, como le parece haber entendido por los educadores, le

había sucedido algo desagradable durante el tiempo transcurrido desde la última sesión. Cosimo, convencido, afirma que no: que él recuerde, no ha sucedido nada de extraordinario. La psicóloga insiste, haciéndole mención, esta vez explícitamente, de la llegada de sus padres a la comunidad: Cosimo se ilumina, ahora recuerda, pero el tono es aún el de quien cuenta que fue al cine o algo por el estilo. No se transparenta nada del golpe emocional recibido y, sin embargo, bien documentado por sus llantos durante el episodio, que él mismo confirma. Invitado a pensar en el significado de lo ocurrido se queda mudo: no sabe decir por qué sus padres han podido hacer algo similar, cuáles pueden haber sido sus móviles y objetivos, aunque recuerda perfectamente las palabras pronunciadas por ellos y dirigidas a los educadores, que individualizaban a estos últimos como los ideadores de las calumniosas acusaciones vertidas y los instigadores del hijo.

La psicóloga se detiene para someter a Cosimo una metáfora, con el fin de desbloquear, si es posible, el estado de congelación mental del niño. Le dice que los sentimientos que experimentamos, incluso los desagradables, como el miedo que ha sentido en el momento de la irrupción de sus padres, no deben borrarse, abolirse; sino que son una guía preciosa para entender en qué circunstancias nos encontramos y cuáles deben ser, en consecuencia, nuestras tomas de decisión. Propone al niño el ejemplo de quien camina por la pradera, en aquel momento tranquila, y oye un rugido desde atrás de una mata. Cosimo, en tono del todo convencido, afirma que seguiría caminando como si no pasara nada; la psicóloga insiste para verificar si ha entendido bien que aquel ruido corresponde, en la fantasía usada como ejemplo, a la probable presencia de un león. Cosimo se mantiene firme en su decisión y por fin explica por qué estima útil un comportamiento tan absurdo: «Fingiría no oír; si no, me asusto». La afirmación, en su inmediatez, no requiere comentario. Sólo después de pacíficas reflexiones y del reconocimiento de las «buenas razones» que podían sostener, en su economía psíquica, esta estúpida actitud, llega a hacer las conexiones con la realidad y a comprender de manera del todo espontánea las intenciones de los padres de asustarlos, aquella famosa noche, a él y a sus hermanos para inducirlos al silencio sobre los actos de abuso. En aquel punto parece muy reanimado, y consecuentemente dolorido: la toma de posesión mental del sentido de los acontecimientos le permite reconocer en los padres, a los que a toda costa quería preservar en el propio recuerdo, a personas que pueden ser peligrosas, y distanciarse de ellos al menos por lo que se refiere al mantenimiento de las afirmaciones sobre el abuso sufrido.

Aún más preocupante es la actitud de Cristian, de once años. Alejado desde hace un año de su familia, había vivido en ésta una situación muy confusa desde que su padre se había convertido, en los últimos tres años, en el recadero de un productor homosexual de cintas pornográficas. La promiscuidad sexual del ambiente de trabajo había llevado a unas relaciones de amistad equívocas, en las que todos los familiares, incluido Cristian, habían sido gravemente involucrados sin ningún miramiento y protección. El hermano mayor de Cristian, de quince años, había sufrido los actos

más graves, y, quizá precisamente por este «haber tocado fondo», estaba ahora en condiciones de reconocer el horror en que todos se habían encontrado aprisionados, como en una sórdida telaraña. Pero Cristian no había hecho más que revelaciones parciales sobre cuanto lo había afectado personalmente, abrumado por la vergüenza. Sin embargo, tal sentimiento y todos los demás relacionados con él, por otra parte más que comprensibles, se habían vuelto inaccesibles y, por tanto, no elaborados, a través de la construcción de una coraza defensiva basada en la sistemática negación de la realidad. Durante las sesiones de psicoterapia, comenzadas inmediatamente después de la intervención psicodiagnóstica que había puesto en evidencia los graves riesgos patológicos conectados con tal elección defensiva, Cristian cuenta sistemáticamente a la psicóloga eventos que no se han verificado en la realidad, pero que el chiquillo se obstina contra toda evidencia en considerar como verdaderamente ocurridos.

En la mayor parte de los casos este fenómeno se hace más llamativo cuando debe afrontar temáticas conectadas con su historia familiar o con los otros vínculos significativos. A veces, parece individualizarse en estas «mentiras» una lógica dictada por el deseo de embellecer la realidad, como ocurre habitualmente en los niños, que mienten para seguir el principio del placer en vez del de realidad. Así, por ejemplo, sostiene a capa y espada que se ha visto con su madre, cuando está separado de ella desde hace muchos meses, o que le ha hecho regalos y escrito cartas inexistentes; o bien niega obstinadamente que aparezca en fotos que, en cambio, lo retratan en actitudes equívocas con los amigos de su padre. Sin embargo, en otras circunstancias sus «mentiras» parecen tener un objetivo opuesto, casi para cargar la realidad de sombras aún más negras. Por ejemplo, afirma que su madre es una ladrona, porque se habría introducido a escondidas en la casa del amigo y patrón de su padre para sustraerle dinero: posteriormente se reconstruye que no ha visto nada de lo que cuenta y que, en la realidad, confirmada por múltiples fuentes libres de toda sospecha, la madre había recibido las llaves de aquel apartamento de su mismo propietario para limpiarlo, cobrando a continuación el correspondiente salario. Pero también en temas en apariencia más neutros se registra la misma tendencia: por ejemplo, Cristian sostiene durante semanas que ha «armado jaleo» en clase con los consiguientes castigos y expulsiones, cuando, en un control posterior de los educadores con los maestros, esto resulta del todo falso y, es más, el niño es alabado por su actitud diligente.

Parece que la intención de Cristian, por consiguiente, no es tanto la de deformar la realidad en una dirección determinada, sino alterarla y basta: más probablemente controlarla, al construirla, como remedio primitivo, y peligrosísimo, de la impotencia experimentada durante la vida en familia; como un tosco dique contra la irrupción de la percepción de la realidad, advertida como extremadamente amenazadora para el propio equilibrio psíquico. No es casual que el terapeuta advierta algunas redundancias significativas en sus juegos durante la sesión: por un lado, la singular costumbre de dedicarse a construir los rompecabezas sin el auxilio del modelo, como para comunicar que los trozos de los pensamientos pueden ser ensamblados sin tener

que adherirse a esquemas de referencia; por el otro, el hecho de coleccionar dibujos en los que aparecen la tierra firme y un mar subyacente, donde merodean personajes indistintos o inquietantes, para simbolizar la necesidad de mantener sumergida una parte confusa o peligrosa de la propia mente.

Cuando la terapeuta trata de movilizar este confuso bloqueo y provocar, a partir de diversos motivos, una toma de contacto con la realidad, las reacciones de Cristian son casi siempre instintivamente violentas. Pasa de una actitud despreciativa, en la que rechaza las observaciones y las invitaciones a pensar de la psicóloga, reivindicando con fuerza que son «asuntos suyos», a verdaderas escenas, cuando algún comentario, a su pesar, consigue dar en el blanco y remover más sus sentimientos. En estos últimos momentos, después de una base de rechazo, insultos e intentos de agresión física, acaba por deshacerse en lágrimas desesperadas, permitiendo al fin que la terapeuta o el educador que lo acompaña perciba su sufrimiento, lo mire y al fin, dentro de lo posible, lo ayude a superarlo.

Tomemos ahora en consideración al *agresor*. El objetivo satisfecho por el mantenimiento de una cierta cuota de negación, incluso después de haber conquistado el valor de admitir el abuso, acaso de manera genérica, es la evitación de la toma de contacto brutal con una identidad personal, cuyo reconocimiento suscita horror, y con las presumibles consecuencias del devenir público de tal identidad en el plano relacional.

Trabajar en terapia sobre estos temas provoca continuamente en el terapeuta sentimientos desagradables, difíciles de tolerar. Forzar las resistencias y el recurrente y simplista «no volveré a hacerlo» lo obliga a exponerse, a plantear hipótesis, conexiones y reflexiones en el lugar del sujeto, con la perturbadora percepción de una especie de *voyeurismo* contra corriente, enfrentado con la aparente discreción del paciente, que avanza más a gusto por alusiones o vagas afirmaciones. A través de la experiencia clínica se enfoca cuán indispensable es hacer este incómodo trabajo, para abrir la puerta, a través de una cuidadosa delineación de tiempos y circunstancias de la victimización realizada, al afloramiento de la conciencia de las estrategias adoptadas para tener a la víctima bajo el propio poder: esto permitirá la sucesiva elaboración de los temas del conocimiento y de la responsabilidad en la puesta en ejecución del abuso.

El siguiente paso será, por fin, la toma de conciencia de los daños infligidos a la víctima y la atribución a los efectos de la violencia y del embrollo de aquellos rasgos patológicos que, en cambio, el agresor tiende, a través de una confusa inversión de los términos del problema, a querer considerar como

intrínsecos al modo de ser de la víctima, a veces incluso con función de atenuante del propio comportamiento. Pensamos en particular en los rasgos de erotización a menudo mostrados por las víctimas, o a la propensión a pretender algún tipo de beneficio secundario: poder autoconvencerse, a través de la minimización y fragmentación de la dinámica incestuosa, de que ha tenido que vérselas con un objeto, de entrada, despreciable, tiene la función de un poderoso anestésico con respecto al agobiante impacto del propio desprecio. Anestésico que es imprescindible quitar, tanto para producir una demanda terapéutica de profundidad y vigor adecuados a la gravedad del problema personal, como para allanar el camino para hacer justicia a la víctima a través del reconocimiento, por fin sin equívocos, de los mutuos papeles en la experiencia traumática: cosa que, ya lo hemos visto, es muy importante para reparar su pesada vivencia de estigmatización. También sabemos que el tiempo disponible para realizar tales pasos, propedéuticos para la construcción de un nuevo ordenamiento personal y relacional, no es infinito, porque debe integrarse con la necesidad igualmente grande de los otros protagonistas de reorganizar lo antes posible la propia vida mental y física, haciendo un rápido inventario de los recursos con los que se puede contar.

Otro aspecto importante de los mecanismos de negación concentrados en torno al abuso perpetrado es su capacidad de embotar la mente del agresor en todo lo que concierne al ordenamiento de su mundo de relaciones: falsas creencias, sobre sí mismo o sobre otros familiares, extensión de la minimización, mecanismos de idealización y muchas otras cosas envuelven su mundo, como una niebla que distorsiona los contornos de la realidad. Uno de los efectos secundarios del abandono progresivo de la negación de los nudos centrales de la experiencia traumática puede ser, por tanto, la recuperación de la objetividad ante aspectos y protagonistas periféricos de las precedentes, pero no obstante significativas, vicisitudes.

Ya se ha hablado (véase más arriba el párrafo «Salvatore, del que hablaremos...») de Salvatore, el padre de Carmela. De cómo se articuló todo el trabajo psicológico con la familia se referirá más extensamente en el siguiente capítulo; entonces se verá también cómo el apego a sus mecanismos de negación con respecto al abuso ha producido efectos en cascada sobre todas las relaciones familiares.

Ahora puede ser interesante encuadrar desde más cerca los contenidos y los pasajes más significativos del progresivo abandono por parte de Salvatore de esos

mecanismos. Se advertirá cómo los planos relativos a los hechos, a las responsabilidades y al reconocimiento del daño infligido a la hija están profundamente interconectados, no sólo por lo que concierne al análisis del pasado, sino también a los fines del ordenamiento de la relación con la víctima en el presente.

Ya hemos dicho que, al comienzo del trabajo psicológico, Salvatore tendía a presentar las dinámicas que lo habían empujado al abuso como el resultado de una seducción invencible ejercitada sobre él por su hija adolescente. Hemos visto cómo tal versión de los hechos había comenzado a agrietarse a medida que los recuerdos de todos los familiares se habían abierto camino con más precisión. Sin embargo, en las sesiones reservadas sólo a él, Salvatore consigue reelaborar a fondo su percepción distorsionada de la relación con Carmela. Se ha perfilado, pues, un cuadro muy distinto del padre que sucumbe a la fascinación de la hija precozmente erotizada, encuadrada también en la inmediatez de la denuncia de esta última como promiscua, desvergonzada, deseosa de venganza y de libertad: en una palabra una verdadera victimadora, por las buenas o por las malas, más que una víctima. Ha emergido, en cambio, gradualmente la historia de una seducción progresiva e incansable, realizada por el padre con premeditación: decía la misma Carmela: «Cuando se me acercaba en el vestíbulo *con esa mirada*, sabía qué quería». Salvatore lograba que su mujer, en la habitación de al lado, durmiera profundamente tras haber tomado el fuerte somnífero que le habían prescrito a él para el insomnio que padecía desde hacía años: utilizaba emisiones televisivas subidas de tono para predisponer a la hija a los sucesivos actos sexuales. El mismo Salvatore no encuentra nada mejor, para describir el propio comportamiento, que esta metáfora: «Era como una gran serpiente que se enrosca en torno al árbol». En otras palabras, con precisa premeditación se construía una pareja apropiada para las propias exigencias, sin preocuparse de cuánto estaba deformando progresivamente sus vivencias y comportamientos, de cuándo la privaba de una relación sana con su madre, con una verdadera figura paterna, con sus coetáneos. Una pareja a la que controlar incluso con la violencia cuando el resultado de esta deformación comenzó a quedar demasiado a la vista, a través de las actitudes erotizadas asumidas por Carmela hacia los amiguitos, la rebelión contra la madre y la exhibición maliciosa del propio cuerpo.

Por tanto, se ha puesto en evidencia la conexión causa-efecto entre la corrupción obrada por él mismo y la sucesiva ingobernabilidad de la chica sobre la cual, escondiéndose detrás de la falsa fachada de «padre íntegro», ejercitaba luego severas represiones, con palizas y reproches. Ha ayudado recurrir a metáforas para expresar con inmediatez un concepto tan ofuscado por los mecanismos de fragmentación del pensamiento: en particular, ha sido útil comparar a Carmela con una niña a la que, día tras día, alguien le deformara una pierna y que luego es golpeada porque cojea por el mismo artífice de la deformidad. Salvatore queda impresionado por el razonamiento, y comprende que debe reconocerse en el autor de esa crueldad.

También consigue tocar, por esta vía, el punto central de otra peligrosa contradicción, activa en el presente. En efecto, muchos detalles habían convencido a los terapeutas de que, si «con la cabeza» Salvatore no podía más que reconocerse

muy culpable y deudor hacia su hija, ni bendecir el momento en que ésta había encontrado el valor de denunciarlo, poniendo fin a una abyección que habría podido durar quién sabe cuánto tiempo más, en el fondo cultivaba una dura desaprobación hacia Carmela, vista, actualmente y siempre, como manipuladora, continuamente en busca de resarcimientos materiales de los padres bajo la forma de objetos o incluso de comida, incapaz de conformarse, turbulenta y vengadora hacia ellos, a los que, por ejemplo, chantajeaba, en especial a la madre, con la amenaza de influir negativamente sobre el regreso a casa de la hermana. Reconocer el propio papel fundamental, altamente negativo, en la construcción de la personalidad de Carmela en todos sus aspectos ha hecho mucho más difícil para Salvatore no ver en los comportamientos de la hija la señal de una profunda infelicidad que, por más que pudieran ser desaprobados los modos con los que trataba de ponerle remedio, no podía ser soslayada ni tomada por «perfidia» o «locura». De ello ha resultado una progresiva mejora de la relación.

Como coherente ampliación de su nueva capacidad de ver objetivamente la relación entre sí mismo y Carmela, para Salvatore ha nacido también la posibilidad de revalorizar su relación con la familia de origen, que había tenido un papel muy importante en la construcción de aquella relación. En efecto, con respecto a ésta, se había consolidado con los años una situación paradójica: Salvatore parecía adquirir una pizca de consideración y poder ante la propia madre, el personaje con mucho más significativo en la familia extensa, sólo cuando aceptaba demostrarse fracasado como marido, en tanto cónyuge infeliz de una mujer merecedora de desprecio y malos tratos, y como padre, en tanto cedía ampliamente a Carmela al área de influencia de la abuela, aceptando verla sustraída a la propia y a la de su mujer y transformada en una enemiga rebelde para ambos. En especial con respecto a Carmela, de la que siempre se le había echado en cara que no podía ser el padre a causa de las supuestas costumbres promiscuas y mentirosas de su mujer, Innocenza, Salvatore ha podido reconocer gradualmente la sutil pero determinante influencia negativa de su propia madre: en efecto, ella contraponía la chica a Innocenza, ya sea alentándola en las actitudes precozmente sexualizadas (dándole, por ejemplo, dinero para la compra de ropas provocativas, dinero que a continuación la abuela pedía a Salvatore declarándose indigente), ya sea haciendo de caja de resonancia de la ira que Carmela maduraba progresivamente hacia la madre, sumisa y no protectora (como cuando la abuela llegó a aconsejar a la nieta que pusiera veneno para ratas en el café de Innocenza, para liberarse definitivamente de ella y ocupar su puesto).

Tales comportamientos de la abuela obtenían el efecto de hacer aún más vulnerable la armonía familiar precisamente con respecto a las pulsiones incestuosas paternas, debilitando la conciencia del padre (no es mi hija), minando la relación de la chica con la madre, su único recurso protector, y empujándola confusamente a proponerse precozmente como un deseable objeto sexual. La incapacidad de Salvatore de oponerse a todo esto, o incluso su implícito consenso, ha terminado por constituir un refuerzo de los propios impulsos personales patológicos y por estrechar a Carmela en una perversa telaraña capaz de anular todo instinto de defensa.

Mientras Salvatore asumía gradualmente la conciencia de la peligrosidad y del poder de la propia madre, se atenuaba en él la actitud minimizadora que había ocupado el sitio, si bien con resultados aún insatisfactorios, de la anterior complicidad. El nuevo paso ha sustituido la idea de que la abuela era vieja y no estaba en posesión de sus facultades mentales por la idea de que, cualquiera que fuese la razón, los efectos de esta presunta escasa fiabilidad intelectual y afectiva se debían parar con decisión. A pesar de la proximidad de las viviendas, ha cobrado importancia una distancia decididamente mayor, con reducción de la frecuencia de los contactos entre las familias, y con un atento control de las relaciones que las dos hijas mantenían con la abuela: en especial con respecto a Melissa, la hija menor, se tomó la determinación de evitar a toda costa la repetición del esquema de relación que tanto daño había hecho a Carmela.

En cuanto al *adulto protector*, su necesidad de continuar poniendo filtros a la conciencia de la experiencia traumática del niño deriva de factores complejos, en parte analizados en el segundo capítulo. El primero es la necesidad de contener la entidad del daño, o al menos la percepción del mismo. La expresión «no dar crédito a los propios ojos» explica perfectamente esta tendencia.

Por otra parte, sabemos que el adulto protector es el centro del proceso terapéutico de toda la familia o de sus residuos tratables, y es, sobre todo, el factor primordial para la curación de la víctima. Dejar que una aparentemente benéfica miopía disminuya en él el impacto de la conciencia del sufrimiento que todos padecen es una operación arriesgada. Ahora las señales de cualquier tipo deben poder encontrar un receptor suficientemente sensible, para no ser una vez más malinterpretados o no escuchados. Además, es necesario que un comportamiento activo neutralice la sensación de impotencia, de desrealización y de parálisis tan comunes en los primeros momentos sucesivos al descubrimiento del abuso. La relación con los hijos también debe cambiar profundamente, a la luz del hecho de que tantas delicadas atenciones para preservar al niño de conocimientos incongruentes, sobre todo en el terreno sexual, sólo han tenido el efecto contraproducente de disminuir la confianza por una especie de tácito acuerdo sobre aquello que se puede o no decir, y quizá han convertido al hijo en una presa aún más inerte e ingenua a merced del agresor.

Se hace inevitable, por tanto, arrancar los últimos residuos de esperanza de que, al fin y al cabo, se pueda fingir que no pasa nada, que el niño no ha captado la gravedad de la situación hasta el fondo y que el tiempo por sí solo curará las heridas: es preciso, en una palabra, quitar toda ilusión de que, sin la propia

iniciativa activa, las cosas se pondrán en su sitio.

A veces ese pensamiento está tan arraigado que induce, por el contrario, al temor de que la propia iniciativa pueda ser aún más destructiva que el mismo abuso: muchos padres protectores, cualquiera que sea el agresor, se preguntan, de forma absurda incluso para un primer filtro de la razón, si «hablar» no puede dañar más al niño que los hechos mismos. Se trata, evidentemente, de la proyección acrítica de la propia situación, en la que verdaderamente las «palabras» han constituido el primer impacto con el trauma: pero la posición de la víctima es muy distinta.

Por otra parte, es innegable que en esta suspensión artificial del pensamiento sigue abierta la puerta a toda una serie de dudas, que la falta de comunicación impide confirmar o descartar. Así se corre el riesgo de que los viejos secretos sean sustituidos por otros nuevos, pero igualmente corrosivos, de una sana cercanía afectiva con la víctima. Si se establece tal clima, los equívocos pueden renacer y sumarse unos a otros: acabará por restaurarse el juego perverso de las sospechas nunca explicitadas hasta el fondo, de las hipótesis no verificadas sobre el comportamiento del otro y de las preguntas que quedan crónicamente sin respuesta, reproduciendo una grave situación de malestar.

La intervención más útil para contrastar las defensas de negación del adulto protector está menos basada, con respecto a los demás protagonistas, en la reflexión y elaboración mental. A menudo los juicios y las necesarias tomas de decisión son incluso demasiado claras, pero falta la energía para ponerlas en práctica, fijados como se está en una especie de posiciones analgésicas, de las que forma parte el hecho de no ver demasiado de cerca, para evitar sufrir en exceso. Entonces es útil que el terapeuta acompañe y sostenga, como quien tiene de la mano a un niño pequeño, que ya sabe caminar, pero aún tiene miedo de caerse. Para este fin puede servir proponerse temporalmente como mediadores en la relación con las pequeñas víctimas, construir situaciones de sesión en las que se experimente, juntos, cómo puede reiniciarse la comunicación bloqueada, haciendo tocar con las manos sus resultados reconfortantes y en absoluto destructivos. También es útil estudiar toda una serie de artificios (por ejemplo, escribir cartas, tener diarios) que constituyan pequeños pasos de aproximación para una confrontación que, si es demasiado precozmente directa, puede inducir temor. Se llega, por fin, a comprender que poner al descubierto, desde luego con las debidas maneras, incluso sentimientos negativos del adulto no siempre es un

paso en falso en la relación con los niños; a veces, por contra, es el medio para construir una nueva y más profunda solidaridad.

Los señores Vecchioni y los señores Boschetti se dirigen a nuestro centro porque están muy perturbados por una situación que ha involucrado a sus hijas, respectivamente Cinzia y Arabella, ambas de ocho años. Las niñas frecuentaban a diario desde hacía dos años un círculo parroquial, en el que eran asistidas para los deberes y las actividades lúdicas, junto con un nutrido grupo de compañeros, por un educador muy experto y capaz de obtener la confianza de los niños. La situación parecía plenamente satisfactoria y las dos parejas, convertidas en amigas, se consideraban particularmente afortunadas. Como un rayo el cielo sereno había explotado, en cambio, la noticia de que aquel educador tan excepcional cultivaba en su vida privada intereses pedófilos, en los que, en parte, parecía también haber involucrado a los niños del círculo, en particular precisamente a Arabella y Cinzia. Después de la primera reacción de rechazo e incredulidad habían debido resignarse a la evidencia, sobre todo porque se habían enfrentado al abundante material documental recogido por la policía. Las niñas habían hecho mención alguna vez a los «mimos» que recibían de Pino, el educador, pero hasta entonces nada había hecho suponer que detrás de tales actitudes hubiera algo más que afecto.

Las dos parejas llegan a la primera sesión de consulta llenas de preguntas. ¿Hasta qué punto habrán llegado las cosas? Y las hijas, ¿de verdad no se habrán percatado de nada o bien no habrán tenido el valor de decir aquello que pensaban para sus adentros? O, aún peor, ¿habrán sido desalentadas por la actitud celebratoria y confiada de sus padres, que puede haber confundido sus percepciones directas? En su mente ha comenzado a componerse un cuadro nada tranquilizador de señales previas al descubrimiento de las verdaderas tendencias de Pino. Los señores Boschetti recuerdan que Arabella una vez les había dicho confusamente que sentía miedo de Pino, aunque no supo explicar por qué y no se le dio mayor importancia a la cosa; otra vez le había pedido a su padre que le recuperara, en el montón de periódicos viejos, aquel que hacía algún tiempo traía una nota sobre los malos encuentros que pueden tener los niños, en particular en el terreno sexual. Cinzia se demostraba cerrada y retraída en toda esta historia, ahora explotada en todo el grupo de compañeros, con la constitución de facciones opuestas, «inocentistas» o «culpabilistas»: sin embargo, la señora Vecchione recuerda que durante todo el año anterior Cinzia le había dicho que no quería entrar sola en los locales parroquiales, por miedo «a encontrarse con alguien». La mente de los padres se mueve alarmada en torno a estos elementos, que conectan, de manera probablemente correcta, con la situación experimentada por las hijas. Piden ayuda, para entender mejor y poder acompañar a las niñas de la mejor manera posible. La terapeuta comienza por el escalón más sencillo: quizá también para no dejar que estas vicisitudes empañaran el clima de franca confianza que siempre ha existido en sus familias, habría que comenzar por «hablarse». En efecto, resulta que sobre muchos de los elementos

referidos ni siquiera había habido un intercambio de palabras entre marido y mujer, como si los reprimiera una especie de pudor o temor; y las niñas, aun habiendo estado en medio del «tumulto» general y haber sido incluso interrogadas por la policía sobre Pino, no sabían que también los padres habían participado en las mismas operaciones, ni cuáles eran los pensamientos respecto de ellas que, con los elementos en su poder, habían comenzado a imaginar cosas. La terapeuta sugiere partir de una eventualidad procesal inminente para afrontar el asunto y comenzar las aclaraciones. Los padres, aunque un poco perplejos sobre la posibilidad de encontrar las palabras adecuadas, dicen que están convencidos de que lo propuesto es la única cosa útil que puede hacerse.

A la siguiente sesión vuelven visiblemente más molestos: ninguno ha hecho «los deberes». Comienzan una serie de reflexiones que ponen en evidencia la esperanza de que, en el fondo, las niñas no hayan entendido, o que, en todo caso, con la simple ausencia de Pino, podrán olvidarlo sin hacerse demasiadas preguntas. Y si de verdad les ha ocurrido algo perturbador, pronto se olvidarán también de ello. La dirección de pensamiento que los ha llevado a pedir ayuda y que ha sido abundantemente expresada en toda la sesión anterior parece haber cambiado radicalmente de signo. Aparece también otra preocupación, como refuerzo de los pensamientos anteriores: ¿en el fondo, por qué quitar a las niñas la ilusión de que el educador era de verdad una buena persona? Ya es muy duro para ellos, adultos, soportar el sentimiento de traición experimentado cuando han entendido el peligro corrido: pero un niño debería vivir sin desconfianzas ni malos pensamientos.

Bastan pocas reflexiones de la terapeuta para poner en evidencia la absurdidad de estas ilusorias esperanzas, que, por lo demás, en el fondo, ya suponían. Sin embargo, confiesan sentirse como paralizados, incapaces de salir, tomando la iniciativa, del vaivén de pensamientos con los que intentan escapar de la dura toma de contacto con la realidad, pero que no les ahorra el suplicio de tener agobiantes dudas sobre cuánto ha podido ocurrir de verdad con sus hijas. Emerge gradualmente el cortejo de sentimientos que los aprieta en esta picota. El sentimiento de culpa, por ejemplo: ellos han sido tan superficiales y crédulos... ¿cómo podrían ahora pedir que las niñas vieran, y les hicieran ver, lo que ni siquiera ellos han sabido percibir? Vuelven a la mente, como es habitual, los nudos no resueltos del pasado: la señora Boschetti recupera con dolor el recuerdo de haber sido toqueteada de niña, más o menos a la edad de Arabella, por un obrero que había realizado trabajos en el edificio. Recuerda que no tuvo el valor de hablar de ello con su madre: no quería que le sucediera lo mismo a su hija. También recuerda que habló de ello con sus coetáneas en el patio y la amargura que sintió cuando oyó que a todas las otras les había sucedido lo mismo. Había concluido que quizá el mundo era verdaderamente así, tan distinto de como queríamos: de como habría querido también para Arabella.

La terapeuta retorna y valora estos sentimientos: es precisamente lo que todos sienten en situaciones similares y es más que comprensible que produzcan parálisis y malestar. Se ofrece a hablar primero ella con las niñas, para explorar con cautela cuáles son, si los tienen, sus pensamientos sobre todas estas vicisitudes con Pino. Los

padres aceptan con gratitud.

Arabella y Cinzia llegan a una primera sesión con los padres que, como era de esperar, están preferentemente callados dejando el mando a la terapeuta. Son niñas despiertas y sensibles; el hecho de ser amigas les da también más valor del que habrían tenido cogidas por separado. A la primera pregunta de la terapeuta, sobre cómo los padres las habían informado sobre el trabajo hecho antes de llevarlas a la sesión, las respuestas son en seguida hirientes: nunca se explican, no se sabe qué piensan, sólo saben hacerles un montón de preguntas y luego no dan respuestas, de las que las niñas tienen una gran necesidad: ¿qué opinión deben hacerse de Pino? ¿Cómo juzgar, a toro pasado, tantas cosas un poco extrañas que sucedían con él? Aceptan gustosas volver un par de veces sin sus padres, para enfocar mejor sus pensamientos, con toda tranquilidad, al abrigo de las incertidumbres y de la alarma emocional que ven activarse en sus padres ante la más mínima mención a Pino.

En las sesiones dedicadas a ellas, Arabella y Cinzia demuestran que saben pensar muy bien: los episodios que su mente relaciona son casi siempre pertinentes y centrados. Al fin consiguen reconocer su propia ingenuidad al prestarse a los «mimos» del educador, que había apuntado sobre todo a Cinzia, haciendo de ella una especie de reinecilla: pero, por otra parte, ¡Pino era capaz de poner tanta miel en sus embrollos que cualquiera habría caído! Existe la preocupación de no seguir siendo unas ingenuas que pican en cualquier anzuelo; también consiguen hacer una especie de inventario, espontáneamente, de las «extrañezas sexuales» de los adultos de los que en otras ocasiones son espectadoras: los carteles de moda en que los hombres se besan entre sí, los exhibicionistas callejeros... Al fin la terapeuta trata delicadamente de entender si esta nueva visión desencantada del mundo les causa demasiado sufrimiento o si la consideran preferible a la ceguera ilusa de antes: la respuesta, sin vacilar, es del segundo tipo, aunque hay que admitir que esto comporta una cierta cuota de amargura.

En una sesión sucesiva en la que están presentes tanto los padres como las niñas, se resume la situación. Los señores Vecchioni y Boschetti están en parte sorprendidos de la agudeza y el realismo presentes en los razonamientos de sus hijas: se quedan reconfortados al saber que, aun siendo unas niñas nada proclives a taparse los ojos, parece que de hecho los contornos del abuso han sido muy modestos, constituidos por palabras, fantasías de Pino y abrazos quizá un poco osados, como cuando trataba de ponerles las manos por debajo de la camiseta o en los pantalones de las niñas.

No se pasa por alto el hecho de que al haber sido Cinzia la «elegida», esto puede crear más problemas a ella y a su madre. Se enfoca el malentendido que en los últimos meses se iba consolidando entre madre e hija: Cinzia está cada vez más furiosa porque siente pesar sobre ella la opinión de su madre de que precisamente ella ha sido «la más tonta» del grupo, y está a la defensiva; la señora Vecchioni, por otra parte, está cada vez más alarmada y, en consecuencia, agresiva hacia su hija porque lee en su evasividad la intención de esconderle algo, quizá más desagradable de cuanto ya conoce. Por tanto, se decide proponer una sesión para la señora Vecchioni y Cinzia, para resolver, si es posible, también los últimos equívocos. Las dos aceptan

con visible embarazo y temor.

El día de la sesión, apenas la terapeuta ha hecho una síntesis del problema que hay que abordar, la señora Vecchioni, que hasta aquel momento había intentado mantener una actitud desenvuelta, rompe a llorar y revela por primera vez a Cinzia que había sabido por un interrogatorio de la Policía que Pino había afirmado que estaba enamorado de ella y que nunca la dejaría u olvidaría. Por tanto, teme de verdad que su hija esté aún en peligro, a pesar del alejamiento de Pino; pero sobre todo la impresiona la perversión de la relación a la que su niña se ha visto expuesta, ella, como todos, ignorante. La posibilidad de la madre de comunicar finalmente con emoción los propios sentimientos da profundidad también a la actitud de Cinzia. Ésta confirma con seriedad a su madre que ha entendido perfectamente la gravedad de la cosa: confiesa haber tenido miedo: «Nunca había pensado que podría sucederme, ¡en cambio, ahora he visto que sucede con mucha facilidad!». El encuentro concluye de manera reconfortante: Cinzia ha podido entender que la obsesión de su madre se basaba no en el deseo de estigmatizarla, sino en elementos de alarma desconocidos para ella; y la madre ha podido entender que la hija tiene presente la gravedad del riesgo corrido y piensa en ello con renovada sabiduría.

En el polo opuesto del embotamiento del pensamiento, alcanzado a través de la duda, la incertidumbre sobre lo que debe hacerse y el interrogarse sin buscar de verdad respuestas está el embotamiento de los sentimientos. Ésta es también una forma de defensa, quizá más peligrosa que la otra, en tanto excava un foso entre el adulto protector y la víctima que no puede ser colmado con las palabras, los razonamientos y la comunicación. Todas esas cosas ya han llegado a la mente del protector, que ha captado la situación de manera a menudo muy lúcida: pero dentro no resuena nada. Si por un lado la víctima no puede escapar, hipersensible como es, de semejante estado de ánimo que la alcanzará dolorosamente, por el otro el adulto protector se mirará con sorpresa y desprecio, preguntándose de qué estofa está hecho.

Debe tenerse presente que inducirse una especie de anestesia para evitar el impacto de las experiencias traumáticas es un mecanismo fisiológico: los estudios sobre las endorfinas que son segregadas por el organismo si es puesto en contacto con reactivadores de traumas previos, precisamente con el fin de reducir el sufrimiento mental, lo han documentado de manera clamorosa (Zulueta, 1993).

Debe considerarse, en cambio, con fines terapéuticos, que el impulso hacia el congelamiento emocional puede hacerse más fuerte cuando a los sentimientos ya irrumpientes, conectados con la información sobre el abuso, se añaden otros

sentimientos, relativos a importantes vínculos particularmente difíciles de reelaborar a la luz de la revelación. Si es imposible «no saber», al menos «no sentir» puede parecer instintivamente una vía de escape aceptable, para salvaguardar un equilibrio que, aunque no del todo satisfactorio, es preferible a una demasiado brusca rendición de cuentas sobre frentes relacionales diversos y conflictivos.

Será oportuna entonces una aproximación no frontal a la escasa resonancia emocional, si no un cauto acompañamiento, aunque con puestas a prueba concretas de las relaciones reales, para devanar, de la periferia al centro, los distintos componentes del bloqueo hasta llegar a disolverlo.

Alfredo es el padre de Sara, de la que hemos hablado antes (véase más arriba el párrafo «Fabriziana tiene una sola hija...»). Cuando la niña reveló, primero a la maestra y luego a la madre, que había sufrido abusos sexuales por parte del abuelo paterno, Alfredo tuvo una primera reacción de incredulidad, rápidamente menguada a medida que las confidencias de Sara se hacían más precisas. También había asumido sus propias responsabilidades, presentando una denuncia formal contra su padre y reduciendo drásticamente los contactos con toda su familia de origen, que se había puesto de manera compacta en su contra, en defensa del abuelo de Sara. De acuerdo con su mujer, también pidió ayuda psicológica para la familia.

Sin embargo, cuando comienzan las sesiones Alfredo se declara carente de cualquier resonancia emocional con respecto al trauma sufrido por su hija, a la que, no obstante, ama con ternura. Tal estado de ánimo crea en él una especie de vacío, que trata de llenar actuando o preocupándose de detalles periféricos de la situación; sobre todo intenta evadirse, reivindicando su derecho al esparcimiento que, según sus ideales aventureros, lo llevan a menudo lejos de casa. Esto crea previsiblemente un agudo contraste con su mujer, Fabrizia, que, atenazada por muy distintos sentimientos (como hemos visto en los capítulos precedentes, basados en las vivencias de culpa, inutilidad y fracaso personal), no sólo necesitaría una particular proximidad afectiva de su marido, sino que también se pregunta con qué clase de hombre se ha casado, si éste puede pensar en su esparcimiento mientras todo el mundo parece haberse derrumbado sobre ellos: además a causa de sus parientes. Por otro lado, Sara observa la situación y saca la consecuencia de que quizá su padre no le cree de verdad, o sigue siendo amigo del abuelo, o quizá no la quiere suficientemente.

En las sesiones emerge que en realidad Alfredo se siente desgarrado, obviamente, al pensar que, para estar junto a su hija, tan querida, deberá reconocer las tremendas responsabilidades de otra persona querida. En esto también es un obstáculo la posición de su mujer que, al haber sido desde siempre hostil a su familia de origen, ve en esta última monstruosidad la confirmación de las propias opiniones y empuja en

consecuencia a su marido a una toma de posición decidida e inmediata también en el plano de los sentimientos. Mientras están en curso los primeros coloquios y un examen psicológico de la niña, Alfredo revela que ha recibido la confidencia de la mayor de sus dos hermanas de que también ella ha sido «molestada» de pequeña por su padre, hecho guardado hasta ahora en secreto. Es tanta la fuerza disociativa del secreto que Alfredo no se permite las obvias e inmediatas conexiones que cualquiera habría hecho y el deseo de saber más haciendo circular la información. Parece aún prisionero de la lógica, equivocada pero poderosa, según la cual levantar la tapa de semejante desastre no podría tener más que consecuencias destructivas: su madre moriría, su hermana se sentiría traicionada por él y su mujer aprovecharía para agravar el mal y convertir su vida en un infierno, y además difamar a su familia por doquier.

Es preciso un largo trabajo para hacerle reflexionar sobre el hecho de que la parálisis en que se arrastra no puede ayudar a nadie, aún menos a su hija y a las relaciones con su mujer; y que, en cambio, podría tener un efecto positivo contrastar la arraigada costumbre de su familia de origen de vivir los sufrimientos propios y de los demás sin permitirse verlos. Alfredo acepta al fin la propuesta de invitar a la sesión a sus hermanas y llegar, con la ayuda de la terapeuta, a una aclaración en torno a las confidencias de la mayor y a la posible conexión con las revelaciones de la hija. En la sesión Alfredo tiene la sorpresa de constatar que el gran «secreto» ya era conocido también por la otra hermana y afrontado con la misma parálisis que hasta entonces lo había trabado. Ver reflejada en otros la propia actitud tiene el efecto de hacerle sentir indignación y rabia: lo ayuda a entender la estupidez y pobreza emocional inducidas por la negación congeladora con la que su familia había controlado desde siempre su grave disfuncionalidad.

En este punto queda el escollo de informar a su mujer: se le hace notar que si prolonga el secreto aumenta la distancia que lo separa de ella, y que podría intentar correr el riesgo, con la ayuda de la terapeuta, de recibir una reacción decepcionante de ella si, en el otro plato de la balanza, está la posibilidad de recuperar cercanía y comprensión. En efecto, la revelación de Alfredo llega justo a tiempo: su mujer, sospechando de su comportamiento evasivo y reticente, había comenzado a pensar que quizá fuese él el agresor de la hija que, desde siempre muy tierna con el padre, quería encubrirlo acusando a su vez al abuelo. Informada por Alfredo, la mujer reacciona bien: se deja llevar más por la compasión hacia la cuñada, que como su hija ha sido victimizada y ha sufrido, que por la indignación hacia el suegro; constata, finalmente, que, mientras se mostraba huraño y enigmático con ella, el marido estaba, en cambio, trabajando, incluso concretamente, para que la verdad saliera a flote. Recupera su estima y cercanía. Alfredo está visiblemente aliviado y comienza a sentir dentro de sí movimientos emocionales, también hacia la niña, que antes se despreciaba por no haber experimentado: salir de la coraza de la negación ha significado comenzar a sufrir y luchar, pero es un consuelo sentirse un ser humano y no una especie de robot.

ELABORAR EL SENTIMIENTO DE CULPA

Después de haber sacado a la luz los hechos, nos encontramos en contacto con uno de los sentimientos de más doble filo conectados con la puesta al descubierto del abuso: el *sentimiento de culpa*. Quien tiene experiencia en terapia tanto con las víctimas como con los adultos protectores, pero también con los agresores (si tiene la suerte de encontrar en su trabajo a alguien capaz de admitir sus responsabilidades y pedir ayuda), sabe cómo este muelle interior, fuerte y potencialmente capaz de revolucionar un ordenamiento interior en sentido positivo, puede transformarse en un peso tan opresivo que al final se revela un obstáculo para la inversión de energías sobre la reconstrucción. En efecto, si el sentimiento de autoestima ha disminuido demasiado hasta considerarse imperdonables, y aún peor si ello llega a confirmar una mala imagen de sí mismos, a menudo preexistente, ante todo serán continuamente activadas las defensas de evitación. Frente al enredo de responsabilidades, malentendidos y omisiones que en ese punto nos encontramos entre las manos es natural que quien está involucrado en ellos sea presa del desaliento y tenga la tentación de pasar página sin mirar demasiado a fondo y descubrir las razones del pasado. Es importante ser advertidos de que esto no sólo constituiría un regreso con nuevas formas de los mismos mecanismos de negación que han sido activados para adaptarse al abuso («no veo, no oigo, no hablo»), sino que éstos no conseguirían dominar el sentimiento que los ha originado, y sólo obtendrían el efecto de impedir acercarse con objetividad a los daños producidos y, por tanto, de tener claro qué remedios serán precisos.

Por otra parte, aún es más grave un excesivo sentimiento de culpa que inducirá la duda continua sobre las propias capacidades de comprensión y reparación, con una obvia caída de eficacia en las realizaciones. Habrá que tener, por tanto, mucho cuidado en la elaboración de estrategias terapéuticas que permitan ver, a los protagonistas del drama, las decisiones objetivamente equivocadas, tomadas por ellos en el pasado, con realismo pero también con piedad y comprensión.

Es necesario forzar las violentas vivencias de desvalorización e «imperdonabilidad» dentro de parámetros interpretativos que las hagan menos corrosivas y, por tanto, más «pensables», integrables en la mente y en el corazón.

Como ocurre en el cuento de *La bella durmiente*, las hadas buenas no tienen el poder de hacer desaparecer el maleficio de la bruja mala, maleficio de muerte, sino sólo el de transformarlo en algo menos destructivo, más aceptable, con alguna vía de escape: así, tampoco los terapeutas podrán oponerse de ningún modo al sentimiento letal de culpabilidad de sus pacientes, sino sólo tratar de atenuarlo.

Además de la regla, nunca suficientemente subrayada, de una escucha empática que estimule con discreción y constancia a encontrar las «buenas razones», las «buenas intenciones», que, sin embargo, no pueden ser negadas aunque el resultado haya sido tan fallido, deberán estudiarse caso por caso las mejores reformulaciones de eventos y sentimientos que los hagan más abordables. Entre todas, algunas se han demostrado particularmente eficaces. Por ejemplo, alivia mucho, en especial a la víctima y al adulto protector, ser inducidos a no vivirse como «malos» (abriendo una hipoteca gravísima sobre la propia calidad humana, emocional y moral), sino como «estúpidos», embaucables, presas demasiado fáciles de quien ha urdido el engaño, incapaces de sustraerse con decisión de las trabas de los chantajes afectivos en virtud del conocimiento de los propios derechos.

Debe subrayarse que este viraje de lectura de los comportamientos tiene que ser propuesto por el terapeuta con firmeza y determinación: encendiendo sólo el fuego de la ira contra la propia estupidez se puede desplazar la letal depresión respecto de la propia culpa y abrir algún resquicio de voluntad y esperanza de estar en condiciones de sustraerse, algún día —y de inmediato al menos con el pensamiento—, a análogas celadas.

Otra transformación eficaz, dirigida a los adultos protectores y a veces también a los agresores, es la utilización con orientación identificatoria de las diversas percepciones de fracaso, produciendo cercanía allí donde el sentimiento de culpa suscitaría distancia, aislamiento y vergüenza. Por ejemplo, percatarse —para el adulto protector— de que haber sido ciego a las señales puede tener un lado útil si lo ayuda a comprender en qué confuso embotamiento podía inútilmente debatirse también la víctima. O bien, para el agresor, darse cuenta de cuánta premeditación había prodigado en su comportamiento, lo ayudará a ponerse en el pellejo de aquel a quien ha sabido hacer caer en el embrollo y valorar mejor su parálisis de consentimiento.

Forzar de este modo los procesos identificatorios, aunque siempre teniendo

en cuenta la disparidad de posición con respecto a los adultos, podrá ayudar también a la víctima a atenuar la distancia del fallido protector, que puede ser visto, al menos provisionalmente, como vulnerable presa del mismo engaño, en vez de como rígido censor o negligente activo e inadecuado.

Debe advertirse una vez más que no tiene mucha importancia qué tipo de antídoto sabrán crear tales estrategias contra el infierno al que los protagonistas de las historias incestuosas corren el riesgo de autocondenarse: basta evitar el endurecimiento desesperante en el aislamiento que es la consecuencia de tal autocondena, creando provisionales, pero preciosos, puentes consigo mismos y con los otros desventurados actores del drama. Veamos ahora algunos ejemplos.

El adulto protector

Las vivencias de culpabilidad son particularmente graves y persistentes en las *madres* de las pequeñas víctimas de incesto, que no saben rehabilitarse ante sus propios ojos, primero, por haber elegido semejante compañero y, luego, por no haber sido suficientemente dignas de confianza por parte de la propia hija para ganarse su intimidad, por no haber sido bastante atentas y sagaces para percatarse previamente de cuanto ocurría y por haber sido débiles o vacilantes ante los primeros indicios de la revelación permitiendo así que la situación se prolongara. El humor depresivo puesto en marcha por todas estas despiadadas consideraciones no puede más que tener como consecuencias una disminución de la capacidad educativa (¿cómo podría atreverse a imponer algo a su hija, cuando se ha fallado tanto en relación con ella?), un aumento del sentimiento de indignidad en la hija (¿qué pensará de haber destruido con su «mal» comportamiento a su pobre madre?) y la persistente crisis de la relación de confianza entre las dos (¿cómo podría contar con una madre que se ve siempre postrada o hacerle nuevas solicitudes?).

Por tanto, es necesario trabajar con el adulto protector sobre este nefasto conjunto de sentimientos introduciendo comprensión sobre cómo, por más que monstruoso, el abuso ha podido ocurrir a partir del enredo de exigencias plenamente humanas que, tomadas por separado, pueden incluso legitimarse en algunos aspectos. Es importante que esto suceda no sólo con respecto a las

propias responsabilidades, sino también a aquellas de los otros implicados en las mismas vicisitudes. Aunque llegar a este pensamiento complejo sobre una materia que suscita movimientos emocionales inmediatos y poco controlables no es nada fácil, parece el único camino para redimensionar el propio sentimiento de culpa y, al mismo tiempo, identificar con realismo y detalle cuáles han sido las decisiones disfuncionales propias y ajenas, acaso crónicas, que verdaderamente admitían alternativas y con las cuales, por tanto, es preciso, y posible, estar en guardia para evitar volver a caer en los errores del pasado. De este modo, se puede añadir, el trabajo terapéutico asume también un importante significado preventivo.

Anna, la madre de Marina (de la que ya se ha hablado más arriba en el párrafo «De ello es un claro ejemplo Marina...»), es un típico ejemplo de esas mujeres que corren el riesgo de dejarse aplastar por el sentimiento de culpa. Después de algunos años de separación conflictiva que ha absorbido sus pensamientos y energías, Anna enfoca finalmente las numerosas señales recibidas por la niña (siempre subestimadas), en tanto la madre estaba dominada por la convicción de que la relación de ésta con su padre era mucho mejor de la que tenía con ella. Una vez abiertos los ojos sobre la realidad, luego más que confirmada, de que la hija había sido objeto de abusos sexuales por parte de su ex marido desde los dos hasta los cuatro años y de forma grave, Anna no se perdona su precedente ceguera. Se siente la única verdadera culpable de cuanto ha sucedido. Se acusa de haber arrastrado durante tanto tiempo la relación con el marido, al no dar significado a sus solicitudes sexuales perversas que, si eran correctamente valoradas, quizá habrían podido alertarla con respecto a la relación demasiado íntima de éste con la niña. Se avergüenza de haberse adaptado por unos míseros beneficios secundarios: «No me hacía falta nada, me compraba hermosos vestidos». El intenso desprecio que siente por sí misma le impide relacionarse con la hija de manera equilibrada: aprecia sobre todo en Marina su precoz capacidad de ponerse de igual a igual con los adultos y el hecho de que haga razonamientos maduros. Así, acaba por ocultar su parte pequeña y necesitada, que debe encontrar una vía de expresión a través de una abundante producción sintomática, con trastornos del sueño, de la alimentación y de la evacuación. Puesta por estos síntomas duramente en contacto con la realidad sufriente de la hija, tan distinta de la parte adaptada de la pequeña que la tranquiliza ilusoriamente al pensar que Marina no tiene necesidad de una madre, se siente impotente. Por eso reacciona abandonando a la niña a las decisiones educativas de su nuevo compañero, poco experto en niños y defensor de una conducta paterna rígida, o bien agrediéndola con grandes escenas, que espantan a la pequeña y la convencen de que nunca podrá fiarse de una madre que es tan frágil.

En las sesiones terapéuticas se consigue que Anna vaya comprendiendo que la

realidad no puede ser, ni podía ser entonces, de todo o nada. Comienza a emerger el relato de su infancia, transcurrida en una institución junto con una hermana apenas mayor que ella desde que tenía dos años. Con esfuerzo Anna consigue recordar su tremenda ira hacia la madre, culpable ante sus ojos de no haber reservado el mismo tratamiento a todos los hijos y de apenas venir a visitarla. El esfuerzo es tan grande que, para abandonar la precedente negación de cualquier hostilidad, Anna debe, por indicación de la terapeuta, recurrir a los recuerdos de la hermana, en los que puede reflejarse finalmente de manera realista. Desde aquel momento comienza a recordar episodios más recientes: el rechazo de otra de sus hermanas a estar presente en su boda porque había sido informada, sin que lo supiera Anna, de los antecedentes homosexuales de su futuro cuñado; el rechazo de su madre de profundizar en tal información para proteger a su hija; y la conjura del silencio en torno a experiencias precoces de victimización sexual sufridas por el marido por obra de un pariente. Anna comienza así a darse cuenta de que muchos factores, de los que no es plenamente responsable, han contribuido a empujarla, ignorante, a los brazos de su marido; y de que tampoco éste había sido defendido y ayudado en el momento oportuno. Ahora ve su unión como la de dos personas que interesaban de verdad a muy poca gente; por tanto, también una unión de la que era difícil volver atrás: ¿para ir adónde, o hacia quién?

Comprende, al fin, el escollo recurrente en el que se encallan sus buenas intenciones: precisamente un exagerado proceso de idealización de todo el mundo en torno a ella, un mecanismo de defensa contra el hecho de sentirse envilecida, traicionada y abandonada, como ha sido en realidad. La misma idealización con la que ha protegido dentro de sí a su madre es la que la ha determinado a conformarse con un vestido para mantener en equilibrio una relación de pareja ambigua, que otras mujeres habrían rechazado mucho antes; más aún, es la que la ha hecho subestimar los mensajes de Marina, convencida de que su marido era, de verdad, un padre mucho mejor que ella. El mismo mecanismo aún está al acecho dentro de ella, llevándola a sobrecargar de funciones a su nuevo compañero y corriendo el riesgo de delegar en él, una vez más, los cuidados maternos y la construcción de una relación privilegiada con la hija.

Anna comprende, al fin, que Marina la necesita precisamente a ella, y descubre que no quiere resignarse a ser de nuevo un personaje secundario en el corazón de su hija. Comienza a dar más valor a las propias intuiciones sobre ella en vez de ceder las armas a su compañero. También con este último busca un equilibrio distinto, en el que dejar de hacer de náufraga salvada del mar e iniciar una relación más igualitaria. Aunque el recorrido es largo, y no se rehacen en un día las raíces hundidas en la infancia, se puede decir que está en el buen camino.

La víctima

Mientras que en el adulto protector el tema de la culpa emerge muy pronto con violencia durante el recorrido terapéutico y, por tanto, se hace precozmente accesible a la elaboración psicológica, en la víctima puede llegar a la conciencia más tarde. Aunque latente, está inicialmente enmascarado por otros sentimientos: ante todo por el bienestar inmediato conectado a la revelación, comparable al efecto que tiene la administración de cortisona en las enfermedades graves, que son aliviadas consistentemente, aunque no se resuelva la patología subyacente; e inmediatamente después por el resentimiento en relación con el agresor, ahora reconocido como tal, y al fallido protector. El sentimiento de culpa no puede aflorar, por tanto, más que después de que tales vivencias, más urgentes y agobiantes, hayan sido al menos en parte afrontadas. Recordaremos, como confirmación de lo anterior, la hermosa conceptualización de Ney (1987) que ya ponía en evidencia las secuencias de elaboración psicológica antes descritas.

También debe decirse en cuanto el tema de la culpa que es central en todo el recorrido terapéutico de la víctima. Ya se ha hablado de él en el volumen *Segreti di famiglia* (Malacrea, Vassalli, 1990), en el capítulo décimotercero a propósito de la «Víctima como agente»: se describía entonces cómo se había revelado ineficaz negar simplistamente esta invasiva vivencia, a partir de la reflexión de que no puede atribuirse ninguna responsabilidad a un niño en la interacción traumática con un adulto. Aunque racionalmente fundado, este punto de vista no puede encontrar el acuerdo de la víctima, que sabe y siente que las vicisitudes de las que ha sido de algún modo protagonista se han desarrollado también por un componente activo suyo, que en su mente puede aparecer como culpable. También se había evidenciado cómo el intento de elidir esta parte de la vivencia hacía correr el riesgo de que la víctima no se sintiera comprendida o de que siguiera viviéndose como impotente, y se había concluido que cabría tener mucho tacto en la terapia para que el tema de la culpa fuera releído y redimensionado en clave más realista, aunque sin negarlo. Las consideraciones de entonces se han confirmado plenamente válidas en el curso del tiempo y con el avance de la experiencia clínica.

También en muchos pasajes del presente volumen se encontrará enfocado dicho tema. Como se verá, es rico en facetas, que emergen y deben ser afrontadas en distintas fases terapéuticas: se trata de un sentimiento que hunde profundamente sus raíces, difícilísimo de contrastar; por otro lado, sus efectos

particularmente devastadores, cuando no se consigue reducirlo y gobernarlo, obligan a dedicarle energías siempre que sea necesario. Ejemplificaciones de cómo se puede proceder concretamente a su elaboración se encontrarán en los párrafos dedicados al apoyo terapéutico de crisis y a las secuencias de la terapia individual de la víctima, en especial si se lleva adelante paralelamente con la del adulto protector.

Un aspecto particularmente insidioso, sobre el que puede ser útil detenerse en este tratamiento general del asunto, se verifica cuando las vivencias de culpabilidad, perennemente al acecho en la víctima, encuentran en la interacción con el adulto protector la desafortunada ocasión para reforzarse y, en el peor de los casos, fijarse. Esto no se debe a las malas intenciones: si el adulto fuera activamente estigmatizante no podría, desde luego, ser definido como protector. Así, más allá de las intenciones, una serie de circunstancias hace que en la comunicación entre padre e hijo haya ambigüedades, equívocos a propósito del problema de las responsabilidades, persistentes incertidumbres y descontentos que acaban por estropear la delicadísima relación de confianza nacida después de la revelación. Esto constituye un bloqueo de la elaboración posible del sentimiento de culpa de la víctima, que nunca podrá creer que tal tema sea susceptible de una relectura más reconfortante en el plano personal si lo ve sostenido sobre el relacional. En estos casos comienza una especie de «juego del escondite» entre el hijo y el padre (del que hemos visto algunos aspectos en el caso de Arabella y Cinzia) que multiplica los malentendidos como en un juego de espejos, encerrando a cada uno en un sustancial aislamiento. Naturalmente, para terminar, se asistirá a una enésima ocasión de fortalecimiento de las defensas de aislamiento y evitación.

Tales situaciones deben ser precozmente individualizadas y tratadas con una aproximación articulada en todos los frentes relacionales.

Ya hemos hablado de Roberto, el padre de la pequeña Samanta, que sufrió abusos por parte del tío paterno (véase más arriba el párrafo «Roberto es el joven padre de Samanta...»). También se había aludido a que la revelación de la niña no había sido acogida de inmediato dándole espacio y crédito, sobre todo por parte de su padre. Aunque luego se habían dado muchos pasos con la toma de posición de ambos padres en la protección de su hija, los malentendidos iniciales nunca se habían disuelto del todo. A causa de la tardanza con que los padres habían asumido un comportamiento protector, exponiendo desprevénidamente a la niña a otras ocasiones

de contacto con el agresor, el Tribunal de Menores había intervenido prescribiendo un alejamiento temporal de Samanta de casa, situación que se había prolongado durante algunos meses. El golpe de tener que sufrir a causa de la inadecuación de los padres había llegado fuerte y claro a la pequeña, que había madurado comportamientos retraídos y hostiles hacia ellos, aun deseando intensamente volver con su familia. Pero incluso después del regreso a casa las relaciones encontraban dificultades para normalizarse: aunque a veces mostraba deseos regresivos hacia los padres, en especial la madre, haciéndose asistir en todo y atracándose literalmente de comida, algo parecía refrenar a Samanta de confiarse plenamente a ellos. Significativamente, en las sesiones de apoyo psicológico ofrecidas para ayudarla en su adaptación con vistas a los previsibles problemas en su vuelta a casa, la niña representa a los padres como «cerdos» que duermen siempre, mientras que los pequeños los necesitan, o incluso necesitados ellos mismos de protección, como cuando caen repentinamente en un barranco y son sus pequeños los que tienen que salvarlos. La conexión con las recientes vivencias sucesivas a la revelación del abuso parece transparente.

Por lo demás, algunos pasos en falso dados por los padres incluso después de la reunión con la hija contribuyen a fijar en Samanta la percepción madurada durante el período de alejamiento. La niña piensa que sobre todo en el padre, apremiado en el conflicto de lealtad entre ella y su propio hermano, no hay una verdadera receptividad sobre el contenido de los propios pensamientos, recuerdos y sentimientos conectados con la experiencia de abuso. Tampoco la madre puede estar demasiado a su lado en este punto porque podría incurrir en contrastes con el padre, del que conoce su talante violento, haciendo precario de nuevo el ordenamiento familiar y allanando quizá el camino a un nuevo alejamiento.

Sobre esta situación de descontento comienza a generarse un enredo de motivos que la llevan a sentirse culpable de lo ocurrido. Concibe un constante miedo de que cualquier atención que se preste a su experiencia traumática, incluso por parte de la terapeuta, desagrade a su padre porque podría hacer emerger otros aspectos del abuso; está obsesionada por el temor de que cuando estalla una disputa entre sus padres en el fondo es culpa suya; absorbe con confusión las justificaciones de que Roberto trata de encontrar a su hermano, llegando a pensar que si este último estaba «enfermo y desquiciado», entonces ¿quién puede ser, sino ella, la verdadera culpable de lo ocurrido? El aislamiento en que se ha encontrado la familia, antes muy ligada a los abuelos, le pesa y preocupa: también de esto se siente la causa. Comienza a hacer juegos en las sesiones, en los que, por ejemplo, una princesa perseguida por un gusano cae en una telaraña (así sugiere simbólicamente el enredo en que se siente oprimida), concluyendo con dureza que es sólo culpa suya. Una vez dice con tono deprimido que si hubiera tenido «alas de cartón», como imagina que tienen los ángeles (personajes notoriamente buenos), habría sabido defenderse mejor del tío; refiriéndose luego a los contactos orogenitales, comenta que «si cerrabas la boca, no entraba el chorrillo mágico» (el esperma), aludiendo evidentemente a la propia opinión de haber tenido un comportamiento demasiado cómplice. Todo este conjunto

de pensamientos la vuelve excitada y caótica, incluso en las fantasmaticaciones; y cerrada como un erizo respecto de toda otra serie importantísima de confidencias sobre el abuso, no comunicadas a los padres, que sacaría a la luz contornos más graves de su experiencia traumática: el persistente síntoma constituido por un irreductible y doloroso estreñimiento expresa perfectamente, a través de la descarga en el eje somático, el estado de ánimo de la niña.

Las preocupaciones suscitadas por los problemas antes expuestos han sido puntualmente referidas a los padres, en las sesiones individuales o de pareja dedicadas a ellos. Su indudable esfuerzo de tenerlas en cuenta ha chocado, sin embargo, con la paralela evolución de las situaciones personales y de pareja. Durante mucho tiempo el conflicto interior de Roberto, entre las emociones que lo empujaban a sentirse solidario con la hija y a absolverla de toda responsabilidad por el malestar propio y del hermano, y aquellas que lo empujaban a desear que este último no sufriera demasiado en la cárcel, donde estaba encerrado precisamente a causa de Samanta, fue dominante. De ello resultó una posición paralizada en la toma de contacto con la experiencia traumática de la pequeña, con el fin (que hemos visto en otros casos descritos) de no definir sus contornos y de ahorrarse momentáneamente el sufrimiento. La idea irracional de que el abuso se había limitado a tres episodios de penetración digital, debidos a «raptus» del hermano, conectados con el uso del alcohol, reflejaba este compromiso: si bien la respuesta consciente a la invitación de la terapeuta de salir del compromiso, antes de que Samanta se viera demasiado dañada, fue constantemente buena (haciendo que Roberto llegara incluso a concebir dirigirse a la cárcel para arrancarle a su hermano la admisión del abuso, convencido de que esto era también bueno para él) en la realidad no se produjo ningún cambio importante. A Samanta sigue llegándole la idea de que el tío estaba «enfermo», que, en el fondo, no fue de verdad responsable de las propias acciones y de que su padre padece por él. A veces reacciones impulsivas de duda o indagaciones de Roberto seguían a las poquísimas y cautas revelaciones de Samanta sobre lo ocurrido, imprimiendo en la niña una negativa percepción de que nadie le creía y sobre todo de que fastidiaba.

En cuanto a la madre, Rita, se ha hecho mucho trabajo, también en sesiones conjuntas con la niña, para reforzar su vínculo, con el fin de reequilibrar el efecto de la actitud paterna. En efecto, Rita era emocionalmente más libre hacia el cuñado, y más consciente de que el grave estado de malestar de Samanta debía corresponder a una grave realidad traumática: pero es muy débil con relación a Roberto, al que incluso ha hecho afrentas no irrelevantes en el pasado y con el que no puede permitirse comprometer la relación, poniéndolo demasiado de espaldas contra la pared.

Sin embargo, con el paso del tiempo algunos pequeños pasos, al principio inapreciables, se acumulan. Una enésima crisis entre los padres, debida a la vuelta en escena de una antigua traición de Rita, es precisamente la que da el golpe decisivo a la situación. Samanta llega a la sesión programada para ella furiosa y preocupada por la disputa demasiado violenta a la que ha asistido. No obstante, se queda muy

impresionada cuando la terapeuta la informa de que los padres son muy conscientes de su difícil relación y le han pedido ayuda para resolverla; y comienza a creerlo cuando se le dice, por enésima vez, que las riñas entre sus padres no dependen ahora de lo que ella piensa, es decir, ella misma, sino de descontentos mutuos de muy distinta naturaleza. Constatar que la terapeuta «sabe» los secretos familiares la tranquiliza. Por tanto, escucha atentamente cuando se la hace reflexionar que, precisamente si se confiara más con los padres, muchas ideas imprecisas podrían aclararse e incluso la actitud del padre podría cambiar en la dirección de una mayor solidaridad con ella y con su madre.

Madura por fin en Samanta la posibilidad de afrontar al menos una vez en su globalidad la experiencia del abuso, confiando en que no se vuelva más en su contra, clavándola en la posición de la «verdadera culpable». Acepta también al final que los padres sean informados de ello con la ayuda de la terapeuta, pero en su presencia, mostrando que por suerte ha roto el círculo de amarga soledad en el que se había confinado voluntariamente, con sólo seis años. Entre las posibilidades prefiguradas elige hacer llegar la confidencia a su padre y a su madre por medio de la grabación de la sesión recién realizada. Rita y Roberto son advertidos previamente de la necesidad de mantener un comportamiento particularmente mesurado cuando vengán al encuentro con Samanta: a través de pocas alusiones la madre llega intuitivamente a entender qué nuevos elementos han emergido. En el momento estalla una vez más un contraste entre los dos: Rita rompe a llorar y profiere duras palabras acusadoras, mientras que Roberto reacciona ante el dolor de una manera cerrada y vacilante. Sin embargo, en presencia de Samanta saben mantener un comportamiento circunspecto y adecuado. Así pueden comprender y contener el gran malestar de la hija, que muestra con creciente agitación y vergüenza que teme el momento en que sus padres conozcan las partes más graves del abuso, también por el explícito miedo (y hemos visto cuán fundado) de que se pongan una vez más a disputar.

Como era previsible en aquel momento se ponen en marcha movimientos psicológicos que hacen que para ambos padres sea imposible permanecer en posiciones de incertidumbre: a dicho cambio Samanta puede por fin corresponder aflojando sus rígidas defensas y buscando en otras ocasiones de intimidad con la madre la confortación de su escucha de aquello que durante tanto tiempo ha sentido que le pesaba en el corazón. El clima familiar vira en dirección a una solidaridad entre los cónyuges mucho mayor, con la decisión de proporcionar a Samanta un baluarte de protección aún más fuerte que en el pasado respecto de las posibles intrusiones de la familia paterna, aún no del todo conjuradas.

Después de estos acontecimientos la niña llega a una significativa sesión, que marca un paso importante en sus vivencias. Se dedica a escribir, rellenando un folio (acaba de empezar la escuela primaria), los nombres de todas las personas que han estado cerca de ella en este difícil período, que surgen de su mente uno tras otro como por libre asociación, acabando por constituir el cuadro reconfortante de aquellos con los que se puede contar, ante todo la madre y el padre. Luego está la fantasía de un personaje-niño que se pierde en el cielo con un globo y de los peligros

corridos en una casa que se resquebraja o corre el riesgo de hacerlo: pero el niño es finalmente representado como víctima y ya no como culpable. Por último, Samanta comienza a hacer insistentes preguntas sobre los «paracaídas», para qué sirven, si de verdad funcionan: como para señalar que se pueden atravesar situaciones incluso muy difíciles si se garantiza una vía de escape protectora. Pequeños pasos, que indican, sin embargo, que en Samanta se abre camino la esperanza, tan difícil en ella porque estaba sofocada por el precedente sentimiento de culpa, de poder confiarse a los adultos y, finalmente, invertir con seguridad energías en el propio crecimiento.

El agresor

En el agresor el sentimiento de culpa es el *leitmotiv* de toda la relación terapéutica desde el comienzo: se dedica mucho tiempo a contrastar los mecanismos defensivos que convertirían tal relación en una cáscara vacía, basados en la negación al menos parcial de la gravedad de lo ocurrido. Hace poco hemos hablado de ello.

Sin embargo, sólo en una fase avanzada del tratamiento se puede medir cuánto ha hundido sus raíces este sentimiento, a veces hasta secar la linfa vital necesaria para reconocerse razones y potencialidades positivas.

Debe decirse que el problema es de difícil solución. Paradójicamente, sólo la intervención terapéutica quita uno tras otro los velos que impiden que el agresor se vea a fondo, sin atenuantes, y que compruebe los gravísimos daños infligidos a las personas y a las relaciones más queridas. Pero sería una ambición del terapeuta que, tocado el fondo, paso indispensable y saludable, comenzase el camino de subida, en la exploración y valorización de las capacidades residuales tanto en el plano personal como en el de las competencias paternas. Esto, en efecto, se produce en mayor o menor medida: la vida continúa, se vuelven a tejer las relaciones, se gana el perdón de quien ha sufrido y se vuelve a hacer de padres. Desde luego, el espectáculo a menudo desolador del persistente sufrimiento de la víctima redimensiona mucho la posibilidad de ilusionarse con haber borrado las huellas de las propias acciones. Sin embargo, el balance final, a los ojos del terapeuta, puede parecer globalmente positivo, aun en la aceptación de los límites del cambio alcanzado y de la longitud del recorrido hacia la curación, o al menos hacia una aceptable cicatrización de las heridas.

Mientras que para la víctima y para el adulto protector se puede contar en este período con la completa congruencia de los deseos del paciente con los objetivos terapéuticos, no siempre sucede esto para quien ha sido autor del trauma. En otras palabras, los dos primeros protagonistas tratan con todas sus fuerzas de superar y dejar a sus espaldas «el oprobio», para usar un término muy sugestivo usado por Criville en su volumen *L'inceste (1994)*; y aunque el camino está constelado de fracasos, nunca se pone en tela de juicio su dirección. En el agresor, si existe la misma convicción en el plano racional, a veces con reiterados intentos de fuga precoz en la salud, incluso cuando las condiciones psíquicas no están aún maduras para un alta del tratamiento, sin embargo, no siempre existe una real correspondencia de la mente con el plano más profundo de la emotividad. Él parece pensar que el hombre que ha sido será para siempre su sombra inquietante, tanto a los propios ojos como a los de los demás; es indispensable, pues, pasar página. Se puede reproducir, por tanto, tardíamente aquello que para la víctima es un fenómeno precoz ya descrito: la percepción de no haber sido comprendido plenamente si percibe que el terapeuta tiene la intención de matizar, redimensionar o subestimar su sentimiento de culpa, ya permanente.

Por otra parte, estas constataciones que hemos ido haciendo durante la actividad nos han devuelto a la mente lo que autores autorizados, desde luego más expertos que nosotros en el tratamiento de agresores confesos, mucho más frecuentes en otras naciones, afirman: ellos (Trepper, Barrett, 1989) insisten que mantener en tono elevado los sentimientos de culpabilidad es una condición indispensable para la consolidación de los resultados alcanzados a través de la terapia. Mientras que es bastante previsible que los terapeutas de orientación comportamentista lleguen a tales conclusiones, también muy difundidas en el terreno del abuso sexual, hace reflexionar particularmente el hecho de que sean de la misma opinión incluso terapeutas de orientación muy distinta, como los citados, creadores de un tratamiento articulado, de matriz sistémica, abierto, sin embargo, también a los componentes individuales del problema.

En nuestra limitada experiencia de terapia de agresores ha sido útil resignarnos a la idea de que los movimientos reparadores sucesivos a la admisión de la propia conducta patológica y delictiva deben considerarse no tanto una rehabilitación, sino aquello que puede mantener en equilibrio, casi haciendo de contrapeso, el peso de la culpa. Por tanto, esa terapia puede

convertirse en un sentimiento bajo control cuanto más activa sea la búsqueda de diques para las propias misteriosas y peligrosas pulsiones y más basado en «sanos principios» se vuelva el comportamiento sucesivo a la toma de conciencia de ellas, en la convicción de que no bastará con toda la vida para saldar definitivamente la cuenta de las propias acciones. En cuanto a la presunción de conseguir apagar, y no sólo controlar eficazmente, tales pulsiones, la terapia parece muy alejada del horizonte de los autores de abusos, que casi nunca quieren ponerse a prueba en la empresa. En la convicción de que nuestros pacientes son nuestros mejores maestros, estimamos oportuno por ahora considerar en lo que valen estos estados de ánimo, por más que nos puedan parecer conceptualmente reductivos de los objetivos terapéuticos.

Volvemos a encontrar a Salvatore, del que ya se ha hablado varias veces (véase más arriba en el párrafo «Ya se ha hablado...»). El tratamiento efectuado para todos los familiares en nuestro centro ha dado, en el transcurso de un año, resultados satisfactorios, hasta el punto de considerar que ha pasado el tiempo para proponer al juez de menores la vuelta a casa de la hija menor, Melissa, alejada después de la obtención por parte del padre del arresto domiciliario. Se había establecido un programa de continuación de la terapia para controlar el mantenimiento de los cambios de los padres una vez puestos concretamente en contacto con la necesidad de ejercitar sus funciones. Sabíamos también que podíamos contar con la colaboración de los familiares que, en especial los padres, estaban muy comprometidos con la terapia: en todo caso, un refuerzo en tal sentido estaba constituido también por el hecho de que el juez prescribiría la continuación del tratamiento.

Melissa vuelve a casa poco antes de las vacaciones de verano, después de un breve período de regresos de fines de semana, como pretest de la situación. Durante aquel período habíamos tenido ocasión de discutir con Salvatore sobre el comportamiento de la chica, que, al revés de su hermana, se mostraba reservadísima por todo aquello que concernía a su cuerpo y su intimidad: los terapeutas se habían quedado sorprendidos al constatar que, al contrario de los previsibles sentimientos de amargura conectados con una lectura de tal conducta de la hija como señal de una invariable desconfianza hacia él, Salvatore mostraba una sincera complacencia. Sobre todo la frase pronunciada por él en respuesta a la pregunta de los terapeutas sobre sus sentimientos al respecto nos había impresionado mucho: «¡Me siento protegido!», había exclamado.

Casi un año después, mientras la fase de consolidación de los resultados alcanzados estaba llegando a su término, las señales en la misma dirección se hicieron aún más fuertes. En efecto, se había abordado en una sesión la resistencia de Melissa a frecuentar un centro de actividades escolares especializadas en niños con problemas

familiares, dispuesto para ella como apoyo, debido a sus dificultades de aprendizaje y socialización, por la asistente que se ocupaba desde hacía tiempo del caso. Los padres dicen enfrentarse a menudo con Melissa sobre este punto, tratando de obtener de ella una participación más colaboradora y satisfecha. Sin embargo, la madre asocia que también para ella participar en las reuniones de padres organizadas por la misma institución ha sido bastante pesado y en parte aún lo es. Piensa que ella, al contrario que los otros, nunca podrá decirlo «todo», aludiendo evidentemente al abuso. Salvatore se une de inmediato a su mujer, afirmando que no se puede. La terapeuta enfoca el problema, mostrando preocupación por esta pesada losa que aún parece aplastar a toda la familia: ¿de qué han servido, pues, los esfuerzos para reconocer y rehabilitarse, que tan visiblemente distancian a Salvatore del grupo mucho más numeroso de aquellos que no pueden abandonar la negación del problema? Salvatore está seguro: nunca podrá compartir su fardo con nadie, ni un amigo, ni un colega de trabajo. Inocenza, su mujer, revela que en el momento del arresto, del que obviamente toda la casa de vecindad popular en la que habitan ha sido espectadora, habían preferido decir que Salvatore había vendido estupefacientes; y el padre añade que en el trabajo ha preferido pasar, en cambio, por un atracador. Cuando la terapeuta insiste en mostrarse consternada al constatar qué tremendos sentimientos lo invaden, como de una culpa infame respecto de la cual le es negada la esperanza de poder encontrar en alguien compasión y comprensión, al menos en virtud de todos los esfuerzos hechos para repararla, Salvatore tiene una asociación imprevista y muy significativa: «Es como le ha sucedido a Pacciani (haciendo referencia a un conocido personaje de la crónica policial acusado de violaciones y asesinatos múltiples), ¡aunque lo suyo es todavía más vergonzoso!». La mujer agrava el mal diciendo: «¿Sabes qué anormal me siento?», naturalmente por su causa.

Al no querer rendirse ante aquello que parece un endurecimiento de su parte de las vivencias de estigmatización del todo incongruente con el recorrido hecho, los terapeutas deciden un nuevo encuentro con los padres y Melissa: el frente familiar aparece compacto sobre la cuestión, aunque la chica sabe que nunca podrá abrir completamente su corazón a nadie. Un estremecimiento los invade a todos ante el pensamiento de que, por lo menos cuando encuentre al hombre de su vida, el secreto podrá ser compartido: ¿qué premisa de la nueva unión sería mantenerlo? Lo que impresiona es sobre todo el hecho de que la «vergüenza» de ocultar no se refiere tanto al hecho de haber sido víctimas, sino al haber conservado la relación con el agresor.

En una sesión posterior con Salvatore a solas, se decide mostrar comprensión por su estado de ánimo y asentir ante su decisión, de que pretende «mantener alta la guardia», conservando viva la conciencia de la infamia con la que se está manchado. El hombre se muestra aliviado: protesta por el hecho de que su mujer le recuerda con frecuencia lo que ha hecho, concluyendo que es preciso que todos estén muy atentos para no volver a caer en ello, pero en síntesis está de acuerdo con el juicio de ella. Escucha con paciencia cuando la terapeuta hace votos porque esta actitud en torno al control sea para su familia una fase pasajera, que quizá pueda ser sustituida en el

futuro por un mejor ordenamiento, que por el momento no parece entreverse como una perspectiva realista para ellos. Sin embargo, se concede un pequeño punto positivo: interrogado por la terapeuta sobre su disponibilidad a ser llamado a un coloquio con otros agresores, más retrasados que él en el camino de la admisión y reparación, acepta sin vacilar; esta tarea, que obviamente lo devolvería a sus tremendos recuerdos y, aunque dándole un estatus de algún modo autorizado, le permitiría mantener invariable la percepción de la propia conducta culpable, le parece un compromiso aceptable.

DUELO Y RECONSTRUCCIÓN

Elaborados y superados los obstáculos constituidos por la impotencia y por el sentimiento de culpa, se pueden reunir bastantes energías para hacer el inventario de las relaciones y pasar a la reconstrucción de un tejido que permita vivir. Como decía lapidariamente un paciente: «No se puede olvidar, pero hay que sobrevivir». Al tratarse de niños con una larga vida por delante, la calidad de esta supervivencia se hace extremadamente importante. En este punto se perfilan dos direcciones del trabajo psicológico: partiendo del presupuesto incontestable de que, si el abuso se ha producido, ninguna de las relaciones básicas de la familia puede haber salido libre de problemas, incluso graves, debe reconocerse que la revelación constituye una línea divisoria que separa lo que aún contiene potencialidades positivas de aquello que es preciso resignarse a considerar como irrecuperable. Por tanto, será preciso acompañar a los pacientes a reconocer tal realidad, construyendo un duelo aceptable en cuanto a las relaciones que es necesario concluir y reparando las aún recuperables, liberándolas de los viejos motivos de insatisfacción. Como sabe quien ha tenido que intervenir en estas situaciones, una importante cuota de nostalgia hacia las primeras y de rencor hacia las segundas puede hacer arduo este recorrido. Esto no debe despertar sorpresa, sino reforzar la determinación a destinar todo el tiempo necesario a encontrar el mejor equilibrio posible.

A veces son los niños los que encuentran las soluciones más adecuadas. Se recordará a Clelia, de cinco años, víctima de incesto desde los dos años y medio, de la que ya se ha hablado más arriba en el párrafo «Clelia ha sufrido abusos...». Después de un largo período de reticencia a la revelación, en la esperanza de salvar aún la relación con su padre, a quien quería mucho («Yo soy importante para mi papá y él para mí», decía la niña con extraordinaria inteligencia), la pequeña al fin se había tristemente convencido de que su padre nunca admitiría que le había hecho daño, dándole así la posibilidad de recuperar la relación. Sin embargo, incluso después del testimonio en el Tribunal, una sombra de esperanza persistía en ella. En una significativa sesión había representado a su padre, en el juego simbólico, como el fantástico conductor de un autobús al que podía hacer volar, comunicando así la excitación y el sentido de ilusorio poder que la relación con él había sabido a veces transmitirle. En una de las sesiones posteriores la joven madre había lamentado los caprichos de la niña: una vez la había visto llorar porque «estaba triste por papá». Clelia, presente en la sesión, confirma aquel estado de ánimo; también admite estar

irritada con su mamá que, en cambio, ha decidido, en su opinión, no querer más a su papá. Llevada a reflexionar sobre esto, Clelia concluye un poco de mala gana que si mamá ha decidido esto también ella dejará de quererlo. Pero añade que había hurgado entre viejas fotografías entre las cuales había encontrado aquellas de cuando tenía un año y estaba retratada en brazos de su padre: «¡Entonces sí que me quería!», concluye.

De este modo ha conseguido conservar algo bueno de la imagen paterna, sintiéndose al mismo tiempo una niña un poco menos «pobre», porque carecía de una relación de pertenencia tan importante.

A veces el trabajo de reconstrucción es aún más complicado por el hecho de que una cierta dosis de duelo se enlaza inextricablemente con la reconstrucción de las relaciones: duelo y reparación se convierten en operaciones simultáneas dirigidas a la misma persona. En efecto, es preciso acceder al hecho de que ya nada será como antes, por más esfuerzos que se hagan.

Padres e hijos

Esto se hace particularmente doloroso para las madres que ven a sus hijas cambiadas, casi desconocidas. Especialmente la presencia de comportamientos erotizados es lo que las hace pensar a través de qué experiencias han pasado y las inducen a temer que éstas hayan dejado en ellas una huella indeleble.

Giasmina tiene cinco años: después del abuso por obra de su padre y su revelación, perduraba en ella una necesidad compulsiva de estimularse el área genital, que la madre no sabía como afrontar, temiendo procurarle nuevos sentimientos de culpa. Aún más preocupante para la madre era la atención que Giasmina concentraba en sus propios genitales en el momento del baño, comentando «Mi “patatita” da asco»; otras veces mostraba conocer insultos de trasfondo sexual que iban mucho más allá de cuanto podía ser juzgado normal para su edad.

Bajo el influjo de estas preocupaciones la señora había tenido un sueño, del que se había despertado no sabía si más espantada o entristecida. En el sueño estaba encinta y se dirigía a ver a unos amigos. Mientras estaba en aquella casa la sorprendían prematuramente los dolores. Pedía a su amiga que llamara a su marido, médico, para que la ayudara en el parto y se ocupara del recién nacido que sabía en riesgo: pero éste estaba ilocalizable y volvería sólo algunas horas después. Había que apañárselas, pues: la amiga le aconsejaba que pusiera temporalmente al recién nacido en el calentador del baño, para mantenerlo caliente el tiempo necesario hasta el regreso de

su marido, asegurando que este último habría sabido cómo hacer para meter de nuevo al niño en el útero de manera que el embarazo pudiera llegar a su término. Pero transcurrido el tiempo de espera la operación no era posible: el recién nacido ya no conseguía entrar en el cuerpo de la madre por más esfuerzos que se hicieran. En aquel punto la señora contaba que se había encontrado frente a su criatura y la había mirado: «Se parecía a ET», extraño y cautivador, un poco monstruoso y un poco humano. Se había sentido desgarrada y enternecida al mismo tiempo y se había despertado.

En la reflexión posterior la terapeuta le hace notar la curiosa coincidencia entre el extraño lugar en que era puesto el recién nacido prematuro (el calentador del baño) y el nombre del magistrado que desde hacía tiempo se estaba ocupando de su caso (Bagnoli). La mujer se queda impresionada: a partir de aquí se hace posible una elaboración del sueño junto con la terapeuta.

El *nasciturus* representa a Giasmina que, como todos los niños aún pequeños, está contenido en una especie de gestación mental de la madre. Sobre ella se concentran deseos idealizados que, habitualmente, se confrontan poco a poco con la realidad, en parte modificándola y en parte adaptándose a ella. El parto prematuro e imprevisto simboliza la brusca ruptura de esta gestación debida a la revelación del abuso, en el que la madre ha descubierto a la hija como brutalmente separada de sí misma. Obviamente no puede ser casual que el lugar donde la gestación se transfiere, fuera de la mente de la madre, tenga precisamente el nombre de quien simbólicamente representa para ella el hecho de hacerse real y objetivo de la experiencia traumática sufrida por Giasmina, trauma que ahora se refleja también en la relación con ella. El intento de volver a meter al recién nacido en el útero puede significar la esperanza de la madre de borrar el trauma, recomenzando la gestación mental interrumpida como si nada hubiera ocurrido. Pero esto es imposible. Ahora la madre debe enfrentarse con los ambiguos sentimientos de extrañeza y afecto que experimenta por la propia criatura: propia y al mismo tiempo dramáticamente distinta de como la habría querido y pensado.

El sueño sugiere con inmediatez y emotividad las vivencias habituales en las madres de las víctimas de abuso, y aclara la necesidad de estar listas para soportar una cierta cuota de algo irreparable aun en el ímpetu de sanar y reconstruir.

También los niños deben afrontar y elaborar la desilusión de no haber tenido los padres que habrían querido, aquellos a los que quizá consideraban que tenían derecho. Si al menos durante algún tiempo, sino incluso para siempre, cuando el agresor no lo admite, se pudiera atemperar en la lejanía y postergar indefinidamente la confrontación con los propios sentimientos de amargura en relación con el autor del trauma, si el padre o en todo caso una persona antes afectivamente significativa, el adulto protector, hacia el que también hay razones de descontento sentidas como igual de agobiantes, estuviera allí, ¡cerca! A veces,

precisamente a causa de tal cercanía, en otros aspectos clave, se enfocan con excesiva crudeza los puntos débiles de este último, su torpeza y fragilidad: con despiadadas consecuencias de fricciones y desilusiones. Por otra parte, también es lógico que, al haber quedado privados de otros puntos de apoyo, las expectativas de solidez y adecuación hacia el último que ha quedado sean particularmente severas: sin considerar las cuentas atrasadas de incomprensiones y privaciones que a menudo han marcado ese vínculo aún antes del estallido del drama.

Como se dirá también más adelante, a propósito del tratamiento individual de la víctima y de sus fases de desarrollo, puede ser útil acompañar la elaboración de estos sentimientos de malestar induciendo, a través de la terapia, un espacio de distancia virtual, en el que los elementos de la desilusión puedan asumir proporciones equilibradas, llevando a reconocerlos al fin como aceptables.

Volvemos a ver a Diana, de la que hemos hablado en el segundo capítulo, algunos meses después de la dramática sesión de revelación del abuso antes descrita. En todo aquel período las relaciones con su madre han sido voluntariamente interrumpidas por ella; tampoco aquélla la ha buscado. Las heridas aún abiertas habían por fin inducido, por desgracia con el daño ya hecho, las medidas de distancia prudencial desde siempre aconsejadas por todos los terapeutas.

Diana regresa a las sesiones para saber los resultados del examen psicodiagnóstico de su hermana, que sigue interesándole mucho, pero a la que tampoco ha frecuentado en los meses precedentes. Al fin se llega, a través de un motivo periférico, a hablar de sus sentimientos hacia su madre. Diana se muestra muy cambiada: dice que ha reflexionado largamente sobre ello, sola y con la ayuda de su terapeuta y del educador que la acompaña en la institución de acogida, sobre su relación con ella. La ha impulsado en esta dirección sobre todo el hecho de que, después de haber tenido en el pasado experiencias con el hachís y el alcohol, ha pasado un largo período en que había comenzado a consumir cocaína. Tal comportamiento había sido practicado por ella de manera ocasional, pero últimamente tenía miedo de que se transformara en una dependencia. Por tanto, ha reflexionado mucho, consiguiendo identificarse con su propia madre, comprendiendo sus sensaciones y pensamientos y la esclavitud en la que ésta, como ella misma, debe de haberse sentido constreñida. Ahora sabe hasta qué punto de embrutecimiento se puede llegar en esas condiciones y qué fácil es caer en ello si estaba a punto de sucederle también a ella: la madre no tenía a su disposición todas las ayudas competentes —una comunidad, una terapia, amigos afectuosos— en las que ella puede apoyarse. Este razonamiento le trae a la mente qué sola estaba su madre,

cuando ella era pequeña; recuerda haberla acompañado, con sólo cuatro años, a ocupar abusivamente el apartamento en el que luego vivieron durante los siguientes años, y que, con mucho esfuerzo, la madre logró al fin comprar, poniendo la propiedad precisamente a su nombre. Dice que se comparó con su madre y que sintió que se le parece, al menos por su combatividad e independencia: por esto se ha percatado de que la admira. No se siente en condiciones de retomar las relaciones con ella: ha habido y sigue habiendo demasiadas fricciones entre ellas. Pero, aunque no volviera a verla, siente que se han desatado un poco en su ánimo esos nudos dolientes de odio con relación a ella, a quien ahora puede entender y, en parte, salvar. Espera que su hermana tenga un destino mejor que el suyo: está decidida a no crear de ningún modo interferencias con respecto a la relación de ésta con su madre, renunciando a competir con ella desvergonzadamente, como ha hecho hasta entonces.

Por último, quien emerge de una experiencia de abuso, víctima o adulto protector (para no hablar del agresor), deberá vivir un importante duelo con relación a sí mismo. Tendrá que ajustar las cuentas con la amarga realidad de que nadie es como habría querido y de que la vida ha dejado marcas y arañazos que empañan consistentemente el ideal del yo. Tampoco el mundo es como se habría esperado: no ha sido avaro en traiciones y desilusiones.

Tal percepción es particularmente intensa en los adultos que ven repetirse en la historia de sus niños antiguos traumas personales: aún más si se trata precisamente de una historia de abuso sexual, acaso guardada en silencio, pero justamente por esto aún grávida de cuestiones sin resolver tanto en el plano personal como en el de las relaciones significativas.

Entonces es particularmente importante inducir la conciencia, por más que pueda ser difícil, de que las vicisitudes nunca se repiten iguales, que quizá también la injusticia de ayer puede encontrar redención a través de la acción de hoy, sobre todo si la variable decisiva está constituida por la posibilidad que tiene el adulto protector de ser para el hijo una madre mejor de la que ha tenido, en especial si ésta, como ocurre casi siempre, no ha sabido o querido ver la realidad del trauma.

«¡Nunca habría creído que pudiera suceder dos veces!» Así sintetiza la madre de dos niños, de cuatro y siete años, que han sufrido abusos por parte de un tío abuelo muy amado y estimado, su pesar al ver repetirse en sus hijos su propia victimización. Recuerda el largo período en que fue molestada sexualmente por un primo, ahora difunto, al que nunca dejó de querer, y al que en el fondo ha protegido, manteniendo

completamente ocultas las vicisitudes. Ha pagado su decisión con graves dificultades en el plano sexual, que ahora, después de los dos hijos y gracias a la ternura de su marido, se han disuelto un poco. Sobre todo con relación a la niña mayor siente preocupación: la ve tocarse los genitales, fingir besos «de mayor» y pedir que le acaricien los muslos o el pecho. Se pregunta si sufrirá como ella, que en la época del abuso se había sentido tremendamente culpable por la excitación que los actos del agresor despertaban en ella, que luego había pagado a través de la frigidez: «Toda la vida he luchado contra el sentimiento de culpa», dice ahora con una pálida sonrisa.

La terapeuta la ayuda a ver las diferencias, importantísimas: si ella nunca se ha decidido a confiarse con la propia madre («No me habría creído»), afortunadamente sus niños podrán contar con ella. Aunque el destino ha querido que aquel gran dolor volviera a obstruirle el camino, ahora la encontrará dispuesta y fuerte, mucho más sensible que cualquier otra madre porque ella sabe, en su interior, qué pueden experimentar sus hijos.

En la siguiente ocasión la joven mujer aparece más reconfortada: los razonamientos de la sesión precedente han agudizado el deseo, que siempre había sofocado dentro de ella, de encontrar también escucha y justicia, tal como estaba decidida a garantizar a los niños, de empujarla a contar ahora a su madre, ya informada de la desventura de sus nietos y también de la propia historia. No sabría decir qué esperaba de ello, actuó por un impulso. Pero la respuesta ha sido positiva: la madre se puso a llorar, ante el pensamiento del sufrimiento que había oprimido durante tanto tiempo a su hija. Aunque tardío, el reconocimiento le ha dado un gran alivio y más fuerza para afrontar las propias responsabilidades.

Por tanto, es importante superar los mecanismos de defensa que impulsarían a caer otra vez en el secreto o peor a negarse a mentalizar los sentimientos contradictorios que se agitan en el ánimo: además, éstos parecen un ataque a la persona amada, con la que se querría tener una relación sin sombras, lo más cercano posible a lo que se estima el ideal y que ya ha sido tan gravemente desatendido. La desilusión de tener que constatar que lo antedicho es inalcanzable puede generar vivencias depresivas o de ira que introducirían distancia donde se debería proceder en la dirección contraria. La terapia tiene el objetivo de indicar equilibrios aceptables y acompañar a una depresión constructiva, enseñando una estrategia de solución de los problemas que emergen poco a poco en las relaciones.

Innocenza, la mujer de Salvatore de la que hemos hablado varias veces (véase más arriba el párrafo «Ya se ha hablado...»), trae con frecuencia a la terapia el problema de la relación con su hija Carmela, ahora de veintiún años y casada. Reconoce que le ha faltado en el pasado, cuando, ciega a las señales, se lanzaba contra su

comportamiento provocador y demasiado confidencial hacia su padre, en vez de entender que, como le había confiado explícitamente cuando aún era una niña, esto era la señal de que el abuso por parte de su marido todavía continuaba. Pero ahora tanto ella como Salvatore se sienten muy cambiados: están haciendo muchos esfuerzos para refundar la familia, no hay violencia en casa, ambos han reconocido sus graves errores y las consecuencias dañinas que han comportado para Carmela. ¿Cuándo se podrá tener un poco de paz? ¿Cuándo acabará la expiación? Encuentra intolerable que Carmela pase períodos de aparente buen humor (desde luego, añade el marido con amargura, mientras se le suelta pasta o se le permite depredar la casa de alimentos, lencería, vestidos, incluso joyas...) y luego por cualquier insignificante motivo reaparecen las recriminaciones, las acusaciones violentas y las hostilidades: Innocenza piensa que Carmela sólo siente odio por ellos, por más esfuerzos que hagan todo será inútil. Además, la irrita el comportamiento interesado y atolondrado de Carmela, que gasta demasiado, se mete en inversiones que no están a su alcance y luego trata de despertar su piedad diciéndole que no tiene nada que dar de comer a su hijo y enseñándole la nevera vacía: también ellos tienen dificultades para salir adelante.

Se necesitan numerosas sesiones para hacer entender a Innocenza que, como ocurre, por lo demás, con todos los seres humanos, el comportamiento del que acusa a su hija tiene más el sabor de la compulsión que del acto de guerra intencional. Pueden reunirse en Carmela, en razón de la grave victimización sufrida, impulsos de encontrar remedios impropios para las vivencias de impotencia, envilecimiento y desconsideración que la han hecho sufrir tanto en el pasado. Por tanto, la chica debe ser considerada una convaleciente de riesgo frente a todas aquellas ocasiones incluso pequeñas que reactivan en ella las heridas del pasado, provocándole reacciones de rabia exagerada, que no son más que el revés de la medalla de la desesperación. Quizá también Carmela alberga dentro de sí sentimientos no muy distintos de los de sus padres, y se pregunta cuándo podrá obtener al fin una reparación que le permita cicatrizar. También se hace reflexionar a Innocenza sobre el hecho de que es ilusorio pretender que tantos años de estragos se puedan borrar en tan poco tiempo: quizá ciertos rasgos de carácter patológico en Carmela podrían haberse fijado profundamente.

Al fin el movimiento identificatorio ha arraigado en la madre: no es inútil advertir que esto ha podido ocurrir cuando ésta, con la ayuda de la terapeuta, había podido recuperar la comprensión de cuanto había ocurrido en la familia y un poco más de autoestima. Innocenza llega a sintetizar su nuevo pensamiento sobre su hija con esta frase: «Le hemos hecho tanto daño que se ha convertido en una bestia». Lloro sinceramente no sólo por las desgracias que el comportamiento de Carmela le procura, sino por la difícil situación en que se encuentra su hija y por la infelicidad que demuestra a causa de su ansiedad e inquietud. Trata de estar cerca de ella de manera concreta: empieza a ayudarla con el nieto, a hacerle regalos; se traslada a su casa para cuidarla cuando está enferma. Sin embargo, los sentimientos aún no encuentran la vía de las palabras.

Entonces se hace reflexionar a Inocenza sobre el riesgo de este comportamiento, que podría confirmar en Carmela el impulso a buscar a través de cosas materiales compensación por un dolor que no es material y que, por tanto, necesita una cura muy distinta. Además, su actitud condescendiente podría ser tomada por debilidad e inducir a Carmela a pensar que su madre es aún la misma mujer inconsistente y sin espina dorsal de otro tiempo, la misma que ha dejado pasivamente que el abuso tuviera lugar y que ahora sufre con la misma pasividad sin entenderla de verdad.

Después de muchos meses y muchas otras borrascas, Inocenza al fin refiere en una sesión que ha hablado con su hija y que le ha dicho que, aun admitiendo que le ha hecho mucho daño en el pasado, cosa que nunca se perdonará, le hace sufrir mucho el ver que todos sus intentos de poner remedio son estimados insuficientes o negados: sobre todo la hierde oír que Carmela dice frases tajantes que le hacen pensar que no tiene ninguna esperanza de que algo pueda ser reparado entre ellas. Carmela la ha abrazado, diciéndole que estos impulsos de herir son más fuertes que ella, pero aclara que no reflejan lo que verdaderamente piensa: admite que es infeliz y está lejos de un equilibrio y que siente aún una tremenda necesidad de su madre.

Disolver los vínculos

Luego hay situaciones en las que, por más esfuerzos que se hagan, nada, o casi, de las relaciones precedentes puede ser recuperado. Ya hemos referido la desasosegante admonición que nos ofrecen los números: la mayoría de las víctimas no podrá contar después de la revelación con un adulto protector en el interior de la familia. Recordemos también que, si para alguna víctima, bastante mayor, renunciar a este apoyo puede convertirse en una elección, sufrida pero consciente (por ejemplo, Diana), para muchas otras se tratará de una enésima circunstancia ineluctable, que se abate sobre su vida, a menudo en la más tierna edad, cerrando aún más el horizonte de la curación.

La tarea más ardua, entonces, es construir el espacio psicológico para que, en el derrumbe de todo el pasado, el niño conserve el deseo de un futuro sustitutorio. Tendremos ocasión de afrontar con la necesaria profundidad este tema cuando se hable del trabajo con las pequeñas víctimas destinadas a la adopción.

Aún es necesario detenerse, en cambio, en la situación de otros sujetos que, a menudo porque el descubrimiento del abuso se produce cuando están cerca de la mayoría de edad, no encuentran fuertes contenedores de las dinámicas que los

ligan a la familia de origen. Tales dinámicas, también por la dificultad de tener de verdad el control, dada la edad de los protagonistas, no son gobernadas con decisión, ni las relaciones son definitivamente cortadas aunque se demuestren irrecuperables. Se ponen en marcha, por tanto, peligrosos vaivenes en las relaciones con los familiares, con efectos gravemente confusos: a menudo destructivos.

La historia de Manuela, ahora de veintitrés años, sería larga de contar, pero trataremos de sintetizarla al máximo. La suya es una familia poliincestuosa, en la que la abolición de los confines entre las generaciones y dentro de la misma generación no ha perdonado a nadie. Así, la madre de Manuela ha sido sexualmente molestada por el abuelo paterno, ella misma por los hermanos y por los tíos paternos, sus hermanas por el padre y por los hermanos, hasta la última que, cuando fue alejada de su casa por decreto del Tribunal de Menores, sólo tenía un año y medio.

Proviendo de semejante ruina moral casi hay que asombrarse de que al fin, a la edad de diecisiete años, precisamente Manuela hubiera decidido poner fin a la situación, denunciando los abusos sexuales y los malos tratos. Luego se descubrirá que los contornos ya espeluznantes de cuanto la chica «sabía» eran en realidad poca cosa con respecto a la globalidad de la situación, que en parte le había sido ocultada: ha sido gradualmente descubierta sólo en el curso de la intervención de tutela iniciada para todos los hijos menores de edad.

El padre, los tíos y el hermano mayor de edad han sido penalmente perseguidos y condenados: alguno de ellos ha confesado. Sin embargo, la madre ha permanecido al lado de quien no había confesado, en primer lugar su marido, defendiendo su presunta inocencia: las dos hermanas de Manuela han sido dadas en adopción. La chica, en cambio, ya era demasiado mayor para encontrar alternativas sustitutivas.

Mientras se consigue prolongar una intervención de tutela (veintiún años), ésta pasa de una comunidad de acogida a otra. Quienes se ocupan de ella hacen todo lo posible: pero Manuela lleva marcada a fuego su larga privación y victimización en cada una de sus funciones, se diría que en cada rincón de su cuerpo. A oleadas la asaltan crisis de bulimia seguidas de vómitos, alternadas con graves trastornos del sueño y de la defecación, con alergias cutáneas e irritaciones de los órganos genitales. Cuando todo esto no basta para descargar el sufrimiento, su mente explota: crisis parcialmente disociativas o pseudoepilépticas, con pérdida parcial de conciencia, episodios de autoflagelación graves, fugas y comportamientos agresivos señalan que el «nivel de guardia» ha sido alcanzado y que la pregunta insistente que acecha a Manuela, «¿Merece la pena vivir?», ya no consigue ser equilibrada por el impulso de autoconservación que tienen todos los seres humanos. En estas ocasiones su estado de malestar es tal que se aconsejó varias veces su ingreso en instituciones psiquiátricas, de las que se le da puntualmente el alta sin otra diagnosis que la de una grave patología postraumática, momentáneamente descompensada.

En este mar tempestuoso, donde cualquier institución de acogida, incluso competente, no puede más que acabar naufragando, hay sólo unos tenues hilos que con constancia la vinculan a la tierra firme: la relación con el agente de policía que recogió su declaración; la que mantiene con la asistente social que, a pesar de su mayoría de edad, se ocupa de ella, apoyándola, aconsejándola y estando a su lado en las emergencias de la vida (como cuando la acompañó a una ciudad a mil kilómetros de distancia para el proceso penal); y la psicoterapia, que sigue asiduamente desde hace casi cinco años.

¿Cuál es el ordenamiento mental de Manuela, del que derivan comportamientos, juicios y síntomas? Sólo en los últimos tiempos han aparecido rasgos de perversión, muy similares a los de su hermano mayor, Nazareno, con los que trata de distanciarse del sufrimiento transformándose en perseguidor: esto plantea nuevos y graves problemas de curación. Sin embargo, este último componente sigue siendo un aspecto marginal. Lo que en cambio la caracteriza en casi todas sus expresiones es el hecho de ser aplastada por el deseo espasmódico de un sustituto afectivo totalizador, aquello que sus hermanas han obtenido con la adopción, pero para ella, demasiado mayor, ha sido impracticable. De vez en vez maestras, educadoras, voluntarias, enfermeras y así sucesivamente, siempre que sean de sexo femenino, son cargadas de expectativas a las que les resulta imposible responder: tener una madre, al fin.

Sobre esta vorágine de fondo excava, aún más corrosivo, el hecho de que con la madre real los vínculos no han sido definitivamente cortados, a pesar de las mil pruebas decepcionantes. Así, ante cada fracaso de su intento de colmar el vacío afectivo a través de personas que no pueden ocupar ese papel, Manuela vuelve con su madre, esperando encontrar en ella fuente de alivio que necesita. De estas tentativas sale regularmente aún más sufriente y herida; pero, antes de percatarse de que ha sido instrumentalizada y victimizada por enésima vez, hay tiempo para estar expuestos a la acción de un veneno sin comparación, que trata de poner en crisis incluso lo poco con lo que la chica ha aprendido a contar.

Convertida habitualmente en el chivo expiatorio del estado de disolución cada vez mayor en que se precipita su familia, se le piden imposibles tomas de posición en favor de quien no quiere admitir las propias responsabilidades, desmintiendo la realidad de victimización en la que ella misma y sus hermanas se han encontrado, y cortando en consecuencia los vínculos con las figuras de apoyo que ha tenido hasta ahora. El padre, además, utiliza también la pertenencia al mismo grupo religioso que frecuenta Manuela para dar más fuerza corrosiva a las propias maldiciones e intimidaciones.

El trabajo terapéutico se configura como el suplicio de Sísifo. Como ocurría con el héroe griego, uno se encuentra moviendo la montaña de la grave y antigua patología

de Manuela, sabiendo con anticipación que su familia vendrá, con implacable eficiencia, a deshacer los pequeños resultados alcanzados. No obstante, sin desfallecer, se intentan tres sustanciales directrices de elaboración.

La primera consiste en inducir un movimiento depresivo, de duelo, justamente, con respecto a la posibilidad de no ser nunca satisfecha en sus enormes necesidades afectivas por un sustituto materno: se enfrenta a Manuela, aunque sea doloroso, con la realidad de que tal posibilidad está para ella totalmente comprometida. Por tanto, deberá aprender, para usar una metáfora, a satisfacerse con gotas de leche, obtenidas de muchas relaciones, en vez de continuar persiguiendo el sueño, que le estropea toda relación, de encontrar una única e inagotable teta.

En segundo lugar, es necesario que la ira que a veces sube hasta sofocarla, dirigida principalmente contra sí misma o contra quien no es más que periféricamente responsable, se transforme en indignación y demanda de justicia en relación con quien la hace sufrir, en primer lugar sus familiares, que deben ser alcanzados por su exigencia de no volver a ser pisoteada.

Por último, por lo que se refiere precisamente a la relación con su familia, no se pide a Manuela que, como, por otra parte sería lógico, disuelva unos lazos que siempre se han demostrado tan peligrosos: esto contradeciría demasiado su desesperada necesidad de pertenecer a algo, a lo que sea. Pero se la induce a aventurarse en tales vínculos con los ojos bien abiertos, calculando finalmente hasta qué punto puede conservarlos sin ser triturada por ellos: se le ofrece, en esto, una leal ayuda, que quién sabe cuán indispensable es para ella en su economía psíquica.

Después de muchos años de destructivos vaivenes pero también de saludables verificaciones, algo parece estar cambiando. Tras una enésima crisis, que la lleva a marcharse también de la última comunidad que la había acogido, la chica emprende una vida independiente, que aunque al principio era muy temida por ella, pronto consigue encauzarse en vías aceptables. Un miniapartamento, un trabajo fijo como dependienta en una panadería y las amistades con su grupo religioso parecen dar a la nueva organización vital un ordenamiento estable. Desde lo alto de esta conquista, es posible al fin para Manuela presentarse ante sus familiares no como quien, de costumbre, tiende la mano de vuelta de las usuales decepciones, sino como quien puede demostrar que vale algo, incluso puede dar algo. La chica empieza a visitar a su padre en la cárcel, ahora enfermo; y a echar una mano a su madre sea llenándole a veces la nevera, sea ayudándola a sacar adelante a su hermano menor, delincuente y toxicómano. Siente que, después de haber sufrido tanto, puede enseñar algo; y se siente bastante independiente como para mantener explícitamente la propia lucidez de juicio sobre las victimizaciones de las que aquel a quien ahora asiste se ha manchado en el pasado con relación a ella y sus hermanas, sin ceder a chantajes de ningún tipo: ahora son ellos los que la necesitan. También la conclusión extremadamente tardía del proceso contra los tíos, con la admisión de culpabilidad de al menos uno de ellos, la refuerza en su reivindicación del derecho a ser finalmente creída. Por desgracia, la ilusión dura poco: una vez más Manuela se percata de que ha sido mantenida en el seno de la familia para convertirse en el peón de sus juegos y servir para el

mantenimiento de los mecanismos de negación que los sostienen. Sufre de nuevo presiones para que, en la enésima ocasión judicial incansablemente buscada por el padre, se retracte de todo cuanto ha denunciado en el pasado. Además, se envían duras cartas intimidatorias a las personas que hasta ahora han estado a su lado, para que la abandonen. Manuela cae en una profunda crisis: ante la lectura de la carta de su padre, a través de la cual se ha dado cuenta del renovado embrollo, se desmaya; luego querría destruirse a sí misma y al apartamento en el que vive. Por último, se encarniza con un gatito que tenía con ella, hasta hacerlo morir entre atroces torturas: quizá no tiene otro medio para sobrevivir al sufrimiento que hacer como ellos, como Nazareno, que también cortaba a trozos pequeños animales. La pulsión de muerte, de todos modos, de alguna manera debe golpear, cualquiera que sea la víctima. Luego cae en una crisis depresiva en la que llora y no consigue mantener con regularidad el trabajo.

Ayudada pacientemente a reconocer el origen de aquel terrible enredo, paso necesario de conocimiento para no enloquecer, que está precisamente en la desilusión recibida de su familia ahora que creía haber encontrado con ellos un equilibrio aceptable, muy lentamente se recupera. Al fin encuentra el valor para tener una discusión muy acalorada con la madre, en la que le echa en cara que no las haya protegido, a ella y a sus hermanas. Le grita su desprecio por la decisión inconcebible de permanecer junto a un hombre que siempre la ha maltratado y ahora incluso le ha hecho perder a sus hijos. Le reprocha: «¿No te han bastado las palizas que has recibido? ¿No las sientes aún encima?». Y con esto Manuela habla sobre todo a sí misma, mostrando quizá que la medida está colmada, ante todo para ella. Advierte por último a su madre que ya no soportará ningún tipo de intimidación por parte de ellos: si vuelve a ocurrir no vacilará en informar a las autoridades competentes, no importa cuáles sean las consecuencias que pueda sufrir su padre, aún encarcelado. En consecuencia, Manuela se hace capaz de afrontar otros enredos relacionales, de alcance mucho menor, pero en todo caso fastidiosos: discordias en el trabajo, falsas amistades a las que se había entregado y que acababan en explotación, cortejadores insistentes y no gratos que hasta ahora se habían aprovechado de su fragilidad afectiva. Llega a una sesión posterior a estos cambios más consciente: «No quiero ser como Nazareno: he sido una estúpida descargando sobre quien no tenía nada que ver la ira contra mi padre». Está dolorida porque sabe que estos pasos marcarán su completa expulsión de la familia. Pero le vienen a la mente las frases consoladoras que le han dicho algunas personas de su grupo religioso, que apelan a una unidad que no tiene nada que ver con la sangre. Parece que puede mirar hacia delante, aunque sabe que aquello que el pasado le ha negado ya no podrá ser sustituido. Desde luego, no hay que hacerse ilusiones, vista la gravedad de la situación: pero la dirección de marcha parece la correcta.

4. TÉCNICAS Y FORMATOS

Gran parte de nuestra manera de practicar la terapia ha podido deducirse de los ejemplos clínicos usados hasta aquí. De todos modos, merece la pena dar algunas explicaciones de los conceptos básicos que guían nuestras decisiones.

Partamos de una consideración obvia: poner un remedio válido a combinaciones psicológicas tan adversas y a menudo tan arraigadas no es nada fácil. En cambio, es fácil percatarse de que, como siempre ocurre, la tratabilidad de estas situaciones se plantea en el equilibrio entre la gravedad de los problemas y la disponibilidad de recursos adecuados, análogamente a cuanto puede suceder si se es víctima de un infarto en un pueblecito perdido de montaña o en las proximidades de un hospital bien equipado con unidad de urgencias. Es sabio proveerse, por tanto, para parecerse lo máximo posible al segundo lugar de cura, de posibilidades terapéuticas dúctiles y especializadas a un tiempo, que organizar de vez en vez en base a las exigencias clínicas de la situación.

Con respecto a tal organización, se puede afirmar que existen, incluso en la flexibilidad, algunas reglas estratégicas precisas.

Ante todo, es necesario individualizar el *target* de elección al que se dirigen nuestros esfuerzos reparadores. En nuestra experiencia, la *terapia* nace siempre, al menos conceptualmente, como *familiar*, es decir, dirigida al conjunto de las relaciones básicas para la pequeña víctima. Esto no deriva de una elevación a «credo» de los modelos teóricos de referencia: sólo se quiere garantizar al máximo que a la elaboración psicológica corresponda la probabilidad de una experiencia en la realidad positivamente correctiva de las relaciones significativas. De la necesidad de la copresencia de estos factores —una reconstrucción de la mente pero también la posibilidad de tocar con la mano que la realidad puede ser distinta de la conocida a través de la experiencia traumática— ya se ha hablado en la introducción y en el capítulo dedicado al «Contexto de la intervención», haciendo referencia a la hermosa conceptualización de De Zulueta.

Por otro lado, si hacer cambiar a todos los protagonistas de las vicisitudes incestuosas, o al menos a aquellos más próximos a la víctima, es el objetivo más

ambicioso, para dar a esta última la máxima posibilidad de reparación, desde el inicio del esfuerzo terapéutico no se descuidan también otras posibilidades de menor provecho pero que podrían revelarse elecciones residuales muy respetables en el caso de fracaso del proyecto inicial. Muchas de estas estimaciones *in itinere* son efectuadas en la fase de evaluación de la tratabilidad de los miembros de la familia (aquella a la que llamamos fase de evaluación-terapia), y permiten orientar el tratamiento hacia los sujetos de verdad receptivos, que hayan tomado consistentemente conciencia, gracias a las intervenciones sobre las defensas de negación efectuadas durante las primeras fases del trabajo psicológico, del trauma y de su necesidad de encontrar reparación (sobre esta selección, véase también Malacrea, en Luberti, Bianchi, 1998). Pero también después de haber definido a los pacientes susceptibles de una implicación en la terapia, se procederá de manera que las inversiones terapéuticas sean siempre, por así decir, de riesgo controlado. Para dar un ejemplo, aunque los padres de la víctima se presenten colaboradores y receptivos a la elaboración psicológica, no deberá nunca olvidarse un paralelo trabajo individual sobre el niño, también con el fin de hacerlo menos vulnerable a eventuales límites —por lo demás, muy probables— del tratamiento de los adultos; de manera análoga, aunque el padre agresor se muestre dispuesto a la admisión y formule demandas de cambio, no deberá subestimarse la importancia de hacer más cohesionados y solidarios a víctima y adulto protector, también con la función de permitirles la máxima libertad de elección en cuanto al destino de la relación con el agresor, que ninguna terapia puede hipotecar rígidamente, al tratarse de un vínculo tan comprometido.

Lo que es importante subrayar es que estas individualizaciones de *target* más limitadas no se realizan abandonando el objetivo de partida. El esfuerzo del terapeuta se mantiene siempre orientado a la reelaboración, incluso en el plano de la realidad, de las relaciones fundamentales: en el caso de que todos los miembros de la familia no sean accesibles al tratamiento no se pasa a terapias individuales, sino a formatos individuales (o diádicos) en los que se llevará a cabo la misma reelaboración. Lo que se modula es, pues, la escansión de los tiempos y de las condiciones en las que la reelaboración podrá ocurrir, y de los máximos resultados a los que tal programa podrá, de manera realista, aspirar. No olvidemos, por lo demás, que una constructiva depresión puede ser uno de los efectos, y no insatisfactorio, de una terapia que, no obstante, teóricamente

apuntaba a la mayor valorización posible de los recursos familiares existentes.

En efecto, el segundo imperativo es no perder el tiempo: como se verá más adelante, sobre todo en la descripción del apoyo terapéutico de crisis, pero también de otras fases del tratamiento, el *factor tiempo* es una de las variables fundamentales del proceso terapéutico, al que están ligadas de manera consistente las probabilidades de éxito de la intervención. La mente y las vicisitudes reales siguen sus propios ritmos y escansiones, a los cuales es oportuno alinearse si se quiere operar con la máxima eficacia. Nos remitimos, aquí, a cuanto ya hemos dicho en el capítulo sobre el contexto de la intervención, a propósito de la necesidad de mantener una sólida dirección de ella desde el punto de vista de la integración de las instituciones involucradas: debe añadirse que también a nivel de contenidos psíquicos habría que favorecer la misma precaución. No se trata tanto de forzar las etapas de elaboración personal, sino al menos de impedir que los contenidos psíquicos, por así decir, se «enfrien» o se enquisten antes de ser adecuadamente abordados, permaneciendo luego a menudo inalcanzables para el trabajo terapéutico y, por tanto, preludiando sucesivos obstáculos al recorrido evolutivo o de descargas sintomáticas.

En cuanto a las *competencias* necesarias para el terapeuta, tercer punto fundamental, deben hacerse algunas consideraciones.

Las técnicas tomadas en préstamo de la orientación sistémico-relacional, que ya habían dado buena prueba en la aproximación terapéutica a las otras formas de perjuicio de menores, se han revelado válidas también en las situaciones de abuso sexual, sobre todo como modalidades de pensamiento capaz de construir una lectura diferenciada pero conectada de todo el panorama familiar. Sin embargo, la creciente variedad y complejidad de las situaciones plantea la exigencia de impulsar al máximo la flexibilidad en la elección de los modelos conceptuales de referencia y de los formatos de la intervención. Se ha revelado necesario, por ejemplo, recuperar competencias de diagnóstico y terapia individual de orientación psicodinámica, indispensables sobre todo para comprender, valorar y reconstruir el mundo interior devastado de las pequeñas víctimas (pero también de los adultos de referencia y de los mismos agresores); tal conocimiento, a su vez, se ha revelado un eficaz «hilo de Ariadna» para proporcionar elementos de comprensión, aunque sean en parte modificados a través del filtro individual, también de las relaciones en las que el mundo interior puede haberse construido.

Al dotarse de competencias múltiples, al terapeuta le resulta posible expandir e integrar, aunque con las debidas cautelas, los instrumentos de lectura psicológica: operación que, si puede ser vista con perplejidad por quien cultiva la pureza de orientaciones metodológicas y de *setting*, se confirma como la más adecuada para manejar las patologías postraumáticas, en las que es peculiar y preeminente la conexión entre cuanto ocurre en la psique y en la realidad factual. Además de constituir una indudable ventaja para los terapeutas, todo esto es una posibilidad más para los mismos pacientes de movilizar la situación de parálisis cognitiva y emocional consiguiente al «secreto» en que se ha consumado el abuso, a veces durante mucho tiempo. Tal orientación de la intervención es, por lo demás, ampliamente compartida en la literatura (Gabel y otros, 1995; Friedrich, 1990; MacFarlane, Waterman, 1986; Trepper, Barrett, 1989). Por tanto, no debe asombrar que junto a técnicas más clásicas, como las de terapia individual para las víctimas o de apoyo psicoterapéutico para el adulto protector, o bien las de terapia familiar tradicional, se hayan revelado prometedoras, precisamente en el espíritu antes precisado, soluciones más dúctiles y articuladas. Un modelo muy atractivo de éstas se describe en el trabajo de Sheinberg y otros (1994): en él se ejemplifican interesantes modalidades para favorecer la máxima circulación de informaciones entre miembros del mismo sistema familiar, poderoso medio para reconstruir puentes comunicativos cortados hace mucho tiempo, incluso permitiendo a cada individuo o a los distintos subsistemas ocasiones de profundización al abrigo de las interferencias de los demás.

Un último punto básico de nuestra práctica terapéutica es el uso constante de la *co-terapia*. Si debe subrayarse cuánto se traduce dicha elección también en la concreta ejecución de las distintas intervenciones co-gestionadas, aún más importante es subrayar la validez conceptual, siempre presente, de dicha fórmula, aun cuando las sesiones no sean realizadas conjuntamente por una pareja de profesionales. En efecto, la situación no es tomada a cargo por un solo terapeuta, sino por un pequeño equipo (de costumbre, un terapeuta principal, un coterapeuta y un asistente social, que mantenga siempre viva la conciencia de que no puede haber cura sin la suficiente protección), que se pondrá de acuerdo sobre la intervención durante su proyección y desarrollo, compartiendo sus responsabilidades. Después de años de esta organización del trabajo y siendo sensibles a todos los comprensibles razonamientos sobre la economía de los

recursos empleados, nos preguntamos cómo podríamos prescindir de ella. Ya se ha introducido este tema en el capítulo relativo a «El contexto de la intervención». Quien se ocupa de estas temáticas, sobre todo si puede acceder a una abundante casuística, como nos ocurre desde hace algunos años, sabe a qué dudas, frustraciones, «congelamientos» y malestar nos exponemos al tratar eventos tan dramáticos como los abusos sexuales a los niños. Sobre todo, incluso dejando de lado el discurso de los costes emocionales personales, al menos debe considerarse la alta probabilidad de ser engañados, desgastados incluso en el plano del pensamiento, de perder de vista la complejidad de los factores en juego para encerrarse de manera reconfortante en torno a distintos problemas a distintos individuos, acaso fortalecidos por las técnicas terapéuticas tradicionales sobre las que se ha modelado nuestro aprendizaje. Todos ellos errores que podrían revelarse fatales para el buen éxito de la intervención.

Trabajando en equipo es también posible dividirse concretamente las tareas, aprovechando de la mejor manera las potencialidades terapéuticas de cada colega en términos de variables personales o de competencia profesional. Pensamos, por ejemplo, en cómo se valora la congruencia de género en el enganche con los agresores, o en hacerse creíbles a los ojos de madres poco dispuestas a pensar que alguien pueda entenderlas a fondo; pero también en el plano de las competencias, poder integrar conocimientos más dirigidos al mundo interior con otros de corte más relacional puede revelarse de una riqueza importante.

Al tener presente toda la peculiaridad y ductilidad de la intervención que deriva de las consideraciones antes expuestas, es útil pasar a precisar algunos de los más usuales formatos terapéuticos adoptados.

LA TERAPIA FAMILIAR

En este punto es útil abrir una digresión, que no será breve, para aclarar también *qué filosofía* sostiene nuestro modo de mirar a la familia dentro de la cual uno o varios miembros han sufrido abusos sexuales. El nudo fundamental de una terapia familiar concierne —en muchos modelos de referencia— a aquello que ha ocurrido lógicamente «antes» del comportamiento disfuncional: se estima que ninguna reconstrucción eficaz de las relaciones podrá tener lugar sin que se hayan enfocado los errores que han acompañado el surgimiento y la prolongación en el tiempo de la situación traumática.

Si para otras situaciones perjudiciales, como malos tratos físicos o desatención (Cirillo, Di Blasio, 1989), y análogamente para las familias multiproblemáticas (Cirillo, Cipolloni, 1994) se han conceptualizado hipótesis que permiten dar un sentido al comportamiento agresor, en cualquier caso disfuncional, conectándolo de manera bastante transparente con el complejo de las dinámicas relacionales familiares, el denominado *juego familiar* (Selvini Palazzoli y otros, 1988), no es igualmente convincente aplicar los mismos procedimientos de pensamiento, prodrómicos a las elecciones terapéuticas, en el caso específico del abuso sexual.

Ya en *La famiglia maltrattante* (1989) los autores, Cirillo y Di Blasio, se planteaban una importante pregunta. Comparando los problemas sin resolver verificables en el panorama relacional de las familias perjudicadas y los de las familias psicóticas, descubrían relevantes coincidencias: pensemos en los vínculos intrincados con las familias extensas, o en el conflicto conyugal, arraigado en una insatisfacción mutua en la pareja, que acaba por arrastrar a los hijos a coaliciones siempre nefastas. En la base de tales constelaciones relacionales hay, la mayoría de las veces, graves problemas de carencia en los padres a nivel de las experiencias precoces básicas de la personalidad. También en las familias incestuosas, por lo demás, el típico círculo vicioso, constituido por la insatisfacción de las necesidades primarias durante la infancia, que lleva a la elección de una pareja similar a sí mismo en la esperanza de ser mejor comprendidos, y desemboca en la imposibilidad mutua de sanar los propios vacíos, mientras que los vínculos ya deficientes con las familias de origen siguen confirmando en la actualidad antiguas heridas, es lo que se halla con más

frecuencia. Para mayor confirmación: los estudios realizados sobre la personalidad del agresor sitúan el impulso interior de abusar preferentemente en el área de las vivencias de carencia, antiguas y actuales. Nada nuevo, pues.

Sin embargo, deben destacarse algunas importantes diferencias, no tanto en el juego familiar, sino en las etapas a través de las cuales el conjunto de circunstancias relacionales antes descrito toma el camino del abuso sexual en vez que el de otro tipo de comportamientos disfuncionales. En particular, los conectados con la multiproblematicidad y la inadecuada capacidad paterna pueden ayudar a hacer evidente dicha diferencia. En estas últimas familias se tiene la impresión de que la insatisfacción crónica de las propias necesidades de atención y reconocimiento se traduce en comportamientos evidentes, a veces incluso ostentosos, del tipo de «alzar la voz en un diálogo de sordos»: al dar cada vez más curso a la rabia, se llega a provocar malos tratos, desatención hacia los hijos, dificultades financieras, fracasos de todo tipo y así sucesivamente. La lógica subyacente, reconocible, parece la de quien espera que al final, si el mensaje de infelicidad es de veras clamoroso, el otro se moverá en su ayuda.

No ocurre así en la familia incestuosa, donde el *nexo entre necesidad insatisfecha y comportamiento agresivo* no es sencillo ni inmediatamente legible. Ante todo recordamos que en este último caso es necesario enfrentarse ya no con sentimientos que todos pueden reconocer como propios, aunque despreciables en su manera de manifestarse. En efecto, se puede entender a quien, sexualmente insatisfecho, se dirija a una amante, o a quien, rabioso al ver las propias exigencias afectivas crónicamente despreciadas, se vuelva violento con quien en su opinión lo agravia, o hacia quien, por ejemplo los hijos, ve posicionado con el propio «enemigo». En el caso del abuso sexual nos asomamos, en cambio, a impulsos y emociones desterrados del sentimiento común. En seguida despejamos el campo de ingenuos pensamientos de poder encontrar, en el incesto, algún aspecto de «búsqueda de subrogados sexuales», más o menos provocadoramente encendida por la misma víctima, o, peor aún, de «oferta de subrogados sexuales» por parte de parejas frías y evasivas: equívoco quizá aceptable por simplistas «hombres de la calle», o por los mismos agresores cuando aún niegan las propias responsabilidades, pero que aparece como un «funcionalismo» intolerablemente estúpido a los ojos de profesionales que hayan explorado los componentes psicológicos, mucho más complejos, de la

victimización sexual infantil.

Precisamente porque nuestras naturales capacidades identificatorias a través de las emociones no nos ayudan en el caso del abuso sexual, es, pues, oportuno tratar de hallar los senderos escondidos que puedan conducir de constelaciones relacionales bastante comprensibles a comportamientos que ya no lo son. Sin ninguna pretensión de componer conceptualizaciones demasiado arduas, pensamos que no es inútil, al menos, describir los *pasos que presagian* la precipitación del comportamiento incestuoso.

El *primer paso* consiste en el surgimiento de la esperanza, en el agresor, de que las vivencias de carencia experimentadas en el pasado y en el presente pueden sanar a través de la *regresión a modalidades fusionales* de relación, en vez de a través de la búsqueda de sustitutos eficaces, adecuados al propio nivel de adultos. Algunos interesantes motivos de reflexión sobre este tema están contenidos en el capítulo escrito por Nesci para el libro *Segreti di famiglia*, varias veces citado (Malacrea, Vassalli, 1990). De manera aún más radical, Balier (1992) habla de la existencia, en los sujetos que realizan las acciones más graves, de un periódico resurgimiento de angustia por una impotencia profunda (el «peligro de inexistencia psíquica»), habitualmente controlada a través de la escisión, que encuentra su antídoto en la reducción del otro a una cosa, que es posible poseer. A veces los agresores consiguen expresar con sencillez y de manera profundamente egosintónica este viraje psíquico, que hace abolir las diferencias entre las personas y las generaciones, con frases del tipo «total, es mi hija», como para aludir a una especie de identidad, antes que a una posesión. En este sentido, el concepto de *emprise* (Perrone, Nannini, 1996) adquiere nuevos significados: aun tratándose de comportamientos que tienden a establecer un dominio psíquico y consiguientemente físico sobre la víctima, éstos pueden ser leídos por el victimizador, a través de la regresión a ideales de relación fusional, como la lógica traducción factual de aquello que ya existe como debido en su mente. Para usar una metáfora, el lobo del cuento de *Caperucita roja*, perfecta representación de la relación agresora, expresa muy bien este deseo de vinculación a través de la devoración, máxima abolición de la diferencia entre individuos.

El *segundo paso* se presenta crucial y bastante complejo. Nos introduce en él una primera reflexión sobre el hecho de que, cuando al sujeto le parece alcanzar un compromiso entre el impulso y los mecanismos de control personal y social

que impedirían su ejecución —combinación muy presente en el abuso sexual— dicho compromiso induce a tomar el camino de la descarga sintomática. En el abuso sexual se produce, en cambio, un fenómeno peculiar, por el que el compromiso entre impulso y prohibición del paso a la ejecución es obtenido a través del *secreto*, entendido en el sentido más amplio del término. En efecto, el secreto puede tener el valor del «nadie más debe saberlo», pero también el de interdicción interna a la relación entre los dos principales protagonistas: la víctima no debe «entender», a través de la confusión con respecto a los significados; el agresor mismo no debe «ver» la propia parte peligrosa, a través de la escisión y la negación: además, no debe «sentir» al otro, ejecutando la descarga de excitación sexual que ensombrece los canales de la empatía. El secreto se plantea en definitiva como un poderoso impulso subversivo en el flujo de las comunicaciones familiares, precisamente por la contradicción que introduce en un contexto destinado a conseguir el objetivo opuesto. De este modo, a pesar de la prohibición, es posible dar curso al debilitamiento de los propios mecanismos de autocontrol, hasta la ejecución habitual de los comportamientos agresivos (perfectamente conocidos, al menos a nivel cognitivo, en su significado de transgresión socialmente identificada como delito) *siempre que ellos sigan siendo impensables*.

El *tercer paso* peculiar consiste en la implicación, o —mejor, se podría decir— en la explotación estable, al servicio de las dinámicas de las que antes se ha hablado, de una *pareja débil*, imposibilitada de tomar decisiones eficaces, en tanto entrampada en una relación de dependencia afectiva, pero también física (pensemos en los numerosos casos de niños pequeños victimizados): sujeto que por definición no puede libremente consentir ni disentir con respecto a la relación incestuosa. Por tanto, la pertenencia de la víctima y el agresor a una relación primaria e insustituible psíquicamente en la edificación de la personalidad del niño, es perversamente doblegada a la construcción y al reforzamiento crónico de la debilidad de este último, y así vaciada de sus funciones originarias: para usar una metáfora, se puede pensar en un virus que colonice una célula adueñándose, al final de la propia reproducción, de sus órganos vitales. Como si no bastara, la debilidad del hijo es aún más amplificadora a través de la frecuente interdicción explícita de romper el secreto. Si luego la víctima consigue producir eficaces adaptaciones al abuso, como los seres humanos se ven forzados a hacer en las situaciones extremas, la

deformidad crónica de los modelos operativos relacionales consiguiente a ese contexto de aprendizaje acabará perfeccionando poco a poco la vulnerabilidad del niño, en la ausencia de señales que impongan la interrupción del circuito perverso.

La existencia de todos estos peldaños intermedios entre la insatisfacción originaria del agresor y la ejecución del comportamiento incestuoso hace estimar, como mínimo, imprudente aventurarse a afrontar el meollo relacional de partida, sin antes haber abordado cuidadosamente y *desconstruido completamente estos eslabones de la cadena que lleva al abuso*. El término «antes» no tiene una validez temporal, sino lógica: es más, puede ser oportuno señalar precozmente al agresor y a los familiares (como es lógico, cuando ya se ha superado el escollo de la asunción de responsabilidades con respecto a la victimización realizada) que no se excluye en absoluto que bajo semejante perversión de las relaciones haya, sin embargo, algún impulso al que pueda reconocérsele razonabilidad. Pero la principal inversión de energías se dirigirá a cuanto ha transformado esa «razonabilidad» en la «monstruosidad» relacional que es preciso reparar.

Al hacerlo, se dará también a los otros protagonistas de las vicisitudes traumáticas instrumentos para desvincularse de las combinaciones relacionales patológicas que han abierto el camino al incesto o le han permitido perpetuarse largamente. En efecto, se enfocarán las dinámicas disfuncionales dentro de las cuales el agresor ha obtenido, a menudo a través de refuerzos intencionales, el espacio para pasar a la acción: la reducida atención del adulto potencialmente protector a la víctima, la escasa confianza que esta última ponía en el primero, las hostilidades o, en el polo opuesto, los malentendidos lazos de lealtad que han favorecido el embotamiento del pensamiento y no han permitido «ver» a su debido tiempo. Con esto habremos alcanzado el resultado de conjurar la posibilidad de que se reproduzca el comportamiento agresor, prescindiendo de las capacidades del autor y de sus familiares de encontrar un remedio de veras válido para la insatisfacción relacional originaria. Esta parte de la terapia familiar (desconstruir la cadena que ha llevado de la necesidad originaria al abuso) es decididamente prioritaria, sea como inversión del terapeuta, sea en tanto a los tiempos de ejecución, pues los riesgos derivados de su fracaso son gravísimos para todos los miembros de la familia incestuosa. Para recurrir a una imagen, antes de ponerse a trabajar en un electrodoméstico averiado es preciso

desenchufarlo de la corriente eléctrica, so pena de peligrosos cortocircuitos. Por el contrario, si los pacientes lo desean, aquella insatisfacción de partida tendrá todo el tiempo para ser detalladamente analizada en sus componentes personales y relacionales: tampoco queda dicho que pueda sanar eficazmente en el marco de los vínculos familiares preexistentes al incesto. En todo caso este segundo objetivo será mejor perseguido en fases sucesivas, a menudo avanzadas, del recorrido terapéutico, como aquellas de verificación y consolidación.

En definitiva, si el esquema más dúctil sobre las *condiciones previas familiares* del abuso sexual aún sigue siendo, en nuestra opinión, el ideado por Finkelhor (1984), la reparación durante el tratamiento deberá seguir su falsilla desconstruyendo justamente aquellos presupuestos que permiten que nazca en el seno de la familia y determinan la incapacidad de detenerlo, para alcanzar el objetivo de una verdadera y duradera protección del niño víctima de abusos o de otros hijos dentro del grupo familiar. Por tanto, analicemos las condiciones previas citadas, en las que se encontrarán representadas, con mayor detalle, las reflexiones hechas hasta aquí de manera resumida. Éstas son en total cuatro: en su conjunto constituyen un terreno compatible con la precipitación del abuso sexual (aunque obviamente tal resultado no es mecánicamente deducible de la existencia de dicha constelación relacional). La primera condición hace referencia a la existencia, en el agresor, de un impulso, consiguiente a un área de necesidades insatisfechas, de erotizar la relación con una pareja débil: impulso y necesidad que, como ya se ha dicho varias veces, reconocen, habitualmente, orígenes antiguos en el fracaso de las relaciones primarias y en la consiguiente creación, en algún nivel, de vivencias de carencia, y poco tienen que ver con la sexualidad. La segunda y tercera condición enfocan la insuficiencia de los mecanismos de control, interno y externo a la persona del agresor, como origen del paso a la acción y de la duración del tiempo del abuso. La última condición previa se refiere, en fin, a la especificidad de la construcción de la relación de *emprise* del agresor sobre el agredido, como crónico ataque a las naturales defensas de la víctima y continuada expansión de su vulnerabilidad. Una lectura del todo convergente con lo anterior se encuentra también en el libro de Trepper y Barrett (1989), en el que las mismas condiciones previas están articuladas en términos de equilibrio entre factores de vulnerabilidad, con respecto al nacimiento del abuso, y de mecanismos de enfrentamiento y neutralización eficaz de los mismos (*coping mechanisms*).

De este trabajo de ataque ordenado a esta funesta coincidencia de condiciones relacionales se encontrarán consistentes huellas en el ejemplo clínico siguiente, sobre todo por lo que se refiere a los pasajes relativos al secreto y a la imposibilidad de la víctima de sustraerse a la relación incestuosa.

Volvemos, pues, a la familia de Innocenza, Salvatore y Carmela, a la que se ha aludido reiteradamente en los capítulos precedentes. Como se recordará, la familia llega a nuestra atención por mandato del Tribunal de Menores que, cuando Salvatore había confesado el abuso sobre su hija mayor y le había sido concedido el arresto domiciliario junto a su mujer, que había vuelto a acogerlo con ella, había alejado de casa preventivamente a Melissa, la hija menor entonces de once años, para preservarla de una posible repetición del abuso. Luego había enviado a la familia a terapia, subordinando al resultado de ésta el regreso de Melissa a casa.

Los múltiples ejemplos citados en otras partes del libro han puesto en evidencia la particular articulación de la intervención terapéutica realizada. En efecto, la adopción de formatos diferenciados y orientados a obtener pequeños pasos sucesivos de los distintos protagonistas se ha revelado de la manera menos traumática, quizá la única posible, para obtener y estabilizar cambios que en el balance final han parecido consistentes y positivos. En efecto, hemos constatado que cada uno de los familiares conseguía avanzar con más facilidad si se tenía el cuidado de organizar las sesiones de modo que el impulso a producir resistencias —por motivos conectados a la parte disfuncional de las dinámicas relacionales habituales— fuera reducida al mínimo. Por tanto, se ha obrado para que esto ocurriera utilizando sucesivamente tales avances como catalizadores de los movimientos de los otros miembros de la familia.

Además de la atenta valoración de cómo minimizar los movimientos defensivos negativos, también había que considerar, en esta situación, que en el momento del inicio del tratamiento el núcleo familiar estaba fragmentado en tres subunidades: los padres, la niña más pequeña en una comunidad y la hija mayor casada y madre de un niño. Por tanto, se hacía necesario idear formatos que pudieran permitir la salvaguardia de la diferenciación presente en aquel momento, aun haciendo cautos intentos de volver a poner en contacto a aquellos que habían sido los actores de un único drama y que, en conjunto, habrían debido encontrar nuevas vías de escape para sus relaciones.

Se realiza, pues, una intervención muy articulada, aplicando los distintos formatos en las sesiones: éstas tienen una cadencia casi siempre quincenal, o más seguida, y se prolongan durante más de un año antes de poder expresar un parecer positivo sobre el regreso a la familia de Melissa. Con posterioridad, durante otro año prosigue una terapia de consolidación, con sesiones más espaciadas.

Los objetivos que cabía alcanzar eran múltiples. Se decidió perseguirlos activando modificaciones parciales pero convergentes de los distintos individuos y de los oportunos subsistemas. Haciendo así se evitaron más fácilmente las defensas disfuncionales, que habían entrado a formar parte de las dinámicas familiares, y se facilitó la toma de contacto con elementos de la propia experiencia o de las propias responsabilidades muy dolorosas de reconocer. A partir de estos pasos ha sido posible trasvasar al patrimonio de conocimientos y comprensión común de la familia cuanto había emergido en el trabajo individual o diádico, alcanzando, menos traumáticamente y con menor peligro de que se elevaran barreras defensivas de negación, una lectura muy compleja y realista de los problemas que cabía afrontar y de los recursos para hacerlo.

Del trabajo realizado con esta familia se citarán ahora dos ejemplos, particularmente ilustrativos de la ductilidad de la estrategia terapéutica adoptada.

El primero se refiere a la dificultad de Salvatore, incluso dos años después de la primera confesión judicial, de admitir plenamente la gravedad de la violencia perpetrada en perjuicio de su hija. Mientras que algunos aspectos, como recuperar los recuerdos de una infancia de niño privado y maltratado, habían sido en seguida accesibles en sesiones conjuntas con su mujer, también víctima de una situación similar; perduraba en presencia de ella la negación de elementos concretos del abuso, por ejemplo, su frecuencia. No obstante, la primera reconstrucción de qué terreno envenenado había podido dar origen a sus comportamientos perversos había podido preparar en su mente una especie de «razón» por la cual aquello que ahora él mismo consideraba monstruoso había podido ocurrir. Por tanto, se pasó a algunas sesiones con su hija Carmela, de las que se esperaba extraer un impulso decisivo para abatir las defensas de negación. Hubo que constatar, en cambio, que, mientras Carmela se mostraba mucho más franca en atacar a su madre por sus debilidades (tanto en presencia del padre como en las sesiones en las que estaba sola con ella), no conseguía hacer lo mismo con relación a Salvatore: era comprensible, por lo demás, que para ella estigmatizar el comportamiento paterno pudiera significar también poner al descubierto el propio papel en la relación incestuosa, con los previsibles

sentimientos de culpa y de vergüenza.

Por tanto, se decidió seguir algunas sesiones individuales con Salvatore para reconstruir las dinámicas del abuso, mientras que sobre los otros aspectos proseguían las sesiones familiares o los distintos subsistemas. De tales sesiones se ha hablado detalladamente en el capítulo anterior. Tuvimos la sorpresa de ver en ellas a Salvatore casi aliviado, como si sólo esperara esta ocasión. En poco tiempo la admisión del comportamiento agresivo se hizo completa y emotivamente sufrida. Sobre todo Salvatore pudo volverse consciente de cuánto daño había causado a su hija, obligándola a distorsiones psicológicas y a vivencias tan invasivamente negativas como para determinar incluso ahora, y quién sabe durante cuánto tiempo más, su infelicidad. Fue capaz de expresar un tremendo desprecio hacia el hombre que había sido: considera imperdonable su antiguo comportamiento, incluso en sus componentes violentos.

Había llegado el momento de poner a prueba la autenticidad de este aparente y nada irrelevante progreso. Por tanto, se programó una sesión conjunta en la que también estuvieran presentes Innocenza y Carmela para que Salvatore pudiera compartir con ellas cuanto había emergido en los encuentros individuales. El resultado fue tan dramático que dio razón de la anterior imposibilidad de afrontar este tema juntos: supimos por boca del marido que sus interacciones sexuales con Carmela se producían casi todos los días. Innocenza, después de un primer momento en el que parece no entender, se abandona a una escena de rabia y desesperación. La nueva versión, la real, se apartaba muchísimo del cuadro que Salvatore había tratado de presentarle, y quizá de presentarse a sí mismo, hasta entonces, que contemplaba raros *raptus* incontrolables y no, desde luego, aquello que ahora se parecía cada vez más a una relación entre amantes. Innocenza se dirige con desprecio y violencia primero hacia el marido, mientras Carmela asiste emocionada y asustada. Pero luego no resiste el impulso de acusar a su hija de complicidad en la relación incestuosa. «¡Me matarás!», le echa en cara al final, rompiendo a llorar con desesperación. Carmela reacciona como si hubiera recibido una puñalada: trata de descualificar el comportamiento materno imputándolo a la fragilidad psíquica de Innocenza y a su incapacidad de controlarse. Pero el mensaje envenenado ha llegado fuerte y claro a las dos, madre e hija: ha dejado su marca. La terapeuta trata de atenuar el golpe: justifica la reacción exacerbada de Innocenza, que sólo ahora ha tomado verdadero contacto, sin más velos, con cuanto ha sucedido durante años, puede decirse que bajo sus ojos, y se siente impotente y traicionada. Pero la invita también a identificarse con su hija: ¿si ella ni siquiera consigue tolerar el relato del incesto, qué decir de la devastación que ha invadido a Carmela durante todo el tiempo en que lo ha sufrido concretamente, debatiéndose en busca de una vía de escape que ella no supo ser? La intervención consigue componer un poco el desborde de los sentimientos e inducir a Innocenza a revisar su actitud hacia su hija, aunque la amargura profunda de todos permanece.

Como en tantas otras ocasiones, lo ocurrido nos ha obligado a recordar que a veces también en la revelación quedan recovecos inexplorados a través de los cuales

la familia se protege de sufrir demasiado y de tener una percepción excesivamente sin tapujos del horror producido en su interior: por otro lado, el alivio con el que Salvatore había acogido la posibilidad de desnudarse aclaraba también la extrema necesidad de él, y de todos, de barrer también esta última pantalla para tener la prueba de que las nuevas relaciones no se apoyarán como las antiguas en el secreto y en el malentendido. Innocenza, después de la crisis violenta sufrida en la sesión, se vuelve capaz de mirar a la cara sin ilusiones, pero sin desesperación, al hombre con el que ha decidido permanecer; y también consigue recuperar la relación con la hija, encontrando el modo de mitigar el sentimiento personal de indignidad a los ojos de su madre, que, en un primer momento, Carmela había sentido que se reactiva dentro de sí.

Esta observación sobre Carmela conduce al segundo ejemplo que queremos citar. Como antes se decía, la chica aún sentía dentro de sí como una herida el hecho de haber sido inculpada, en los tiempos de su denuncia, a los dieciséis años, de haber sido la causa del comportamiento erotizado del padre con relación a ella. Además, dentro de Carmela, como en los esquemas más clásicos de las víctimas de abuso, este tajante juicio de los adultos importantes para ella concordaba con la duda que tenía sobre sí misma: ¿habría podido hacer algo más para defenderse o para reaccionar ante el abuso?

Este tema había sido afrontado en sesiones sea con la madre, sea con ambos padres o individuales: como siempre estas últimas habían ofrecido la imagen más dramática de su sufrimiento, que había sido varias veces objeto de reflexión, incluso en su ausencia, con los padres, cuando esto se hacía necesario para suavizar las rígidas reacciones de éstos ante sus comportamientos sintomáticos. Pero había un punto particularmente doliente: la posición de Melissa. Primero Carmela había vivido en la convicción de haber sido y de ser aún para su hermana la única defensa válida dentro de la familia: por ella se había decidido a denunciar a su padre, temiendo que el abuso pudiera repetirse en su perjuicio; la había alojado temporalmente cuando el padre había vuelto a casa y aún no se había encontrado una institución que la acogiese; y a ella sacrificaba sus domingos yendo a verla en la comunidad en vez de los padres cuando éstos aún estaban alejados de ella. No podía en absoluto imaginar que, en cambio, en la mente de Melissa había un sordo rencor hacia ella: la niña no sólo pensaba que por su causa se había encontrado lejos de casa, sino que también le atribuía la principal culpa del comportamiento paterno, en tanto lo había provocado con su incorrecta conducta y no se había defendido con eficacia. Tales opiniones de Melissa habían sido tratadas con ella en sesiones individuales, para proteger por el momento a Carmela de ser bruscamente consciente de ello: al estar en curso un tratamiento psicoterapéutico de la niña anterior al inicio de la terapia familiar, se había podido contar también con la preciosa colaboración de su psicóloga. Los pensamientos de Melissa se habían, en parte, modificado, al menos en cuanto a la atribución preferente a su hermana de la responsabilidad del abuso. Por tanto, parecía llegado el momento de consolidar este resultado, ante todo comunicándoselo a los padres e invitándolos a reconocer qué parte de culpa podían haber tenido ellos

mismos en el nacimiento de estas opiniones en Melissa. Debían recordar que la niña no hacía, en el fondo, más que reflejar ahora aquellas que habían sido sus primeras reacciones a la denuncia de Carmela: luego Melissa había sido alejada y no pudo participar de las progresivas modificaciones ocurridas en su pensamiento. Por consiguiente, era justo que correspondiera a ellos tratar de aclararle a la hija la realidad de los hechos, haciendo también enmienda de la propia falsedad o ceguera anterior.

Mientras que la madre, desde luego, en aquel momento menos influyente sobre la niña, se ocuparía de afrontar el asunto durante sus visitas a la comunidad, se confió al padre, el interesado directo, la nada fácil tarea de hablar con Melissa en una sesión, admitiendo plenamente las propias responsabilidades tanto en el abuso, primero, como en la acusación a Carmela, después. El padre aceptó la confrontación, que tuvo un resultado muy satisfactorio: pero en una cosa Melissa no cedía, es decir, en desaprobando las decisiones, según su parecer ineficaces, tomadas por Carmela para defenderse del padre. Obstinadamente la niña sostenía que si le hubiera sucedido a ella se había dirigido en seguida a su madre y todo el caos posterior no se habría producido.

Parecía oportuno informar a Carmela del hecho de que la relación con su hermana, que ella consideraba sin sombras, era, en cambio, muy ambivalente, también porque cada vez era mayor el riesgo de que el problema se manifestara, o incluso estallase, del modo y en el momento menos oportunos. Además, se entreveía una vía de escape en la última objeción de Melissa. Así, se combinó una sesión entre las dos hermanas: la presencia de los padres habría podido crear un halo demasiado fuerte y contraproducente. Carmela está obviamente sorprendida al oír qué complejos y negativos pensamientos tenía hacia ella su hermana tan amada y protegida: el golpe es afortunadamente atenuado por la información de que éstos, con la colaboración activa y sincera de sus padres, han sido en gran parte superados. Sin embargo, aún hay un «pero»: quizá sea precisamente ella la más adecuada para disolverlo. Se invita a Carmela a hacer un relato detallado a Melissa, que en aquel tiempo era muy pequeña y no puede recordar, del primer episodio de abuso, ocurrido cuando tenía apenas nueve años. En efecto, se sabía tanto por ella como por sus padres que en aquella ocasión Carmela había pedido rápidamente la ayuda de su madre, en presencia también de los parientes paternos: a su desesperada apelación sólo había seguido un enfrentamiento directo con el padre, del que este último, negando los hechos, se había salido obviamente con la suya. Obligada incluso a jurar sobre el crucifijo que había dicho una mentira (¿cómo y por qué habría podido inventársela?) nadie, y aún menos su madre, ha vuelto a afrontar con calma el asunto: ¿a quién habría podido recurrir cuando, poco después, los episodios se repitieron? Melissa acoge el relato con evidente interés: al final se queda en silencio y reconoce que en el lugar de Carmela también ella se habría sentido desesperada y desprotegida. La relación entre las hermanas, aunque alejada, y con razón, de la precedente idealización, parece alcanzar un nuevo equilibrio.

MADRE E HIJA

Se puede afirmar que en la mayoría de los casos, dada la fuerte resistencia de los agresores a admitir las propias responsabilidades, éste es el formato de terapia concretamente practicable. En efecto, ella se dirige a núcleos familiares constituidos sólo por la víctima, casi siempre mujer (recordemos que en nuestra casuística el 98 % de los niños víctimas de abusos es de sexo femenino: Malacrea, en prensa), y por el padre protector, casi siempre la madre.

Aunque, también para adecuarse a esquemas conocidos por los pacientes y más inmediatamente comprensibles por ellos, la mayor inversión de recursos parece traducirse en una terapia individual del niño, que emplea preferentemente técnicas psicodinámicas para la elaboración postraumática y que deja, a la madre, un espacio aparentemente más reducido de apoyo y acompañamiento en sus contenidos y formatos; en realidad, se trata de una *terapia de la diada*, si bien respetuosa de todas las debidas modulaciones sobre las diferentes exigencias de sus componentes.

Por otro lado, basta reflexionar un momento para convencerse de que la madre de una pequeña víctima debe ser considerada, ella misma, como paciente con todo derecho, en tanto golpeada con la misma (o incluso mayor) violencia que el hijo por la experiencia traumática, un poco como se pueden considerar dos heridos del mismo accidente automovilístico.

En efecto, la frase extrema —citada en otra parte— de aquel padre, cuyo hermano había abusado de su niña: «También yo he sido violado», no se aparta demasiado de la realidad. Asimismo la frase usada por una madre para expresar el dolor que la invadía cuando la hija le lanzaba alguna confidencia sobre el abuso: «¡Es carne viva!», expresa la concreción de este formar parte del mismo trauma.

Además, llevando a la terapia al hijo afectado por la victimización, el adulto protector se involucra en un proceso que sabe que le afectará muy de cerca, tanto por la referencia de las temáticas abordadas en las sesiones con su relación real con el hijo, como por el grado de colaboración intenso que se le requiere para acompañar al niño, como, por último, en tanto es apremiado a tolerar y contener todos los ecos que el recuerdo de las vivencias postraumáticas podrá provocar en la víctima. Sobre todo frente a esta última tarea, la madre sabe que ser

espectadora de las heridas de la hija no podrá más que hacer volver a sangrar las propias, sea en el registro de las vivencias de culpa relativas a la propia pasada ineficacia como protectora, sea en el registro de las vivencias de impotencia relativas a la herida narcisista de tener que confiar a terceros —el terapeuta—la reparación de los daños demasiado graves para ocuparse de ellos con las propias fuerzas.

Al tomar conciencia de tales daños, como ya se había visto en la descripción del proceso de duelo y reconstrucción, ella deberá luchar también contra el propio, personal y desgarrador sentimiento de extrañeza hacia un hijo tan distinto de como habría querido, hoy contaminado y deformado de manera inquietante, pero aún más inimaginable en su futuro.

Por todos estos motivos, a las madres de las pequeñas víctimas se les debe dedicar un cuidado y atención particular: sobre todo comprensión y ternura equivalentes a aquella que, de manera mucho más espontánea, el terapeuta se siente inclinado a expresar hacia el niño. Es tan fácil, en cambio, ser negativamente golpeados, precisamente en virtud de la identificación con este último, por las inadecuaciones, inconsistencias, impulsividades y fragilidades de las madres, aún más agudizadas por la fase postraumática que atraviesan... Por el contrario, nunca debe olvidarse que las víctimas esperan precisamente de ellas, nada en el mundo podría sustituirlo por igual, el bálsamo para las propias heridas. Tampoco el terapeuta debe olvidar que en esos seres claramente imperfectos tiene un recurso precioso e insustituible: siempre que sepa conservarlo y promoverlo.

Solamente después de haber acumulado mucha experiencia sobre el terreno, se aprende a valorar las migajas, aunque sin renunciar nunca a relanzar la tarea paterna, conscientes de que, para adecuarse a las realistas necesidades de las pequeñas víctimas, ésta debería situarse a niveles mucho más altos de aquello que se considera medianamente suficiente; y conscientes también de que hacer llegar a la madre la percepción exacta de la distancia entre aquello que le es posible y cuanto sería deseable, es fuente de profundo sufrimiento en ella.

Para desarrollar su difícil tarea, es necesario que el terapeuta traduzca incansablemente a las madres y en términos razonables para ellas, desde el punto de vista tanto emotivo como cognitivo, las exigencias, fase a fase, de la hija, que ahora pueden parecerles un enigma.

Por tanto, no asombra que, para obtener tal resultado, nos pongamos en

abierto contraste con los dictámenes del *setting* tradicional de la psicoterapia infantil, que requerirían una congruente distancia entre cuanto ocurre en la habitación de terapia y en las relaciones reales. Por el contrario, será nuestra preocupación mantener a la madre lo menos separada posible del proceso de elaboración psicológica del hijo: es más, trataremos de involucrarla en un recorrido paralelo a él para ayudar a ambos a comprenderse y para multiplicar las repercusiones positivas del tratamiento sobre su relación. En cambio, en otras circunstancias, para alcanzar el mismo objetivo, se tratará de poner al abrigo, de momento, siempre que los contenidos emergidos en la terapia se configuren como un ataque demasiado violento al vínculo, a la espera de que una mejor elaboración los haga comunicables sin riesgo de desgarramientos.

Con estos presupuestos es comprensible una transparencia sobre los contenidos emergentes en los dos contextos, el de la terapia del niño y de apoyo para la madre: transparencia sobre la que, cuando es necesario, debe ser activado el consenso de ambos, pero que muy raramente suscita resistencias, incluso en el niño que intuye y comparte su objetivo. Es más, algunas temáticas son explícitamente aplazadas al diálogo privado entre madre e hijo, como para sancionar que la terapia es, y sigue siendo, un espacio de elaboración personal al reparo de interferencias, pero su objetivo es descongelar rápidamente posibilidades comunicativas útiles en la realidad. En cierto sentido, es como si los principios que conforman la intervención familiar debieran necesariamente, por la naturaleza misma del problema tratado, que es un trauma común, modificar parcialmente las técnicas orientadas a la comprensión y cura del individuo.

Más adelante, en el capítulo dedicado a las fases de la terapia, veremos cómo también los contenidos poco a poco emergentes y afrontados justifican plenamente la adopción del formato antes descrito. La historia de la pequeña Elena y de su madre, Giovanna, que servirá de ejemplo clínico, proporcionará un exhaustivo panorama de cuánto los procesos terapéuticos de los individuos se entrelazan y se influyen de manera inextricable.

Ahora puede ser útil hacer sólo algunas alusiones al nivel de libertad que esta concepción de la intervención puede permitir sobre la utilización de formatos no tradicionales. Nos valdremos del relato, por señas, de aquel que puede ser quizá considerado un caso límite, por la concurrencia de varias y peculiares circunstancias positivas (la receptividad de la pequeña paciente, su dotación intelectual, la edad, la similitud de la experiencia con la madre), pero

que quizá represente los beneficios del recurso sistemático a la estrategia terapéutica antes ilustrada.

Irene tiene once años. Un año antes de comenzar la terapia reveló a su madre que había sido involucrada en graves interacciones sexuales por un primo ahora de veinte años, residente en la región de origen de la madre, el Friuli. Con él se veía sólo durante las vacaciones, pero esto bastó para dar curso a una larga relación altamente erotizada, que comenzó cuando aún estaba en el jardín de infantes: relación que, obviamente, se había consumado ante la vista de toda la parentela, aunque nadie, hasta el momento de la revelación, había ni de lejos pensado en atribuir oscuros significados a la singular complicidad entre dos chicos que, aunque parientes, habrían debido tener intereses divergentes, dada la diferencia de edad. La madre de Irene, Ottavia, siente que su mundo se le derrumba doblemente encima, en tanto las vicisitudes de la hija vuelven a poner al descubierto en ella su propia experiencia, mucho más trágica, de chiquilla objeto de análogas atenciones por parte de su padre. Con él, aunque manteniendo las distancias, se había estudiado la reconstrucción de una fachada aceptable de relación, después del matrimonio que la había llevado a centenares de kilómetros de distancia, para poder mantener también para la hija la ilusión de un trasfondo familiar normal. Graves remordimientos la asaltan: quizá, conociendo aquel ambiente, no habría debido fiarse; y ahora precisamente su hija se ve obligada a pagar los platos rotos de su ingenuidad. Todo ello se había hecho aún más desesperante por el hecho de que su madre, a la que de niña se había guardado mucho de confiar el abuso sufrido, convencida como estaba de que no la habría creído, también hoy, puesta delante de la victimización de aquella que parecía ser su nieta predilecta, no había vacilado en posicionarse con la familia del agresor, negando rígidamente que pudiera haber sucedido algo entre los dos chicos y acusando a Irene de ser pérfida y mentirosa.

Con Irene ya se habían intentado algunos coloquios de consulta psicológica, en la inmediatez de la revelación: intento abortado por la insuperable negativa de la niña, que sentía como demasiado doloroso mirar a la cara la experiencia traumática. En tales sentimientos tenía un papel muy importante la vivencia de vergüenza, conectada con la erotización que las interacciones con el primo habían sido capaces de suscitar en ella. Una especie de obsesión, en el cuerpo primero, en la mente después, la había ligado a él: ahora que veía con claridad la anormalidad, no podía perdonarse haber caído presa de ella. Se sentía irremediabilmente despreciable, «como las mujeres de la calle», cuyos pasos temía seguir; pensaba incluso con horror que ella misma podría convertirse en una victimizadora de niños más pequeños: a veces había tenido la tentación de traducir en actos esos deformes pensamientos. Todos estos sentimientos se descargaban en la relación con la madre, vista como el espejo que, por más delicadeza que ella tratara de poner en la relación con la hija, le devolvía la propia imagen contaminada y dañada: según la buena regla de las profecías que se autodeterminan, a las provocaciones continuas de la niña seguían estallidos de

impulsividad de Ottavia, exasperada por la situación de derrumbe personal, confirmando en Irene la opinión de que su madre no podía más que odiar a una niña desagradable como ella. Naturalmente, también todas las demás relaciones (con el padre, con los coetáneos) y las prestaciones escolares habían llegado a un nivel desastroso; además, graves trastornos del sueño, con pesadillas y crisis de pánico al dormirse, completaban por la noche el infierno vivido durante el día.

A pesar de este cuadro desalentador, Irene es una hermosa niña, extraordinariamente inteligente y sensible. Llega a la primera sesión de terapia aferrándose al pasamanos del rellano, llorando y negándose a entrar en la consulta. Sin embargo, unas breves palabras de consuelo y comprensión de su estado de ánimo comienzan rápidamente a calmarla. Por último, la propuesta de hacer aquel primer encuentro junto con su madre la convence del todo. Aquí comienzan las sorpresas reservadas por todo aquello que se deja caer ahí como expediente para obtener su colaboración.

En efecto, Irene aprovecha la ocasión para hacer llegar a su madre, con la ayuda de un «tercero» acogedor y empático, el índice razonado, se podría decir, de todos los nudos problemáticos de los que la terapia habría debido ocuparse, logrando enfocar explícitamente, con valor, el de la propia erotización: «Lo hacía parecer una cosa maravillosa». Tiene duras palabras de advertencia hacia la madre: aunque sin mirarla, vuelta a la terapeuta, Irene aclara que si ahora se le ocultara «algo», incluso por su bien, «me sentiría excluida». Es difícil decir cuánto ha logrado intuir, en la hipersensibilidad de la fase que atraviesa, de que hay importantes misterios que ella desconoce: misterios que quizá la ayudarían a enmarcar mejor su experiencia. A la madre el mensaje le llega fuerte y claro: sabe que ha mantenido oculto a Irene no sólo el hecho de haber sufrido la misma desventura, cosa que quizá podría atenuar la grave vivencia de diferencia de la hija; sino de haberle dejado pensar que la abuela, aunque todavía no informada de los hechos por consideración a su salud, sin duda se habría puesto de su lado.

Después de aquella primera sesión, Irene se muestra muy receptiva y comprometida en la relación terapéutica: es como si tener la seguridad de no perder a su interlocutor más apreciado, su madre, y de ser ayudado en esto por la terapeuta, diera profundidad y objetivo al trabajo de reelaboración individual. Incluso cuando se le asigna una caja en la que poner todo cuanto ha producido en las sesiones y un cuaderno para fijar sus pensamientos cuando quiera, precisamente después de haber escrito otros detalles del aspecto de erotización de la relación con el primo, pregunta a la terapeuta: «¿Quién sabe si un día también mi madre podrá leer este cuaderno?». En su pregunta hay toda la obvia ambivalencia de quien a un tiempo desea y teme aquello que pide, pero la referencia indica que en su mente está bien presente la idea de que cuanto se hace en la habitación de terapia deberá volcarse en una reconstrucción de su relación real con la madre.

Desde entonces sucede varias veces, de manera no programada, que parte de la sesión involucre también a Ottavia, que siempre acompaña a su hija. Afrontan juntas no tanto los sentimientos más íntimos y confusos de Irene, que la terapeuta se ofrece

a contener hasta que tengan una forma más decible, como los pasos concretos que pueden dar inicio a la experiencia benéficamente correctora tan necesaria para completar la reconstrucción de la mente y del corazón. Por ejemplo, se aclara el tema del secreto en torno a la posición de la abuela y de todos los parientes; Ottavia consigue asimismo confiar a su hija que puede comprenderla precisamente porque también ella ha sido víctima de abusos, aunque todavía no consigue denunciar a su autor. Además, se habla de la manera de Irene de descargar la rabia, la impotencia y la vergüenza atacando el vínculo con la madre: mientras se aclaran las dinámicas de tal elección disfuncional, como expresión del convencimiento de la niña de que no merece más que aparecer y ser tratada como «el diablo» en el que siente que se ha convertido, se apunta a disolver de inmediato el círculo vicioso. Sin embargo, se estigmatizan las actitudes exasperadas y maltratadoras de la madre, aunque aclarando sobre qué terreno de impotente desesperación pueden tomar cuerpo. Como resultado, cada una de ellas es conducida a comprender los complejos pensamientos que pueden originar comportamientos con los que ambas sufren y producir identificación y piedad hacia la otra.

Cada vez que se llega a estos momentos de explicitación mutua, Irene se ve positivamente afectada: su comportamiento, al menos durante los días posteriores al evento, se muestra más compensado y sereno. Mantener viva esta doble vía, una para el trabajo estrictamente individual para la modificación del ordenamiento del mundo interior (principalmente para la niña, pero también para la madre, en sus momentos de apoyo personal), la otra para incrementar directamente la concreta y beneficiosa mutación en las relaciones reales, parece una buena decisión, que cabe cultivar con prudencia pero también con interés.

Si la madre tiene un nuevo compañero

Se trata de un hecho nada infrecuente en nuestra casuística y constituye una variable importante en la relación entre la madre y la pequeña víctima.

Más a menudo el nuevo vínculo es anterior al descubrimiento del abuso, aunque a veces puede haber sido buscado precisamente para encontrar mayores recursos para salir, una vez producida la revelación, de circunstancias muy desestabilizadoras; en todo caso, casi siempre la nueva pareja se constituye cuando la anterior relación con el compañero, que luego se revelará agresor, estaba ya en grave crisis desde hacía tiempo. Más allá de los distintos detalles, una cosa es común: el nuevo compañero afrontará junto a la madre la tempestad consiguiente al descubrimiento de la experiencia traumática.

Ante todo miramos qué *tipología de hombre* puede encontrarse involucrado

en una situación tan delicada. Según nuestra experiencia, estos hombres en posición tan incómoda raramente están a la altura de la situación, aunque disfrutan de todos los atenuantes del caso: muy pocos podrían revelarse de verdad adecuados en circunstancias similares. A veces, según sus reacciones, asumen sólo la función de una especie de «transbordador» hacia tiempos mejores, en los que la libertad de elección de la mujer ya no esté tan gravemente alterada por la emergencia. Otras veces pretenden permanecer en la sombra, negándose a compartir plenamente las desventuras de su compañera. En muchos casos, por el contrario, desarrollan una función de puntal, de deriva en el mar tempestuoso; aunque el vínculo estaba constituido sobre la base de premisas más reductivas, se encuentran obligados a asumir un papel que parece, al menos temporalmente, irrenunciable cuando estalla la crisis. Como decía uno de ellos, sienten que desarrollan, a su pesar, una función de «enfermero», de apoyo de allegados muy dolientes; a veces deben compartir sus travesías incluso corriendo riesgos en el plano personal: pensemos, por ejemplo, en quien se encuentra catapultado en un proceso y se ve acusado por los defensores del imputado como el «verdadero» agresor, hasta ahora no identificado a causa de una confusión de identidades obrada por la víctima en contra del imputado (tesis defensiva nada infrecuente, aunque improbable).

En todo caso, la relación de pareja cambia, y mucho. Es muy difícil que estos compañeros consigan echar completamente patas arriba las expectativas con las que la habían iniciado. Al haber elegido mujeres generalmente afectadas por un bajo nivel de autoestima, hay dos principales directrices de tales expectativas: en un caso, encontrar una pareja débil sobre la que ejercitar una cierta dosis de gobierno, en el otro fundar sobre el encuentro de dos veteranos de fracasos la esperanza de ser comprendidos y de reconocerse iguales. A veces las dos alternativas no se excluyen, sino que concurren en la relación.

Enfrentados con las consecuencias del descubrimiento del abuso, quien tenía más interés en el gobierno de la nueva situación familiar será llevado a ejecutar aquellas mismas defensas de simplificación que podían haber sostenido su anterior esperanza. Se opondrán a cuanto pueda poner en crisis el ideal de vida tranquila programado y soportarán mal el estado de continua turbulencia emocional en el que su mujer se encontrará durante largo tiempo. Sobre todo, al ver tales sentimientos, y no del todo equivocados, como la reacción a la análoga turbulencia emocional de la hija, podrán, a pesar de una relación sinceramente

afectuosa con ésta, tratar de dominar en la fuente la inestabilidad en la que han terminado encontrándose. Por tanto intentarán reducir, a través de las vías de la minimización o, una vez más, de la descualificación de las señales de sufrimiento, a la «normalidad» si no la situación al menos su lectura: así apuntarán a actitudes que acentúen la distancia entre la madre y la hija, que «normalicen» a esta última, que interpreten como inocuas extrañezas, transgresividad o «mala educación» los comportamientos sintomáticos, invocando más reglas y límites.

En el segundo caso, el de quien buscaba a un propio «doble» en el que finalmente reflejarse, se activará, en cambio, una más franca competición emocional. Todos los sistemas serán buenos para «arrancar» a la niña invasora a la propia compañera, de quien ahora se hace intolerable el empeño de energías psíquicas sobre su hija en vez de sobre él.

¿Qué reflejo puede tener todo esto sobre la *madre* de la víctima? Por un lado, el mismo movimiento que la había llevado a confiar en el nuevo compañero, frente a la situación crítica puede convertirse en el impulso de «entregarse» a quien está cerca de ella, sea por el colapso de la autoestima consiguiente al descubrimiento del abuso, sea por el terror de tener que enfrentarse sola a las consecuencias. Por el otro lado, las insuficiencias del compañero saltan rápidamente a la vista y son registradas con decepción, agudizada por la hipersensibilidad típica de las situaciones postraumáticas. Sobre todo la madre puede comenzar a sentir que, visto que bruscamente se abandonan las defensas de idealización y los estúpidos sacrificios en el altar de los vínculos, de los que ahora, a toro pasado, puede percibir vívidamente la peligrosidad, el precio que debe pagar para compartir su pesado fardo como mujer y como madre se está revelando demasiado alto. Puede incluso percatarse de que el nuevo compañero, a menudo inexperto en cuestiones de niños en general, o en cualquier caso de «esos» niños, introduce instancias confusas en su relación con la hija, ya tan frágil y comprometida.

En cuanto a la relación de esta última con su nuevo compañero, los conflictos, que quizá ya antes serpenteaban, corren el riesgo de agudizarse. Por un lado, la madre aspira a la paz entre los dos y desearía salvaguardar la autoridad del compañero, en defensa de la estabilidad familiar que sentía haber alcanzado y a la que, precisamente en este difícilísimo momento, le parece insoportable tener que renunciar. Por otro lado, siente que, al menos ahora, debe

demostrarse ser un eficaz protector y que, por tanto, debe defender a su niña de las minimizaciones, malentendidos y «normalizaciones» que él querría imponerle. Es intolerable también el pensamiento de que, amordazada en el secreto desde hace tanto tiempo, ahora la hija tampoco pueda expresar plenamente sus estados de ánimo, aunque para ella sea desgarrador tener que presenciarlos. Además, no puede correr el riesgo de ser vista otra vez por la niña como un personaje de segundo plano, indigno de las confidencias y de las solicitudes de ayuda; y siente que nadie más que ella puede estar a su lado y comprenderla de verdad.

¿Y la *niña*? También ella está, a menudo, dividida entre dos pensamientos conflictivos. Por un lado, siente a la madre frágil, ahora más que nunca: un hombre a su lado le parece, por tanto, una reconfortante garantía. Siempre en virtud de los modelos interactivos precedentes aún no desaparecidos, concibe hiperbólicas idealizaciones del nuevo compañero de la madre, esperando que borre el recuerdo de la anterior relación incestuosa y que sea, al fin, el padre que siempre ha deseado. No es en absoluto infrecuente que tal inversión se produzca así, gratuitamente, sin tener aún ninguna prueba real de la adecuación de aquella persona al modelo soñado. Esto comporta a menudo la reproducción de comportamientos de búsqueda de intimidad o de relación privilegiada, del mismo modo que en el pasado la hija había sido atraída al área de influencia paterna. A veces en esta cercanía aparecen notas de seducción y erotización, que pueden espantar al nuevo compañero de la madre y condensar sobre la niña juicios desfavorables. Por otro lado, la revolución introducida por la toma de conciencia del abuso acentúa en esta última el deseo de una cercanía no peligrosa con el adulto protector, que ahora está justamente ahí, ocupándose de ella. Desde este punto de vista, la relación inicialmente idealizada con el compañero de la madre comienza a parecerle una amenaza competitiva. Si luego aquél expresa por ella no comprensión, sino contención inoportuna e intempestiva, se verá afectada desfavorablemente. Si no se vuelve explícitamente expulsiva, podrá canalizar en la vía sintomática su malestar, reforzando aún más, en consecuencia, las intervenciones contenedoras, en un círculo vicioso cada vez más intolerable.

La *terapia* corre el riesgo de introducirse en este accidentado terreno como un impulso más para la desestabilización. En efecto, intrínsecamente, por más esfuerzos que se hagan de modular sus contenidos y de dar en ella un papel al

compañero de la madre, la terapia no se podrá considerar más que como un aliado de esta última y de la hija; y como un enemigo de quien querría volver lo antes posible a la tranquilidad anterior. Por lo demás, es imprescindible para el terapeuta tratar de valorizar el vínculo padre-hijo, incluso en desmedro de cualquier otro.

La experiencia nos ha enseñado que, en semejantes enredos relacionales, que llegan a complicar aún más el grave malestar de partida, es la madre, una vez más, el centro de la situación. El terapeuta que la asiste no deberá caer en el error de llevar adelante una estrategia que se ocupe de dar la razón un poco a todo el mundo: de esto ya son maestros nuestros pacientes. En cambio, deberá apuntar a imbuir a la madre enteramente de sus prerrogativas de protector y contenedor de los sufrimientos de la hija, reforzándola frente al riesgo de inoportunas interferencias y pretensiones del compañero. Deberá reforzar también la conciencia de que la hija la mira y que no se puede fallar en esta prueba. Además, tratará de valorar por todos los medios la capacidad de identificación que, mucho más que su compañero y con más inteligencia, la madre será capaz de producir, para sostenerla en la tarea de imponer la propia lectura de los comportamientos de la hija como la más probablemente fiel a la realidad de sus sentimientos.

Esta mayor implicación en mujeres primero bastante inseguras y dependientes podrá dar algunas sacudidas a la relación de pareja. Por cuanto hemos constatado, esto no ha tenido nunca el efecto de desestabilizar la relación madre-hija, sobre la base de una renovada constatación de la poca fiabilidad de la madre para mantener en pie una familia: es más, ver a la madre más decidida y combativa, sobre todo en su defensa, siempre ha dado, acaso después de una primera fase de perplejidad, un impulso de bienestar a las niñas, que no dudan en reconocer en este nuevo comportamiento una de las más importantes, y finalmente reconfortantes, señales de cambio.

En cuanto a la pareja, conseguir aceptar la preeminencia cognitiva y afectiva de la compañera, por lo que se refiere a la relación con la pequeña víctima, tiene la función de un progreso importante hacia una concepción más realista e igualitaria de la vida de pareja. Tampoco olvidemos que, siempre que tal progreso no se realice, esto constituye un indispensable test de valor de la nueva relación.

Se puede decir que Nicola, el compañero de Anna (de quien se había hablado más arriba en el párrafo «Anna, la madre de Marina...»), representa la concentración de todos los riesgos antes expuestos. Hombre de una pieza, ajeno a los psicologismos, sin experiencias de pareja o paternas a las espaldas, ha asumido con bravura la tarea de «salvador» de su mujer de un matrimonio violento e infeliz, aún antes del nacimiento de las sospechas de abuso, y no se ha echado atrás cuando la revelación de Marina desencadenó la tormenta sobre sus proyectos de vida. De todos modos, después de que al fin la primera parte del proceso hubiera terminado (con la condena del padre de Marina en primera instancia), no oculta haber vivido esta aventura como una carga: hacer frente al sufrimiento de Marina y Anna, sin contar con todos los concretos compromisos de tiempo y dinero que todo ello ha comportado, no ha sido fácil. Precisamente él usa esa definición de sí mismo como el «enfermero» de guardia. No puede asombrar que no vea la hora de que todo vuelva a la normalidad, ahora que al menos las urgencias exteriores, las procesales, parecen encaminarse a su fin... Sin embargo, acepta de buen grado que nuestro centro, que se había ocupado de la situación hasta aquel momento, disponga un plan de encuentros, tanto con la pareja como con la niña, para seguir la que, en su opinión, no podía ser más que la natural «convalecencia» después de la «enfermedad».

Por desgracia, las cosas no van según sus previsiones: Marina sigue manifestando síntomas, en el plano de las dificultades alimentarias, del sueño, del comportamiento y del control de esfínteres. Cada vez le resulta más difícil tolerar que aquella niña no supere fácilmente el trauma, sino que siga haciéndolo presente. La encuentra torpe, asustadiza, carente de entusiasmo e iniciativa, «malcriada» en la mesa: comienza a concebir la idea de que en este estado de cosas hay mucho de mala educación. Además, muchas de las dificultades de Marina parecen hechas aposta para absorber todo el tiempo las energías de su madre: ¿qué le quedará a él de una mujer de la que había esperado sumisión, dedicación y devoción? Sobre todo los problemas de la niña para dormirse imponen una grave restricción de los momentos de intimidad de la pareja y de las relaciones sexuales: esto lo vuelve particularmente inseguro. Comienza a sentir hostilidad también por Anna, que se deja fagocitar por su hija, que quizá se ha servido de él para salir del paso de la emergencia, pero que en verdad no lo quiere. Comienza a pretender prestaciones sexuales «especiales» que recuerdan a Anna las interacciones con su anterior marido, indiferente de causarle un profundo malestar; querría que al menos durante el día, en las fiestas, su pareja consintiera delegar a alguna amiga o canguro la atención de Marina, para dedicarse a él, visto que la noche está invadida por las pesadillas de la niña; vocifera cuando, con ocasión de nuevas revelaciones de la hija sobre el abuso, Anna se niega a mantener relaciones sexuales.

Principalmente se dedica a la «normalización» de la niña. Orgulloso del hecho de que en los primeros tiempos de su relación a tres ésta parecía dedicarle mucha más atención que a su madre, buscando incluso seductoramente su compañía, en especial su proximidad física, se resiste a aceptar que, precisamente en la dirección de una mayor salubridad de las dinámicas relacionales, ahora Marina invierta más en su madre, incluso tratando de excluirlo. Por otra parte, Nicola sigue pensando que,

quiéralo o no la niña, sólo él en aquella casa tiene bastante sentido común para imponer unas reglas educativas adecuadas. Si se las dejase hacer a ellas, madre e hija, cualquier cosilla, que podría ser regulada con un poco de firmeza y algún castigo añadido, se convertiría en un drama, cargado de quién sabe que trasfondos psicológicos. Drama que luego son capaces de encender pero no de gobernar: muchas veces —recuerda— ha debido intervenir para acallar los alaridos de Anna frente a las dificultades de defecación de Marina, por ejemplo, o frente a su rechazo a determinadas comidas.

Por su parte, Anna pasa un largo período en que, abrumada como está por el sentimiento de culpa por no haber protegido a tiempo a su hija, y arrollada por el derrumbe de todas sus frágiles certidumbres precedentes, la relación con Marina ondea en un mar de confusión. De aquella época son testimonio sesiones, incluso dedicadas individualmente a ella en el intento de ayudarla a acercarse mejor a la comprensión de la niña, en las que ni siquiera consigue ordenar dos pensamientos que no sean contradictorios entre sí. Típico de su modo de proceder era el hecho de partir de juicios reconfortantes para llegar a la descripción de interacciones con la hija del todo fuera de control, deformadas por hostilidades, igualitarismo y angustia. Lo único que conseguía tranquilizarla era que «entre Marina y Nicola las cosas van mucho mejor», delegando implícitamente a aquella relación lo que ella no conseguía hacer funcionar. Sin embargo, también comenzaba a serpentear en ella la percepción de que esto no habría podido más que reproponer esquemas antiguos ya conocidos, de los que la hija ahora la acusaba, haciéndole entender que no estaba dispuesta a tolerar (aunque ella misma en ciertos momentos lo promovía) ser otra vez descargada en el área de influencia de un padrastro porque su madre no sabía como sostenerla, metafóricamente, entre los brazos. Incluso la intervención terapéutica, aunque manteniéndose abierta a ayudar a ambos componentes de la pareja a afrontar de la mejor manera posible las exigencias de la niña, no podía dejar de subrayar la distinta significación de los papeles y de alentar en especial la asunción de responsabilidades de la madre.

Al fin llegan los efectos. Anna delega cada vez menos en Nicola, encuentra el valor de pensar, primero, y luego también decir que sus pretensiones sobre la «normalización» de Marina son absurdas. Llega a indignarse con su compañero cuando éste se permite decirle a la niña que es «un ser inútil» porque, después de la primera lección de judo, sugerida por el padrastro como remedio de sus muchos miedos de hacerse físicamente daño, y en un primer momento aceptada de buen grado, se había negado a continuar las clases. De manera análoga asume la carga de atenuar el miedo de la hija de montar en bicicleta o de nadar.

Comienza a disolverse la idealización precedente de la relación entre su pareja y la niña: ahora siente que ese vínculo no es tan importante para ninguno de los dos, que puede subsistir como el que existe entre dos compañeros de juego, que se parece muy poco al que surge entre padre e hijo. A veces se da agudamente cuenta de que a Nicola Marina le pesa: la hace callar y la reprende cuando a ella ni se le pasaría por la cabeza hacerlo; no pierde ocasión de hacer recaer sobre ella incluso culpas que

verdaderamente no le corresponden, como cuando la acusó de haber sido la causa de un descuido suyo porque lo había exasperado con su comportamiento difícil. En todas estas circunstancias, Anna piensa ahora que debe interponerse en defensa de su hija y, en efecto, se opone vivazmente: incluso ha amenazado varias veces a su compañero con poner fin a la relación si él no asume criterios más adecuados en relación con la niña. En otros momentos, afortunadamente, consigue incluso recuperar la relación, transmitiéndole con razonamientos y explicaciones aquello que antes había expresado impulsivamente: pero sin cambiar de opinión y, es más, consiguiendo aclarar más incluso a sí misma el propio pensamiento.

Lo que es reconfortante es que estas tomas de posición no van acompañadas en Anna de una estúpida idealización de Marina. Es más, haber abierto mejor los ojos sobre su hija, acercándose a ella, ha creado en la madre más comprensión y empatía, pero también más realismo. Marina sabe ser de veras exasperante; todavía sufre mucho, aunque los síntomas más agudos se han resuelto; y Anna sabe que entrando en liza como principal referencia de su hija se ha echado automáticamente al cuello la carga de agotar toda su paciencia para tolerar su cronicidad, la oscilación de las fases de mayor o menor bienestar y el desgarró de verla claramente distinta de como la habría querido y soñado. Pero ésa es su hija y no permitirá que nadie la sustituya a su lado, ni siquiera Nicola.

Éste, por su parte, sigue criticando y refunfuñando, haciendo sugerencias no solicitadas sobre el modo de educar a esa pequeña «sanguijuela». Pero progresivamente acepta también contar cada vez menos para la niña y reservarse ángulos poco comprometidos en la relación. En el fondo, más allá de la herida en el amor propio de quien gustaba verse como el salvador de la situación, este nuevo estado de cosas no le viene del todo mal: al menos puede reducir su compromiso con Marina, visto que a su madre le interesa tanto ocuparse ella en primera persona, ahorrándose fastidios que, ahora lo puede confesar, siempre le habían resultado pesados y frustrantes.

En cuanto a la niña, ninguna de las negras previsiones, sobre su posible aumento de sufrimiento y de síntomas al ver vacilar a la nueva familia, encuentra confirmación: es más, sus progresos continúan sin obstáculos por un camino que ni siquiera parece rozado por la ansiedad de la situación. O quizá, al contrario, es rozada por ella, pero con efectos muy distintos de los esperados. Es asombrosa la descripción que Anna da, una vez, de una acalorada discusión con su compañero en ocasión de la comida (discusiones convertidas en crónicas): al haber decidido ella secundar a la niña en su razonable rechazo alimentario cocinándole una comida distinta de la de los adultos, Marina siguió comiendo tranquilamente en medio del tumulto, saboreando hasta el fondo, sin conflictos aparentes, la atención de su madre hacia ella. Así, en análogas circunstancias, encuentra el valor de oponerse al padrastro y de requerir la aceptación de sus necesidades, aunque este último se irrite por ello. Sin embargo, encuentra la manera de hacerse apreciar por él por sus ocurrencias de mayor y por las prestaciones de las que es cada vez más capaz. Aunque no exento de dificultades, parece perfilarse un nuevo equilibrio.

SI EL NIÑO SE QUEDA SOLO

Como bien sabemos, se trata de una eventualidad incluso demasiado frecuente. Recordemos una vez más que, según datos internacionales del todo confirmados relativos a nuestra actividad, no más del 30-40 % de las pequeñas víctimas de abusos puede conservar con seguridad al menos el propio vínculo con un familiar protector. Para los otros se prepara, en cambio, un futuro erizado de incógnitas.

Es evidente que, al tratarse de niños, que necesitan un terreno relacional para poder completar su recorrido evolutivo, toda provisión terapéutica ya emprendida o por emprender en su ayuda no podrá prescindir de tener en cuenta la situación de grave inestabilidad y malestar en que nuestros pequeños pacientes se encuentran en el período, por desgracia a veces muy largo, en que han perdido los ámbitos de referencia del pasado y esperan que se precisen los propios recursos futuros. Sería un error imperdonable pretender, al contrario, que el recorrido terapéutico pueda continuar por meras vías de tipo intrapsíquico mientras circunstancias reales de semejante peso se perfilan en el horizonte. Aún más insensato sería concebir la idea de que la terapia en sí pueda, aunque sea temporalmente, colmar los vacíos que se han creado en la realidad. Incluso para chicos más grandes, en los que la idea de encontrar una solución vital plenamente sustitutiva de las relaciones familiares de origen es poco realista, hemos visto (recordemos el ejemplo de Manuela, citado más arriba en el párrafo «La historia de Manuela...») con cuánto esfuerzo se consigue crear un pseudoequilibrio en el registro depresivo, que permita tolerar la inadecuación crónica de los vínculos reales a aquellas que serían las necesidades psíquicas.

Por tanto, el terapeuta tendrá que vérselas con necesidades de apego hechas aún más intensas por la toma de conciencia de la ausencia de términos fiables con que satisfacerlas, y por la vivencia de traición por parte de las figuras que, a pesar de sus límites y de su objetiva peligrosidad, siguen siendo las afectivamente significativas: necesidades que deben confrontarse con el *drama de la carencia*, a tiempo indefinido.

Por otra parte, esas mismas necesidades están también muy contaminadas y deformadas precisamente por las decepciones que han marcado la historia del niño. Es como si en él fuera formulada, de manera muy poderosa, una *doble*

profecía desesperante. De un lado, el abandono, como consecuencia de la experiencia traumática sexual, hace insoportablemente agudo el sentimiento de la propia indignidad. Es como si el niño pensara que, valiéndolo a los ojos del adulto amado sólo en tanto despreciable objeto sexual y habiendo querido poner fin a tal vínculo, ahora no se ha vuelto más digno de consideración sino que ha perdido la única posibilidad que tenía de que lo quisieran: posibilidad que podía funcionar sólo con aquella persona, como la víctima sabe perfectamente. La inevitable pregunta sucesiva es: «Si tampoco quien habría podido salvarme de aquel vínculo envilecedor [el adulto potencialmente protector] ha sabido rehabilitarme a los propios ojos y acogerme, después de que me he mostrado en mi realidad, ¿cómo podrán otras personas, que no tienen la intención de amarme, en tanto desagradable, querer de verdad ocuparse de mí?». La lógica conclusión es la opinión de no tener derecho a nada bueno en la vida, por la marca intrínseca de la que se es portador.

Muy conectado con este primer pensamiento nace el segundo: «Si las cosas están así, aunque de verdad se encontraran para mí nuevos padres [en cualquier formato: adopción, acogimiento a largo término, incluso la instalación en una casa de familia o en pequeñas comunidades], sólo podrían ser de la misma pasta que los viejos». A veces es incluso difícil para un niño víctima de abusos pensar que de veras existan padres de corte distinto de los que han marcado su vida. Una nueva consecuencia de este segundo pensamiento, que ya podemos imaginar cuánto malestar y terror provoca, es que quizá no merece la pena exponer la propia vida a una tan inútil revolución: ¿por qué buscar algo distinto si quizá ni siquiera existe y, aunque existiera, no estaría desde luego destinado a un ser tan despreciable como yo? Quizá la mejor solución era la anterior: adaptarse a la patología, cualquiera que fuese el precio, que ahora parece más ligero que el necesario para afrontar tantas insidiosas incógnitas.

Aunque este ordenamiento mental parece quizá pintado con tintas demasiado sombrías, debe recordarse que, por el contrario, pone en palabras estados de ánimo incomparablemente más virulentos y destructivos de cuanto las palabras mismas puedan transmitir. Frente a semejante situación, existen dos alternativas principales: la expresión turbulenta del propio malestar o su cobertura a través de la construcción de un «falso yo», dando salida, una vez más, a las pseudoadaptaciones. Si es verdad que estas últimas a veces permiten incluso durante mucho tiempo un aparente equilibrio, turbado acaso por alguna punta

sintomática, sin embargo, no podemos considerarla una elección beneficiosa. Ella congela peligrosísimos «esqueletos en el armario» que fatal y tardíamente saldrán bajo el estímulo de las diversas eventualidades de la vida: en aquel punto puede ser aún más complicado ponerles remedio. Paradójicamente es preferible una turbulencia inmediata, aunque tan difícil de tolerar, que ponga al descubierto esos terribles pensamientos. En este caso asistiremos a la *agudización de los síntomas* en las pequeñas víctimas mientras se asoma para ellas un futuro adoptivo: ira, desesperación, regresión, confusión y caída de las prestaciones escolares; y en el caso de que el malestar, como casi siempre ocurre, haya tomado precedentemente caminos de conversión sintomática, el regreso en grande de trastornos en todas las funciones físicas y psíquicas. Al tratarse de personas que han sufrido experiencias traumáticas sexuales no puede faltar tampoco la reaparición o el empeoramiento de comportamientos anormalmente erotizados, que mejor que ningún otro descargan en la acción el pensamiento que la víctima tiene sobre sí misma, como poco antes se precisaba. Tales comportamientos constituyen también una especie de mensaje en código dirigido a los posibles padres sustitutivos, como una puesta a prueba, en la cruda confrontación con la realidad patológica específica, de la efectiva voluntad de asumir un compromiso paterno tan arduo.

Dejamos al párrafo siguiente la tarea de ilustrar en detalle las vivencias de los niños que se encuentran solos después de la revelación del abuso, y de aquello que la terapia puede hacer para mitigarlas. Sobre este último punto avanzamos ahora con consideraciones de carácter general. En efecto, frente a condiciones tan desesperadas, es necesario preguntarse qué papel puede reservarse razonablemente a la *intervención terapéutica*.

En el capítulo dedicado a los procesos de duelo y reconstrucción se aludía al objetivo de mantener abiertos espacios psicológicos que, en la catástrofe del pasado, mantengan al niño ocupado en posibles inversiones sobre el futuro. También sabemos que, de vez en cuando, su estado de ánimo será el inestable resultado del equilibrio entre fuerzas opuestas, la que lo empuja a desear intensamente una pertenencia que le es indispensable para seguir viviendo y la imposibilidad de creer que ésta pueda cumplirse para él, con todas las reacciones defensivas correlacionadas. En este equilibrio, valorando el primer impulso y tratando de minimizar el segundo, se irán ganando pacientemente espacios que harán asibles para la pequeña víctima los concretos recursos

sustitutivos que debieran aparecer en su horizonte. Por tanto, una terapia, análogamente a cuanto se verá en el párrafo que describe el apoyo terapéutico de crisis, dispuesta a modularse en la mejor economía de costes/beneficios sobre las necesidades presentes, con el fin de garantizar el arraigo del niño a su nuevo terreno relacional. No estamos muy alejados, para usar una comparación médica, del compromiso terapéutico de quien prepara a un paciente para el trasplante de un órgano del que depende su vida, tratando de dominar las reacciones que conducirían a un rechazo. Con una variante importante: que a menudo puede ocurrir que ni el niño ni la familia sustitutiva sean seguros aliados de tal empeño, como se especificará mejor a través de los ejemplos clínicos. Además, a veces incluso el *marco institucional* en que la intervención se desarrolla puede no ser un seguro aliado. Por desgracia, es aún frecuente, incluso en la mente de quien ocupa cargos institucionales de relieve y está bien determinado a dar toda la tutela necesaria a las pequeñas víctimas, una escasa consideración de la especificidad de su ordenamiento psicológico, de las patologías de las que son portadoras y de las particulares dificultades emocionales que afligen a todos aquellos de los que ellos tienen que encargarse: todos aspectos que hacen muy arriesgada la elección adoptiva, no obstante muy deseable, en estos casos. De ello deriva una excesiva idealización de los recursos de los núcleos familiares sustitutivos y del poder reparador intrínseco al encontrar un nuevo ámbito de vida: sin tener en su debida cuenta este equilibrio de impulsos contrastantes que, si no es considerado atentamente, puede reducir incluso a nivel cero las probabilidades del «trasplante».

Alentados por la experiencia madurada hasta hoy, nos sentimos con ánimos, en cambio, para proponer con fuerza, en esta circunstancia incluso más que en otras, la indispensabilidad de un cauto, especializado y prudente acompañamiento terapéutico al menos durante todo el tiempo necesario para tener la certeza de que se ha producido el arraigo del niño, pero también de su nueva familia, en un nuevo ordenamiento de vínculos estables. En cuanto a los tiempos, muy conscientes de la necesidad (como se dirá también más adelante, en el capítulo dedicado a la fase de alta del tratamiento) de encaminar lo antes posible por vías de normalidad al nuevo núcleo, el análisis de los casos tratados nos lleva a estimar que no pueden ser más breves que un semestre, a partir de la instalación efectiva del niño en la familia. Por desgracia, debemos constatar que la ignorancia aún difundida sobre las particulares exigencias psicológicas

existentes en los casos de abusos sexuales corre el riesgo de penalizar sobre todo a estos niños más desafortunados, que raramente consiguen obtener todo el apoyo que necesitarían.

La terapia individual

Como ya se había anunciado, ahora es el momento de adentrarse en los pensamientos de los niños que han visto naufragar los propios vínculos precedentes como resultado de la salida a la luz de la experiencia traumática.

Las complejas dinámicas antes descritas son expresadas en su material proyectivo como fantasías de muerte irrevocable, física, o de muerte psíquica, bajo la forma de envilecimiento, aniquilación y humillación. Dejamos al lenguaje sugestivo de los símbolos la tarea de conducirnos con inmediatez al corazón de tales vivencias.

Ersilia, víctima del abuso paterno desde muy pequeña, se encuentra privada también del apoyo de su madre que, desde hace tiempo portadora de una grave patología psiquiátrica, no soporta la conciencia del trauma vivido por su hija sin enfrentarse a una descompensación psíquica. La terapia de la niña comienza inmediatamente después de la intervención diagnóstica y continúa durante todo el largo período que la pequeña pasa en una institución, a la espera de una decisión oficial sobre su futuro. Si bien la madre, aunque sin creer nunca en el abuso, ni siquiera después de la condena judicial de su compañero, había intentado por todos los medios tenerla a su lado, el Tribunal de Menores decide que para la niña no hay otro camino que la adopción: por lo demás, las relaciones con todos los familiares se habían interrumpido desde el momento de su alejamiento, en consideración de su peligrosidad, y no habían sido nunca retomadas.

Durante la terapia se habían abordado los habituales nudos problemáticos conectados con intensos sentimientos de no valer nada: sesiones enteras transcurrían mientras Ersilia lavaba una pequeña muñeca sucia de imaginarios excrementos, que, apenas limpia, volvía a ensuciarse. También se había trabajado mucho para llevar a la niña a una depresión aceptable con respecto a la posición de la madre, después de que durante mucho tiempo había esperado que alguien pudiera convencerla de que le creyera y la protegiera. Madura, en fin, en la pequeña Ersilia, ahora llegada a los umbrales de la escuela elemental, una buena adaptación a la pequeña comunidad familiar en la que había sido instalada después de la primera experiencia en una institución tradicional. La relación particularmente intensa establecida con su educadora de referencia, una joven madre que, a su vez, había encontrado en la

comunidad un lugar para vivir, la ayuda mucho a progresar y a estar mejor: es como si hubiera elegido idealmente a la propia madre adoptiva, aun sabiendo que nunca podría serlo concretamente. Es más, se puede decir que este permanecer en el registro del «como si» la protege de enfrentarse con los nudos problemáticos que saltarían a la vista en el caso de que la perspectiva fuera real.

Llega, al fin, el día en que su inserción en una nueva familia se hace de veras posible. Los tiempos de conocimiento son en aquel punto tan rápidos que no permiten la decantación de las emociones en pensamientos ordenados: incluso la psicoterapia, por orden del Tribunal, deberá ser repentinamente interrumpida, tanto por razones, muy comprensibles, de seguridad de la pequeña (es decir, para eliminar el riesgo de que los padres biológicos trataran de conectar con ella, conociendo el lugar de las sesiones), como porque se estima que la buena experiencia correctora está por fin a punto de comenzar, visto que también la discreta recuperación mostrada últimamente por la niña puede bastar por sí sola para consolidar su bienestar. Como de costumbre, Ersilia es muy parca en palabras; acepta sin aparentes emociones la comunicación del adiós por parte de la terapeuta. Sólo busca más de lo habitual su cercanía física, poniéndose en sus brazos mientras ésta le lee y comenta el pequeño obsequio que le ha preparado: un libro que con graciosas ilustraciones cuenta la famosa historia de *El patito feo*, que se parece tanto a la suya —dice la terapeuta—, incluso en el «final feliz» que ahora parece que también le espera.

No pasan muchos días desde su instalación y la familia adoptiva, por su propia iniciativa, se pone en contacto con la terapeuta, a la que nunca antes habían visto, para pedirle ayuda. Quizá, dicen, las instituciones no son suficientemente claras con ellos: les había sido presentada como una niña con problemas corrientes, aunque su historia había sido muy infeliz. En cambio, desde los primeros días, malhumores insuperables con largos llantos y el recurso a comportamientos llamativamente erotizados tanto hacia el padre adoptivo (al que le había pedido explícitamente que le mostrara la «colita») como delante de extraños (como cuando se había bajado las braguitas delante de sus amigos, por la calle, llamando la atención sobre sus genitales) los habían convencido de que sin una ayuda competente no lo conseguirían: el amor no basta cuando hay patologías tan graves y específicas. Como era fácil prever, la bonanza iniciada por la adopción imaginaria por parte de la educadora se había transformado rápidamente en tempestad, una vez que se había debido salir del sueño, gobernable precisamente porque era ficticio, y enfrentarse con la realidad: en aquel punto todas las viejas heridas personales habían comenzado a gemir.

Vista la prudencia de los padres adoptivos, la terapeuta, además de ponerse a su disposición para mantener contactos que pudieran hacerles conocer mejor la historia de Ersilia, les aconseja procurarle de inmediato una nueva relación terapéutica en sustitución de aquella ya interrumpida y por supuesto no recuperable.

Y es precisamente aquí donde se ha podido tocar con la mano el estado de abatimiento desesperado de la pequeña: con la nueva terapeuta, superadas las primeras sesiones exploratorias, se dedica a construir un gran polluelo, del que dice que ha nacido muerto. Vuelve a la mente el «patito feo» con el que se le había

sugerido una identificación positiva, en la que ahora está claro que no había podido creer.

Hablemos ahora de Maddalena, sobre cuyas vicisitudes volveremos también más adelante. En este caso la niña llega a la terapia a los ocho años, dos después de la inserción en la familia adoptiva, que pide espontáneamente la intervención. En aquel punto la experiencia de abuso sexual era aún desconocida, al menos por los padres adoptivos. Ésta emergerá con contornos gravísimos sólo después del inicio del tratamiento, como resultado de la movilización psicológica que éste había conseguido promover en la niña, y constituirá para ella un punto básico para encontrar un mejor ordenamiento personal y relacional.

En el momento del comienzo de la terapia, Maddalena se podía definir como un hatajo de síntomas, que habían reducido casi a la impotencia a sus padres. Trastornos del sueño, tanto al dormirse como al despertarse; enuresis diurna y nocturna; comportamientos masturbatorios y solicitudes sexuales al padre adoptivo («¿Me dejas besar tu “colita”?»); avidez frente a la comida; y graves problemas de aprendizaje y socialización en la escuela, eran los síntomas más importantes: todo ello en un grave cuadro de enfrentamiento con la madre, con la cual la guerra parecía ser continua.

Durante muchos meses, mientras la consulta se había desarrollado en base a sesiones familiares, Maddalena había gastado todas sus energías en negar, contra toda evidencia, que para ella hubiera el más mínimo problema. El riesgo que creía correr, en el caso de que hubiera admitido que algo no funcionaba, era, por una parte, el de poner al descubierto la propia indignidad, diversidad y patología, y, por el otro, el de la expulsión: ¿quién habría podido querer a una niña tan «mala» y que encima se lamentaba y planteaba tantas exigencias?

Cuando se había dado inicio al formato individual, poco a poco sus resistencias se habían disuelto, permitiéndole un buen enganche a la terapia. Esto pone también en marcha la revelación de la experiencia traumática sexual, ocurrida por obra de su padre natural. Desde aquí comienza un juego que se repite compulsivamente y que transmite a la perfección sus vivencias prevalecientes, todas invadidas por el pensamiento dominante del abandono y de su conexión con la propia indignidad.

Casi por casualidad, un día Maddalena le pide a la terapeuta informaciones sobre los «barbudos» (término que en Lombardía indica a los vagabundos inocuos, que viven por las calles en condiciones aisladas y precarias): el motivo real es proporcionado por el hecho de que ha visto algunos cuando ha llegado en tren a la estación. Sin embargo, la compulsividad con que este juego vuelve a repetirse de sesión en sesión aclara que Maddalena ha encontrado en esos personajes un modo importante de transmitir con una metáfora aquello que, en lo más profundo, siente que es ella misma. El juego se desarrolla sobre un armazón repetitivo: el «barbudo», interpretado por ella o por la terapeuta, vive solo y abandonado, triste y descontento de la vida, contra la que tiene numerosas quejas. Llega un momento en que alguien se percata de él y lo invita a su casa: pero estamos muy lejos de un final feliz. En efecto, el huésped pretende que el «barbudo» se lave, se cambie de ropa, porque lo

encuentra maloliente y desagradable, y le hace pesar enormemente, incluso a través de secuencias de invitaciones y repulsas, su diversidad e indignidad. En síntesis, el «barbudo» puede ser aceptado, pero sólo si está de acuerdo con las condiciones de quien puede quererlo si es distinto de quien es en realidad. En el juego el «barbudo» no siempre sabe adaptarse a esta hospitalidad estigmatizante, y es agudamente ofendido por ella, como si tampoco la nueva vida que se abre ante él consiguiera más que obtener el efecto de reforzar la memoria de su ser despreciable e indeseable, en vez de borrarla.

Al gran malestar que se transparenta del juego, se añade progresivamente una complicación, aún más inquietante: después de las primeras secuencias de protestas mutuas entre «barbudo» y huésped, viene una fase de incomunicabilidad. O mejor, el «barbudo» sigue pidiendo que lo dejen en paz o lo acepten por aquello que es; pero de la otra parte sólo suscita silencio, sonrisitas e incluso ocultamiento, como cuando Maddalena-huésped se refugia en el pequeño armario de los juegos haciendo salir de él de vez en cuando sólo provocadoras carcajadas, o se pone a escribir en secreto frases insultantes dirigidas al «barbudo».

La metáfora es desesperante pero eficaz: representa perfectamente el estado de ánimo de Maddalena, y de todos los niños que se encuentran en sus condiciones. Sentirse acogidos sólo porque alguien espera que puedan ser distintos es, para la sensibilidad exasperada de estos niños, una paradoja destructiva. Si luego se intenta hablar en torno al tema (recordemos, ahora con un mejor conocimiento de sus «buenas razones», la desconfianza de Maddalena en la eficacia de poner en claro los motivos del descontento mutuo, entre ella y sus padres adoptivos), se pueden crear relaciones que se vuelven cada vez más enigmáticas, en el esfuerzo defensivo de los interlocutores, sin que nada de los pensamientos subyacentes se modifique ni una coma. Recordemos que, aun teniendo en cuenta su presentación extrema, tal opinión encuentra a menudo abundantes presupuestos de realidad para sostenerse, como veremos más adelante al hablar de la familia adoptiva.

Veamos ahora las *consecuencias defensivas* de las poderosas vivencias de desvalorización antes ilustradas. Si para las víctimas todo ha quedado congelado en lo irremediable, por lo que se refiere a su persona y su destino, su mundo interior no podrá más que reproducir incansablemente el pasado. De ello deriva tanto la idea de que la historia se ha detenido, como aquella de que sigue perpetuándose idéntica a sí misma. Hay que precisar que la segunda perspectiva parece tan amenazadora, un poco como esos embrujos que no se encuentra la manera de detener, que a menudo existe un movimiento activo del niño para crear las condiciones, obviamente ilusorias, a fin de que el tiempo no transcurra o incluso corra hacia atrás, devolviéndolo a aquel infierno anterior que, sólo en virtud del hecho de ser bien conocido, aparece ahora incluso como un paraíso

perdido. Veamos algunos ejemplos de tales embrollos psicológicos.

Ya se ha hablado de Barbara (véase más arriba el párrafo «Más desconsoladora es la situación...»), una niña psicológicamente muy perturbada. También para ella llega el momento en que el Tribunal de Menores decide su adopción. Precisamente en la primera sesión de psicoterapia posterior al anuncio, por parte de la asistente social que la tiene a su cargo, de esta nueva perspectiva en su vida, la niña se muestra particularmente agitada por una grave reactivación de recuerdos y vivencias traumáticos. Ríe descaradamente, mientras coge los títeres que tantas veces le han servido para poner en escena seducciones violentas en perjuicio del personaje-niño. Esta vez ni siquiera consigue concertar una historia rudimentaria: el biberón de la niña es metido con violencia en el «vestido» del títere-cocodrilo, mientras Barbara aúlla: «¡Te meto las pelotas en el culo!», e inmediatamente después «¡Te meto la “colita”!». Sigue aullando: «¡Cambio de mamá, y también de papá!», y en seguida canta con fuerza: «¡Las pelotas, las pelotas!». Su pensamiento está evidentemente dominado a la vez por el recuerdo más vivo que nunca de sus padres anteriores y por el miedo de que las vicisitudes puedan repetirse iguales.

En cambio, en cuanto, al impulso de «detener el mundo» para evitar el riesgo de que el futuro sea peor que el pasado, tenemos un ejemplo clamoroso en Bianca. La niña, actualmente de once años, había sido alejada de su familia por una grave situación de malos tratos, desatención y violencia cuando tenía menos de tres años. Desde entonces otros eventos dramáticos habían marcado su vida: la muerte por sida de la madre, que ya sufría de la misma enfermedad en el momento de su alejamiento, y el descubrimiento, a través de la revelación de la hermana mayor de Bianca, del abuso sexual sufrido por ambas por obra de su padre; revelación seguida por la condena y el encarcelamiento de éste, y por su obvia desaparición de la escena como posible recurso para las hijas. Después de varias experiencias en instituciones, Bianca llega a una instalación provisional en una familia que está dispuesta a convertirse en adoptiva. Mientras las relaciones aún no habían asumido un tono definitivo, la adaptación de la niña parecía satisfactoria, o por lo menos accidentada de problemas de alcance limitado, sobre todo debidos a sus escasas prestaciones escolares. Pero desde que se le anuncia a Bianca que se quedará en aquella familia para siempre, asumiendo incluso su apellido, comienzan las desgracias. Sobre todo el deterioro de su relación con los padres y hermanos adoptivos alarma a la familia y la induce a señalar la situación a las instituciones competentes, que promueven una consulta psicológica para Bianca.

Durante las sesiones la niña es evasiva, aclara que no le agradan las preguntas, tiende a hablar de sus pasatiempos en vez de las relaciones importantes. Tomando progresivamente confianza, comienza a enumerar todas las carencias, verdaderas o presuntas, de la madre adoptiva. Llega incluso a lamentar haber sido dejada una vez en el círculo parroquial, donde ha debido soportar una pelea con un compañero de

juegos, acusando a la madre de no haberla protegido eficazmente, aunque es consciente de que ella no podía saber nada de cuanto había ocurrido. En síntesis, presenta un cuadro fuertemente deficitario con relación a ella, o incluso hostil: cuadro del que no esconde que está muy descontenta. Vuelven a su mente los juegos repetitivos que hacía con su hermana cuando estaban en la institución, en los que, aislándose del grupo, creaban una «casa» de hombres primitivos, de la que eran obligadas a salir continuamente para combatir a enemigos imaginarios: hermosa metáfora para expresar el estado de ánimo de quien siente los propios vínculos fundamentales siempre amenazados por un mundo enemigo y también destructor.

La psicóloga le pregunta entonces qué espera para su futuro. Con la máxima seriedad Bianca le dice que espera poder formar una familia con su madre natural y con su hermana (ésta también entregada en adopción a otra familia). Parece que el duro enfrentamiento con la realidad sufrido, años antes, con la grave inadecuación, ante todo, y luego con la muerte de la madre, hubiera sido voluntariamente borrado de su mente, que no consigue concebir, como alternativa de las perspectivas futuras en las que es imposible tener esperanzas, más que un pasado idealizado a través de hiperbólicos procesos de negación.

Veamos ahora, a través de la *descripción de una terapia*, como es posible crear, teniendo en cuenta cuáles son las vivencias de partida, un espacio mental en el que mantener viva la esperanza de que, por más que inevitablemente imperfecto, puede haber en el futuro un lugar para continuar viviendo después de la catástrofe de los propios vínculos originarios. Como antes se explicaba, y como resultará evidente del ejemplo, sobre todo si se compara con otras historias de procesos terapéuticos narradas más adelante, cuanto ocurre en las sesiones está continua y fuertemente marcado por la urgencia de resolver el problema de la visión de sí mismo y del propio destino después del abandono, hasta el extremo de conformar y, se puede decir también, deformar, todos los procesos psicológicos.

La historia de Zaira está marcada desde la más tierna infancia por una pesada situación de perjuicio, que lleva al alejamiento de casa de los cuatro hijos. Para ella y para su hermana más pequeña, Viola, muy deficitaria a causa de la profunda privación sufrida, se abren las puertas de una institución tradicional, mientras que para los dos hermanos mayores se efectúa una instalación en acogimiento familiar. En aquel punto Zaira está asistiendo al último año del parvulario. Entretanto los padres asisten a una terapia familiar para ser ayudados a resolver sus eternos problemas de pareja y poder expresar competencias paternas más adecuadas. Precisamente en ese mismo período, al agravarse el alcoholismo del padre, éste comienza también a abusar sexualmente de sus hijas, cada vez que éstas volvían a casa para pasar el fin

de semana. La cosa es descubierta casi dos años después de su inicio, a través de una ingenua frase de Viola, menos reprimida en razón de su edad y de sus condiciones intelectuales: sigue luego la completa y detallada confirmación de Zaira, que ve allanado por su hermana el camino para pedir una ayuda que antes siempre había subordinado al mantenimiento del secreto familiar.

Comienza una serie de procedimientos, institucionales y judiciales, para llegar a una mejor definición de los hechos y para decidir las medidas de tutela más oportunas con relación a todos los hijos. La madre, después de una breve vacilación, decide ponerse de parte del marido que, naturalmente, se declara inocente, recuperando precisamente en aquel momento con él una unidad que antes nunca había existido. Para las niñas más pequeñas se abre la vía de la adopción, mientras que los hermanos mayores, también en razón de su edad, permanecen con sus respectivas familias de acogida, manteniendo algunas esporádicas relaciones sólo con la madre.

Zaira, que había tenido, en el momento de la revelación del abuso, un apoyo psicoterapéutico, toma conciencia del abandono, con gran dolor. Su resistencia a rendirse ante la idea de que su madre ha preferido defender a su padre, en vez de a ella y a Viola, es tan grande y peligrosa, a los fines de la elaboración del trauma y de la necesidad de hacer un duelo por las figuras de apego primario para encontrar alternativas válidas en los vínculos, que se debe recurrir a una dura confrontación con la realidad mostrando a la niña incluso la grabación de la sesión en la que la madre, con gran vehemencia, aclara que no cree ni una palabra de toda esa historia del abuso. Ni la terapeuta ni Zaira se olvidarán nunca de ese momento: inmóvil y silenciosa, la pequeña quiso ver varias veces la cinta, deteniéndose sobre todo en algunos gestos despreciativos y descualificadores de su madre, de los que conservará un indeleble recuerdo, mientras su hermana, también presente, había decidido abandonar la habitación de la proyección y alejarse junto con la educadora de referencia.

Sin embargo, en lo inmediato, nuevas urgencias habían obligado temporalmente a Zaira a dejar de lado el pensamiento del abandono. En efecto, estaban en pleno desarrollo las audiencias procesales, en una de las cuales ella y su hermana habrían debido hacerse oír como testigos. Este pensamiento ocupa la mente de la niña, a través de un vaivén de miedos y reflexiones. Además, para Zaira este evento próximo reabre la perspectiva de poder al fin convencer a su madre de la propia veracidad: la niña piensa que si incluso el juez le cree, también ella deberá rendirse... Por desgracia, sus esperanzas no se verifican: Zaira conseguirá dar un excelente testimonio, muy intenso incluso desde el punto de vista emocional, y convencerá de verdad al juez (con posterioridad, el padre fue condenado); pero la madre se mantendrá firme en sus posiciones. Otro duro golpe llega pocos meses después, cuando Zaira se entera de que sus padres ni siquiera se han opuesto a la autorización de adopción para ella y para Viola dictada por el Tribunal de Menores: ahora el abandono es irrevocable.

La niña empeora su comportamiento en la escuela y en la institución: se vuelve

agresiva con los niños más pequeños y muy exigente con la educadora de referencia. Siembra por doquier notitas en las que declara su amor por esta última y la conjura a tenerla consigo y no separarla de su hermana (para la cual, al tener especiales necesidades de asistencia, se había formulado la hipótesis de una familia adoptiva distinta de la de Zaira, para disminuir el riesgo de dañinas competencias afectivas). Incluso comienza a concebir fantasías adoptivas con la voluntaria que a veces la alojaba los fines de semana, desde que había cesado las estancias con la familia, que parecía que nunca le había agradado.

Precisamente en aquel período toma forma un juego altamente significativo, que Zaira pretende repetir incansablemente durante algunos meses. La niña interpreta el papel de una mujer que está a punto de parir. Invariablemente el marido está lejos, el contacto se mantiene a través de «cartas» (sin contenido) o el envío de dinero: pero la «esposa» alimenta una gran devoción hacia este hombre-fantasma, al que se cuida mucho de criticar, incluso cuando la «vecina», papel que está destinado a la terapeuta, se permite plantear reservas sobre el comportamiento de un consorte que la deja tan sola. Es más, a veces incluso emprende largos viajes (por ejemplo, a París) para verlo incluso fugazmente. Mientras está pensando en otras cosas, llega el momento de los dolores del parto, que Zaira representa siempre de manera dramática. La «vecina» corre en su ayuda: tiene varios niños, algunos representados por las muñecas, otros hechos con frágil papel. La «vecina» permanece atenta, pero debe volver a su casa: invariablemente, cuando ésta está ausente, Zaira realiza gestos o produce ruidos que aluden a los malos tratos físicos de los recién nacidos, negando luego tal circunstancia a la «vecina», alarmada de que se haya tratado de una eventualidad peligrosa para los hijos. Repentinamente llega la muerte de estos últimos: sonriendo, la «madre» explica a la «vecina», desesperada, que no hay nada que hacer. En las numerosas variantes del guión, ocurre una vez que arroja al recién nacido deliberadamente por una ventana y luego, muy contenta, se va a trabajar como si no hubiera sucedido nada. Otras veces el recién nacido muerto es llevado a la carrera al hospital, donde se intenta una inútil reanimación. Otra vez, por sugerencia de la «vecina», este último es entregado al jefe de bomberos para que lo proteja (demasiado tarde la terapeuta recuerda que el padre de Zaira era precisamente bombero), pero será él mismo quien lo hará morir (en este punto el recién nacido se convierte en una mujer) «porque le ha hecho daño, era su padre». Ante la pregunta de la terapeuta, aclara que la ha hecho parir, explicitando el significado sexual del mal mortal hecho a la recién nacida. En otra ocasión, mientras la «vecina» hace de todo para salvar al primogénito, es sádicamente asesinado el otro, el que estaba hecho con papel, al que, con una sonrisa, se le arranca la cabeza. Análogamente, otra vez, el mismo pequeño de papel será reducido «en mil pedazos», echados luego irrecuperablemente en el cesto.

Por más esfuerzos que haga la terapeuta de introducir resquicios nuevos en el juego y de hacerlo menos destructivo, sea a través de la interpretación de su significado (evidentemente conectado con la historia de malos tratos, abusos y abandono vivida por Zaira), sea interviniendo también activamente en él, los

resultados son muy modestos.

Entretanto se llega a Navidad (la autorización para la adopción se había dado en el verano anterior) y un nuevo juego viene a completar el cuadro desesperante del parto. Zaira parece relajarse preparando árboles de Navidad recortados en papel. Pero luego le sobreviene una especie de compulsión y, con el pretexto de crear decoraciones en el árbol, éste es literalmente destruido por una serie de «artísticos» agujeros, que le quitan toda consistencia al proyecto originario. También aquí la terapeuta intenta inducir en Zaira, por medio de la interpretación y la intervención activa, una percepción menos destructiva y desolada del propio futuro (la «Navidad», justamente). Zaira escucha, pero no consigue modificarse.

Si el rechazo mortal y el vacío existencial («Jesús no ha sido bueno conmigo», dice una vez de manera desgarradora) son los principales temas que invaden la mente de Zaira, era obvio esperar que los movimientos defensivos igualmente intensos no tardasen en aparecer. En efecto, tanto en el comportamiento cotidiano como durante las sesiones, comienza a aparecer una fuerte idealización del pasado en familia. La madre y el padre son definidos como «buenos», su caja de terapia se llena de notitas dirigidas a su madre, con frases del tipo «Mamá te quiero mucho, hasta el infinito». Se niega que en casa se produjeran continuos hechos violentos, en el fondo se estaba bien. Si la terapeuta reclama a la mente de la niña todos los desagradables recuerdos que ella misma había contado con dolor, ésta se calla bruscamente. Cuando luego, en el enésimo intento de negación, ésta dice a Zaira que tiene la impresión de que todo su esfuerzo, y de quienes están cerca de ella, de prepararle un futuro menos triste que el pasado parece ser vivido por ella como la acción de unas «brujas» que quieren arrancarle, de manera injusta, a su madre del corazón, la niña aprueba repetidamente con la cabeza, con una sonrisita en los labios. Debe advertirse una vez más que tales idealizaciones a menudo precedían el desarrollo del habitual juego de la muerte de los «pequeños», aclarando la estrecha relación conflictiva existente entre las vivencias y el movimiento defensivo.

Pero también hacia todo aquello que representa su experiencia transcurrida parece instaurarse la misma dinámica. Hacia la institución, a la que Zaira nunca se había adaptado plenamente y en la que varias veces había afirmado que estaba harta de estar, se crea un movimiento nostálgico. La niña, por ejemplo, empieza a reordenar obsesivamente su cama, que pretende dejar perfectamente a punto por la mañana, y que deja completamente lisa, con una rosa de tela sobre la almohada, como si fuera la de un difunto al que hay que rendir culto. Incluso comienza a añorar el lugar donde se habían efectuado las primeras sesiones diagnósticas (con el inicio de la psicoterapia se había hecho necesario un traslado a un sitio decididamente más acogedor que el primero): cuando llega a identificar entre los muebles de la nueva habitación de terapia un pequeño armario que antes estaba en la otra, se precipita a besarlo como una reliquia.

Las intervenciones de la terapeuta apuntan con constancia a restablecer un adecuado contacto con la realidad y a interpretar la necesidad de Zaira de defenderse de la percepción del abandono, agravado por el hecho de que, en su mente,

imaginaba que la madre podía seguir siendo feliz, a pesar de que la había perdido, quizá conformándose con haber podido conservar al menos aquella mínima relación con los otros dos hijos mayores. Como sucede a menudo con los niños tan sufrientes, en los que cada impulso hacia la curación parece imponer la ingrata tarea de descubrir llagas demasiado dolientes, es penoso asistir a los ataques de ira de la niña, a su huir físicamente de la habitación y a su tomar distancia de todo aquello que puede contradecir sus movimientos defensivos. Sin embargo, algunas variantes comienzan a asomarse en el juego del parto. A veces los recién nacidos son entregados ya no a la «vecina», sino a una «canguro» (siempre representada por la terapeuta) para que se ocupe de ellos, durante tiempos cada vez más largos: a veces sucede que el tiempo de la sesión termina, un poco como en *Las mil y una noches*, sin que se haya podido llegar al resultado mortal, que es aplazado a la siguiente ocasión. Una vez Zaira llega incluso a ser más explícita: el recién nacido debe entregarse «en adopción», porque su madre «no puede tenerlo, porque disputa con su marido»; por tanto, es entregado durante toda la sesión a la terapeuta. Se abren, pues, algunos espacios de pensamiento sobre la voluntad protectora de esta última, a pesar del enojo de ver contrariadas las propias e inútiles idealizaciones del pasado: voluntad a la que se concede ahora algunas mínimas posibilidades de eficacia.

Por fin (han pasado nueve meses desde la autorización de adopción) una familia adoptiva aparece verdaderamente en el horizonte: Zaira acaba de cumplir diez años. El Tribunal de Menores concede que la intervención terapéutica se prolongue otros seis meses después del acoplamiento familia-niña.

Las primeras reacciones de esta última a la fase de conocimiento mutuo son negativas, como era de esperar. Comienza a invadirla una sorda preocupación, que se hará cada vez más explícita, de perder la propia identidad que, por más que fuera pobre y sufriente, no deja de ser todo lo que tiene. Suelen emerger en las sesiones recuerdos de personajes del pasado, con algunos de los cuales la relación no ha sido tan significativa (por ejemplo, la otra psicóloga con la que había tenido algunos esporádicos encuentros diagnósticos unos dos años antes de conocer a la actual, o su maestra del parvulario), pero con los que ahora precisamente la asalta la exigencia de recuperar el contacto. Su estado de ánimo está bien representado por cuanto sucede en una de las primeras sesiones posteriores a la entrada en contacto con la familia adoptiva. Zaira llega haciendo ostentación de un gran bolso, que durante mucho tiempo se dedica a lanzar hacia arriba y recoger al vuelo: explica a la terapeuta que allí dentro están todos sus ahorros (muy modestos: ¡57.000 liras!), con los que está convencida de que podrá hacer frente a su manutención hasta que encuentre un trabajo. El significado es transparente: el bolso representa aquello que Zaira siente como suyo, sus bienes, antes psíquicos que materiales, bienes que la consuelan de que vale algo y de que no está a la merced, como una mendiga, de quien le tiende la mano.

Cuando su instalación se vuelve estable, durante el verano, se perfila otro movimiento negativo. Los nuevos padres le parecen físicamente feos; mientras que el padre (según los esquemas más clásicos en este tipo de niños) se salva un poco, se

instaura, mental y prácticamente una ruta de colisión constante con la madre. Ésta es vista, además, como vagamente desagradable: Zaira habla con crueldad de su gordura, de la impresión que le da cuando la ve en camión y las bragas se transparentan un poco, de que besa a su marido en la boca. La niña está convencida de que por la noche hacen el amor y el pensamiento de esta intimidad le provoca desprecio. Parece que todos los sentimientos tomados en préstamo de la vida anterior salten ahora y no puedan más que ser volcados proyectivamente sobre estos nuevos «monstruos», dado que los padres naturales deben ser preservados de toda crítica, a través de la excesiva idealización que ya antes se había destacado. Obviamente esta transferencia de vivencias crea graves problemas para aproximarse con objetividad a las nuevas figuras de referencia: dificultad que la terapeuta trata de discutir e interpretar con Zaira, redimensionando además los mecanismos proyectivos.

Junto con este visceral rechazo aparece también algún pequeño indicio de que los nuevos vínculos le interesan. Zaira, por ejemplo, se dice, espantada por la idea, de que los padres, precisamente porque hacen el amor, puedan concebir un nuevo niño y olvidarse de ella; progresivamente desplaza también a los dieciocho años los proyectos de una supervivencia autónoma. Aunque este último pensamiento sigue estando viciado por una grave transformación en su contrario (Zaira se pregunta si su familia, con la que se imagina que regresará en aquel momento, volverá a quererla consigo después de que los haya traicionado con estos «extraños», borrando la expulsión de la que, en cambio, ha sido objeto), al menos indica que la niña formula la hipótesis de que, en cualquier caso, tendrá lugar una convivencia con los «extraños». Más allá del canal verbal, reconforta asistir al progresivo viraje del simbólico. El juego del niño muerto va perdiendo interés; aparecen, en cambio, juegos con la misma muñeca más tranquilizadores: no sólo es dejada mucho menos tiempo a los cuidados de la terapeuta, sino que también Zaira consigue tratarla con amor.

Durante muchos meses se columpia entre dos pensamientos: no quiero concederme esta relación, pero la deseo un poco. Una vez más el canal simbólico es un espejo fiel de la realidad interna: un día Zaira realiza un significativo dibujo, en el que el sol destaca sobre las casas, pero éstas siguen inmersas en una nevada. Desde mucho tiempo antes de Navidad (aún estamos en octubre), Zaira se preocupa de preparar dibujos y notitas en los que escribe dedicatorias para sus nuevos padres: pero se niega a dejárselos ver, aplazando al futuro, «cuando estén terminados», el obsequio de ellos y simbólicamente también de sí misma. A través de estas mismas dedicatorias la terapeuta puede ver que en la propia mente la niña cualifica a aquéllos como «mamá» y «papá»: pero Zaira aún no está dispuesta a que esos apelativos le salgan de los labios y sigue llamándolos por su nombre.

Comienza a verificarse un hecho, al mismo tiempo indispensable y peligroso: la terapia se convierte en el lugar en que Zaira puede depositar toda su ambivalencia y explicitar que está dividida entre impulsos positivos y negativos hacia la nueva situación. Otro significativo dibujo, que representa a un Papá Noel delgadísimo junto a una casa con puertas y ventanas bien cerradas, permite entender su necesidad de

acercarse a la nueva relación, tan alejada (escasa) de esperanzas idealizadas, reservándose su entrega con mucha circunspección. Si el deber del terapeuta es recoger tales sentimientos y alentar su evolución teniendo en cuenta, sin embargo, los tiempos de los pequeños pacientes, no debe subestimar, empero, el riesgo de que los tiempos de tal ambivalencia se vuelvan intolerables para las expectativas de los padres adoptivos. También en este caso la situación estaba evolucionando precisamente hacia ese peligro: por tanto, se decidió explicitarlo a Zaira, y forzarla, dentro de lo posible, a que expresara a sus padres los sentimientos positivos que, en cambio, aún quería reservarse.

Instaurar este diálogo transparente permite que Zaira sea por lo menos más realista en sus propios descontentos y miedos. Su preocupación, del todo razonable, se concentra en el temor de que los padres quieran reducir demasiado sus contactos con su hermana Viola, instalada como ella en otra familia adoptiva, y que pretendan borrar de su mente los recuerdos, buenos o malos, de su vida pasada. De tales sentimientos complejos, que a veces la inducen a inexplicables malhumores o apatía, siente que no puede exteriorizar nada en la nueva familia, porque serían vividos como un fracaso del deseo de darle una nueva vida. También en esto se perfila el riesgo de que la terapia sea el único lugar en que Zaira sienta que puede ser comprendida por aquello que es de verdad, vaciando de inversión la vida real.

La terapeuta decide hacer dos operaciones. La primera consiste en reformular a los ojos de Zaira el significado del mantenimiento de sólidas raíces en el propio pasado: en especial en cuanto a la relación con la hermana, aclara que la utilidad de conservarla es, en su opinión, la de mantener vivo, a través del mutuo testimonio, el recuerdo de que ambas se han salvado de un naufragio («justo en el último minuto», añade en aquel punto Zaira, en un alarde de realismo), y de poderse encontrar ahora milagrosamente a salvo, mejorando, por tanto, con objetividad el humor hacia la presente situación. La segunda operación lleva, de todos modos, después de haber alcanzado esta nueva lectura psicológica, a defender la legitimidad de las solicitudes de la niña, mediando ante los padres adoptivos.

En tal mediación, según nuestra experiencia, es indispensable estar dispuestos a una reducción, por parte de todos, de las propias expectativas iniciales. Al acercarse el momento de la finalización de la terapia, era indispensable recoger al menos algunos resultados estables, aunque de alcance inferior a lo esperado. En aquel punto el riesgo a afrontar con Zaira era la producción de adaptaciones a la realidad demasiado similares a los esquemas arraigados del pasado: no dejar de sentir rencor, pero renunciar a exigir. La terapeuta aclara a la niña que dentro de poco ya no estará presente para hacer de intermediaria entre ella y sus padres. Pero es preciso que al fin haya aprendido algún «método». Conservándolo y aplicándolo, los resultados vendrán con el tiempo. Se comienza también un trabajo en el registro cognitivo (vista la edad de la niña), a fin de que Zaira comprenda el resorte que hace que los padres se enfurezcan con ella, justamente su escaso entusiasmo hacia aquello que consiguen ofrecerle, y de que aprenda a expresar con más claridad los propios sentimientos de afecto por ellos, que confiesa a la terapeuta, pero es tan reticente a mostrar a los

directos interesados. Por otra parte, también debe aprender a hacer llegar los propios sentimientos negativos de exclusión, por ejemplo; o el de sentirse vaciada de la propia identidad, tan desagradable. Se estudian también concretamente los modos de dar curso en la realidad a las buenas intenciones, por ejemplo analizando juntos el contenido de la caja de terapia (llena de notitas de amor para los padres naturales, y de duras críticas a los adoptivos), valorando juntos qué puede ser mantenido y comunicado claramente, y qué, en cambio, puede ser eliminado. También se hacen puestas en escena de cómo Zaira podría, por ejemplo, pedir escribir a su vieja educadora de referencia, o de hacer más regulares los contactos con su hermana, ayudándola a encontrar las palabras.

Llega, al fin, la última sesión: Zaira parece bastante a gusto describiendo los programas de la familia para las fiestas de Navidad, como si finalmente sintiera que pertenece al nuevo núcleo. Cuando la terapeuta le pide que confirme explícitamente tal impresión, se tapa la cara y evita responder. Una vez tranquilizada de que siempre podrá recurrir esporádicamente a ella incluso en el futuro y conservar su recuerdo, se relaja un poco: pide su número de teléfono, que reduce a una microscópica notita, y casi se lo traga, llevándoselo con frecuencia a la boca, finge mirarla a través de una imaginaria cámara fotográfica. Por último, confirma sonriendo que su nuevo acomodo ahora le parece menos terrible que hace algunos meses.

Como se puede deducir de los ejemplos citados, en particular del de Zaira, hacer terapia en estas situaciones no es fácil ni gratificante. El terapeuta orienta su trabajo al *objetivo prioritario* de que el canal de alimentación de la vida psíquica de sus pequeños pacientes permanezca despejado y en funcionamiento a toda costa. Coste que puede comportar adaptaciones a la baja también de las expectativas del terapeuta mismo, en relación con el reconocimiento de la propia función, la adecuación de las reacciones de la familia adoptiva y, como consecuencia de todo ello y de sus movimientos internos, la posibilidad para el niño de obtener un importante y oportuno provecho y cambio, en virtud de la nueva experiencia existencial que se le ha proporcionado. Hay flores cortadas que, incluso si se vuelven a poner en agua, ya no recuperan su esplendor original: el terapeuta debe tenerlo en cuenta. Además, los factores que pueden contribuir al buen éxito del «transplante» son muy complejos y específicos, mucho más allá de las variables obvias como la edad del niño o el tiempo de espera de la adopción: factores que sólo quien conoce profundamente el funcionamiento mental de esa pequeña víctima puede valorar y encaminar correctamente hacia el cambio.

A cambio de unos resultados que pueden parecer muy modestos, al menos

durante un período de adaptación que puede parecer interminable, es necesaria una gran inversión de energías: no sin aspectos frustrantes, sobre todo cuando el terapeuta siente que hace de cámara de descompresión para dinámicas patológicas que, si en el niño son tolerables, en los adultos y en las instituciones pueden parecer irrazonables e irritantes. Por otro lado, debemos recordar siempre que los «modestos resultados» componen la diferencia entre un estado muy cercano a la muerte psíquica (recordemos el juego compulsivo de Zaira) y la posibilidad de continuar viviendo: cualquiera que sea el coste, la elección de curar se convierte, bajo esta luz, en obligada e imprescindible.

El apoyo de la familia adoptiva

Con las premisas antes descritas, ¿en qué situación se encuentra la familia adoptiva?

Ante todo, raras veces es consciente de aquello a lo que se enfrenta. A veces, es preciso decirlo, hay una franca inobservancia o reticencia de las instituciones sobre la oportunidad de informar completamente a los nuevos padres del daño sufrido por el niño por obra de los padres biológicos: es difícil decir cuáles son los numerosos componentes de tal elección, que quizá hace referencia a la buena intención de no turbar demasiado o de una sola vez, o también de respetar una especie de derecho a la intimidad del niño, no exponiendo de inmediato sus llagas. Pero más sustancialmente, aunque el relato de los hechos históricos fuera completo y despiadado, es muy difícil que quien se ofrece como padre consiga imaginar los embrollos de pensamientos y sentimientos que esos hechos han generado. Además, aunque esta conciencia se asomase a su mente, no conseguiría vencer la tensión del corazón que, como en todas las familias adoptivas, hace esperar que los males del pasado puedan ser reparados en la nueva experiencia. Muchos padres adoptivos hablan, un poco como lugar común, un poco porque aspiran profundamente a esto, de «nuevo nacimiento» del hijo que están a punto de coger consigo, de cortar con el pasado, incluso en el ánimo: como si aquello que quizá pueda ocurrir en el plano de la realidad (nuevo ámbito de vida, nuevos vínculos, incluso nuevo apellido) pudiera con facilidad encontrar correspondientes ecos en el mundo interior, que, por el contrario, se constituye

sobre la base de huellas existenciales de las que ninguna está en condiciones de borrar las precedentes. Por otro lado, hay que preguntarse si sería posible llegar a la adopción de criaturas tan afectadas y devastadas si no hubiera en los nuevos padres una notable dosis de idealización, tanto con respecto a su reparabilidad como a la de la propia fuerza sanadora.

Los velos caen de los ojos demasiado pronto. Hay dos cosas que golpean en el corazón a los padres adoptivos. En primer lugar, la dificultad del hijo de contraer *vínculos de confianza*, con particular penalización de aquéllos con la madre: problema cuya clave de lectura, demasiado compleja, se les escapa y es advertido como un doloroso rechazo hacia ellos; en segundo lugar, la *erotización*, a menudo grave, que caracteriza el modo del niño de relacionarse con ellos y con los demás. Recordamos, entre tantos posibles, los ejemplos citados en el apartado anterior: la solicitud de Maddalena de besar la ««colita» de papá, a Ersilia que se baja las braguitas delante de los amigos de los padres y la curiosidad molesta de Zaira por la intimidad entre padre y madre. Se comienza a sentir, aún antes de pensarlo, que se trata de niños para los que parece imposible imaginar un futuro, en especial como identidad sexual adulta, como si todos los parámetros de referencia normales hubieran saltado bajo el efecto de las sombras del pasado, que parecen deformarlo todo.

Damos otro esbozo, iluminador a este respecto, de la historia de Maddalena (véase más arriba el párrafo «Hablemos ahora de Maddalena...»). Su madre había puesto muchas esperanzas en la maduración sexual de su hija: en aquel punto habría sido posible explicarle todo de manera natural, y la constatación de que se había convertido en mujer como las demás niñas habría podido tener el efecto de tranquilizarla sobre su propia integridad, sobre el hecho de que las experiencias precedentes eran vencidas por los procesos normales de crecimiento. Se dedicó mucho cuidado a preparar con delicadeza a Maddalena para la llegada de la menstruación, apenas las nuevas formas de su cuerpo permiten presagiar que ese momento no está lejano. Maddalena comprende racionalmente y parece confiarse en la madre para que la guíe y la tranquilice. Sin embargo, a despecho de la buena voluntad de ambas, sin poder encontrar la vía de las palabras, otro canal funciona en la mente de la niña. La pérdida de sangre natural, aún antes de que se produzca de verdad, desencadena en su fantasía los recuerdos del abuso sufrido y de las lesiones que ella imagina que ha dejado en su cuerpo. Mucho antes de la menstruación, Maddalena empieza a tener extraños malestares, que preocupan mucho a sus padres: vomita, sufre desmayos y se asusta hasta quedarse sin aliento. Le parece recordar que su padre natural le apretaba una toalla mojada sobre la boca y a ella le disgustaba

mucho... Sólo después de algunas semanas de tales síntomas llega a evocar las penetraciones orales que había padecido, que hasta entonces no había revelado. En aquel punto parece haber superado la crisis: la primera menstruación es acogida con buen humor, buscando aún compulsivamente en la madre la confirmación de que era como las otras niñas, pero dispuesta a creerlo. Luego el ciclo se bloquea durante algunos meses. Aunque no es infrecuente en la fisiología, se espera que todo vuelva a la normalidad. Sin embargo, algo transmite señales de alarma: vuelven en grande los graves trastornos del sueño, antes muy reducidos. Maddalena ya no consigue dormir sola, como en los primeros años pasados con la familia adoptiva: además, al pánico irreprimible se han añadido inquietantes rasgos obsesivos. La sábana de la cama de matrimonio a la que se ha trasladado, a veces sólo con la madre, a veces con ambos padres, nunca está bastante estirada y en orden, y pasa parte de la noche arreglándolo todo después de cada movimiento de cualquiera en el sueño, como si el orden externo y, qué casualidad, nocturno, debiera compensar la revolución interior. Y he aquí que a la llegada del segundo ciclo, explota con claridad en Maddalena el pánico de ser herida en sus partes íntimas; quizá precisamente por eso no consigue dejar de «tocarse», desde que era pequeña... El rendimiento escolar, ya precario, se precipita del todo, la recuperación se produce muy lentamente, con gran depresión de la madre adoptiva.

Entretanto se abre camino en el padre adoptivo el sentimiento de fracaso, como ocurre siempre que *antiguos nudos problemáticos* se reactivan dolorosamente. Para algunos se tratará de la obvia herida narcisista de no haber tenido hijos propios; para otros del estallido de conflictos latentes con el cónyuge, arrinconados en el proyecto adoptivo; para otros más, de precedentes desilusiones sobre sí mismos, como personas o como padres.

En la familia adoptiva de Zaira hay también otro hijo natural, desde hace poco mayor de edad. La relación con él es descrita en un primer momento por sus padres como carente de problemas importantes, aparte de aquel, un poco fastidioso, de tener un carácter demasiado tímido y reservado. Sólo después de las primeras puestas a prueba por parte de Zaira, la madre consigue confesar, llorando, que ha tenido grandes dificultades con ese hijo, cuando aún era niño. Era muy hostil con ella, que quizá trabajaba demasiado, y se había aficionado, como si fuera su verdadera madre, a su hermana menor. La madre concluye desconsoladamente que había sufrido mucho para reconquistarlo, y tampoco ahora lo siente muy cerca: ahora con Zaira le parece volver atrás y sufrir lo mismo.

La desilusión de las propias expectativas iniciaría movimientos depresivos, muy peligrosos en el momento en que, en cambio, no se pueden ceder las armas,

so pena del completo fracaso de la adopción. Debe tenerse presente que una determinada cuota de adopciones de víctimas de abusos acaba en una brusca ruptura: el niño es expulsado de la familia durante el año de acogimiento previo a la adopción, o, mucho más trágicamente, incluso más tarde, casi siempre con la aparición de los problemas de la adolescencia, que podemos imaginar cuán virulentos son en los sujetos que han sido víctimas de abusos sexuales. Con más frecuencia la familia encuentra por sí misma, como puede, *antídotos para la depresión* que conjuren el riesgo del *burn-out*.

Hay dos principales mecanismos ejecutados, a menudo enfrentados entre sí. El primero es la *negación*, orientada al mantenimiento de la idealización con la que ha partido el proyecto de adopción. Como siempre, las aplicaciones de esta defensa pueden ser matizadas, bajo la forma de minimizaciones, banalización del significado de las señales de malestar y transferencia hacia el futuro, gracias al impulso evolutivo, a la resolución de los problemas, etc.

Un ejemplo nos viene de los padres adoptivos de Krizia (de la que se ha hablado más arriba en el párrafo «Bruna es una mujer...»). Mientras la niña frecuentaba aún las sesiones de terapia, durante los primeros meses de la instalación con ellos, habían emergido consistentes problemas de erotización de la relación con el padre adoptivo, al que se le pedían juegos de lucha e intimidación corporal: en particular juegos en la oscuridad, en los que era preciso llegar a encontrarse a tientas. No había escapado la desagradable componente sexual de dicha iniciativa de la hija, también porque estaba acompañada de carcajadas descompuestas y excitadas del todo inusuales en las otras interacciones cotidianas. La terapeuta añade que últimamente ha visto cambiar mucho el vestuario de Krizia: al poder elegirlo sola, al contrario de cuanto ocurría en la institución, han aparecido botitas, leotardos y camisetas pegadas tejidas de hilos brillantes más bien inadecuados para su edad y sus compañías. Quizá a través de estas elecciones la niña señalaba otros componentes de la erotización expresada con el padre. Rápidamente los juegos que antes preocupaban son redimensionados por sus padres como el resultado de una deseducación de las normales interacciones entre niños y adultos derivada de la larga estancia en la institución, además de las dificultades cognitivas que impiden que Krizia se interese por actividades más intelectuales. En cuanto al vestuario, la madre niega que sea tan extraño, aun admitiendo que en su actividad de maestra nunca le ha ocurrido ver a niñas de la edad de la suya presentarse de aquel modo; concluye al fin: «¡No me importa cómo se viste, mi hija es guapa se ponga lo que se ponga!».

Una consistente parte de los mecanismos de negación está formada por la fuga del plano emocional al cognitivo y de la acción. El problema de tener que

vérselas con un hijo cuyos sentimientos son enigmáticos e inquietantes es convertido en el problema de tener que hacer que el niño aprenda algo que «no sabe», porque no se le ha enseñado: la deformación y contaminación que marca a la pequeña víctima es reinterpretada como ignorancia. Muchas familias se dedican a este *quid pro quo* con enorme inversión de energías: el hijo es sumergido en una organización vital rica en actividades, se modifica su modo de peinarse y vestirse, y se hacen muchas presiones para que aprenda las reglas de la buena educación, en la mesa por ejemplo. Señales de muy distinta naturaleza que impiden la observación de tales reglas múltiples (la apatía o el miedo físico que dificultan invertir en las actividades lúdicas o deportivas, la avidez de comida que imposibilita el hecho de estar correctamente en la mesa, la erotización que hace saltar las costumbres basadas en la buena educación y así sucesivamente), son reprimidas en nombre de la opinión antes descrita, aunque ningún padre adoptivo consigue cultivarla con completa buena fe, y sabe, en el fondo, que la cuestión es otra.

En particular este *impulso educativo* encuentra un terreno obligado en las exigencias escolares, prestación que ningún niño puede considerar facultativa. Es muy común que gran parte de las interacciones cotidianas se centre, sobre todo entre madre e hijo, en torno a las tareas escolares. En efecto, es casi constante que niños tan sufrientes y de vuelta de tantas tempestades no hayan podido invertir suficientes energías en las propias posibilidades cognitivas, acumulando un retraso escolar incluso notable. Precisamente en esto los padres adoptivos reconocen un plano reconfortante de interacción: si sobre una serie de dificultades es inevitable sentirse impotentes, al menos en esto, ayudar al hijo a estudiar y aprender, uno se siente frente a exigencias conocidas y abordables; además, no son tan diversificadas como las otras.

Por desgracia, la buena intención choca, obviamente, con el hecho de que las dinámicas relacionales tienen la propiedad de trasladarse sobre diversos terrenos interactivos, invadiéndolos todos. Así, muy a menudo también la batalla «cognitiva» termina con una derrota, al menos momentánea: derrota capaz de profundizar el sentimiento de fracaso.

Entonces la negación de la preocupante diversidad del hijo adoptivo puede encontrar formas aún más rígidas. Por tanto, estalla la ansiedad de penetrar en todos los recovecos de sentimientos y pensamientos, de impedir espacios de autonomía no controlada y orientada tal como se ha programado. Si el niño

parece inasible, aún inmerso en su mundo anterior, como comportamientos y síntomas impiden olvidar, entonces habrá que cerrar las puertas de ese mundo, incluso imponiéndose, orgullosos de la buena intención de ahuyentar sus zonas de sombra, tan intolerables.

No es en absoluto raro que, una vez generada esa ansiedad, los padres puedan llegar incluso a comportamientos que sólo pueden ser definidos como de malos tratos, tanto en el plano psicológico como en el físico. Es superfluo subrayar cuán nefasto es este estado de cosas, arrastrando también a los nuevos padres a los mismos esquemas interactivos perjudiciales de los padres naturales, confirmando así la profecía desesperante de sus hijos adoptivos y reforzando en ellos la idea de que el maleficio, una vez lanzado, no es modificable por ninguna fuerza positiva.

Una vez más son instructivas las vicisitudes de Zaira. Como antes se decía, la niña, además de lamentar la invasión de todo su tiempo libre por parte de las obligaciones escolares, a causa de las cuales la madre la tenía en la mesa durante horas, se decía descontenta por el hecho de que, incluso terminados los deberes, no se le concediera, como habría querido, aislarse un poco en su habitación (que era, además, lo que más apreciaba de su nueva situación, al no haber podido disfrutar nunca de tanto espacio personal). La madre temía que Zaira se refugiase en sus recuerdos, alejándose de la relación con ellos, y prefería empeñar a su hijo mayor o a su marido en interminables partidas de cartas con la niña, con tal de no correr ese riesgo. Análogamente prohibía a Zaira tener sus pequeñas cosas —notitas, dibujos, juguetes— guardadas o encerradas en los cajones de su habitación, hasta el extremo de que ésta recurría a la caja de la psicoterapia incluso para mantener momentáneamente en secreto las sorpresas de Navidad que estaba preparando para su nueva familia. Una vez — cuenta la niña— durante un trayecto en coche Zaira se había mostrado silenciosa y pensativa: lo estaba de verdad debido a que algunos recuerdos tristes le habían vuelto a la mente y a que pensaba que no podía hablar de ellos con nadie, porque no la entenderían. Por toda reacción, la madre había dejado de hablarle durante toda la velada sucesiva, fingiendo infantilmente que Zaira no existía, evitándola como si fuera transparente y explicitando también que si la hija creía que podía ignorarla a ella, ella haría lo mismo y de manera más dura.

Aún más preocupante parece el estado de ánimo en que se encontraba la madre adoptiva de Ersilia (véase más arriba el párrafo «Ersilis, víctima del abuso paterno...»), de la que se ha hablado hace poco. La señora, que, no obstante, se había constatado que era capaz de grandes intuiciones con relación a la pequeña, después de haber contado los llantos inconsolables de esta última, provocados por motivos irracionales, había decidido dominar la situación golpeándola. Si primero lo

hacía sólo porque perdía los nervios, luego había constatado que sólo el miedo físico bloqueaba las explosiones de malhumor de la hija, que se «congelaba», pero al menos dejaba de llorar. Poco a poco, el mismo «sistema» había sido experimentado también para superar el miedo a la actividad física, por ejemplo montar en bicicleta. Era muy consciente de que todo esto era injusto, pero ¿qué hacer de otro modo, sin acabar condenados a la alternativa de la impotencia?

El otro poderoso antídoto contra la depresión frecuentemente experimentado es el recurso a la *proyección*. En este punto debe encontrarse un culpable del fracaso, naturalmente exterior a sí mismo. Si el niño no consigue salir de su antiguo mundo, por más esfuerzos amorosos que se hayan hecho en su nueva familia, es porque alguna traba lo mantiene encadenado a él: por tanto, no a causa de la difícil modificabilidad del mundo interior, sino por motivos factuales. Entonces nos concentramos en todos los vínculos precedentes aún no del todo cortados, prescindiendo de distinguir entre aquellos que han sido perjudiciales y aquellos, en cambio, útiles; lo que importa es que pertenezcan al pasado: en ellos sólo se reconoce la amenaza para el despegue de la nueva vida.

En particular, se miran con temor y sospecha aquellos más fuertes, como, por ejemplo, con los *hermanos* pertenecientes al mismo núcleo de origen. Si bien a menudo es sabia la decisión del Tribunal de Menores de poner como condición para la adopción el mantenimiento de relaciones entre hermanos, y si muy a menudo los padres adoptivos se muestran de entrada absolutamente dispuestos ante tal perspectiva, en la práctica surgen no pocos problemas. El ataque a dicho vínculo comienza a menudo de manera tortuosa. Se busca la excusa de las oscilaciones en el humor inducidas por los contactos, directos o telefónicos, entre los hermanos, por lo demás obvias si se tiene la mínima intuición de las tempestades psíquicas que agitan a las pequeñas víctimas y que pueden tener uno de los muchos momentos de reagudización al retomar los hilos de la experiencia pasada, incluso a través de quien la ha compartido con ellos. Aunque se sepa perfectamente que otras tempestades análogas son desencadenadas por los motivos más insignificantes, se da una particular puntuación a los eventos, cargando de poder desestabilizador y negativo aquello que es sólo uno de los papeles de tornasol del malestar constante. Así, con el pretexto de garantizar al hijo adoptivo una mayor tranquilidad, se trata de disminuir el ritmo de los encuentros. Un modo particularmente insidioso de gestionar la cuestión consiste en dejar implícitamente a la autónoma iniciativa de los hermanos la decisión de

mantener o no los contactos, instaurando un círculo vicioso de cosas no dichas que acaba por enredarse con las vivencias de traición, expulsión y expropiación, tan virulentos en las pequeñas víctimas, envenenando también el último residuo, quizá de potencial solidaridad, de sus vínculos anteriores.

Igualmente peligroso, interviene también frecuentemente el *ataque a la terapia*, en el caso de que esté en curso desde antes de la adopción. Es necesario mirar con objetividad un movimiento que a primera vista suele parecer muy insensato, en especial en personas que pueden tener un discreto grado de cultura: en el fondo el terapeuta constituye la garantía de una continua asistencia también para la familia frente a una situación patológica muy comprometida, una segura referencia —que se vale a menudo de la larga familiaridad con el niño— para la comprensión de comportamientos y síntomas de lectura nada fáciles, un aliado indiscutible en el favorecimiento del proceso de arraigo del niño en su nueva situación: el terapeuta sabe perfectamente que es el último recurso de su pequeño paciente. ¿Por qué no aprovechar sus potencialidades positivas? Por desgracia, estos razonamientos, que efectivamente toman la delantera en los primeros tiempos de la adopción, cuando todavía el sentimiento de fracaso no se ha hecho agobiante, ya no se aguantan en el momento en que todo lo que está o parece estar más cerca del niño de cuanto los padres consigan estar se convierte en un término de confrontación insoportable. Además, ese vínculo también es un continuo contenedor de las memorias pasadas, un constante testimonio de ellas: por tanto, una vez que las emociones han tomado la delantera y ya no se está en condiciones de entender qué precioso es esto justamente para una buena elaboración que allane el camino del futuro, prevalece el temor de que también pueda constituir una de aquellas trabas que impiden «olvidar». En último término, pero no desde luego en importancia, debe también recordarse que precisamente la confrontación con el terapeuta, que, como todo clínico, debe tomar de manera realista el pulso de la salud del paciente, entra irremediabilmente en conflicto con esos mecanismos de negación y de idealización, antes descritos, a través de los cuales uno se querría garantizar una vía de escape de la impotencia.

Si no hay un marco institucional que fuerce la continuidad de tal protección, al menos durante el mínimo de tiempo necesario para la superación de la crisis de adaptación a la nueva realidad (marco institucional que consideramos decididamente deseable), es muy difícil que los ajustes internos en el triángulo

padres-niño-terapeuta puedan oponerse por sí solos al impulso prepotente de barrer aquello que ya no se siente como una ayuda sino como un rival. A cuanto antes se ha expuesto se añade a menudo también el miedo a ser juzgados, a resultar por debajo de las expectativas, precisamente porque proyectivamente se hace la constatación de estar por debajo de las propias; incluso de ser «desatendidos» por el terapeuta que «toma partido» por el niño, visto en esos momentos como objeto persecutorio, y no considera suficientemente a fondo sus problemas. Como se ve, otros incongruentes mecanismos competitivos agravan un cuadro que ya es confuso.

Es necesario que el terapeuta madure bastante objetividad para saber reconocer cuándo ha llegado el momento en que la continuación de la relación terapéutica se hace más un riesgo que una ventaja, cuándo los movimientos emocionales se han vuelto tan ingobernables como para no admitir posibilidades de elaboración verbal, en la conciencia de que se trata de situaciones realmente desgarradoras, no muy distintas de las que estamos habituados a considerar «extremas», es decir, aquellas que impulsan a los seres humanos a adaptaciones más allá de lo lógico y lo posible. Aunque pueda ser amargo renunciar al proyecto terapéutico que se ve aún demasiado necesario para el pequeño paciente, nunca se deberá correr el riesgo de salvaguardar en desmedro de su posibilidad de encontrar una experiencia real al menos potencialmente correctora.

En ese punto no hay otra elección que abandonar, en la esperanza, a veces realmente confirmada, de que quitando materia a los mecanismos protectores, eliminando a los fantaseados rivales, prevalezca un movimiento depresivo más aceptable que el original, que impulse sanamente a reconocer, sin sentirse destruidos por ello, una cierta dosis de impotencia, y a pedir ayuda para reducir sus efectos.

La experiencia nos ha puesto también delante del «después» de la interrupción de la terapia, cuando los padres adoptivos se dirigen a nosotros, que con anterioridad no hemos conocido a su hijo, para que nos ocupemos de él, en razón de nuestro específico conocimiento en ese tipo de patología. Sólo después de haber intentado inútilmente eliminar de la mente del niño los efectos de las memorias traumáticas puede seguir la curiosidad de conocerlas mejor para aprender al menos a gobernarlas, si no se puede derrotarlas. Aquí es posible encauzar las energías en la dirección de una aceptación de la cuota de

inmodificable y crónico presente en la víctima de abusos, valorando al fin los pequeños progresos realizados y sintiéndose de veras satisfechos con ellos, ahora que se tiene un conocimiento más realista del desafío que se ha aceptado con la adopción de sujetos tan difíciles. Éste es, en nuestra opinión, el resultado más valioso, el que de verdad puede garantizar una estabilización de la experiencia adoptiva. Veamos un reconfortante ejemplo de ello.

En efecto, para los padres de Maddalena las instituciones no habían dispuesto ningún apoyo terapéutico; ellos mismos se habían dado cuenta de la gravedad de la hija y habían buscado ayuda, primero a través de maestros y pediatras, luego se habían convencido de que necesitaban un psicólogo, acudiendo a algunas consultas fragmentarias, muy poco eficaces: ya se ha descrito antes la grave situación sintomática en que aún se encontraba la niña en el momento de la solicitud de terapia en nuestro Centro.

Los padres estaban de vuelta en aquel punto de toda una serie de intentos fallidos, precisamente en la habitual dirección del «educar» y del «olvidar». Los reflejos sobre Maddalena de tal furia reformadora, como refuerzo de sus vivencias de indignidad, son muy evidentes en el «juego del barbudo», antes descrito. Ahora ya eran conscientes de que no tenían más cartas que jugar, al menos autónomamente.

Además, la grave situación de Maddalena había puesto en evidencia tanto los nudos relativos a la relación de pareja como a la fragilidad psicológica de la madre. Ésta, que había sufrido en su juventud de momentos de inestabilidad emocional, había encontrado en el marido, conocido cuando eran muy jóvenes, el remedio exclusivo y posesivo que podía compensarla de las relaciones con la propia madre siempre sentidas como desvalorizadoras. Aun siendo una persona sensible e inteligente, sufría desde hacía tiempo de crisis claustrofóbicas, que la obligaban a depender del marido, reforzando su relación simbiótica. Pero la llegada de Maddalena, a la que, sin embargo, había deseado intensamente, al no poder tener hijos propios, había impuesto necesidades completamente distintas de ordenamiento de la relación de pareja: necesidades no poco traumatizantes y contrastantes en especial con las expectativas del marido. Éste, algo hostil hacia una hija a la que amaba tiernamente, pero a la que no podía dejar de sentir como rival, había reactivado, en cambio, los propios recuerdos de infancia, de niño crecido en un clima militar y poco afectivo, pretendiendo obtener de Maddalena la misma aquiescencia que él había mostrado, chocando en cambio con el fracaso de los propios proyectos. En ese punto la mujer se había sentido cogida cada vez más entre dos sujetos opuestos y necesitados de ella y había agravado las señales de malestar sintomático: en un matemático círculo vicioso, el marido había intensificado aún más los propios comportamientos censorios, oprimido por el temor de un «secamiento» de la consorte por obra de la hija. Además, los trastornos del sueño de Maddalena habían comportado también una drástica reducción de las relaciones sexuales, que hasta

entonces habían constituido una buena vía de recuperación en una relación que había atravesado momentos muy difíciles: todo se había vuelto aún más intolerable.

La terapia ha tratado de acompañar a los padres, en paralelo con la niña, a fin de que pudieran abandonar en una cierta medida la lucha para adaptar a la hija al ideal esperado, como confirmación la propia adecuación como padres. En lugar de ese «lecho de Procusto», se trató de enseñarles comportamientos igualmente capaces de mantener alta su autoestima y mucho más constructivos. Nos esmeramos mucho en abrir en su mente y en su corazón la posibilidad de una fuerte contención de las precedentes experiencias traumáticas de la hija, hasta entonces en gran parte desconocidas. La confirmación de su nueva disponibilidad para acoger de manera realista su sufrimiento está constituida por el hecho de que Maddalena ha encontrado al fin el valor de revelar los abusos sufridos en su familia de origen. Sobre este punto el progreso, aunque alcanzado lentamente (¿y cómo habría podido ser de otro modo?), es, desde luego, irrevocable, también por parte del padre, al comienzo más escéptico y evasivo frente al problema.

La segunda dirección del trabajo, desde luego más dolorosa, ha llevado a la aceptación de la cuota de cronicidad ya inmodificable en la patología de la niña. El acento de la percepción de los padres ha debido ser desplazado con constancia y paciencia de la herida por la diversidad aún tan evidente de Maddalena al consuelo de advertir sus pequeñas mejoras, de asistir al continuo reforzamiento de la relación de confianza, de secundar sus intentos de hacerse adecuada a las expectativas de los padres. Cuando se llega a la formalización del nuevo apellido, conmoverá a todos ver cómo Maddalena se dibujará en todo semejante a su madre, rubia, cuando es tan morena en realidad. Igualmente conmovedora será su tenacidad en querer participar como todos los compañeros en una semana de vacaciones fuera de casa, dispuesta a cargar con el compromiso de gestionar la propia enuresis nocturna para hacerlo.

Otro escollo que cabía superar fue la reducción de la idealización hacia sí mismos, pero también la conquista de una cierta indulgencia por el hecho de no ser los mejores padres posibles, como habrían querido. Los problemas personales de la madre se han reducido progresivamente, gracias también a la mayor inversión en la terapia y al papel absolutamente preeminente adquirido en relación con la hija, según los esquemas más habituales en estos casos. El padre ha seguido haciendo pesar las propias insatisfacciones por una relación de pareja que se ha vuelto tan distinta de como antes la había querido: ahora que la relación entre madre e hija ya no estaba gravada por la hostilidad mutua, sentía que en cierta medida de algún modo también la paz entre ellas lo excluía. Por tanto, algunos periódicos momentos críticos han seguido afligiendo a la pareja, que, sin embargo, han hecho poca mella en el equilibrio de Maddalena y su madre.

Las dificultades han sido muchas y continuamente resurgentes: a cada nuevo fracaso, o señal de malestar de la niña, la desesperación y la impotencia amenazaban con hacerse tan devoradoras como antes. Ahora se puede decir que se ha alcanzado un buen grado de depresión realista y constructiva, que frena al fin el hecho de lanzarse a luchar contra aquello a lo que nunca se podrá derrotar. Ha sido duro tener

que reconocer que el futuro, incluso el mejor posible, nunca podrá borrar ni reparar completamente el pasado. Pero esta conciencia, ahora alcanzada, constituye un terreno seguro.

EL GRUPO COMO RECURSO

Una mención particular, en el razonamiento sobre los formatos, debe reservarse al trabajo de grupo. La literatura ha dedicado mucha atención a la posibilidad de afrontar las temáticas postraumáticas dentro de grupos: éstos parecen particularmente eficaces para las víctimas de abusos adolescentes, pero también han sido aplicados a niños más pequeños, además de a los adultos tanto protectores como agresores (MacFarlane, Waterman, 1986; Friedrich, 1990). Además de la terapia planteada según cánones clásicos, han sido descritas técnicas particulares dirigidas a conseguir objetivos focales. En estos casos el programa predefinido de los asuntos y la actitud directiva de los conductores hacen lo que ocurre en estos grupos más similar a una forma de aprendizaje que de terapia, aunque la construcción de la intervención tiene ampliamente en cuenta un preciso análisis de las necesidades psicológicas generalmente presentes en los pacientes unidos por una experiencia traumática sexual.

También es posible formular la hipótesis de una utilización del grupo como uno de los numerosos formatos aplicables en un trabajo psicológico articulado, según las indicaciones contenidas en el ya citado trabajo de Sheinberg y otros (1994). En esta dirección se pueden programar intervenciones episódicas, o mejor de duración limitada, en las que, según sea oportuno, pacientes que ya realizan un programa terapéutico que comprende otros formatos de sesión son a veces reunidos para afrontar algún asunto específico; asimismo, se puede recurrir temporalmente, si en una determinada fase del tratamiento las temáticas emergentes de un cierto número de pacientes tratados individualmente o como núcleo familiar son similares o convergentes, a sesiones de grupo con la expectativa de que poner en común vivencias y experiencias pueda acelerar o reforzar los efectos de la intervención terapéutica.

Los resultados que se obtienen de tales estrategias terapéuticas, si se consigue cumplir sus condiciones a través de la disponibilidad de una casuística homogénea en cantidad suficiente, son a veces extraordinariamente positivos, sobre todo en situaciones como las del abuso sexual en que, después de la revelación, puede ocurrir que, en la decantación de las relaciones aún útiles de las que deben ser cortadas, se corra a menudo el riesgo de quedarse concretamente solos. No debe olvidarse, además, que, incluso más allá de

factores de realidad, la vivencia de haber sido hechos diferentes del resto del mundo por la anormal experiencia sufrida es muy fuerte y está siempre al acecho, también en estadios avanzados de elaboración psicológica. Es comprensible, por tanto, que incluso el solo hecho de encontrarse con personas similares a sí mismo en cuanto a sentimientos y problemas que quepa afrontar sea un consuelo tonificador: además, si están dirigidas con sagacidad, las sesiones en grupo constituyen una aportación no indiferente para el pensamiento y, evitando la suma de motivos depresivos, un impulso importante para una factividad positiva. Por último, al contrario que para las sesiones familiares, de las que se ha visto el efecto a veces inhibitor —al menos sobre ciertas temáticas—, si se comparan con las sesiones individuales, los encuentros de grupo tienen un resultado opuesto. En efecto, en ellas personas que pueden haber desarrollado una excesiva dependencia del terapeuta, o que tienden a la pasividad, encuentran estímulo para tomar más la iniciativa; y personas que, con fines defensivos, tienden a utilizar mecanismos de negación o minimización de hechos y sentimientos pueden sentir caer las propias resistencias si son puestas en contacto con los sufrimientos y las desventuras de otros, encontrando el impulso para reconocerse a sí mismos al reflejarse en ellos. Será obviamente deber del conductor evitar que estos aspectos positivos sean contaminados por la aparición de fenómenos demasiado acentuados de identificación colectiva, con la aparición de vivencias falsas: tal riesgo parece, sin embargo, bastante remoto en las situaciones en las que los aspectos de trauma real han sido tan emocionalmente significativos, y, en todo caso, de alcance decididamente inferior a los beneficios.

Ya hemos referido en el tercer capítulo el trabajo efectuado con las familias de dos niñas que habían entrado peligrosamente en contacto con un educador pedófilo (véase más arriba el párrafo «Los señores Vecchioni y...»). Puede ser útil completar el cuadro citando otra experiencia, en la que los participantes se encontraban ante problemas mucho más comprometidos, y que ha tenido igual éxito.

El grupo estaba compuesto por cinco padres protectores de pequeñas víctimas de abusos sexuales (el examen psicológico de tal condición ya se había completado; con posterioridad se produjo también la condena penal de los agresores). La circunstancia agravante fue la coincidencia de la fase procesal atravesada por ellos: después de la

audiencia preliminar se encontraban sorprendidos y decepcionados al entrar en contacto con la insolencia de la defensa de los imputados, decidida a adoptar estrategias de descrédito hacia ellos. Otros factores hacían oportuna la agrupación: el tener hijas en edad escolar y el ser todos de edad similar (entre los treinta y los cuarenta años) y de clase social comparable. Distinta era, en cambio, la tipología del abuso: en una situación se trataba de abuso extrafamiliar, cosa que había comportado la presencia en el grupo de un padre, mientras que las otras participantes eran todas madres separadas del marido, acusado por la hija como agresor. Sin embargo, la existencia de los factores de semejanza antes dichos tuvo el poder de minimizar las diferencias.

La primera temática afrontada ha sido obviamente la que había dado origen al grupo, es decir, las vivencias de traición relativas a las autoridades, de las que se habría esperado o, mejor, era de esperar, un comportamiento muy distinto. La imprevista percepción de ser tratados no como acusadores, sino como acusados, de que cada palabra sería sopesada, que habrían sido sometidos a extenuantes interrogatorios y su propia vida y debilidades privadas puestas al desnudo, era para todos perturbador. Un segundo punto en común era la decepción, incluso más amarga, hacia los propios allegados, con cuya solidaridad se pensaba que se podía contar y que, en cambio, se habían revelado evasivos o incluso hostiles: de ello resultaba un gran sentimiento de soledad y alarma.

Descubrirse similares y poder intercambiar experiencias al respecto les ha permitido saber qué salubridad irrenunciable se ocultaba detrás de esta aparente debilidad que los hacía sentirse en inferioridad respecto del arrogante autor del abuso, y ha hecho emerger orgullo del propio poder sufrir, mirar a la cara la realidad y luchar por una causa justa, la de los propios hijos. Incluso sin estar seguros de la victoria en el plano judicial, esto ya constituía una victoria con relación a las insidias que durante tanto tiempo habían echado una tremenda sombra sobre su vida.

El efecto positivo ha sido tal que, terminada la primera sesión, los participantes se quedaron espontáneamente juntos otras dos horas antes de despedirse. De ello surgieron otras iniciativas voluntarias: la más importante fue la decisión de algunos de que también se reunieran sus hijas. Esto ha multiplicado comprensiblemente el efecto benéfico de las sesiones de grupo, comportando, para las pequeñas víctimas, un elemento directo añadido de elaboración psicológica que ha tenido correspondencias objetivables en el tratamiento individual en curso.

El buen inicio ha permitido que los padres sintieran los encuentros de grupo como un contenedor posible para otras problemáticas comunes, ahora diferentes del motivo inicial. Tal exigencia ha inducido también a la adopción de una frecuencia diferente de la programada, llevando a organizar con cadencia quincenal los tres primeros encuentros. En ellos se ha podido tratar, por ejemplo, con menos dramatismo el tema de la «diversidad», sobre todo en el plano de la erotización de las pequeñas víctimas y de la incertidumbre al encontrarse asumiendo conductas educativas con hijas que aparecían llenas de recovecos desconocidos y hacia las que se sentían tan culpables. En otra ocasión, siempre valiéndose del apoyo común, este último asunto estuvo

precisamente en el centro de los razonamientos: espontáneamente se creó un clima en el que se hizo posible contarse incluso sueños muy sugerentes que, de manera indirecta pero eficaz, llevaban al corazón de sentimientos muy dolorosos y difíciles de confesar plenamente incluso a sí mismos. También esta vez la presencia de otros en la misma situación ha permitido una mirada interior que no había podido ser suscitada hasta entonces en los otros formatos del tratamiento.

Por último, precisamente al final han emergido importantes reflexiones sobre la propia familia de origen, eterno punto doliente con respecto al cual fácilmente se verificaban ataques de ira defensivos, que comportaban una gran resistencia a abandonar mecanismos de falsa idealización como protección de sentirse demasiado privados o desvalorizados. En el grupo, las madres de las pequeñas víctimas han podido confrontarse mentalmente con mayor realismo con las propias madres: esto ha permitido el redimensionamiento de los aspectos de intensa insatisfacción y amargura que las había acompañado en otros formatos de trabajo psicológico, y la aparición de una revalorización positiva tanto de lo que se había recibido como de lo que se había sido capaz de transmitir a las propias hijas, extrayéndolo del propio bagaje de experiencias.

Otro aspecto importante del trabajo realizado en grupo fue el hecho de que cuanto emergía en él estaba en continua comunicación con el trabajo desarrollado simultáneamente en los otros formatos con cada núcleo familiar (sesiones de pareja, de la diada madre y niña, individuales de la niña o del padre). Con el permiso de los distintos participantes fue posible tanto referir en grupo elementos emergidos en otras ocasiones, como utilizar las sesiones dedicadas a la familia para reelaborar en parte los temas tratados en las sesiones comunes. Incluso después de la disolución del grupo (ocurrida después de cuatro encuentros, de los que el último fue programado a mucha distancia de los precedentes con el fin de seguir con ductilidad las exigencias evidenciadas en la terapia), el eco de aquella experiencia se ha mantenido vivo durante mucho tiempo en sus participantes. Por ejemplo, han continuado los contactos espontáneos, aunque esporádicos entre las madres; pero sobre todo ha sido posible reactivar, llegado el caso, el patrimonio de pensamientos comunes y el conocimiento de los pacientes entre sí para llevar al tratamiento individual motivos de comparación y semejanzas que a veces se han revelado importantísimos.

5. LAS FASES

No siempre todas las operaciones terapéuticas de las que hemos hablado hasta ahora pueden realizarse. La modulación de los tiempos de intervención es tan fundamental como sus formatos y objetivos.

Una de las razones de ello se puede definir como *intrínseca*. Como algunos autores han ilustrado (Gelinas, 1983; Ney, 1987), el recorrido psicológico para salir de las sombras del abuso y reconquistar al menos una más correcta conciencia de los daños producidos y de las dinámicas patológicas que los han generado (conciencia que es un preámbulo del cambio), aunque es indispensable y provechoso, está lleno de riesgos. Retomar el contacto con una tremenda realidad y ver caer las precedentes defensas que preservan de ella a veces son fuente de temporales, incluso graves, desestabilizaciones psicológicas. Los episodios aparentemente psicóticos a los que se enfrentan, de adultos, algunas ex víctimas, que recuperan ahora los recuerdos antes dejados de lado por la experiencia traumática, son un indicador, extremo pero sugestivo, de la fragilidad psíquica generada por la confrontación con la realidad del abuso sexual (Gelinas, 1983).

Pero esto no basta: precisamente mientras las víctimas y sus familiares se encuentran en la precaria situación antes descrita, sea en el plano personal o en el plano relacional, ocurre que también razones *extrínsecas* añaden su acción potencialmente negativa.

En efecto, después del descubrimiento del abuso, acontecimiento real, es inevitable que todos los demás acontecimientos reales se modulen en torno a tal hecho. Ya no se podrán mantener vivos pensamientos personales o relaciones como si no hubiera pasado nada. Por tanto, quien accede a la conciencia del trauma ocurrido se encontrará revolucionando activamente la propia organización vital, o sufriendo su revolución, en la familia nuclear, en el ámbito de la parentela y de las amistades más próximas, a veces incluso en el trabajo. En el tiempo, a menudo largo, que separa el momento de la inicial revelación de aquel en que se alcanzará una nueva estabilidad, se sitúa la utilidad de la intervención terapéutica, que acompaña para encontrar nuevas adaptaciones a la

realidad de la manera más funcional.

En un círculo relacional más externo, pero igualmente relevante, se sitúan luego los trastornos derivados de la naturaleza delictiva del abuso sexual. La necesidad de llegar a la prueba judicial en estas situaciones acaba por constituir otro escenario en el que el enredo de sentimientos (por ejemplo, las vivencias de culpabilidad o vergüenza) y de mecanismos de defensa (por ejemplo, la negación) de los protagonistas se trasladan, amenazando con complicarse aún más a través de la necesidad de traducirse en un lenguaje con reglas específicas y de converger hacia objetivos peculiares.

Por tanto, mientras todo el mundo cercano y familiar tiembla bajo el disparo de la salida a la luz de la experiencia traumática, también los trastornos en curso en el exterior requieren una gran inversión de energías.

La división en *fases* de la terapia, aquí propuesta, sirve para proporcionar un esquema mental para el clínico, en el que escandir y declinar los objetivos y los métodos ya ilustrados, que siguen siendo constantes durante todo el tratamiento, conscientes de que este último, incluso correctamente orientado, perdería eficacia si no consiguiese distinguir qué operaciones cabe privilegiar en un momento dado, aceptando la dosis de riesgo intrínseca de toda elección y sustrayéndose a una rígida devoción a *settings* terapéuticos supuestamente de valor absoluto. Bajo esta luz, trataremos a continuación de ilustrar las principales fases de la intervención terapéutica que hemos reconocido útiles en nuestra experiencia.

EL APOYO TERAPÉUTICO DE CRISIS

El apoyo terapéutico de crisis es la primera fase del trabajo terapéutico, inmediatamente posterior a la finalización de los procedimientos diagnósticos y que tiene como destinatarios privilegiados a la víctima y al adulto protector. Tal fase coincide con el período de máxima turbulencia en el plano de los trastornos factuales consiguientes al descubrimiento del abuso. Aunque muchas incógnitas pueden comportar variaciones de los tiempos judiciales, es habitual en este momento que se toman las decisiones más importantes en el plano de la tutela de la víctima y se desarrollan gran parte de las verificaciones en el plano penal.

Si al menos un *adulto protector familiar* ha quedado junto al niño, éste se verá obligado a afrontar tareas muy comprometidas: recrear un mapa y una estabilidad de los vínculos familiares, cosa particularmente difícil si el agresor es el padre; conquistar una independencia organizativa y económica desde el punto de vista habitacional y laboral; dotarse de una red de apoyos, adecuados para mediar respecto de los eventos judiciales; y medirse incluso directamente con estos últimos sobre todo en calidad de testigo en el proceso penal. Todo esto se le requiere al adulto protector precisamente en un momento de gran fragilidad personal y de profunda crisis con respecto a la propia adecuación como padre. Además, precisamente cuando siente sobre sus espaldas el peso y el desgarramiento de un hijo damnificado, que muestra por todos los medios que tiene una absoluta y urgente necesidad de cuidado y protección, precisamente de él.

Son reflexiones que atraviesan todos los capítulos precedentes, pero que no es superfluo recordar. La sensación, como decía una de nuestras madres citadas en los ejemplos clínicos, de ser «una tarta demasiado pequeña» es legítima y casi inevitable.

Por otro lado, tenemos una pequeña *víctima* que, apenas comenzado el movimiento de autoprotección y toma de distancia de la experiencia traumática, se encuentra, doliente, con que tiene todos los reflectores apuntándole encima y está obligada a hacer a marchas forzadas un recorrido cognitivo y emocional que había quedado largamente congelado en la sombra y en el silencio. Recorrido bendecido, desde luego, y paso indispensable, si se quiere tener alguna esperanza en un futuro de reparación, pero que comporta el mismo temor y resistencia que experimenta quien, bloqueado por un dolor en posición antálgica,

siente manipular sus miembros encogidos. Por otra parte, el niño, por más que pequeño, comprende incluso demasiado pronto que de él, de su capacidad de cambio de los esquemas interactivos arraigados («no veo, no oigo, no hablo»), y de su posibilidad de expresar tal cambio en todos los planos de la realidad, y no en último lugar el judicial, depende mucho, quizá todo, su destino, y el del adulto protector, que es todo lo que le ha quedado.

Cuando el niño se queda solo, ya hemos visto en el capítulo específico cómo tal capacidad de buena y veloz evolución psicológica es, de manera aún más extrema, la única garantía de una verdadera supervivencia, y no sólo en el plano psíquico.

La intervención terapéutica deberá, por un lado, aprovechar la movilidad de esta fase, pero también elegir obligatoriamente objetivos prioritarios: las energías psíquicas que los pacientes pueden invertir no son, desde luego, infinitas y habrá que obtener de ellas el máximo resultado, al coste más bajo posible, a través de la ideación de una oportuna estrategia de intervención.

Puede ser útil identificar sus constantes. Si el objetivo inmediato es transformar en la posibilidad de entrever *elecciones residuales* la percepción de ser destruidos por la propia impotencia y por el desgarramiento consiguiente a la brusca toma de conciencia de que nadie podrá borrar lo que ha ocurrido, y de que quizá se sea, en parte, culpable de ello, habrá que empeñarse para que tales elecciones residuales resalten y concentren sobre sí pensamientos y emociones. En este caso sería muy equivocado esforzarse por reservar ahora un espacio terapéutico al abrigo de los acontecimientos de la realidad, como lugar puramente psíquico (aunque, desde luego, sería necesario, vista la entidad de los problemas psicológicos salidos a la luz). Los eventos impelentes pueden «hacer juego», en vez de constituir un obstáculo: si uno está luchando para no ahogarse, tiene menos tiempo para preguntarse si de verdad aún tiene ganas de vivir. Además, las obligaciones factuales, en especial cuanto más arduas y comprometidas son, pueden constituir un desafío que insta a dar lo mejor de sí, a dar fondo a los propios recursos. Por el contrario, resistirse a los eventos de la realidad no puede más que crear ulteriores dinámicas disfuncionales y la terapia no puede, desde luego, alentar semejante movimiento.

Por tanto, en primer lugar se tratará de dar una amplia ciudadanía en el trabajo terapéutico a los *componentes factuales*, para construir a partir, no prescindiendo, de ellos, un análisis del pensamiento precedente y el estímulo de

dotarse de un pensamiento distinto, de veras más funcional para afrontar la realidad, y concretamente verificable como tal.

El segundo aspecto que cabe considerar es que nadie puede tener éxito en una empresa tan difícil, como la de volver a vivir y a creer en la vida después de semejante derrumbe, si está solo. Dado que a menudo el fin de los vínculos más importantes, aquellos con los que la víctima y el adulto protector solían contar, es una consecuencia de la salida a la luz del abuso, el terapeuta pondrá el máximo cuidado en conservar, valorar y potenciar todo cuanto pueda hacer de *antídoto a la soledad*.

El primero y principal recurso al que hay que mirar es precisamente la relación entre padre protector y niño; sintonizar sentimientos y vivencias, para que la experiencia de comprensión mutua permita «formar equipo» para hacer frente al derrumbe del mundo precedente y encontrar las ganas de reconstruir, constituye la parte predominante de la intervención en esta fase. Pero está presente otro componente: formar equipo comporta también la posibilidad de una multiplicación de energías frente al mundo exterior y sus insidias, más actuales que nunca en esta fase.

Si es posible, se valorarán también todas las relaciones útiles en la misma dirección: parientes, amigos, abogados, maestros, policías o, como se ha visto, otras personas antes extrañas que atraviesan por los mismos trances, deben ser mirados con favor y atención, promoviendo siempre que sea posible también las conexiones directas con tales recursos. Por lo que se refiere a las situaciones en que el adulto protector encuentra un nuevo compañero, remitimos al parágrafo correspondiente para un análisis de costes y beneficios. La idea-guía, en todo caso, deberá ser siempre la centralidad de la valorización de la relación padre-hijo, a la que todas las demás ayudas deben ser coordinadas y subordinadas.

Por tanto, incluso a marchas forzadas deberán experimentarse todas las operaciones capaces de crear puentes de comunicación, cercanía, solidaridad y lealtad ante todo entre la víctima y el adulto protector: todas ellas experiencias correctivas del aislamiento psicológico en que se ha cometido el abuso.

Todo esto es el tercer punto, y no podrá desde luego ocurrir a través de una simple apelación a los buenos sentimientos, que sabemos cómo escasean en esa situación ya antes del descubrimiento de la experiencia traumática. El único medio para obtener ese resultado de acercamiento no puede ser otro que un preciso *ataque a los procesos de negación* que habían creado la distancia, una

ayuda para mantener los ojos bien abiertos, ahora, incluso sobre daños que es horrible ver. No nos detendremos más sobre esto, porque ya se ha hablado a menudo, dentro de este libro, de la importancia de esta operación, y de cuán determinante resulta para una evolución orientada a la salud. Por otro lado, la lógica misma hace evidente que es imposible comprenderse y solidarizarse cuando se cree preferible esconderse detrás de los más variados tipos de máscaras. Sin embargo, aún más que en las otras fases del trabajo terapéutico, en este momento es necesario sopesar cuidadosamente las posibilidades concretas, paciente por paciente, de resistir el abandono de las defensas de negación, evitación y escisión, en la conciencia de que ellas son tanto más fuertes y rígidas cuanto más sostenidas están por un grave nivel de sufrimiento.

Y ahora planteémonos una pregunta: ¿una intervención psicológica tan selectiva como antes se ha descrito también comporta *riesgos*? La respuesta sólo puede ser afirmativa.

En efecto, en esta fase marcada por continuas emergencias, para alcanzar los objetivos prefijados no se podrá afrontar con orden todos los nudos problemáticos ya aflorados y que requerirían cada uno un congruente tiempo de elaboración. Ya se aludía a la necesidad de establecer prioridades. Si se quisiera usar una metáfora, esta intervención sería comparable a las operaciones de primeros auxilios y de curas provisionales que se pueden realizar, durante una marcha o un partido, con quien compite, a fin de permitirle llevar a término la empresa iniciada.

Tal planteamiento mental del terapeuta obviamente no quita nada al hecho de que en toda circunstancia sea necesario prodigar la máxima profesionalidad y tender a producir modificaciones del ordenamiento psicológico válidas en todos los casos, y que puedan durar en el tiempo; sin embargo, es innegable que también el terapeuta puede ver afectado por la presión del entorno. Por tanto, es de prever que, frente a heridas plurales y correlacionadas de manera compleja, se oriente la atención acaso poniendo intencionadamente en la sombra aspectos que complicarían demasiado el recorrido psíquico, aplazándolos para el futuro. También es posible que estas operaciones influyan en la factibilidad de un tratamiento profundizado a continuación: para usar una comparación médica, sobre una herida ya semicicatrizada será difícil realizar una completa limpieza quirúrgica.

Sin embargo, hay que tener el valor de hacer un honesto balance

costes/beneficios: ¿qué sucedería a nuestro paciente si fracasara la tarea en que está en ese momento y con urgencia involucrado, corriendo el riesgo de incalculables consecuencias?

Es, pues, ética y técnicamente preferible que la intervención psicológica tenga en cuenta ante todo las exigencias del momento, también en sus aspectos imprevisibles y fortuitos, postergando al futuro la realización de terapias con *setting* regular y proyectos más dilatados en el tiempo; en un primer momento, se trata de construir un contenedor sólido pero flexible, adecuado al estado de emergencia.

Pero antes de continuar quizá sea útil aludir también a las particulares exigencias a las que el *terapeuta* deberá responder en esta fase. Cognitivamente, la tarea que tiene por delante es muy ardua. En efecto, se trata de desarrollar, ante todo dentro de sí, un pensamiento del tipo y/y, en el que sentimientos muy ambivalentes e intrincados puedan coexistir sin escándalo y de manera tolerable hasta su sistematización ordenada. Todo ello conectado con las propias razones, basadas, por más que no sean funcionales, en el bienestar y la autoprotección, legitimando al hacerlo a todos los interlocutores en aquel momento útiles al proceso terapéutico (con la única exclusión del agresor, en el caso de que no admita los hechos). Para usar una imagen, si el enredo casi inextricable de los sentimientos en juego puede ser comparado con un pantano, del que se querría huir, se habrá de demostrar que también ese lugar lleno de miasmas es vivible, al menos temporalmente, y puede dar origen a flores y frutos muy respetables que incluso pueden hacerlo un poco ameno.

Desde el punto de vista emocional, nos sentiremos a menudo como quien empuja al naufrago hacia la orilla, aunque íntimamente consciente y doliente al ver con claridad cuán herido está, espantado y mortalmente cansado: «Es demasiado dolor», dice precisamente la madre de nuestro siguiente ejemplo. Demasiado dolor que debe ser compartido y explícitamente reconocido, incluso negando sus consecuencias potencialmente destructivas o paralizadoras.

Dejemos al próximo ejemplo la tarea de ilustrar en concreto cuanto acabamos de decir.

Giada,^[5] la hija de Rossana (de la que ya se ha hablado más arriba en el párrafo «Rossana, de cuya situación se hablará...»), aún no tiene cinco años cuando, a través de una violenta crisis sintomática caracterizada por angustia difusa y

comportamientos compulsivamente erotizados, revela que ha sido víctima de abusos sexuales por parte de su padre desde hace más de un año. Los padres ya estaban separados desde hacía algún tiempo y la violencia se producía durante las visitas de la niña al padre. El Tribunal de Menores decreta rápidamente medidas de protección y el envío de la niña a un centro especializado para una valoración psicológica. Ésta termina con una confirmación de la alta compatibilidad del estado psíquico de la niña con la hipótesis de que ha sufrido un trauma sexual, como había sido denunciado por ella. El estado de sufrimiento de Giada es tal que se da la indicación de que a la intervención diagnóstica siga sin solución de continuidad una intervención de apoyo psicoterapéutico, dirigido tanto a la niña como a la madre, comprensiblemente en dificultades como persona y como progenitora. Así comienza un programa constituido por sesiones quincenales, o incluso más frecuentes en los momentos críticos, tanto para Giada como para Rossana, acompañadas a veces por sesiones, o parte de ellas, conjuntas para ambas. En ellas se lleva a cabo la intervención a la que antes se aludía, que debe conjugar la necesidad de disolver de inmediato los nudos psicológicos conectados a la experiencia traumática, teniendo en cuenta, sin embargo, atentamente las exigencias impuestas por la continua contaminación de las vivencias personales por obra de hechos conectados al procedimiento judicial en curso. En particular un evento, la transformación de la medida cautelar emitida para el padre (del encarcelamiento al arresto domiciliario), ha marcado fuertemente, como se verá, el recorrido psicológico de Giada desde el comienzo de esta fase del tratamiento.

Para responder a las complejas exigencias terapéuticas, la intervención se ha movido en tres frentes.

El primero, con la niña, ha tendido a la elaboración de sus vivencias, ya confusas y devastadoras a causa de la experiencia traumática sexual, y enmarañadas aún más por los acontecimientos judiciales que entraban en oleadas sucesivas en su horizonte. Se podían reconocer de entrada en la niña dos principales directrices de pensamientos y sentimientos. Una estaba conectada con la erotización generada por el abuso, mezclada con el envilecimiento y la violencia. En el abundante material proyectivo producido en la terapia algunos pasajes son particularmente significativos respecto a ello. Precisamente al comienzo del tratamiento, Giada realiza un dibujo. Éste representa a una princesa, con la cara sonriente, junto a un príncipe con magníficos vestidos; sobre todo los zapatos, de tiras multicolores, están especialmente cuidados. Sin embargo, el lugar que después se construye en torno a ellos no es nada alegre: se trata de una gruta oscura («Es de noche», comentará Giada), fuera de la cual aletean muchos e inquietantes pájaros negros. También a través de asociaciones sucesivas, puestas en escena a través del juego con los títeres, parece transparente la alusión a un idilio atravesado por una vena de amenaza, representación de la relación erotizada y peligrosa con el padre. Tal amenaza se concreta simbólicamente de manera grave a través de otro dibujo, realizado poco después: hay un señor que dispara, riendo, a un gatito, mientras dice: «¡Qué hermoso que mueras!». Giada dibuja al animal con los ojos verdes, comentando que son como los suyos: aclara implícitamente que, en este caso, el gato es, para ella, un término identificatorio. Se construye un cuento sobre el

dibujo, en el que muchos personajes débiles buscan salvación sin encontrar refugios seguros. En la reiteración de intentos de solución y fracasos se evidencia la imposibilidad postraumática de la niña de integrar el peligro encontrando un verdadero «final feliz». Por tanto, la primera huella confusa dejada por el abuso empuja conflictivamente a Giada a desear y temer la relación con su padre.

La segunda directriz de pensamiento está representada para la niña por fuertes vivencias de vergüenza por los sentimientos conflictivos antes descritos. De ello derivaba una toma de distancia de la madre, temida como despiadado juez de la relación erotizada con el padre; distancia aún más complicada por la experiencia subjetiva de haber sido traicionada por la misma madre. En efecto, Rossana, en una de las crisis conyugales, afectada por el malestar que la hija demostraba a través de una actitud de oposición hacia ella y síntomas de diversa naturaleza, había pensado en confiar durante algunos meses a la niña al padre, convencida de que era mejor padre que ella: meses en los que el abuso se había precipitado. En síntesis, se puede resumir el pensamiento de Giada respecto de la madre como sigue: si antes del abuso ya no me querías, ¿cómo podrías amarme ahora que «sabes» y, sobre todo, que conoces a fondo qué comportamientos desagradables he tenido? También sobre este punto podemos encontrar en el material asociativo muchos pasajes significativos. Por ejemplo, en una de las sesiones, Rossana incita a la niña a contar los feos sueños que tiene últimamente. Uno en particular la aterra: hay una bruja que la castigaría si hablara de sus recuerdos traumáticos. Entre los distintos significados posibles, la terapeuta elige enfocar el relativo a la fantasía de que la madre podría transformarse en una bruja enemiga suya si conociera a fondo aquello que ha sucedido con su papá. Prosigue diciendo que no es raro que las niñas a las que les ha sucedido lo que a ella se sientan así: pero eso es producto de su vergüenza y no sucedería de verdad; es más, las madres, si supieran, querrían estar aún más cerca de sus hijas. Se trata también el tema del embrollo: las niñas se avergüenzan ahora de aquello que han dejado que sucediera con su padre pero deben pensar que eso ha ocurrido a causa de la seducción de este último, que ha tratado por todos los medios de hacerles creer que eran indispensables para él y eran llamadas a una elección maravillosa.

A través del tratamiento se realizan pequeños progresos, señalados por una mayor relación de confianza de Giada con su madre y por una conquistada capacidad de entrar en contacto con los propios recuerdos traumáticos, intentando casi reordenarlos. Un día la niña llega incluso con unas «cartas» para la terapeuta: éstas son, justamente, viejos dibujos simbólicamente explícitos, que se remontan a una época en que el abuso estaba en curso pero aún no había sido revelado. Es como si la pequeña buscara recuperar a través de esos fragmentos una continuidad y un sentido en la propia historia tan traumática.

Sobre este recorrido se inscriben simultáneamente dos eventos: la concesión al padre del arresto domiciliario y la perspectiva de tener que testimoniar próximamente en el tribunal contra él. Estos dos hechos se configuran como una dura puesta a prueba de las tímidas esperanzas que la solicitud de la madre y el trabajo terapéutico habían suscitado en Giada, es decir, la expectativa de poder salir del túnel de la

erotización, y de la vergüenza anexa, conquistando valor, y así la posibilidad de aspirar a un vínculo bueno, contenedor y nutritivo, con la madre. Para la niña la salida del padre de la cárcel y el regreso a casa, precisamente la que ella y su madre habían debido abandonar para sustraerse a él, no puede tener más que un significado: una confirmación de su poder, mayor que el de los jueces. O quizá éstos no habían creído que fuera culpable: por tanto, la responsabilidad del abuso recaería sobre ella. ¿En aquel punto, merecía la pena luchar? ¿No era ya seguro que sería su presa para siempre? Sobre todo, ¿cómo encontrar la fuerza de oponerse a él frontalmente, testimoniando en su contra? Y si estaba destinada a ser su presa para siempre, ¿cómo habría podido de verdad amarla su madre, de quien se había convertido a causa de él en enemiga y rival?

Naturalmente tan complejos pensamientos no pueden, a la edad de Giada, tomar el camino de las palabras: pero los símbolos hablan igual de claro y dejan transparentar precisamente ese enredo interior. Recordemos la sesión inmediatamente posterior, para Giada, al anuncio del arresto domiciliario. Muchos síntomas habían vuelto de inmediato en conexión con ese evento y la terapeuta explicita su disgusto al verla tan mal. La niña comienza con un dibujo en el que un caballito despechado es amenazado de muerte por una señora armada, porque la ha ensuciado de heno: en aquel período, habían aparecido vómitos alimentarios frecuentes, que preocupaban mucho a Rossana, y parece que la niña, simbólicamente, aluda al significado de rechazo de la relación con la madre nutricia inherente al síntoma, imaginando un atroz castigo por tal rechazo. La terapeuta detecta con tristeza que Giada sigue temiendo encontrar en la madre a una enemiga irreductible, muy enfadada con ella, tan «sucias»: quién sabe cuánta parte de este temor se debe al hecho de que Giada se siente despreciable y no merecedora de cuidados; en el fondo piensa que ella misma se ha metido en problemas, en la relación con el padre, y ahora, si está mal, es por su culpa... En este punto Giada comienza en silencio otro dibujo, como si el razonamiento anterior sobre la relación erotizada con el padre hubiera hecho emerger otras importantes vivencias. Se trata de un «malo», con grandes dientes y dotado de fuerza sobrehumana, capaz de romper cualquier prisión sólo con las manos y de ir por ahí comiéndose a la gente. Parece transparente la asociación con el padre perseguidor, ahora salido de verdad de la prisión. La niña parece abrumada por la desesperante convicción de que no puede apoyarse en ninguno de los dos términos de apego primarios, vividos como intensamente persecutorios, precisamente a causa de la historia incestuosa de la que ha sido protagonista.

Una semana después, Giada precisa aún más los pensamientos antes descritos. Esta vez se dedica a dibujar, por sugerencia de la terapeuta, a unos policías que puedan vencer al monstruo de la ocasión anterior. Pero la policía dibujada dispara al fin a un blanco muy distinto: se trata de un personaje femenino rubio y con los ojos verdes como Giada, que aparece en la hoja, dotado de largas uñas rojas y de atributos que lo vuelven desagradable, como la nariz de cerdo y los forúnculos en la cara. La terapeuta concluye que Giada parece pensar que, si los policías intervinieran, capturarían precisamente a las «brujitas», como ella piensa que es, y no a los

«monstruos-papá». Esto evidencia que Giada no puede concederse ningún atenuante para aquella que, cada vez más, estima una culpa exclusivamente suya.

El único método interpretativo, además de tener que ser utilizado con cautela, al no existir todavía un preciso *setting* terapéutico ni las condiciones necesarias de estabilidad del mundo exterior, ha aparecido rápidamente insuficiente para determinar, en el breve tiempo disponible concedido por los eventos procesales, el deseado cambio, el que habría permitido que Giada recuperara la confianza en la capacidad de autoprotegerse y de evitar, por tanto, otra experiencia fracasada dando un testimonio insuficiente. Se trató de integrar, pues, el trabajo de elaboración verbal de las emociones con métodos más directos, empeñando cognitivamente a la niña a pensar desde otro punto de vista en los acontecimientos que la aterraban y formulando la hipótesis de recursos defensivos menos ineficaces.

Después del primer intento extemporáneo antes referido, se da a Giada la tarea taxativa de que trate de inventar una historia, aunque no la suya, en la que hubiera «policías que vencieran», con el compromiso de dibujarla en la siguiente sesión. Este expediente ha tenido, incluso en su ingenuidad, el efecto de desbloquear los cortocircuitos mentales de la niña: si esa historia era posible para «otros» fantaseados, ¿por qué no habría sido posible que se verificara también para ella? En la siguiente ocasión llega el dibujo: la policía bosquejada, no por casualidad de sexo femenino, apunta efectivamente la pistola contra un monstruo muy similar al realizado tiempo antes. Un detalle hace el producto de la niña distinto de una llana ejecución de la orden recibida: el monstruo conserva al menos en las manos multicolores la impronta del magnífico príncipe de la gruta, dibujado algunos meses antes; detalle que aclara la conciencia de Giada de que ahora tiene que golpear simbólicamente no a un monstruo cualquiera sino a aquel, la figura de su padre, que en otro tiempo había sido tan amado por ella. Poco después Giada consigue también construir un juego con los animalitos de plástico: los feroces son dispuestos en medio de la mesa, sin recinto, pero personajes identificados como «guardianes» los vigilan a una cierta distancia y los privan de comida para hacerlos más débiles y dominables. El juego representa bien la idea menos alarmante que Giada ha conseguido hacerse ahora del arresto domiciliario: estar «sin recinto» pero bajo control; luego la privación de comida representa simbólicamente el aislamiento afectivo en el que se imagina abrumados a los «malos», figura del padre, privados así de fuerzas. Indica también un sentimiento más profundo: haber ideado precisamente ese sistema para debilitar a los «monstruos», sustraer comida a su avidez, expresa quizá simbólicamente la decisión de no ofrecerse más a sí misma como «comida» para satisfacer el «hambre» del padre, que se expresaba en una posesión sexual. Aun en la ambivalencia, se abre camino la conciencia de la necesidad de autoprotegerse.

El segundo frente sobre el que se ha trabajado ha sido la madre de Giada. También ella, como la hija, estaba angustiada por la renovada cercanía con el marido: llamadas telefónicas anónimas la habían inducido a temer algunas represalias concretas por parte de él, que también en el pasado había dado pruebas de ser violento e impulsivo. Sobre todo sentía la amargura de la soledad, abandonada por todos los parientes que

la juzgaban loca por haber creído a su hija, y últimamente también dejada, aunque de mutuo acuerdo, por el compañero con el que había compartido un poco su ansiedad. Su estado de ánimo era tan angustiado, al igual que el de la hija, que sus intentos de tranquilizarla se revelaban increíbles para la niña misma. Además de la ayuda que se le ha podido proporcionar a través de las sesiones de apoyo psicológico, que apuntaban a aumentar su comprensión y cercanía con la hija (al respecto será importante la iniciativa de la madre, alentada por Giada, de anotar en un diario todo aquello que la hija le iba revelando) y a hacerle identificar un lugar mental suficientemente separado para elaborar los problemas personales y relacionales sin resolver, puestos al desnudo por las recientes vicisitudes, se le ha dado la posibilidad de participar en un grupo de padres que atravesaban trances similares a los suyos. El poder compartir con ellos sentimientos y emociones muy semejantes, y la red autónoma de autoayuda rápidamente creada, es de gran utilidad (de esta parte del tratamiento ya se ha hablado en el cuarto capítulo, en el apartado «El grupo como recurso»).

El tercer punto de ataque del trabajo psicológico ha sido directamente la relación madre-niña: si por el momento parecía difícil obtener que la madre fuera sentida por Giada como un real y sólido apoyo, también era verdad que al menos se habría podido aprovechar la semejanza de sus sentimientos para construir cercanía y comprensión. No siempre los padres pueden, sobre todo en estas circunstancias, mostrarse como rocas firmes: lo que importa evitar es que las temporales debilidades de los adultos obliguen al niño a paternalizarse o a distanciarse, encerrándose en los propios sufrimientos. La presencia de un «tercero», el terapeuta, con la tarea de gobernar y explicitar la situación, permite acceder a los aspectos paradójicamente positivos de tal debilidad, constituidos por la rara posibilidad, para padre e hijo, de hacerse eco al menos de las mismas emociones, produciendo comprensión mutua. Las sesiones conjuntas, iniciadas bajo la enseña del mutismo de Giada y de la detención del flujo de confianzas a la madre, que en cambio algún tiempo antes la niña había finalmente comenzado a hacer, han permitido elaborar los miedos comunes. La madre ha sido invitada a explicar a Giada qué sentía dentro de sí y cómo trataba de afrontar las emociones negativas: jugaron y dibujaron juntas, recuperando poco a poco una parcial tranquilidad y la posibilidad de regresar sobre distintos aspectos del abuso, aunque a veces de manera todavía «cifrada».

Un primer canal de confianza fue recuperado cuando Giada comenzó a tener más conciencia del componente envilecedor y violento del incesto, encontrando la manera de hacer llegar a su madre, a través de fragmentos de recuerdos, al menos el aspecto de víctima impotente, separándolo momentáneamente de la erotización copresente. Pero la niña también consigue aceptar que este último «no dicho» podía ser dado por supuesto, tolerando intervenciones de la terapeuta sobre el tema del embrollo en el que el padre la había entrampado, obteniendo justamente su disponibilidad al abuso: este modo de releer tal disponibilidad le parecía obviamente menos culpabilizador que todas las demás explicaciones que había intentado dar al propio comportamiento, cuyos ecos desesperantes hemos visto en las fantasmaticaciones antes referidas (la

«brujita», por ejemplo). Por lo demás, debe advertirse que este tipo de reformulación de la interacción incestuosa siempre tiene un efecto poderoso y relajante para la víctima: ya se ha hablado de ello en el capítulo dedicado a la elaboración del sentimiento de culpa, enfocando el paso mental de desprecio a estupidez al mirarse a sí mismos. Sin embargo, es innegable que, incluso reconociéndose víctimas engatusadas, queda siempre por explicar el silencio demasiado largo que rodea las interacciones incestuosas. Precisamente sobre esto se ha intentado trabajar en las sesiones conjuntas madre-niña, a fin de que, si bien era justo que Giada se sintiera absuelta de excesivas responsabilidades, pudiera, empero, reconocer que ha afrontado la situación, cuando ya se había percatado de cuán peligrosa era (las famosas «cartas», es decir, los viejos dibujos llevados una vez a la sesión, lo atestiguan), tomando decisiones equivocadas, no útiles para la propia protección, cuando, en cambio, habría podido recurrir a su madre para recibir ayuda: elecciones equivocadas no del todo conjuradas tampoco ahora, como su comportamiento reticente demostraba. Frente a este discurso, en el que la terapeuta le presenta múltiples elecciones de posibles «errores» cometidos, Giada aceptó rápidamente la hipótesis de que quizá su mayor tontería haya sido no hablar antes con su madre. En aquel punto, Rossana, conmovida, puede confirmar a la niña que también ella lo lamenta, pero no lo considera sólo culpa suya, sino también propia.

Este mismo tema fue posteriormente afrontado en una sesión conjunta. En la semana anterior Giada había sido sorprendida varias veces por su madre mientras se masturbaba: ésta, preocupada, lo había advertido pero no sabía cómo abordar el asunto con la hija. La terapeuta se ofrece a explicitar con sus palabras la cuestión: Giada escucha en silencio y entretanto llena el bolso de su madre con «regalos» hechos con papel, como últimamente hace también en casa. Se destaca la significación compensatoria de tal comportamiento, dictado en realidad por el miedo, aún grande, de que la madre la vea como una enemiga y una rival, mientras que — dice la terapeuta— ésta tiene en sí muy distintos sentimientos. Al ayudar a Rossana a hablar directamente con la hija, se llega a explicitar que aquélla siente que es todo culpa suya, en absoluto de la niña, si esta última se ha visto involucrada en una experiencia tan devastadora que no consigue olvidarla ni siquiera un momento: es ella la que no ha sabido comprender a tiempo. Sin embargo, la terapeuta subraya que, ahora que la madre se ha «despertado» y quiere estar cerca de ella, si Giada no reconoce el cambio y sigue manteniéndola a distancia, todo se hará más difícil. De este modo, se intentan reducir las incomprensiones mutuas, a través de intervenciones de explicitación de los pensamientos y sentimientos de ambas, y de reforzar la solidaridad y los vínculos de lealtad entre madre e hija.

Entretanto, apenas comenzados los encuentros de grupo, por iniciativa de la madre, Giada ha empezado a frecuentar junto con ella a otra pequeña víctima, obteniendo al igual que Rossana un notable consuelo. Fue otro paso en dirección a una mayor comunicación de estados de ánimo, paso con el que la madre, reconociéndose delante de la hija como también necesitada de ayuda, ha hecho participar a la niña en una experiencia que había sentido para sí reconfortante y útil.

Al final de este período un dibujo había centrado, como de costumbre expresivamente, el estado de ánimo de la pequeña: ésta había trazado dos casas muy cercanas, de las que una, muy torcida, parecía sostenerse apoyándose en la otra, tampoco demasiado sólida. Creemos que de este modo Giada había llegado a representar la propia percepción de la relación con la madre, necesaria pero con evidentes limitaciones.

De todos modos, los esfuerzos antes descritos, de los que también eran vitales los pequeños resultados obtenidos, durante algunos meses no han conseguido inducir más que parciales modificaciones, al menos aparentemente. Giada no lograba liberarse de la angustia, que expresaba también sintomáticamente con trastornos del sueño, de la alimentación, del humor e incluso del comportamiento en el parvulario, que hasta ahora había sido para ella una especie de «terreno neutro», libre de problemas.

Sólo después de las vacaciones de verano se recogen los frutos positivos de todo ese esfuerzo: precisamente la noche anterior a la primera sesión de reanudación destinada a la madre, Giada tiene una larga crisis de llanto en la que dice que ha recordado todo aquello que le ha sucedido el verano anterior (aquel en que se había precipitado el abuso), y pretende venir ella al encuentro en vez de su madre porque ha decidido contarle a la terapeuta y a los jueces todo cuanto le ha sucedido con papá. En tres dramáticas sesiones en las que prefiere quedarse sola con la terapeuta recorre las principales experiencias traumáticas; su nueva disponibilidad también es rápidamente acogida en el ámbito procesal, gracias a la función de asesora técnica conferida a la terapeuta por el fiscal: se organiza oportunamente su audiencia, donde consigue dar testimonio con mucho dolor y vergüenza, pero con eficacia.

El balance final del trabajo terapéutico desarrollado aparece, por tanto, positivo. Desde luego, tener que privilegiar los aspectos de sufrimiento más directamente conectados a los eventos en curso y reactivados por ellos ha comportado, de momento, pasar por alto otros, también importantes, que han debido ser aplazados a otro momento (por ejemplo, un profundo análisis de las partes buenas y de verdad asistenciales de la relación con el padre y de la decepción abandonica en relación con la madre: aspectos que serán descritos mejor en el apartado dedicado a las secuencias de elaboración psicológica en la terapia propiamente dicha de la víctima). Sin embargo, la fórmula dúctil e intensiva aplicada parece la única adecuada para situaciones tan inestables y con sufrimiento tan agudo.

EL PASO A LA TERAPIA

Cuanto se ha obtenido con el apoyo terapéutico de crisis es también útil para definir cuáles serán los objetivos ulteriores de la verdadera terapia. Es necesario aclarar qué se entiende con este último término. Ya se ha subrayado cómo la intervención de crisis tiene plena dignidad y eficacia: sin embargo, no puede ser suficiente por sí sola para determinar una reconstrucción orgánica ni del mundo interior de las pequeñas víctimas, ni de las relaciones familiares aún útiles. Para llegar a ello es preciso darse un tiempo que esté al abrigo de las continuas tempestades externas, para hacer madurar, según ritmos e impulsos psicológicos internos, las elaboraciones mentales necesarias. Obviamente éstas seguirán cruzándose con una serie de retroacciones, eventos y comportamientos externos que reaparecerán en el recorrido personal. A veces basta con el encuentro con una determinada maestra o la enfermedad de una persona querida o el conocimiento de un cierto grupo de coetáneos para determinar una importante repercusión en los recorridos psicológicos individuales de la víctima, con sensibles reflejos sobre quienes están cerca de ella y sobre la terapia. Pero ahora todos estos factores podrán ser considerados parte de la «fisiología» de la vida: ya no de la «patología» aguda que distingue al primer período que sigue a la revelación del trauma.

No es fácil entender cuándo están maduros los tiempos para el *paso de la primera a la segunda fase* de la intervención terapéutica. Se corre el riesgo de esperar demasiado para empezar una revisión sistemática de los nudos problemáticos, con el peligro de dejar sin escucha durante demasiado tiempo necesidades importantes y de enrigidecer un funcionamiento basado en la emergencia; o bien de apresurar demasiado la terapia, con el peligro de no tener a disposición el espacio psicológico interior para llenarlo y de encontrarse en medio de otras tormentas debidas al apremio de acontecimientos externos desestabilizadores.

La decisión exige una atenta consideración de una pluralidad de factores, unida a la sensibilidad y la experiencia. Sobre todo no es posible sentirse constreñidos a no equivocarse nunca, en esta elección: las variables en juego son demasiadas y a veces imprevisibles. Es sabio, más bien, dar por descontado el error y dotarse de la flexibilidad suficiente para regresar sobre los propios

pasos siempre que sea necesario.

Los dos ejemplos que siguen pueden ilustrar perfectamente el problema. El primero afecta a una situación del segundo tipo, aquella en que el paso a la terapia se ha producido demasiado pronto y ha debido ser abandonado.

Volvamos a Giada. Después de su buena declaración en el Tribunal en el proceso contra su padre, parecía que el escollo exterior que generaba la mayor inquietud y tragaba las energías de la niña estuviera ya superado. Por otro lado, el permanente sufrimiento con expresiones sintomáticas y el hecho de que durante la intervención de crisis habían saltado a la vista nudos personales, que no habían podido ser abordados en profundidad debido a la presión de las exigencias procesales (por ejemplo, la erotización y la crueldad de la relación con el padre, la precedente complicidad que la había ligado al secreto, la desconfianza madurada hacia la madre, etc.), aconsejaban emprender un recorrido terapéutico regular. En efecto, así se acordó tanto con la niña, a la que se explicó el diferente significado de este nuevo trabajo, como con la madre. (En éste, como en todos los casos citados, en los que el adulto protector ha permanecido junto a la víctima, la intervención sigue el esquema ilustrado en el apartado «Madre e hija».)

Sin embargo, el proceso aún reservaba otras sorpresas. En aquel tiempo comenzaba el interrogatorio de la madre, Rossana, que se revelaba mucho más invasivo y prolongado de lo previsto. En él la mujer veía sondear sin ninguna piedad su vida, desde la infancia, con la intención de poner en evidencia todas sus debilidades y hacerla aparecer como una acusadora no creíble. En particular, se cargaba la mano sobre algunos comportamientos sexuales suyos en los primeros tiempos del matrimonio, conocidos gracias a su ex marido, que arrojaban sobre ella una luz ambigua. La repetición de estos interrogatorios hacía sufrir mucho a Rossana: la rebelión que sentía por dentro se expresaba, como otras veces en su pasado, con vómitos, trastornos de la alimentación y del sueño, constante estado de angustia y depresión. Todo esto no podía escapar, desde luego, a la observación de Giada, aumentando su malestar e impidiéndole poner la palabra «fin» a la aventura procesal, aunque para ella parecía concluida. Además, este estado psicológico había hecho tambalearse por enésima vez el vínculo de Rossana con su nuevo compañero, que ya se había interrumpido y retomado varias veces. Karl, un músico danés, también provenía de una experiencia infantil y juvenil muy problemática. Mientras que al inicio de la relación parecía que precisamente esto podía acercar a la pareja, en tanto cada uno sentía que sólo el otro habría sabido comprenderlo y estar cerca de él, con el paso del tiempo había acabado por constituir un factor altamente negativo, no sólo por la fragilidad de la que ambos eran portadores, sino por el efecto de «eco» que los sufrimientos del otro, tan similares a los propios, conseguían producir sobre cada uno.

En medio de esta tempestad Rossana había tratado de preservar al máximo a su hija y de mantener las citas fijadas para el inicio de la terapia; por desgracia, algunas

veces se había revelado necesario llenar el tiempo que habría debido dedicar a la niña con citas de urgencia para la madre o para su compañero que, por motivos de trabajo, no tenían mucha flexibilidad de horario. El tratamiento de Giada acabó aplazándose algunos meses: tampoco en aquel punto de la aventura procesal se veía ni lejanamente el fin.

A la primera sesión Giada llega muy tensa: la terapeuta no ha mantenido su promesa y el clima familiar no está nada tranquilo. Si había concebido algunas esperanzas de que después del propio testimonio, que debía constituir, según todos, una meta importante, se habría abierto un período de mayor tranquilidad, ahora sabía que eso no era verdad y se sentía traicionada. Acoge a la terapeuta con la cara de las peores ocasiones, apuntándole con la luz de una linterna de mano. El comportamiento es interpretado como un temor de Giada de volver a comenzar sesiones como aquellas que habían caracterizado la intervención anterior, en las que, dadas las circunstancias, la necesidad de descubrir, sondear, hurgar en la memoria, como el haz de luz de la linterna simbolizaba bien, había sido preeminente. Por el momento el comentario sirve para calmarla y las sesiones pueden comenzar con la colaboración de siempre. Sin embargo, sólo reflexionando sucesivamente se ha podido entender que aquella actitud no era fruto de un simple malentendido o de legítima desconfianza: más profundamente señalaba que, en su opinión (¿y cómo desmentirla?) aquel no era el momento de la reconstrucción, como estaba programado, sino el del bullir desordenado e imprevisible del magma de recuerdos y sentimientos conectados al trauma, porque, si ahora ella no era la directa interesada, eso le ocurría a la persona que consideraba más importante, su madre, y precisamente por su culpa.

Las sesiones han continuado en tono tranquilo y al fin regular, aunque las vicisitudes externas no se habían calmado en absoluto. En vez del violento sufrimiento mostrado durante el primer encuentro había aparecido sucesivamente una actitud rígidamente defensiva, probablemente para preservarse de él. La niña que en las sesiones de la fase anterior había sido capaz de producir un juego constantemente rico y significativo se polariza en expresiones esquemáticas (seguir contornos de objetos, construir letras con forma artística unidas sin sentido), o bien estereotipadas y repetitivas. En estas últimas actividades se insiste mucho sobre dos temas: por un lado, la pequeña pasa mucho tiempo comprando grandes cantidades de comida en un imaginario supermercado y cocinándola con cuidado; por el otro, aparecen otras tantas situaciones bajo la enseña de la prisa: no hay tiempo para terminar la cena porque es preciso levantar en seguida la mesa, o bien se vuela en trenes a la carrera de los que de vez en cuando cae algún personaje. Los dos aspectos del juego parecen representar eficazmente el conflicto por el que Giada se siente cogida: por un lado, la exigencia de reconstruirse, saciarse (tema de la comida), por el otro, la experiencia de una especie de torbellino que lo arrasa todo e impide la reconstrucción (tema de la prisa). Sólo raramente Giada se concede otras fantasmaticaciones, que acercan más a los problemas sin resolver: pero en cuanto se percata de que ha abierto un resquicio en la coraza defensiva hace marcha atrás. La interpretación de lo anterior, con su

consiguiente e inevitable impulso, a través de la explicitación, al abandono de defensas tan disfuncionales, produce ansias persecutorias que señalan que para Giada es imposible cambiar ahora, porque está produciendo la única adaptación posible.

Se decide interrumpir la terapia para no correr el riesgo de quemar un recurso que, por el momento, se ha revelado inadecuado, pero quizá podrá ser usado con más utilidad a continuación. Se advierte de esto tanto a la madre como a Giada y se llega a la sesión de despedida. Precisamente en esta última ocasión se ha tenido la prueba de la corrección de la decisión y de su plena comprensión por parte de Giada, por más extraordinario que pueda parecer en una niña tan pequeña. Ésta pone en escena un juego que la lleva a encerrarse en el pequeño armario de los juegos fingiendo dormir. A solicitud suya, cada tanto la terapeuta debe acercarse para ver si se ha despertado, pero el resultado es siempre negativo. Entretanto Giada «sueña», hablando continuamente en voz alta: de manera inconexa, pero significativa, se alternan cancioncillas de niños que tratan de esposas y novias, y gritos de alarma, por ejemplo, sobre bombas que han explotado. El juego sugiere de manera transparente la existencia en la niña de pensamientos aún no organizados sobre una conexión entre sus deseos erotizados y algunos eventos muy destructivos: es fácil identificar en este tosco conjunto el eco de su experiencia traumática que aún no ha podido ser elaborada conscientemente. Con esto Giada informa a la terapeuta de este problema candente de la tormenta, pero también de que aún no es tiempo de «despertarse», es decir, de abordarlo explícitamente. Informa asimismo que desea que la terapeuta lo sepa y quiera esperar pacientemente y con discreción hasta que este «sueño» pueda ser finalmente interrumpido. Por tanto, se puede esperar razonablemente que esta despedida constituya la prenda de una futura reanudación del trabajo psicológico y también una demostración de gratitud de la niña por quien ha tenido la flexibilidad de adecuarse a sus tiempos.

Pasamos ahora a ilustrar una situación de las características opuestas: en ella, a pesar de que los eventos externos, en especial en el plano judicial, estaban en pleno y lento desarrollo, la decisión de comenzar una terapia regular para la niña se reveló adecuada y correcta para hacerle superar también las urgencias que de vez en cuando seguían atravesando su recorrido psicológico.

La experiencia traumática de Candida, también por obra de su padre, data de cuando tenía cerca de un año. La separación entre los padres y el traslado de la madre a una ciudad alejada de donde vivía con su ex marido provoca la interrupción del abuso, en aquel momento aún ignorado. Pero precisamente desde aquel momento se intensifican los síntomas de Candida, que entonces tenía tres años. Las primeras interpretaciones banales, que hacían remontar el malestar al conflicto conyugal y a la ausencia del padre, parecen, sin embargo, a la larga incongruentes por la intensidad y sobre todo por la calidad del sufrimiento de la niña: trastornos del sueño

acompañados por sueños de gusanos intrusivos que la penetraban por todo el cuerpo, fobias muy particulares conectadas a líquidos que podían entrarle por la boca o los ojos, comportamientos anormalmente erotizados, angustias imprevistas relacionadas con las normales operaciones de higiene del área genital y somatizaciones intensas con dolores en el abdomen, constituían un conjunto imponente e inquietante. A través de un examen psicológico al que Candida fue sometida cerca de dos años después se llega a la creíble hipótesis de una situación de trauma sexual. La revelación de la niña llega a dar una tremenda confirmación de cuanto ya se transparentaba del material proyectivo: estalla la denuncia, la visita ginecológica (que revela graves daños) y el interés del Tribunal de Menores, que decide la suspensión de las relaciones con el padre y un examen psicológico autónomo, para mayor confirmación de cuanto iba emergiendo poco a poco.

Durante todo este período la terapeuta que había sido la primera en construir una relación con Candida, en la que también la revelación, tan guardada en el secreto, había podido producirse, había continuado las sesiones con la niña y con su madre, también en comprensibles dificultades, según las modalidades propias de la intervención de crisis. Terminada también la segunda diagnosis psicológica se trataba de decidir si esperar a que el procedimiento penal, en aquel momento en los primeros pasos, se precisase en sus tiempos, o bien privilegiar en la decisión de la intervención por realizar las indiscutibles y urgentes exigencias de la niña de un robusto y frecuente programa terapéutico. Considerado que los tiempos judiciales parecen alargarse y que el eventual proceso se produciría en una ciudad lejana, con el efecto también psicológico de una mayor distancia emocional, se prefirió optar por la segunda hipótesis. Candida comienza, por tanto, pocos meses después de la revelación del abuso, una psicoterapia regular, mientras que la madre también es acompañada con una intervención de apoyo de la misma psicoterapeuta que la niña.

Candida se implica en seguida en la terapia. Las primeras elaboraciones se refieren, como por lo demás es habitual, a la relectura de la propia relación con el padre agresor. Se reiteran muchas variantes de la misma historia, que ve como principales ingredientes a una madre ausente, a un «rey» lleno de cuidados y seducción hacia distintos tipos de cachorros enfermos, hambrientos, ateridos, la transformación del salvador en pérfido perseguidor, el fracaso de los personajes que habrían debido velar por la seguridad de los cachorros y la asimilación sucesiva de la víctima con el perseguidor con la creación de una «princesa» que, de buena, se transforma también en mala a imagen de su «rey». En el transcurso de pocos meses Candida consigue alcanzar una conciencia muy compleja y completa de las dinámicas que la han ligado a su padre: las vivencias de privación por parte de una madre absorbida por otras ocupaciones y problemas personales ha sido el muelle que la ha hecho caer en la trampa de la ilusión de encontrar en el padre aquella calidez que sentía que le faltaba; la continuación, con el desenmascaramiento del agresor y con la sensación de haberse vuelto de su misma pasta, permitiendo el abuso para no encontrarse en aquel que vivía como un desierto afectivo, describe la lectura de la niña del período de adaptación patológica, en el que nadie estaba en condiciones de entender e intervenir

y ella misma no estaba en condiciones de señalar eficazmente.

Mientras iban agotándose los últimos motivos de la elaboración antes descrita, comenzaba a asomarse en Candida la necesidad de iniciar una reconstrucción, testimoniada por la invención de un nuevo juego, también con muchas connotaciones emocionales: la construcción de una casa, enriquecida poco a poco con detalles confortables fabricados con papel. Precisamente mientras estábamos en los primeros pasos de esta fase estallan las indagaciones judiciales: Candida debe ser oída sobre la experiencia traumática primero por el instructor y pocos meses después por el juez para las indagaciones preliminares. Esto comporta no sólo la molestia de trasladarse durante algún tiempo a una ciudad lejana, evocadora de desagradables recuerdos, porque es el lugar del abuso, y del fundado miedo de encontrarse en ella con su padre, sino que desencadena, como es obvio, una verdadera tempestad psicológica, con importantes consecuencias sobre la terapia. Recordar la experiencia traumática obliga a Candida a volver mentalmente sobre el tema «paterno», que, en cambio, debía ser ya cerrado para permitirle pasar a invertir energías en la reparación: aún peor, debe cambiar también el tono con el que éste reaparece en el horizonte, ya no como un pasado temible pero hacia el cual es posible una defensa de alejamiento y de duelo, sino como un peligro real y actual, concretamente encontrable, concretamente capaz de hacer más daño. Es como si una ducha fría cayese sobre la niña: entonces, ¿nunca sería posible liberarse del tremendo pasado y pensar en el futuro? Además, una sombra se extiende ahora también sobre la esperanza de que una inversión «materna» (la casa) pueda conducirla fuera de la crisis: ¿qué confianza tener en un protector que, incluso a su pesar, no tiene la fuerza de sustraerla de la confrontación con su antiguo perseguidor? Más profundamente, ¿qué consistencia podía tener en ella también la «madre» interiorizada, si el resurgimiento del fantasma paterno conseguía volver vano el efecto reconfortante y precipitarla en la angustia como antes? La fantasía de «monstruos» que operan con libertad mientras «toda la policía del mundo duerme» expresa perfectamente el estado de ánimo de la niña.

En realidad, a pesar de la acrimonia vuelta a desencadenar por el procedimiento judicial, para Candida afortunadamente ya nada es como antes. En efecto, bastan pocas semanas y la sacudida ya parece bien reabsorbida: se calman los síntomas, reactivados por el evento, el recorrido psicológico se dirige otra vez hacia fantasías de reconstrucción. Parece, por tanto, que se puede concluir que el impacto de las circunstancias desestabilizadoras externas ha sido inferior en cantidad y calidad al espesor del crecimiento psicológico iniciado y asistido en la terapia, aunque los eventos hayan comportado ramificaciones e incluso desviaciones definitivas no irrelevantes. El juego de la «casa» es dejado completamente de lado y durante algún tiempo recurren las fantasías de barreras ineficaces, de animalillos expuestos al peligro y de imprudencia de los mismos al buscar aventuras peligrosas: signo de que ansiedad y sentimiento de culpa, por un lado, y vivencias de traición hacia incapaces protectores, por el otro, se arrastran en la niña como la cola de la reactivación del fantasma del abuso.

Pero pronto toma forma una fantasmaticación muy distinta, que suplanta las

precedentes. Se crea una isla imaginaria y muy hermosa, evidente figura de la habitación de terapia, donde la terapeuta acompaña como una «hermana mayor», en ausencia de la «madre», el crecimiento de Candida y de un niño (la muñeca), figura de sí misma pequeña, encontrado abandonado sobre un escollo en medio de un mar infestado por temibles morenas. La responsabilidad de esta peligrosa desventura es atribuida a la «madre», tonta y descuidada, sobre la que se concentra al principio una gran hostilidad, hasta decidir que ya está muerta. A través de cuidados solícitos y el festejo de muchos cumpleaños, los «niños» sanarán y crecerán. La referencia explícita a la esperanza de una reconstrucción personal, con la ayuda de la terapeuta, asume a veces tonos conmovedores, como cuando Candida, al constatar que el «niño» ahora está bien, le muestra, sin embargo, todas las imaginarias cicatrices que marcarán para siempre su cuerpecito. A medida que el juego se desarrolla y el sufrimiento se sana y se aleja en el tiempo, también se hace posible recuperar borrascosamente a la «madre» y reunirse de nuevo con afecto con ella, aclarando muchas circunstancias atenuantes de aquella antigua catástrofe. Los «niños» podrán volver a su casa de la ciudad, a la vida de siempre.

Mientras ya se ha preanunciado la próxima alta, en consideración de las mejoras verificadas tanto en el plano del funcionamiento interno como en el de los síntomas y de las adaptaciones a la vida real (Candida frecuentaba en aquel tiempo segundo de básica y habían pasado casi dos años desde el inicio de la terapia), se fijan otras dos audiencias procesales. La niña no se veía directamente implicada, pero sería necesario su traslado y molestia; Candida, además, volvería a sentir la comprensible ansiedad de su madre. Precisamente esto constituye el banco de prueba de la consistencia de los cambios alcanzados en la terapia: esta vez el eco del evento, antes y después de él, es muy contenido. Candida consigue hablar en un plano de realidad, mostrando que ha comprendido perfectamente su alcance y no es indiferente a él: pero no se ve perturbada y el recorrido de elaboración psicológica ni siquiera es rozado, como si al fin las exigencias internas hubieran podido permanecer en equilibrio frente a los impulsos externos potencialmente desestabilizadores.

Gandida ha sido dada de alta (siguiendo el esquema de pensamiento que será ilustrado en el apartado correspondiente). La decisión de no continuar el tratamiento anclado en los acontecimientos procesales, sino privilegiar precozmente el trabajo sobre el mundo interior de la niña y sobre sus intrínsecos nudos problemáticos se ha revelado correcto y en condiciones de aguantar las pruebas.

SECUENCIAS DE ELABORACIÓN PSICOLÓGICA

Ahora podemos adentrarnos en las problemáticas propias de la fase de terapia. En particular, es oportuno una mención a las secuencias con las que más frecuentemente son afrontados por el niño los nudos problemáticos conectados con la experiencia traumática: en la práctica clínica se han verificado regularidades, por otra parte con significado lógico y reconocidas de manera similar por otros autores (Herman, 1992; Ney, 1987), que puede ser útil señalar a quien tenga la intención de ocuparse de estos pacientes.

El primer tema afrontado es el relativo a la reinterpretación de la experiencia traumática. Como ilustra Terr (1981) en su trabajo sobre los juegos postraumáticos, en la primera fase de la terapia se verifica la necesidad de reiterar durante mucho tiempo en términos simbólicos la *historia del abuso*. Esto hace que la primera relación en el centro del pensamiento sea aquella con el agresor: de ella se recorren los estadios, de la seducción inicial al descubrimiento del engaño, a las adaptaciones producidas para convivir con él. También aparece de inmediato, en especial en el triángulo más frecuente constituido por hija víctima-madre no protectora-padre agresor, una alusión al papel de la madre en la determinación de aquella insatisfacción que ha vuelto a la niña indefensa o, peor, dispuesta al abuso, o incluso incapaz de hacerse ayudar: pero por el momento al tema no se le presta demasiada atención.

Él asume gran importancia, que en el conjunto se revela siempre cuantitativa y cualitativamente mucho mayor que el tema precedente, precisamente cuando este último ha sido casi del todo elaborado, produciendo un duelo con relación al padre agresor, visto como irrecuperable para la relación porque es demasiado peligroso al hacer daño y al mentir para no reconocerlo. En este punto nace en la cabeza de la niña una pregunta, aunque le sería difícil traducirla en palabras: vista la naturaleza «monstruosa» del perseguidor, ¿era posible de algún modo percatarse antes, defenderse y buscar ayuda, en una palabra sustraerse a él? Y si esto no ha ocurrido, ¿de quién es la culpa? Este tema absorbe la mayor parte de las energías en la terapia: la respuesta a esa pregunta es buscada oscilando entre la atribución de la responsabilidad a sí misma o a la madre. Cuando el pensamiento predominante se centra sobre sí misma se activan poderosas vivencias de vergüenza, que inducen mucho malestar; pero tampoco cuando se

desliza al polo opuesto la niña está mejor, en tanto la sombra de la duda y de la escasa confianza se extiende sobre su único recurso potencial. Además, hay que tener presente que, precisamente ahora si la madre es protectora, se encontrará en una situación exactamente especular: la misma pregunta la atenaza también a ella. Así, si la respuesta la hace proclive a atribuirse la culpa se sentirá deprimida e indigna, vacía de energías para contener a una hija que tiene una extremada necesidad de ella; si, en cambio, se permite sentir rabia por la aceptación de la niña y por la cripticidad con la que ha señalado su estado de peligro, aún se sentirá tanto culpable de cebarse en una criatura tan sufriente como inadaptada para ocuparse de ella. En esta fase el formato terapéutico diádico, madre-hija, se revela particularmente oportuno, como ya se ha explicado en el capítulo relativo a «Técnicas y formatos».

Cada díada madre-hija tiene sus propios tiempos para superar el punto muerto: éstos pueden ser incluso muy largos. Sólo cuando cada una haya encontrado una solución aceptable las propias energías antes bloqueadas podrán volver a fluir en dirección a una reconstrucción personal y de la relación: tal solución no puede ser sugerida o enseñada por el terapeuta, pero puede funcionar cuando brota, como un inesperado salto cualitativo, desde el interior, iluminando la vida de nuevos horizontes. Siempre es fascinante, para quien tiene experiencia en estas situaciones, asistir al viraje. Desde luego, el trabajo terapéutico tiene la función esencial de prepararlo, de hacer madurar su posibilidad y de sostener la esperanza cuando la impresión de madre e hija es que todo está perdido, tragado por la vorágine de aquello que ha ocurrido. A veces, en especial para la niña, en esta fase la relación con la terapeuta se convierte en la ocasión de apartarse un poco del problema aparentemente irresoluble en la relación real, para intentar, de todos modos, una reconstrucción provisional con una «madre» imaginaria sobre la que pueden ser proyectados deseos idealizados: siempre que quede clara la dirección en que avanzar, que no deja de apuntar a la creación de una experiencia correctiva satisfactoria en la realidad, la interrupción tiene a menudo un efecto saludable, como aquel que se garantiza quien se aleja para alcanzar una mejor percepción del conjunto.

El último estadio es el de la *reparación*. A partir de la solución encontrada al tema de la culpa se recuperará el equilibrio en la conciencia de que algunos daños serán de verdad irre recuperables, pero que esto no ha agotado las reservas positivas. También aquí las perspectivas que se activan son del todo peculiares y

el papel del terapeuta consiste en acompañar su maduración. A menudo el logro de este buen funcionamiento interno no coincide con la desaparición completa de los síntomas y la recuperación de un bienestar definitivo. Pero si el cambio y la superación del estancamiento ha ocurrido de verdad, la evolución debería ir ciertamente en la dirección de una reparación cada vez más completa. Desde este momento es correcto formular la hipótesis del alta, sobre cuyos problemas nos detendremos más adelante. Veamos ahora, ilustrados por un caso clínico, los eventos antes descritos.

Elena tiene unos cinco años cuando llega, después de una revelación parcial, a una evaluación psicológica por decisión del Tribunal de Menores. La niña, hija de padres separados desde hace dos años, había tenido desde pequeña muchos síntomas, cuyo significado no había sido fácil comprender. La solicitud hecha una vez a la madre, Giovanna, de que realizara con ella actos sexuales como hacía el padre hace caer los velos. A partir de allí se producen confidencias cada vez más graves, que componen el cuadro de un abuso sexual muy precoz y que llegan a actos de penetración en el área genital, anal y oral. Concluida la psicodiagnos y transcurridos algunos meses sin que en el frente judicial se pusieran en marcha acciones procesales, se decide empezar con la niña, de todos modos, una psicoterapia individual; en efecto, Elena sufría mucho, y después de la revelación había dado muestra de aún más numerosas expresiones sintomáticas. Desarreglos alimentarios con fobia por algunos alimentos, angustias nocturnas con pesadillas de ahogo, masturbación compulsiva, trastornos de la defecación, problemas de socialización y búsqueda de situaciones de riesgo físicos constituían el tremendo precio que estaba pagando por la relación incestuosa. Se decide acompañar en paralelo a la madre con una intervención de apoyo: ésta era también seguida por problemas personales por otra terapeuta con la que la colaboración ha sido siempre preciosa y puntual.

Al comienzo de la terapia, de inmediato vivida por Elena con gran entrega y llevada a cabo por la misma terapeuta que había realizado el psicodiagnos, la niña introduce el tema de la historia del abuso con un significativo dibujo. En una casa «de gnomos» vivían, hace mucho tiempo, madre e hijo: «Era una casa toda de oro»; pero un brujo «malo» la destruyó completamente llevándose el oro y dejando morir a sus habitantes. Es evidente el tono altamente persecutorio y catastrófico con que empieza la reinterpretación del abuso. También a continuación las fantasmaticaciones mantienen el mismo signo: insidiosos cocodrilos o poderosos diablos representan al pérfido agresor que atenta contra la vida de pequeños personajes tanto animales como humanos. Éstos consiguen escapar a duras penas del perseguidor, pero quedan gravemente heridos o mutilados. Es transparente que la evocación de la experiencia traumática está por ahora bajo la enseña de una visión en blanco y negro, en la que hay una lucha sin cuartel entre «buenos» y «malos». Después de un período de elaboración bastante breve, en la lucha aparecen personajes salvíficos inconfundibles

y tan poderosos como el perseguidor, que con gran despliegue de fuerzas lo desbaratan. Pero estamos sólo al inicio y pronto el triunfo se demostrará ilusorio.

En efecto, poco después comienza una fase de mucho sufrimiento, que dura un año y medio sin encontrar una salida satisfactoria, de la que es inseparable la implícita pregunta sobre las responsabilidades por no haber impedido el abuso, como antes se decía. En un primer momento se construyen juegos, utilizando preferiblemente un rico «bestiario», en el que los padres duermen y no se ocupan de los pequeños, los cuales deben apañárselas solos para procurarse la comida y acaban corriendo peligro. Una vez Elena menciona el hecho de que la madre-caballo había bebido «veneno», que la hace dormir y a causa del cual ronca pesadamente: alude así al hábito de la madre real de excederse con el alcohol cuando se encuentra particularmente deprimida, aspecto que sólo puede alarmar a la niña. Hay por tanto en Elena la idea de que la experiencia traumática es la consecuencia principal de la ausencia y del desinterés maternos.

Aunque lo antes descrito no es, desde luego, como se verá, el pensamiento dominante para Elena, sin embargo se asoma de vez en cuando en el curso de la terapia y también en la relación real con la madre. En efecto, durante mucho tiempo la niña continuará aportando nuevos detalles para demostrar que la madre no entendía sus señales: «¡Yo te lo decía, pero tú no me creías!»: señales nada explícitas, sin embargo, como cuando se ponía a llorar desesperadamente para que la madre la llevase consigo a la lavandería del semisótano con tal de que no la dejara sola con su padre, u otros episodios similares, entonces muy difíciles de interpretar. También en los últimos tiempos de la terapia había habido una ocasión en que la niña había acusado gravemente a la madre de no ser, ahora como entonces, una protectora válida. Se había tratado de las vicisitudes de una amiguita suya, que le había confesado confusamente a Elena que había tenido interacciones erotizadas con su hermano mayor. La niña habría querido que su madre hablara de ello con la de la amiga y que tomara posición en cuanto a su tutela: cosa en realidad poco practicable, al tener escasos elementos sobre los que basar la sospecha; pero la decepción de Elena había sido grande.

Pero quizá también bajo esta acritud el verdadero problema era otro, el que absorberá la mayor parte de las energías de la niña durante un tiempo aparentemente interminable. Para comprenderlo es preciso remitirse a las características reales del abuso: Elena ha vivido con su padre una historia incestuosa muy participativa, con un agresor tierno y fantasioso que ha sabido seducirla y divertirla. Aunque las numerosas señales sintomáticas recogidas en los años anteriores a la revelación muestran que en la niña ya había un gran sufrimiento y conciencia de que aquello que el padre requería de ella estaba «mal» e incluso le hacía físicamente daño, sin embargo, el vínculo era tan fuerte que hasta el final Elena sostendrá que aún lo quiere. Precisamente esto la hace sufrir terriblemente: pensar que ella ha sido la principal culpable de lo ocurrido, por su incapacidad de sustraerse al abuso y por el placer que, no obstante, ha experimentado con él: impotencia y vergüenza forman en ella una mezcla mortal. No es casual que Elena siga siendo durante mucho tiempo una niña

constantemente excitada en el área genital y anal (el área oral tiene, en cambio, connotaciones negativas —el miedo a ahogarse, las fobias alimentarias— porque la experiencia de penetración ha sido vivida con una gran alarma). Las verificaciones físicas de ello son la presencia habitual de pérdidas vaginales, consiguientes a la compulsiva masturbación, y la presencia igualmente habitual de pequeñas pérdidas de heces. Es transparente la conexión mental existente en la niña entre su sentirse excitada y el hecho de ser sucia y despreciable. Aunque esto no tiene verdaderas verificaciones en la realidad, Elena atribuirá durante mucho tiempo a esta suciedad suya las graves dificultades de socialización, cuando era, en cambio, su sentirse irremediabilmente «distinta» lo que provocaba exclusiones y victimizaciones por parte de sus coetáneos.

En su juego simbólico destaca, por tanto, como protagonista el personaje-niño, en representación de sí misma, mediado preferentemente por animales. En particular se concibe la fantasía de una perrita que, aun estando muy dotada de inteligencia y fuerza, es repetidamente engañada por ladrones que le sustraen, riendo burlonamente, su tesoro (figura sugestiva de su inocencia e integridad). Ella misma es raptada y aprisionada en lugares espantosos, desde los que su voz no llega a la casera que podría ayudarla. Cuando la catástrofe parece inminente al fin llegará el auxilio, pero el agotamiento de la pequeña criatura será grande y casi irremediable. Una vez Elena hace un juego del mismo signo, pero aún más explícito: la habitual perrita está preñada, por obra de un marido muy malo que ahora ha muerto o está muy lejos. El embarazo, inadecuado para su joven edad, amenaza con matarla: una vez más la salvación llegará *in extremis* y, por añadidura, poco convincente. De manera más o menos transparente, Elena regresa mentalmente sobre el daño que ha sufrido, sobre las marcas que lleva incluso en el cuerpo de la experiencia erotizada, tan peligrosa que amenaza en todo momento con matarla. En el centro del malestar no está, sin embargo, la acción de los astutos y pérfidos perseguidores (su oficio es robar y matar...), sino la incapacidad de la criatura extraordinaria para sustraerse precisamente a ese embrollo, que, no obstante, se presenta siempre igual y habría debido ser reconocible.

En cuanto a las vivencias relativas a la madre, éstas están mediadas por la figura de la «casera», que se muestra solícita pero constantemente impotente. Por suerte, después de varios raptos consigue al menos auxiliar y salvar de la muerte a la perrita. Parece un paso adelante no despreciable con respecto a la figura representada antes, ausente e indiferente. Ésta es otra señal de que ahora en Elena el tema de la culpa de no haber evitado el abuso se ha polarizado sobre su persona, encontrando en la madre otras responsabilidades periféricas.

En medio de esta verdadera batalla interior se produce la audiencia de Elena durante el proceso penal. La niña está muy mal, sufre un agravamiento de los síntomas. Siente que nunca podrá testimoniar, porque se trataría de poner al descubierto a la verdadera culpable: ella misma. Acurrucada en el suelo y con lágrimas en los ojos, Elena explicita: «¡Me da demasiada vergüenza!». Apoyada por la terapeuta y por la madre llega, sin embargo, a presentar un buen testimonio,

después del cual se perfila un período pasajero de euforia y bienestar, con reducción de las vivencias negativas de impotencia y vergüenza. Este estado mejora luego cuando el padre, algunos meses después, sufre una importante condena. Sigue la interrupción estival de la terapia. Pero el período de elaboración de la propia presunta culpa aún no ha terminado y, acabada la euforia, este tema vuelve a pesar sobre ella.

Precisamente el día antes de la reanudación de la psicoterapia Elena involucra a su madre en un extraño juego que, como se verá, es conmovedor y significativo. Elena finge que es una niña encontrada en el contenedor de la basura: muchas personas se detienen, pero luego la vuelven a tirar porque está demasiado sucia. Incluso acababa en medio de la calle y los automóviles amenazaban con atropellarla. Por fin llegaba su mamá, pero tampoco ella sabía cómo tener a una niña tan sucia. Así, la llevaba donde la doctora (y aquí Elena mencionaba a la terapeuta) que la acogía y «te enseñaba, mamá, cómo se hace para tener una niña como yo». El significado de la simbolización es transparente, y parte el corazón constatar la profundidad del sufrimiento de Elena debido a sus vivencias de ser despreciable a causa del abuso paterno: sin embargo, no debe subestimarse el rayo de esperanza de que precisamente a través de la terapia exista también para ella la perspectiva de llegar a ser querible.

Siguen largos meses de perritas y de ladrones, con algún pequeño e inconstante progreso en la capacidad de defenderse y defender la propia casa. Una vez Elena llega a explicitar que, bajo la máscara que llevaba y que la perrita ha conseguido arrancarle, el ladrón tenía «la cara fea de papá». Crece también la agresividad de la que Elena consigue dar prueba: llega incluso a servirse de la «casera» para clavar unas tijeras en el corazón del ladrón al que ella misma ha capturado e inmovilizado. Quizá querría haberlo matado de verdad, pero aún no es el momento.

Es necesario ver en paralelo cuáles han sido entretanto los movimientos psicológicos de la madre. Éstos han oscilado entre la adopción de masivas defensas de evitación, en tanto siente de manera persecutoria todo intento de aumentar su comprensión de la hija, y períodos de caída depresiva, en los que vuelve a beber, a causa del resurgimiento del sentimiento de culpa por no haber entendido y protegido a tiempo a la niña. La alternancia de las fases se ve afectada por las vivencias de la hija y a su vez las influencia. En efecto, Elena corresponde como un barómetro a ellas, permaneciendo constantemente insatisfecha: si ve a la madre evasiva con relación a ella, multiplica las expresiones sintomáticas como para sacarla de la madriguera y ponerla por la fuerza delante de la realidad de la catástrofe; cuando Giovanna cae en la depresión, aparentemente Elena está mejor, pero en realidad sólo inhibe los síntomas porque se siente culpable de causar tanto sufrimiento a su madre: «¡No quiero que llores!», le dice a menudo.

Giovanna permanece durante muchos meses alejada de una útil solución del dilema sobre la culpa en el que se debate también la hija. Sostenida por un paciente trabajo psicológico y sobre todo galvanizada por la finalización del proceso penal y por su resultado satisfactorio, parece alcanzar niveles un poco más altos de conciencia y equilibrio. Un episodio ocurrido durante el verano es una primera señal de ello. Elena

se mostraba particularmente caprichosa en el día en que la madre, terminado el fin de semana, tenía que volver a partir hacia la ciudad, dejándola en el campo sola con la abuela. Aquello que para todas las madres habría sido de obvia e inmediata lectura era para la señora un acertijo irrazonable. Sólo a través de solicitudes más explícitas de la niña había comprendido que el comportamiento de la hija se debía al deseo de tenerla más cerca. Refiere este «extraordinario» descubrimiento con lágrimas en los ojos y con la frase: «¡Pensé que, a pesar de todo, le vengo bien!».

Pero el período posterior al proceso se revela inesperadamente el de más violenta incompreensión entre madre e hija. Elena pone a prueba a Giovanna para saber si de verdad puede aceptar a una niña «como ella» e insiste en contarle nuevos detalles del abuso: la madre acoge estas confidencias con fastidio, está cansada, quiere acabar con esta historia, ya no quiere pensar en ello. Elena está mal pero la señora refuerza el pulso. Ya no puede devanarse los sesos para entender las razones de una niña tan extraña, quizá es lunática, «se bambolea», y nadie, aún menos ella, puede hacer nada. Interrumpe la propia terapia: ahora está bien y ya no la necesita. La terapeuta de la niña ensaya cautamente la posibilidad de Elena de conformarse, al menos por el momento, con el nivel alcanzado por la madre, que es, de todos modos, muy superior al del principio. La respuesta de la pequeña es rápida: en la siguiente sesión se niega a entrar en la habitación y dice que ya no vendrá. Admitida e interpretada la ira hacia la terapeuta que la empujaba a una adaptación para ella imposible; aclara de manera horripilante que la madre querría que ella olvidara, «pero yo no puedo dejar de pensar en ello». No pasa mucho tiempo y la frágil coraza edificada por la madre se derrumba de nuevo: se verifica otro período de intensa depresión, Giovanna vuelve a llorar y a beber; sobre todo cree que su vida ya está terminada, estropeada para siempre. El juego de Elena se anima con dos niños, uno bueno y uno malo: este último no tiene ninguna razón para comportarse mal, pero ha nacido así y nunca podrá cambiar. Parece claro que, aun no pudiendo renunciar a una madre más cercana a ella, siente que le pesa sobre sus espaldas la responsabilidad de haberse metido, en otro tiempo, en líos y de continuar ahora disgustando a su madre «estrujándola» con sus solicitudes. Por suerte la capacidad de reflexionar y comunicar explícitamente los problemas es de un nivel incomparable al anterior. Precisamente cuando todo parecía enrigedecido se produce milagrosamente una especie de salto cualitativo, como ocurre cuando se toca fondo y sólo se puede subir.

Elena parece deponer por ahora las esperanzas de obtener una madre como querría y como siente que necesita para poder superar sus problemas. Se dirige a la terapeuta en el juego como un gatito en malas condiciones, enfermo, privado de los padres, perdidos o muertos, que se hace adoptar para ser curado. Si la madre originaria, figura de la real, no es un recurso, por el momento, se puede intentar reconstruir igualmente recurriendo a una madre idealizada y simbólica, la terapeuta. Así, el gatito curado y alimentado crece rápidamente, mostrando dotes extraordinarias. Esto es reconfortante porque testimonia que Elena piensa de sí misma que bajo la enseña del daño sufrido tiene aún grandes posibilidades. Al mismo tiempo la madre reanuda la terapia personal: es tiempo también para ella de un salto

cualitativo. Salida de la última crisis depresiva parece haber encontrado finalmente un equilibrio en la relación con la hija. Ya no lo ve todo negativo y sin esperanza de curación: a partir de esta nueva perspectiva se entrena para ver a la niña de manera más realista, tanto en los sufrimientos que no se pueden eliminar, como en las posibilidades de dar mejor prueba de sí en todos los campos. Por ejemplo, ya no piensa que, al no haber creído en seguida a la niña sobre el abuso, ahora para expiar está obligada a secundarla también en sus proyecciones sobre la realidad, como cuando afirma que nadie la quiere y todos le pegan en la escuela. Consigue hacer con Elena un tranquilo examen de realidad, sabiendo que en parte cuanto la niña dice puede ser la señal de que sus problemas de socialización no han terminado, pero que quizá la misma Elena ve las cosas con gafas demasiado oscuras con motivo de sus propias vivencias de desvalorización. Esto tiene sobre la niña un efecto extremadamente benéfico, haciéndole percibir que también para ella es posible el mismo equilibrio realista: en una ocasión, por ejemplo, hace razonamientos complejos en los que consigue separar la propia impresión de aquello que puede haber ocurrido de verdad, cosa rara en una niña de esa edad.

La madre reconoce que ha cambiado mucho; dice del pasado: «Bajaba una persiana, nunca conseguí imaginarme a mi hija con su padre» (queriendo decir durante el abuso). Añade: «Ahora consigo “ver” a mi hija; sufro enormemente, pero es mucho mejor que antes».

Elena entretanto hace crecer, en la terapia, al personaje-niño: reaparece, no por casualidad, la perrita de los meses anteriores que está preñada por obra de un marido guapo y bueno, en todo similar a ella. Esta vez llegará a parir de manera «limpia» y gozosa, aunque con fatiga, asistida y legitimada por la «casera». Elena ve, por tanto, ante sí un futuro femenino y erótico, pero bueno; estamos al fin muy lejos de la otra perrita que en circunstancias similares corría el riesgo de morir, a causa del tremendo daño debido al abuso. Simultáneamente Elena descubre una solución satisfactoria para el tema de la culpa. Pone en escena este juego: ella representa a la hija, ahora mayor y casada, de la terapeuta, y se le confía un pequeño niño para que lo lleve a la playa. Regresa del paseo imaginario muy agitada, explicando a la terapeuta que el niño ha corrido el riesgo de morir. En efecto, ha bastado un instante de descuido y una perspectiva engañosa para que se metiera en el mar, donde las olas lo estaban llevando lejos, ahogándolo. Por suerte, ella se ha percatado en seguida de su desaparición y se ha arrojado valerosamente al agua para salvarlo y lo ha conseguido. La cuadratura del círculo parece completa: si el hecho de ser llevada lejos por las olas representa el peligro mortal corrido con el abuso (al menos en el plano mental), ahora las culpas están bien distribuidas. No es excesiva la de la madre distraída que ha tenido sólo un instante de desorientación y le ha puesto pronto remedio; no es excesiva la del niño, que, desde luego, se ha metido en líos, pero no podía entender porque era demasiado pequeño.

Ahora Elena ha sido dada de alta, después de dos años de terapia. Ha terminado segundo de básica y ha mejorado mucho tanto en el plano sintomático como en el de los comportamientos adaptativos. Es una niña con óptimas capacidades intelectuales

y de gran sensibilidad. Es difícil que todos los nudos problemáticos se hayan resuelto definitivamente en ella, pero tiene buenas posibilidades evolutivas. También la madre ha terminado su terapia personal. El padre ha sido condenado una segunda vez en el procedimiento de apelación y otra vez en casación, y no ha vuelto a ver a su hija. Ahora comienza la verificación de los resultados del trabajo psicológico realizado.

ALTA Y CONSOLIDACIÓN

La última fase crítica está representada por el momento de la conclusión de la terapia. En efecto, no es fácil valorar cuándo es el momento de decidirla. Con anterioridad ya se decía que la experiencia parece orientar a dar de alta a los pequeños pacientes sin esperar a que todo el cortejo sintomático se haya agotado o que las relaciones familiares se hayan vuelto definitivamente estables. En efecto, en la víctima de un evento traumático hay un peculiar conflicto. Por un lado, tiene necesidad de autorreconocerse una integridad independiente de la violencia sufrida y de darse una confirmación del origen extrínseco del sufrimiento del que es portadora, como para afirmar que el problema no es en el fondo suyo, sino de quien se lo ha causado injustamente. Estos sentimientos impulsarían en la dirección de concluir lo antes posible la intervención terapéutica que, por más que vivida positivamente, testimonia que aún no se está liberado de la marca dejada por el trauma y, por tanto, de la presencia inoportuna del perseguidor, un poco como si se pensase: él se ha equivocado y yo debo pagar. Por otro lado, existe el temor de dejar el lecho reconfortante de la terapia, provocado por el recuerdo de la intensidad del sufrimiento conectado con la fase aguda postraumática, cuyo regreso se teme. Se podría comparar dicha situación con la de quien se ha roto una articulación en un accidente callejero: en él confluye la impaciencia de regresar a la vida normal, volviendo a practicar las actividades habituales, para sacarse de encima lo antes posible el efecto del accidente exterior, y el miedo de quitarse la escayola y volver a sentir, con la articulación desnuda, el mismo violento dolor del momento del accidente.

Este conflicto puede ser aún más acentuado en las madres, que, como antes se afirmaba, deben ser consideradas y curadas como parte integrante del proceso terapéutico de las pequeñas víctimas. En efecto, ellas, por más que estén bien dispuestas hacia la terapia y, a su vez, sostenidas, a la larga pueden soportar mal la necesidad de que la reparación de la que querrían ser protagonistas, para poner un remedio a sus vivencias de impotencia y culpa, deba ser asistida por un tercero; y también tienen una necesidad real de ponerse a prueba para no endurecer mecanismos de delegación que confirman como en un círculo vicioso la percepción de la propia desvalorización. Por otro lado, sobre todo si el terapeuta es de sexo femenino, es posible que la niña, ya ambivalente hacia la

madre, utilice instrumentalmente la posibilidad de iniciar una reconstrucción personal con una «madre» idealizada para aplazar la confrontación con la relación real, desde luego más erizada de dificultades, reforzando la herida narcisista de la madre y alejando el momento de la reparación de la relación con ella. Por tanto, no se puede correr el riesgo de que cuanto se había pensado para producir un acercamiento pueda, si se prolonga más allá de lo necesario, desencadenar el efecto contrario.

Debe hacerse una notable inversión de energías para que los sentimientos de la pareja madre e hija se alineen todo lo posible, de manera que la decisión de terminar la terapia no sea acogida con sentimientos opuestos, con el riesgo, una vez más, de incrementar la distancia emocional.

De manera del todo análoga evoluciona también la terapia familiar, en los raros casos en que el agresor haya admitido y esté involucrado en el proceso de curación. En estas situaciones las exigencias de normalización comprenden aspectos incluso más complejos de aquellos que afectan sólo al adulto protector y a la víctima: es preciso recuperar también un nuevo equilibrio en la pareja, como cónyuges y como padres, y abrir nuevas posibilidades de solidaridad entre la víctima y la fratría (se ha aludido a ello en el ejemplo varias veces citado de la familia de Salvatore). Antes bien, se puede decir que cuanto más numerosos son los frentes relacionales que sanar y consolidar, tanto mayor es la exigencia de alcanzar en un tiempo contenido, por así decir, «puertos seguros», incluso al precio de consistentes reducciones de las esperanzas iniciales de cambio. En efecto, es muy difícil mantener abiertas durante mucho tiempo «cuentas» psicológicas que saldar cuando la imprevisible combinación de los factores en juego induce el comprensible temor de perder, por querer demasiado, el gobierno seguro de cuanto se ha ganado.

Además, para las familias que conservan también en el mundo exterior una identidad del todo igual al pasado y están, por tanto, «en un escaparate», en un escenario en el que son perfectamente reconocibles, es aún más urgente percibir y dar la percepción de una completa rehabilitación: ¿cómo justificar de otro modo, ante los ojos de todos —parientes y amigos de «antes»— la decisión de permanecer aún juntos, si los resultados alcanzados continuaran estando por debajo de las expectativas? No ocurre así, en cambio, obviamente, para los núcleos familiares que se han fragmentado como consecuencia del descubrimiento del abuso, en el que la víctima y quien ha permanecido a su lado

han sido a menudo obligados a cambiar de vivienda, trabajo y pueblo: pasos dolorosísimos, pero que contienen también la posibilidad de renovar la propia imagen.

En los casos en que se considera necesaria un alta bastante precoz, debería acordarse, sin embargo, un programa gradual en el que realizarla y el proyecto de un período de *verificación*. En él se llevarán a cabo encuentros aplazados, a menudo sólo con la madre en el caso de terapia individual de la víctima con apoyo de la madre, o con los adultos solos en el caso de terapia familiar: la duración podrá variar entre seis meses y un año, con un programa adaptado a las distintas situaciones.

En cuanto a los contenidos, en esta fase del proceso terapéutico deberá observarse con atención, ante todo, la capacidad de los pacientes de gestionar los problemas residuales, a veces incluso notables, en un ordenamiento vital «normal», en el que la regularidad de los tiempos y de las tareas cotidianas ya no sea puesta en peligro por la recurrente reagudización del sufrimiento: una especie de convalecencia, por tanto, en la que seguir dando pasos controlados pero cada vez más cercanos a la normalidad. Se extraerán también más indicaciones para la verificación si se echa un vistazo en profundidad al pensamiento que sostiene aquella recuperada tranquilidad formal: tendrá diferente peso, como prueba de un prometedor camino hacia la salud, constatar que ella se anda adhesivamente y con «cabezonería» a cuanto se supone que es el estilo de vida de las familias «normales», o si en cambio se pueden reconocer, a veces sólo teniendo la paciencia de escuchar el relato de las obligaciones cotidianas, cambios de humor y de pensamientos originales, y, sin embargo, en sintonía con los objetivos del trabajo terapéutico. En este segundo caso, el terapeuta se sentirá reconfortado por la convicción de que los pacientes han aprendido de verdad una estrategia distinta para la solución de los problemas, un método que podrá acompañarlos para hacer definitivos, al abrigo de importantes regresiones, los resultados alcanzados hasta entonces.

Se había llegado al programa de verificación en la terapia de la familia de Salvatore (véase más arriba el párrafo «Del trabajo realizado con esta familia...»), ya conocida por el lector. Las cosas parecían avanzar bien después del regreso a casa de la hija menor, Melissa: el trabajo, la escuela, la limpieza cotidiana... Hablando de este humilde asunto, hemos tenido el consuelo de advertir cambios sustanciales en el modo de pensar y sentir de Innocenza, la mujer de Salvatore: cambios que no se

podían alimentar de palabras o conceptos «aprendidos» pasivamente, sino sólo de una autónoma reinterpretación de los propios recursos orientados al objetivo de dar un curso distinto a la propia vida. La conversación, durante una sesión de la pareja, nace de un motivo banal: habíamos notado una vez más la vestimenta juvenil y cuidada de Salvatore. Hay un intercambio de chascarrillos sobre cuánto le preocupa a su mujer su aspecto: ambos sonríen y están inesperadamente muy abiertos al razonamiento. Innocenza comienza una larga y enfervorizada digresión, basada en los ritmos de la limpieza doméstica, en los detergentes que usa en gran cantidad, ante todo con aquello que es preciso mantener siempre en un orden immaculado, como la lencería íntima y de cama de su hija y marido. En su casa todo debe estar limpio y perfumado.

Nace espontáneo el pensamiento de cómo esta mujer, que en momentos precedentes no había escondido su desconsuelo al tener que resignarse a sobrevivir en medio de semejante descalabro de la vida familiar y que concluía: «Qué puedo hacer, lo he querido yo [permanecer con su marido], y ahora debo reaccionar», había encontrado una manera, muy suya, de reaccionar. Recordamos que precisamente la limpieza había sido la condena permanente en la vida de Innocenza, desde la infancia. En efecto, era precisamente ella, la hija designada para sustituir a la madre, la que trabajaba en el campo, en la asistencia a los hermanos más pequeños: «Lavaba su trasero lleno de caca y lloraba, lloraba...». Entonces pensaba en la hermana apenas más pequeña, que recién terminada la escuela elemental había encontrado trabajo fuera, como criada, y le parecía mucho más afortunada que ella, Cenicienta recluida en su casa. También nos vino a la mente que, al contarnos episodios tristísimos de su vida en la familia de origen, sellaba incluso los cuadros más desesperados con una frase, dicha en voz baja: «¡Eso es todo!», como si en su mente las tremendas cosas que le habían ocurrido no pudieran tener más resonancia que una especie de anónima «lista de la compra».

Al verla ahora animada contando todos sus esfuerzos por mantener limpia a esa familia, a la que había descubierto tan sucia por dentro, nos ha parecido que aquello de lo que siempre había estado hecha su vida adquiriría dirección, relevancia, gobierno y actividad: algo que, en la objetiva pobreza, adquiriría, sin embargo, el significado de una revancha enorme, para ella misma y para todos.

Aunque este movimiento no consigue pasar del corazón a la mente de Innocenza y ser puesto en palabras y razonamientos, el significado de ese relato se comprueba a través de las asociaciones sucesivas. Sin que los terapeutas tengan tiempo ni de pensarlo, nace espontáneamente en Salvatore el recuerdo de la desidia en la que vivía de niño y de adolescente, cuando nadie se ocupaba de él. Ahora, en cambio, cuando estaba convencido de que no lo merecía por aquello que había hecho, su mujer le limpia hasta los zapatos... Siente una enorme gratitud. En seguida se amontonan en la mente de ambos los recuerdos fragmentados de una vida de penalidades, violencias y desamor mutuo. Fragmentos que sólo ahora, después de que han pasado casi dos años desde el inicio de la terapia, pueden ser reconocidos en su conjunto como la expresión y, al mismo tiempo, el continuo refuerzo, de la degradación y de la

impotencia que los tenían a todos prisioneros, y que han abonado el terreno en el que ha arraigado el deseo perverso del padre hacia la hija. Aún existe el horror de mirar atrás; pero también la satisfacción de haber vuelto a jugar las propias cartas para darse un futuro mejor, incluso inesperado.

Cuando en el proyecto terapéutico anterior estaba prevista la colaboración de otras instituciones (por ejemplo, la escuela) y en el programa de verificación parezca oportuno continuar su implicación, es necesario acordar esto con los pacientes. En efecto, puede ser que el alta de la terapia evoque también para ellos la perspectiva de un regreso, al fin, al anonimato después de un período de sufrimiento percibido como vivido demasiado al descubierto, bajo los ojos de demasiados espectadores, aunque en un primer momento sean útiles o incluso indispensables. Debe recordarse que uno de los componentes importantes de las dolorosas vivencias de estigmatización, tan bien identificado por Finkelhor y Browne (1985), está constituido precisamente por la reacción ambiental ante la revelación del abuso, cuyas dañinas consecuencias ya se conocen. Por tanto, si en los pacientes se verificasen tales sentimientos es mejor respetar su aspiración a volver a la sombra: el mensaje constituido por la conclusión de la terapia, potencialmente portador de un impulso a la autonomía, a la salud y a la normalización, no puede correr el riesgo de ser disminuido en su efecto benéfico por las eventuales garantías que el terapeuta quiera conservar en cuanto a la completitud de la verificación, manteniendo abierto un amplio «paraguas» de observación sobre los pacientes. Un aspecto concreto se refiere a la relación con el Tribunal de Menores, si la terapia ha sido efectuada por su explícito mandato: en este caso la institución quiere mantener una garantía sobre la verificación del trabajo terapéutico, en interés del menor. Siempre que sea posible, el terapeuta debería intervenir como mediador entre las diversas exigencias, señalando en todo caso que obtener un impulso positivo en la dirección de la reparación constituye un beneficio superior a cualquier otro.

Sin embargo, en el polo opuesto debe recordarse que, al mismo tiempo, el alta, por más que deseada, es también sentida por los pacientes como una fuente de ansiedad. Se la puede convertir en una decisión más reconfortante, que corre menos riesgos de exponerlos al retorno de patologías que temen, si queda abierta la perspectiva de una eventual fase sucesiva, no sólo de verificación, sino también de reanudación de los nudos problemáticos sin resolver o que se hayan

reactivado, con el fin de consolidar y mejorar los resultados precedentemente alcanzados. Por lo demás, es muy probable que un evento tan grave como el abuso en la vida de un niño deje secuelas que pueden salir a la superficie en momentos diversos del recorrido evolutivo o en ocasión de distintos acontecimientos de la vida. El anuncio de la posibilidad de una reanudación de la terapia, siempre que se revele oportuna, debería hacerse también en el contexto del alta, y basarse en la referencia genérica a cuanto en la experiencia clínica no pocas veces se ha constatado útil en casos de niños tan dañados. El mensaje resulta así bastante remoto y eventual como para poder ser legítimamente dejado caer, y bastante cercano y real como para poder ser recogido. Esto disminuirá consistentemente el sentimiento de alarma y fracaso que podría activarse en el momento en que se debiera llegar al reconocimiento de la necesidad de iniciar una nueva fase de terapia. Veamos un extenso ejemplo de esta fase de *consolidación*.

Ya se ha hablado de Simona al comienzo del volumen, a propósito de las desesperantes vivencias de la víctima (véase más arriba el párrafo «También aquí podemos ser ayudados...»). Como consecuencia de las revelaciones de la niña, la madre, Vera, comprensiblemente trastornada pero apoyada por sus padres, con los que vive desde el momento de la separación, presenta una denuncia penal. También el Tribunal de Menores es rápidamente informado para que ratifique y prolongue durante todo el tiempo necesario la suspensión de la patria potestad del padre decidida por los tribunales ordinarios como medida cautelar con relación al padre de Simona, Ennio.

En este punto Vera se encuentra sobre el borde de un recorrido pleno de incógnitas y con una hija gravemente dañada psicológicamente. Pide espontáneamente la ayuda del CBM, donde primero se realiza una evaluación de la niña y una intervención de apoyo inmediato a la madre, para ayudar a ambas a superar el primer período de crisis posterior a la revelación y al inicio del proceso judicial. También es necesario hacer madurar en la pequeña Simona la posibilidad de dar testimonio en sede penal, teniendo al mismo tiempo en cuenta qué doloroso y desestabilizador es para ella entrar en contacto con una experiencia gravemente traumática. Simona se expresa designándola, como hemos visto, como «la terrible confusión» o bien «las cosas monstruosas», con un lenguaje autónomo y muy eficaz, mostrando en ello su gran inteligencia y sensibilidad, pero también la gravedad de la violencia experimentada; en su elaboración inicial ha producido síntomas llamativos de síndrome de estrés postraumático, que han trastornado los ritmos de alimentación, del sueño, provocado una enuresis secundaria, detenido incluso su crecimiento somático (y esto durará más de un año) y le han causado un grave estado de angustia. A pesar de estas

dificultades, Simona da un testimonio satisfactorio, también gracias a la obtención de un formato protegido. Pero el padre es absuelto, gracias al beneficio de la duda.

Después de la inevitable depresión, Vera no se deja abatir. Cualquiera que sea la opinión de los jueces, tiene demasiados elementos para poder dudar de las revelaciones de la hija. Apoyada afortunadamente por el Tribunal de Menores, que decide mantener el alejamiento de Simona de su padre hasta que se celebre el proceso de apelación, continúa con la fatigosa tarea de acompañar, comprender y sostener a una niña muy difícil y sufriente, afrontando al mismo tiempo una revisión de la propia vida. En efecto, se pregunta legítimamente qué la ha llevado, tan joven, a abandonar incluso los estudios superiores para ligarse a un hombre inferior a ella en cultura, inteligencia y belleza, que, además, siempre la ha explotado y despreciado, para llegar al final a profanar perversamente cuanto tiene de más querido. Así se inicia una psicoterapia individual de Simona (con frecuencia semanal) y un apoyo psicoterapéutico de Vera (con frecuencia quincenal).

Como siempre se verifica, los nudos personales que han hecho posible el contexto relacional en que ha tenido origen el incesto saltan a la vista incluso después de que los primitivos vínculos disfuncionales han sido interrumpidos, exponiendo a las madres a la reproducción de experiencias igualmente insatisfactorias: a través de un paciente trabajo que analice el pasado a la luz de hoy se puede tratar de detener la repetición de los errores pasados y preparar un futuro cualitativamente distinto. El problema más persistente de Vera parecía ser un grave menosprecio de sí misma, construido desde la infancia en la confrontación con una hermana aparentemente más amada y con una madre tan fuertemente atrapada en la relación con su marido que lo seguía a todas partes, obligando en especial a Vera, hija primogénita, a una precoz autonomización y paternalización con respecto a su hermana. Una revuelta adolescente, no comprendida como señal, la había llevado a oponerse a los padres echando a perder las propias posibilidades y arrojándose en los brazos de Ennio. Los fracasos acumulados a continuación obviamente no han hecho más que aumentar en Vera el sentimiento de la propia desvalorización: esto se hacía evidente en la relación muy poco madura, entre dependiente y conflictiva, que la ligaba a los propios padres, que en casa siempre tenían la última palabra, incluso en relación con Simona, en la convicción, por desgracia alentada por los padres, de que sólo podría encontrar otro hombre con el que casarse recurriendo a improbables agencias matrimoniales, obvio depósito de situaciones problemáticas, como la experiencia le había ya amplia y peligrosamente demostrado. Simona representaba simbólicamente esta situación en el juego con los títeres, donde una fatua princesa hacía entrar en casa a toda suerte de personajes peligrosos, ¡de los que la niña pensaba que podía ser defendida sólo por el perro Gippetto!

Como es fácil intuir, esta baja consistencia personal de la mujer se reflejaba también en la relación con su hija, que no encontraba un terreno bastante propicio para la reconstrucción de un sólido vínculo de confianza con su madre: constantes antojos, caprichos y choques diurnos se completaban con la imposibilidad nocturna de separarse de ella ni un milímetro. Simona simbolizaba los sentimientos

subyacentes a través del juego y el dibujo, fantaseando animales que sólo encontraban a su alrededor hierba quemada y permanecían hambrientos y rabiosos, o que se perdían en la nieve mientras su mamá había acabado en el hospital o muerta.

Después de cerca de un año y medio de terapia se llegó a una interrupción de la misma, al haberse alcanzado algunas mejoras básicas y la resolución casi total de la grave explosión sintomática consiguiente a la revelación del abuso. En cambio, se continuó con un regular apoyo a la madre, que duró otro año, para consolidar los resultados alcanzados y promover mejoras en la función maternal y en la posición personal, aún ampliamente necesarios. En efecto, aunque la capacidad de Vera de elaborar la propia situación y la de su hija ya era más que satisfactoria, no se veían cambios concretos en su vida. También al final de este nuevo trabajo psicológico la madre había permanecido sola y en una situación de dependencia de los propios padres (que desde siempre habían sido también sus patrones porque eran los propietarios de una pequeña empresa), apenas modificada por una mayor negociación de las pequeñas cosas cotidianas y por el cambio de actitud de Simona que, reforzado el claro vínculo con la madre, ahora se erguía en su defensora frente a los abuelos.

Simona había llegado a ese punto en los umbrales de la escuela elemental, habiendo superado no sólo los síntomas iniciales sino también otras explosiones sintomáticas, violentas pero de breve duración, que se verificaban cada vez que los eventos (fuera el «día del padre», para el que las maestras requerían una poesía, o incluso pequeños incidentes de recorrido con los coetáneos) ponían a prueba su equilibrio aún frágil. Comenzada la asistencia a la escuela algunos meses después de la interrupción de la intervención terapéutica con la madre, pronto se habían puesto en evidencia, no obstante, algunos problemas persistentes de falta de concentración y de extravagancia, además de la dificultad de socialización con tendencia a dejarse victimizar por los compañeros: problemas que no habían pasado inadvertidos a la madre, preocupándola más que los anteriores en tanto amenazaban con comprometer la integración de su hija en el mundo exterior, y la habían inducido a pedir una nueva consulta.

A partir de una revalorización psicológica de Simona se decide iniciar una nueva fase psicoterapéutica de la niña y de apoyo de la madre. En las sesiones de evaluación Simona había enfocado deliberadamente con la terapeuta una serie de problemas residuales, pidiendo explícitamente poder abordarlos con ella. Por lo demás, también en el período en que ya no había tenido sesiones a veces pedía a su madre, en los momentos en que se sentía más en crisis, que la llevara hacia la «doctora que entiende con los juegos», cosa siempre postergada por nuestra parte para no favorecer un mecanismo de delegación por parte de Vera. Los problemas que aún hacían sufrir mucho a Simona eran un grave sentimiento de ser diferente, a causa de cuanto había sucedido en su vida («me tratan como a un juguete sucio»), y la inseguridad respecto a la solidez y el afecto de su madre. Más en profundidad, pero aún demasiado dolorosos para que la niña aceptase afrontarlos, estaban los esfumados recuerdos de su padre y de la experiencia traumática, referida sólo simbólicamente con imágenes muy destructivas. Por último, dominaba sobre todo un

proceso de pensamiento extraño y aparentemente caótico, como medio para tratar a través de una especie de «tocata y fuga», acercamientos y repentinos alejamientos, los temas psicológicos generadores de angustia: particularmente impresionante era su modo de usar el espacio gráfico, llenándolo de secuencias simbólicas iniciadas, dejadas y retomadas en momentos sucesivos. Era, por tanto, comprensible que esta serie de obstáculos pudiera hacer insatisfactoria la inserción escolar, aunque su personalidad seguía sustancialmente intacta y su inteligencia era decididamente superior.

En esta segunda fase de la terapia la movilidad psicológica y la capacidad de madre e hija de producir bienestar y cambios útiles era mucho mejor de cuanto se había verificado en la primera fase: basta un año desde la solicitud de Vera de una nueva toma a cargo, y sólo cuatro meses de tratamiento intensivo, para poder llegar a una nueva alta en condiciones muy satisfactorias. No sólo se ha podido contar con las nuevas competencias desarrolladas con la edad por Simona, sino que todo el trabajo efectuado con anterioridad ha sido, por así decir, rápidamente reactivado e integrado en el nuevo.

Precisamente en aquel período Vera madura la decisión de separarse de sus padres, encontrando casa en un pueblo vecino, aunque sigue trabajando con ellos. Esto imprime una inflexión decisiva a su responsabilidad materna y corrige aquellos residuos de mentalidad adolescente que hasta entonces habían seguido contaminando el pensamiento sobre su futuro de mujer. Abandonando la idea de las agencias matrimoniales, recupera una vieja amistad, y siente por primera vez que este vínculo podría convertirse en algo serio. Simona desconfía inicialmente en su fuero interno de la decisión de la madre de vivir sola y ya no con los abuelos (aunque exteriormente afirma que le entusiasma), pero poco a poco se tranquiliza. La relación entre madre e hija se hace mucho más cercana y distendida: Simona incluso consigue dejar la cama de la madre por su nueva habitación.

Algunos meses después de la segunda alta, maduran también los tiempos del proceso de apelación contra Ennio: Vera, que siempre había vivido con terror esta perspectiva, deseando postergarla indefinidamente, se descubre más volitiva y valerosa. Es consciente de que la suspensión aún en curso de la relación padre-hija por decisión del Tribunal de Menores no podrá durar para siempre: es mucho lo que depende del resultado de este nuevo proceso penal; además, siente que su hija tiene derecho a tener otra posibilidad de que le crean. Pide algunas sesiones de consulta para ser ayudada a hablar con la hija de este evento, y luego consigue hacerlo de manera reconfortante. Simona, también a mil millas de distancia de la niña que antes se escondía en el suelo del coche de la madre por miedo a encontrarse con el padre durante los desplazamientos, por su parte comenta: «¡Quizá al fin los jueces me creerán!». Vera consigue pensar que si todo fuera mal y a Simona se le impusiera volver a ver a su padre, ni la hija ni ella son ya las de antes y esto bastaría para que no sucedieran los desastres del pasado. Simona, mientras, está terminando segundo de básica con resultados mucho más satisfactorios que el año anterior.

Al año siguiente Vera pide pocos encuentros: Ennio ha sido absuelto una vez más,

gracias al beneficio de la duda, y el Tribunal de Menores ha solicitado verificaciones de la situación. Sin embargo, nada ha cambiado, porque no hay ninguna solicitud por parte del padre de volver a ver a Simona. En cuanto a la niña, todo parece extraordinariamente tranquilo, como si ésta sintiera que ahora ninguna medida judicial tiene el poder de perturbar su vida. Las expresiones sintomáticas se han reducido drásticamente y también en la escuela (ahora asiste a tercero) tiene un rendimiento suficiente.

Entretanto la relación afectiva que Vera había comenzado con su viejo amigo se está consolidando. Después del verano (Simona ya ha cumplido nueve años), también en razón de la óptima disponibilidad mostrada por el nuevo compañero, Tommaso, hacia la niña, la mujer decide intentar una convivencia. La empujan en tal sentido también motivos económicos que le hacían parecer demasiado gravoso el mantenimiento de una vivienda independiente; pero sobre todo es grande el deseo de borrar toda la catástrofe precedente formando una nueva familia. Por desgracia, el experimento se revela fallido.

Esta vez Vera tiene la fuerza de huir con la niña y de volver a casa de los abuelos, ante los primeros indicios del problema. En efecto, está perfectamente en condiciones, desde el primer momento, de comprender que no se trata de previsibles roces de adaptación mutua, sino que, bajo su apariencia gentil, el nuevo compañero está revelando elementos de patología personal, que lo hacen inadecuado para las responsabilidades familiares, sobre las cuales ya no puede equivocarse, con su experiencia. También la impresionaba dolorosamente el comportamiento hiperadaptado de Simona, que trataba de forzar su carácter con tal de no provocar disputas entre ella y Tommaso, del que padecía absurdas imposiciones: éste, reconoce, fue el impulso decisivo para poner la palabra fin.

Sin embargo emerge de esa decisión, aunque sigue convencida de su corrección, muy deprimida: se pregunta en qué se ha equivocado, por qué no ha sabido dejarse amar. Siente agitada y hostil también a Simona, y querría entender qué pasa por su corazón. Pero se avergüenza tanto de haberla expuesto a otro de sus errores que no tiene el valor de hablarle. Entretanto el rendimiento escolar de la hija ha caído a niveles preocupantes, el humor parece el de los peores tiempos y han vuelto los trastornos alimentarios y del sueño. Se disponen algunos encuentros en los que debe ayudar a Vera a darse una razón de lo ocurrido, de la fragilidad que una vez más la ha empujado a una trampa; pero también a reconocer que ahora se ha vuelto más rápida y fuerte para cortar vínculos que vive como peligrosos y para defender a su hija. Se la invita a explicar a Simona las reflexiones maduradas con la terapeuta y a preguntarle si, además que con su madre, estaría dispuesta a hablar de ello también directamente con ella.

Vera refiere posteriormente que ha descubierto que Simona estaba atenazada por las mismas preguntas que la herían a ella: ¿por qué su nuevo «papá», como ya lo llamaba, no la quería? ¿Por qué la ha engañado? ¿Hay algo equivocado en ella? Parece claro que los viejos esquemas de pensamiento de «víctima» están siempre dispuestos a resurgir frente a las dificultades, tanto para ella como para su madre.

Simona vuelve con gusto junto a la terapeuta, a la que conoce desde hace tantos años. Comienza un relato detallado de las acciones cautivadoras hechas inicialmente por Tommaso y de los sucesivos episodios negativos. Esta vez la terapeuta decide hacer una intervención cognitiva: de las emociones y de sus insidias se había hablado mucho en las distintas fases de tratamiento, pero ahora parecía que el eslabón perdido consistía en darse una pauta de lectura de las relaciones más sistemática. El poco tiempo disponible para efectuar aquella que había sido proyectada como una intervención focal y la edad de la niña han reforzado esta decisión. Recorriendo otra vez, en comparación con cuanto había experimentado en el pasado con el padre agresor, las técnicas de *emprise* (Perrone, Nannini, 1995) utilizadas por todos los prevaricadores, y usando como falsilla el conocido cuento de *Caperucita roja*, perfecta metáfora de las relaciones abusivas, la terapeuta compila con la niña una detallada lista de «movimientos» típicos de estos sujetos, de la seducción a la confusión, a la agresión. Simona está muy interesada en este razonamiento, que también tiene la ventaja de ser menos doloroso que ponerse a mirar otra vez las propias debilidades. En la última parte de la sesión, el razonamiento es resumido también en presencia de la madre, que reconoce, con la misma inmediatez que la hija, las técnicas de confusión empleadas por Tommaso con ellas. Ambas coinciden en que es hora de aprender a reconocer precozmente a los embrollones, que son tales incluso cuando intentan seducir, y de aprender a guardarse de ellos. Simona quiere un folio, en el que se dedica a escribir cuanto recuerda del razonamiento, como para construirse un memorándum: lo dobla hasta reducirlo a un cuadradito pequeñísimo, que mete en una mochila igualmente pequeña, de muñeca. Cuando ha llegado el momento de despedirse se encamina pensativa hacia la puerta; luego, en el umbral, vuelve atrás para echar los brazos en torno al cuello de la terapeuta y para besarla. Estamos a comienzos del verano y Simona ya tiene diez años.

Como habíamos quedado, Vera llama después de las vacaciones de verano para informarnos de la situación. Dice que le cuesta creer en sus ojos, pero que desde la última vez que nos vimos Simona ha comenzado a mejorar rápidamente: ahora está bien. Ya no menciona a Tommaso. También Vera está bien: ha decidido invertir sus energías haciendo un curso de capacitación profesional: por ahora no piensa en rehacer su vida afectiva. Ha recuperado una óptima relación con sus padres, que estaban espantados después de su última desventura, y ahora se comportan, al revés que antes, cuando eran siempre sutilmente expulsivos con ella y la niña, como si no pidieran otra cosa a la vida que tenerlas siempre consigo. Incluso han buscado una nueva casa, donde haya de verdad espacio para todos, y, si en el futuro los negocios van bien, se podrá incluso construir un apartamento independiente para ella y Simona. Es la primera vez que se la oye afirmar, con todo el corazón, que las cosas van bien.

Han pasado exactamente siete años desde la primera solicitud de ayuda de Vera.

Precisamente esta postrera observación referente al caso ejemplificado, nos

lleva a hacer la última e importante reflexión. Las intervenciones terapéuticas en los casos de abuso sexual en la infancia requieren enormes inversiones de energías, tanto por el lapso temporal en que necesitan desarrollarse, al tratarse de sujetos en plena evolución, como por la intensidad casi siempre notable del trabajo psicológico que hay que efectuar, con varios sujetos. Hay que preguntarse cuántos profesionales o instituciones, por el momento, están equipados para llevar adelante con determinación y constancia un esfuerzo reparador tan costoso en todos los sentidos, mientras ya se asoma en muchos la conciencia de qué urgente e indispensable es ponerse en la situación de curar. Es útil atestiguar que esto es posible: quien haya podido experimentarlo ya no podrá renunciar a ver fatigosamente reflorar, entre mil limitaciones y recaídas, a criaturas tan dañadas, y a contribuir a hacer para ellas verdadera justicia, a través de la reparación del trauma.

BIBLIOGRAFÍA

- Agnoli, F. y Ghetti, S. (1995), «Testimonianza infantile e abuso sessuale», *Età Evolutiva*, octubre, págs. 66-75.
- Babiker, G. y Herbert, M. (1996), «The role of psychological instruments in the assessment of child sexual abuse», *Child Abuse Review*, 5, págs. 239-251.
- Babiker, G. y Wilkinson, N. W. (1994), «The psychological detection of abuse: Snags and pitfalls», *British Journal of Projective Psychology*, vol. 39, n.º 1, págs. 10-22.
- Balier, C. (1992), «Psychopatologie des auteurs de délits sexuels concernant les enfants», en Gabel, M. (comp.), *Les enfants victimes d'abus sexuels*, París, Presses Universitaires de France.
- Barrett, M. J. y Trepper, T. S. (1992), «Unmasking the incestuous family», *Networker*, mayo-junio, págs. 39-46.
- Blassel, J. M. (1992), «De l'enfant maltraité à l'adulte maltraitant», *Dialogue*, n.º 3, págs. 19-27.
- Cafaro, D. (1993), «Secondo rapporto ASPER - Sesso 2000: Il comportamento sessuale degli italiani alle soglie del XXI secolo», Roma, Asper, págs. 197-207.
- Cattanach, A. (1992), *Play Therapy with Abused Children*, Londres, Jessica Kingsley Publishers.
- Cirillo, S. y Cipolloni, V. (1994), *L'assistente sociale ruba i bambini?*, Milán, Raffaello Cortina Editore.
- Cirillo, S. y Di Blasio, P. (1989), *La famiglia maltrattante*, Milán, Raffaello Cortina Editore.
- Courtois, C. A. (1988), *Healing the Incest Wound*, Nueva York.
- Criville, A. (1994), *L'inceste*, París, Privat.
- Dahl, R. (1987), *Le streghe*, Florencia, Salani.
- De Zulueta, F. (1993), *From Pain to Violence*, Londres, Whurr.
- Del Taglia, L. (1990), *Les abus sexuels envers les enfants*, Cahier du Centre de Recherche de Vaucrasson.
- Everson, M. D., Hunter, W. M., Runyon, D. K., Edelson, G. A. y Coulter, M. L.

- (1989), «Maternal support following disclosure of incest», *American Journal of Orthopsychiatry*, vol. 59, n.º 2, págs. 197-207.
- Finkelhor, D. (1979), *Sexually Victimized Children*, Nueva York, Free Press.
- Finkelhor, D. (1984), *Child Sexual Abuse: New Theory and Research*, Nueva York, Free Press.
- Finkelhor, D. y Browne, A. (1985), «The traumatic impact of child sexual abuse: A conceptualization», *American Journal of Orthopsychiatry*, vol. 55, n.º 4, págs. 530-541.
- Flanigan, B. J., Portykus, P. A. y Martí, D. (1988), «Alcohol and marijuana use among female adolescent victims», *Alcoholism Treatment Quarterly*, vol. 5, n.º 1-2, págs. 231-248.
- Forno, P. (1994), «La tutela penale del minore: Rapporti tra il procedimento penale ed il processo minorile», *Quaderni del Consiglio Superiore della Magistratura*, vol. 3, n.º 71, págs. 223-258.
- Forno, P. (1995), «L' accertamento dell' abuso nel procedimento penale», *Minori Giustizia*, n.º 1, págs. 70-87.
- Frankel, F. (1995), «Discovering new memories in psychotherapy», *Sounding Board*, vol. 333, n.º 9, págs. 591-594.
- Friedrich, W. N. (1990), *Psychotherapy of Sexually Abused Children and Their Families*, Nueva York, Norton.
- Friedrich, W. N. (comp.) (1991), *Casebook of Sexual Abuse Treatment*, Nueva York, Norton.
- Fritz, G. S., Stoll, K. y Wagner, N. A. (1981), «A comparison of males and females who were sexually molested as children», *Journal of Sex and Marital Therapy*, n.º 7, págs. 54-59.
- Fromuth, M. E. (1986), «The relationship of childhood sexual abuse with later psychological and sexual adjustment in a sample of college women», *Child Abuse and Neglect*, vol. 10, n.º 1, págs. 5-15.
- Furniss, T. (1988), «L' abuso sessuale intrafamiliar: Valutazioni e conseguenze», en Caffo, E. (comp.), *Il rischio familiare e la tutela del bambino*, Milán, Guerini e Associati.
- Gabbard, G. D. (1992), *Psichiatria psicodinamica*, Milán, Raffaello Cortina Editore.
- Gabel, M., Lebovici, S. y Mazet, P. (1995), *Il trauma dell' incesto*, Turín, Centro Scientifico Editore.

- Gelinas, D. J. (1983), «The persisting negative effects of incest», *Psychiatry*, n.º 46, págs. 312-332.
- Gil, E. (1991), *The Healing Power of Play*, Nueva York, Guilford Press.
- Groth, A. N. (1982), «The incest offender», en Sgroi, S. M. (comp.), *Handbook of Clinical Intervention in Child Sexual Abuse*, Lexington Books.
- Gruyer, F., Fadier-Nisse, M. y Sabourin, P. (1991), *La violence impensable*, París, Nathan.
- Haesevoets, Y. L. (1997), *L'enfant victime d'inceste*, Bruselas, De Boeck Université.
- Herman, J. (1992), *Trauma and Recovery: The Aftermath of Violence*, Nueva York, Basic Books.
- James, J. y Meyerding, J. (1977), «Early sexual experience as a factor in prostitution», *Archives of Sexual Behavior*, n.º 7, págs. 31-42.
- Kempe, R. y Kempe, C. H. (1978), *Le violenze sul bambino*, Roma, Armando, 1980 (trad. cast.: *Niños maltratados*, Madrid, Morata, 1998).
- Letich, L. (1992), «Profiles of Perpetrators», *Networker*, mayo-junio, pág. 47.
- Luberti, R. y Bianchi, D. (comp.) (1998), *... e poi disse che avevo sognato*, Florencia, Edizioni per la Pace.
- Malacrea, M. (1998), «L'intervento psicologico nell'abuso sessuale all'infanzia», en Letich, L. (1992), «Profiles of the perpetrators», *op. cit.*, págs. 46-47.
- Malacrea, M. (1994), «L'effetto terapeutico della "validation" nei casi di abuso sessuale al bambini», en Rocca, C. y Foti, C. (comps.), *L'abuso sessuale sui minori*, Milán, Unicopli.
- Malacrea, M. (en prensa), «Abuso sessuale all'infanzia: Dopo lo svelamento quale futuro per le vittime?», en Abbruzzese, S. (comp.), *Minori e sessualità*, Milán, Franco Angeli.
- Malacrea, M. (en prensa), «Integrazione degli interventi nei casi di abuso sessuale all'infanzia: Una situazione esemplificativa», en Abbruzzese, S. (comp.), *Minori e sessualità*, Milán, Franco Angeli.
- Malacrea, M. y Vassalli, A. (1990), *Segreti di famiglia*, Milán, Raffaello Cortin Editore.
- Mcfarlane, K. y Waterman, J. (1986), *Sexual Abuse of Young Children*, Londres, Norton.
- Nash, M. R., Hulsey, T. L., Sexton, M. C., Harralson, T. L. y Lamben, W. (1993),

- «Long-term sequelae of childhood sexual abuse, perceived family environment, psychopathology and dissociation», *Journal of Consulting and Clinical Pathology*, vol. 61, n.º 2, págs. 276-283.
- Ney, P. G. (1987), «The treatment of abused children: The natural sequence of events», *American Journal of Psychotherapy*, vol. 41, n.º 3, págs. 391-401.
- Pennati, A. (1994), «Abuso infantile, sintomi dissociativi e fenomeni ipnotici: Mappe antiche, tesori nuovi», *Rivista Sperimentale di Freniatria*, vol. 98, n.º 1, págs. 158-176.
- Perrone, R. y Nannini, M. (1996), *Violence et abus sexuels dans la famille*, París, ESF.
- Poubelle-Condamin, C. (1994), «Critères de détection d'abus sexuels aux enfants», *Bulletin de Psychologie*, n.º 47, págs. 285-298.
- Rojas Breedy, A. L. (1995), «On the use of the Rorschach in the assessment of psychological functioning following sexual abuse in adolescent girls: A research note», *Rorschachiana*, n4 20, págs. 188-204.
- Rosenfeld, A. A. (1979), «Incidence of a history of incest among 18 female psychiatric patients», *American Journal of Psychiatry*, n.º 136, págs. 791-795.
- Russell, D. E. H. (1986), *The Secret Trauma: Incest in the Lives of Girls and Women*, Nueva York, Basic Books.
- Saunders, E. A. (1991), «Rorschach indicators of chronic childhood sexual abuse in female borderline inpatients», *Bulletin of the Menninger Clinic*, vol. 55, n.º 1, págs. 48-71.
- Selvini Palazzoli, M., Cirillo, S., Selvini, M. y Sorrentino, A. (1988), *I giochi psicotici nella famiglia*, Milán, Raffaello Cortina Editore.
- Sgroi, S. M., Blick, L. C. y Porter, F. S. (1982), «A conceptual framework for child sexual abuse», en Sgroi, S. M. (comp.), *Handbook of Clinical Intervention in Child Sexual Abuse*, Lexington, Lexington Books.
- Shapiro, J. P., Leifer, M., Martone, M. W. y Kassem, L. (1990), «Multimethod assessment of depression in sexually abused girls», *Journal of Personality Assessment*, vol. 55, n.º 1-2, págs. 234-248.
- Sheinberg, M., True, F. y Fraenkel, P. (1994), «Treating the sexually abused child: A recursive, multimodal program», *Family Process*, n.º 33, págs. 263-276.
- Sorensen, T. y Snow B. (1991), «How children tell: The process of disclosure»,

- Child Welfare*, n.º 70, págs. 3-15.
- Terr, L. C. (1981), «Forbidden games», *Journal of American Academy of Child Psychiatry*, n.º 20, págs. 741-760.
- Terr, L. C. (1996), *Il pozzo della memoria*, Milán, Garzanti.
- Trepper, T. S. y Barrett, M. J. (1989), *Systemic Treatment of Incest: A Therapeutic Handbook*, Nueva York, Brunner/Mazel.
- Van Gijsegem, H. (1988), *La personnalité de l'abuseur sexual*, Quebec, Éditions du Méridien.
- Violato, C. (1994), «The effects of childhood sexual abuse and developmental psychopathology», *Canadian Journal of Behavioral Science*, n.º 23, págs. 282-299.
- Waterman, J. y Lusk, R. (1993), «Psychological testing in evaluation of child sexual abuse», *Child Abuse and Neglect*, n.º 17, págs. 145-159.
- Weingarten, K. y Cobb, S. (1995), «Timing disclosure sessions: Adding a narrative perspective to clinical work with adult survivors of childhood sexual abuse», *Family Process*, n.º 34, págs. 257-269.

NOTAS

[1]. El Centro para el niño maltratado y el tratamiento de la crisis familiar (CBM) es una sociedad cooperativa ONLUS de psicoterapeutas individuales y familiares, asistentes sociales y educadores, fundada en Milán en 1984 con el objetivo de intervenir en las situaciones de daño (maltrato físico, grave desatención, abuso sexual, violencia asistida) de niños en el interior las familias. El trabajo del CBM se sitúa dentro de la Coordinadora nacional de los centros y servicios de prevención y tratamiento del abuso en perjuicio de menores, y dentro del movimiento internacional para la protección de la infancia que tiene su más elevada expresión en la International Society for Prevention of Child Abuse and Neglect (ISPCAN), cuya publicación oficial es la revista *Child Abuse and Neglect - International Journal*. Desde 1985 el CBM, por encargo del ayuntamiento de Milán, desarrolla la función de servicio municipal para la prevención y la intervención en los casos de violencia intrafamiliar contra los menores. Una descripción completa de la filosofía, del modelo de intervención y de las técnicas del CBM está contenida en la introducción del volumen de Cirillo y Di Blasio, *La famiglia maltrattante* (1989). Desde entonces el Centro ha tenido una actividad cada vez más articulada. En 1995 ha abierto una segunda comunidad de acogida y, en colaboración con la Associazione Amici dell'Opera Pia Castiglioni, una sección específica para la toma a cargo de las situaciones de abuso sexual, sean intrafamiliares o extrafamiliares, la UCRAS, «Unità per la cura e la ricerca nell'abuso sessuale» (Unidad para el tratamiento y la investigación en el abuso sexual).

[2]. Somos muy conscientes de que en el panorama mundial no todos los operadores, incluso muy autorizados, comparten la posición antes expresada. Pensamos, para dar algunos ejemplos, en la experiencia del Kinderschutzzentrum en Alemania o en el pensamiento de Marneff en Bélgica; a veces los diversos puntos de vista se ven notablemente afectados por el marco institucional nacional en que se inscriben las medidas de tutela de la infancia. Sin embargo, aun respetando las argumentaciones ajenas, nos sentimos en condiciones de sostener sin vacilaciones nuestro pensamiento, mejor generalizado en el capítulo «El contexto de la intervención».

[3]. Una mención aparte merece la sucinta, pero interesante, presentación hecha por Letich (1992) de una investigación aún en curso de Finkelhor y Williams sobre una muestra de 118 padres agresores. La división en categorías, recién esbozada, permite suponer la existencia de problemas previos de carencia en al menos tres de ellas (denominadas «adolescentes regresivos, «autogratificadores» y «emocionalmente dependientes»), representativas de cerca del 60 % de los sujetos examinados, en línea, por tanto, con el panorama dibujado también por los demás autores. Difiere, en cambio, el porcentaje de los individuos con trastornos compulsivos en la esfera sexual que, al contrario que en otras encuestas, sube al 26 %. No se expondrá en profundidad esta investigación, dado que aún está incompleta.

[4]. De este caso ya se ha hablado en parte en el volumen *Segreti di famiglia* (Malacrea, Vassalli, 1990).

[5]. El padre de Giada ha sufrido una larga condena penal.

Trauma y reparación
Marinella Malacrea

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Trauma e riparazione*
Publicado originalmente en italiano, en 1998, por Raffaello Cortina Editore, Milán

Cubierta de Mario Eskenazi

© Raffaello Cortina Editore, 1998

© de la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale, 2000

© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2000
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-493-3391-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

Índice

SINOPSIS	6
CITA	8
INTRODUCCIÓN	10
1. EL CONTEXTO DE LA INTERVENCIÓN	24
2. LAS NECESIDADES A LAS QUE CABE RESPONDER	37
LA VÍCTIMA	39
EL ADULTO PROTECTOR	56
EL AGRESOR	79
3. OBJETIVOS DEL TRATAMIENTO	100
ALCANZAR EL MUNDO REAL	102
ELABORAR EL SENTIMIENTO DE CULPA	145
DUELO Y RECONSTRUCCIÓN	160
4. TÉCNICAS Y FORMATOS	172
LA TERAPIA FAMILIAR	178
MADRE E HIJA	190
SI EL NIÑO SE QUEDA SOLO	204
EL GRUPO COMO RECURSO	233
5. LAS FASES	237
EL APOYO TERAPÉUTICO DE CRISIS	240
EL PASO A LA TERAPIA	252
SECUENCIAS DE ELABORACIÓN PSICOLÓGICA	259
ALTA Y CONSOLIDACIÓN	268
BIBLIOGRAFÍA	280
NOTAS	286
CRÉDITOS	292